

VEINTE MIL LEGUAS
DE
VIAJE SUBMARINO

SEGUNDA PARTE
DEL PACÍFICO AL ATLÁNTICO

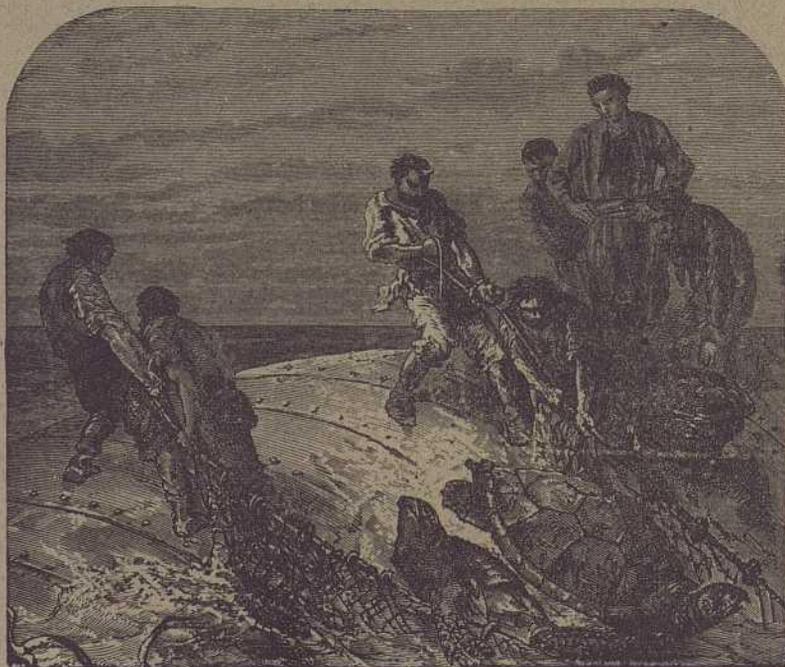
OBRA ESCRITA EN FRANCÉS

POR

JULIO VERNE

VERSIÓN ESPAÑOLA

EDICIÓN ILUSTRADA CON GRABADOS



SAENZ DE JUBERA, HERMANOS, EDITORES
10, CALLE DE CAMPOMANES, 10

MADRID

C-2758

JULIO VERNE



VEINTE MIL LEGUAS DE VIAJE SUBMARINO



VAL DE OLIVOS
1843

VEINTE MIL LEGUAS

DE

VIAJE SUBMARINO

SEGUNDA PARTE

DEL PACÍFICO AL ATLÁNTICO

OBRA ESCRITA EN FRANCÉS

POR

JULIO VERNE

VERSIÓN ESPAÑOLA

EDICIÓN ILUSTRADA CON GRABADOS



MADRID
SAENZ DE JUBERA, HERMANOS
10, CALLE DE CAMPOMANES, 10
EDITORES



EDVITTO 306 117

Es propiedad de los Editores; quedan cumplidos los requisitos que ordena la ley.

MADRID.—Establecimiento Tipográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.
Paseo de San Vicente, núm. 20.



VEINTE MIL LEGUAS

DE

VIAJE SUBMARINO.

CAPITULO PRIMERO.

EL MAR EN LAS INDIAS.

Aquí comienza la *Segunda parte* de este viaje submarino. La *Primera* ha terminado con la conmovedora escena del cementerio de coral, que ha dejado en mi ánimo una impresión profunda. Es decir, que en el seno del inmenso mar, la vida del capitán Nemo se desenvolvía por completo, sin olvidar ni aun su tumba preparada en el más impenetrable abismo. Allí ni uno solo de los monstruos marinos iría á turbar el último sueño de los habitantes del *Nautilus*, de esos amigos estrechamente unidos, lo mismo para la muerte que para la vida. «Ningun hombre tampoco,» había añadido el capitán.

¡Siempre la misma desconfianza fiera, implacable para con las sociedades humanas!

Por lo que á mí tocaba, ya no me satisfacían las hipótesis de Consejo, quien persistía en considerar al jefe del *Nautilus* como un sabio desconocido que devuelve á la Humanidad desprecio por indiferencia. Era para él un génio no comprendido que, cansado de los desengaños terrestres, se había refugiado en el inaccesible medio donde sus instintos se ejercían libremente. Pero, á mi ver, esta hipótesis solo explicaba uno de los lados del capitán Nemo.

En efecto; el misterio de la última noche, durante la cual habíamos estado presos y adormecidos; la precaución, con tanta violencia tomada por el capitán, de arrancarme el antejo con que yo quería examinar el horizonte; la herida mortal de aquel hombre, debida á un inexplicable choque del *Nautilus*; todo me inspiraba serias meditaciones. ¡No, el capi-

tan Nemo no se limitaba á huir de los hombres. Su formidable aparato servía, no solamente para sus instintos de libertad, sino también para emplear no sé qué terribles represalias.

En este momento no alcanzo evidencia alguna, y solo percibo algun indicio en medio de las tinieblas, debiéndome cenir á escribir, por decirlo así, lo que me dicten los acontecimientos.

Por otra parte, nada nos liga al capitán Nemo, quien se da por satisfecho con saber que no podemos escapar. Ni siquiera somos prisioneros bajo palabra, no estando sujetos á compromiso alguno. No somos más que unos cautivos, unos prisioneros disfrazados con el nombre de huéspedes por cortesía. Sin embargo, Ned-Land no ha renunciado á la esperanza de recobrar su libertad, y es seguro que aprovechará la primera ocasión que la casualidad le ofrezca. Yo le imitaré, sin duda, pero no sin cierto pesar, ocasionado por la generosidad con que el capitán nos ha dejado penetrar los misterios del *Nautilus*. En último resultado, ¿debe ese hombre ser aborrecido ó admirado? ¿Es víctima ó verdugo? Y para ser franco, antes de dejarle por siempre, quisiera haber terminado la vuelta al mundo submarino, cuyos primeros incidentes han sido tan magníficos. Quisiera haber observado la série completa de las maravillas acumuladas bajo los mares del Globo. Quisiera haber visto lo que nadie ha podido conseguir, aun cuando tuviese que pagar con la vida ese insaciable deseo de aprender. ¿Qué he descubierto hasta ahora? Nada, ó casi nada, puesto que todavía no hemos recorrido más que seis mil leguas por el Pacífico.

Yo sé muy bien, sin embargo, que el *Nautilus* es

algunas veces á las tierras habitadas, y que si nos ofrece alguna probabilidad de salvacion, seria cruel sacrificar mis compañeros á mi pasion por lo desconocido. Tendré que seguirlos, y guiarlos quizá. Pero ¿se ofrecerá alguna vez esta ocasion? El hombre, privado por fuerza de su libre alvedrio, bien la desea; pero el sabio y el curioso la teme.

Aquel día, 24 de enero de 1868, á las doce, vino el segundo á tomar la altura del sol. Subí á la plataforma, encendí un cigarro, y observé la operacion. Parecióme evidente que aquel hombre no entendia el francés, porque diferentes veces espresé en alta voz mis pensamientos, lo cual deberia haber escitado en él alguna muestra involuntaria de atencion si los hubiere comprendido, pero estuvo impasible y mudo.

Mientras que el segundo hacia observaciones con el sextante, uno de los marineros del *Nautilus*, aquel hombre vigoroso que nos habia acompañado durante la primera excursion submarina, de la isla de Crespo, vino á limpiar los cristales del fanal. Examiné entonces la instalacion de este aparato, cuya potencia se hallaba centuplicada por unos anillos lenticulares, semejantes á los que existen en los faros, y que sirven para mantener la luz en la direccion conveniente. La lámpara eléctrica estaba combinada de tal modo, que pudiera aprovechar toda su fuerza de iluminacion. Su luz, en efecto, se producía en el vacío, lo cual aseguraba á la vez su regularidad y su intensidad, economizándose las puntas de grafito, entre las cuales se desarrolla el arco luminoso; economía importante para el capitán Nemo, que no hubiera podido renovarlas facilmente. Pero con las condiciones allí establecidas, se gastaban casi insensiblemente.

Cuando el *Nautilus* se preparó para proseguir su marcha submarina, subí al salon; las escotillas se cerraron y el rumbo fué directamente al Oeste.

Surcábamos entonces el Océano Indio, estensa llanura líquida que abarca quinientos cincuenta millones de hectáreas, y cuyas aguas son en tan alto grado transparentes, que producen vértigo al inclinarse sobre su superficie. El *Nautilus* navegaba generalmente entre ciento y doscientos metros de profundidad durante algunos dias. A otro que no fuera yo, embargado por una inmensa aficion al mar, las horas hubieran parecido largas y monotonas; pero los paseos diarios sobre la plataforma, donde me empapaba en el vivificante aire del mar; el espectáculo de aquellas ricas aguas, por entre los cristales de las ventanas, la lectura de los libros de la biblioteca, la redaccion de mis memorias, empleaban mi tiempo, y no me dejaban un solo momento de cansancio ó de tedio.

Nuestra salud se mantenía en muy satisfactorio estado; conviniéndonos perfectamente el régimen de á bordo; y yo bien me hubiera pasado sin las variantes que Ned-Land, por espíritu de protesta, se complacia en introducir. Además, en aquella temperatura constante no habia siquiera un solo resfriado que temer; y por otra parte, el madreporario *Dentrofilea* conocido en Provenza con el nombre de *Hinojo marino*, y del cual existía á bordo alguna provision, nos habiera proporcionado con la carne fundente de sus plótipos una excelente pasta para la tos.

Durante algunos dias vimos una gran cantidad de aves acuáticas, palmipejas, quinchos y gaviotas. Fueron algunas diestramente cazadas y guisadas de cierto modo, que nos proporcionaron un manjar marino muy aceptable.

Entre los pájaros mas voladores que se separan á largas distancias de tierra, y cuando están cansados se reposan sobre las aguas, observé unos magníficos albatros, de grito discordante, cual rebuzno de asno,

aves que pertenecian á la familia de los longipenos. La de los totipalmos estaba representada por unas fragatas rápidas que pescaban con notable ligereza los peces de la superficie, y por unos numerosos faetontes, y entre otros el de filamentos rojos, grande como una paloma y cuyas plumas blancas están matizadas de colores rosados que se destacan sobre el fondo negro de las alas.

Las redes del *Nautilus* nos trajeron tambien algunas especies de tortugas marinas del género carey, con el lomo combado, y cuya concha es muy apreciada. Estos reptiles, que se sumergen fácilmente, pueden mantenerse mucho tiempo debajo del agua, cerrando la válvula carnosa situada en el extremo esterno de su canal nasal. Algunos de estos careys, cuando los cogimos, dormían todavía dentro de su concha, al abrigo de los animales marinos; su carne era en lo general mediana, pero sus huesos son un excelente regalo.

En cuanto á los peces, seguían provocando nuestra admiracion cuando sorprenderíamos á través de las ventanas abiertas los secretos de su vida acuática. Recien algunas especies que no habíamos podido observar hasta entonces.

Citaré principalmente unos ostraciones particulares del mar Rojo, del de las Indias y de la parte del Océano que baña las costas de la América equinoccial. Estos peces, como las tortugas, los armadillos, los ursinos, los crustáceos, están defendidos por una coraza que no es ni cretácea, ni lapídea, sino realmente huesosa. Afectan la forma de un sólido, unas veces triangular y otras cuadrangular. Entre los triangulares, noté algunos de medio decímetro de longitud, de carne saludable, de sabor esquisito, pardos en la cola, amarillos en las nadaderas, y cuya aclimatacion recomiendo hasta en las aguas dulces, donde se acostumbran facilmente á vivir ciertos peces del mar. Mencionaré tambien unos ostraciones cuadrangulares con cuatro gruesos tubérculos sobre el lomo, unos ostraciones salpicados de puntos blancos en la parte inferior del cuerpo, que se domestican fácilmente como pájaros; unos trigonis provistos de agujones formados por la prolongacion de su concha huesosa, y á los cuales, por cierto singular gruñido, se ha dado el nombre de *cerdos de las Indias*, y unos dromerarios con gruesas protuberancias cónicas, cuya carne es dura y coriácea.

Tambien recuerdo, entre las notas diarias tomadas por Consejo, ciertos peces del género tetradonte, particulares de aquellos mares; unos espenglarianos de lomo encarnado y pecho blanco, que se distinguen por tres hileras longitudinales de filamentos, y unos eléctricos largos de siete pulgadas, adornados con los colores mas vivos. Despues, como muestras de otros géneros, citaré los ovóides, llamados así por asemejarse á un huevo, desprovisto de cola, y cuyo color pardo oscuro estaba surcado de listas blancas; los diodontes ó orbes espinosos, verdaderos puercospines del mar, provistos de agujones, y pudiendo hincharse hasta formar una bola erizada de dardos; los hipocampos ó caballos marinos comunes á todos los mares; los pegasos voladores de hocico prolongado, cuyas nadaderas pectorales, muy extendidas y dispuestas á manera de alas, permiten, si no volar, al menos saltar por el aire; las palomas espatuladas, cuya cola está cubierta de numerosos anillos escamosos; los macrognatos de largas mandíbulas, excelentes pescados, cuya longitud es de véinticinco centímetros, y que brillan con los colores mas vivos; los caliómetros lívidos, cuya cabeza es rugosa, millares de babosas saltadoras rayadas de negro, con largas nadaderas pectorales, que corren sobre la superficie de las aguas con pasmosa agilidad; los deliciosos velíferos ó veleros, que pueden

izar sus nadaderas á guisa de las velas desplegadas, los espléndidos kurtos, á los cuales ha prodigado la naturaleza el amarillo, el azul celeste, la plata y el oro; los tricópteros, cuyas alas están formadas de filamentos; las costas, siempre tachonadas de amarillo, que producen cierto zumbido; los triglos cuyo ligado se considera como veneno; los badianes, que tienen sobre los ojos una anteojera movable; y por último, los fueles, de hocico largo y tubuloso, verdaderos papamoscas del Océano, armados de un fusil, no inventado por Chassepot ni por Remington, y que matan á los insectos hiriéndoles con una simple gota de agua.

En el género noventa y nueve de los peces clasificados por Lacepede, que pertenece á la subclase de los óseos, caracterizada por un opérculo y una membrana bronquial, observé la escorpena cuya cabeza está guarnecida de aguijones, y que solo posee una nadadera dorsal; estos animales están provistos ó privados de pequeñas escamas, segun el subgénero á que pertenecen. El segundo subgénero nos dió unas muestras de didáctilos de tres ó cuatro decímetros de longitud, rayados de amarillo, pero cuya cabeza es de aspecto fantástico. En cuanto al primer subgénero, suministra varias muestras de ese pez singular, justamente llamado *sapo de mar* de gran cabeza, ora lleno de senos profundos, ora de protuberancias, erizado de aguijones y sombreado de tubérculos, tiene unos cuernos irregulares y horrosos, su cuerpo y su cola están guarnecidos de callosidades; sus aguijones causan heridas peligrosas; es repugnante y horrible.

Del 21 al 23 de enero, el *Nautilus* marchó á razon de doscientas cincuenta leguas cada veinticuatro horas, sean quinietas cuarenta millas, ó veintidós millas por hora. Si reconociamos á su paso las diversas variedades de peces, era porque éstos, atraídos por el brillo eléctrico, trataban de acompañarnos. La mayor parte quedaban sin embargo, rezagados, y algunos se mantenían durante algun tiempo en las aguas del *Nautilus*.

El 24 por la mañana á los 12° 5' de latitud Sur, y á los 94° 33' de longitud, tuvimos conocimiento de la isla Keling, aglomeración madreporica plantada de magníficos cocóteros, que habia sido visitada por Darwin y el capitán Fitz Roy. El *Nautilus* costeó á corta distancia los cantiles de aquella desierta isla, y las dragas nos procuraron numerosos ejemplares de pólipos y equipodernos, así como ciertos restos testáceos de moluscos. Algunos preciosos productos de la especie de las delfinulas, aumentaron los tesoros del capitán Nemo, al cual añadí tambien una *astrea* puntilera, especie de polípero parásito fijado con frecuencia sobre una concha.

Muy luego la isla de Keeling, desapareció bajo el horizonte, y se tomó rumbo al Noroeste, hácia la punta de la península indiana.

—¡Tierras civilizadas! me dijo aquel dia Ned-Land. ¡Eso vale mas que las islas de la Papuasía, donde hay mas salvajes que venados! En esa tierra de las Indias, señor profesor, hay carreteras, ferro-carriles, ciudades inglesas, francesas y asiáticas. No se andan cinco millas sin encontrar un compatriota. ¿No será éste el momento favorable para dejar plantado al capitán Nemo?

—No, Ned-Land, le respondí con resuelto acento. Dejemos correr las cosas. El *Nautilus* se acerca á continentes habitados. Vuelve hácia la Europa; y si allí nos lleva, veremos lo que la prudencia nos aconseja entonces. Por otra parte, no supongo que el capitán Nemo nos permitia ir á cazar sobre las costas de Malabar ó de Coromandel como en los bosques de la Nueva-Guinea.

—¿Y no podemos prescindir de su permiso?

—No respondí, ni queria discutir; porque, en el

fondo, mi empeño consistía ya en querer apurar hasta el fin los azares del destino que me habia puesto á bordo del *Nautilus*.

Desde la isla de Keeling, nuestra marcha se fue amortiguando, haciendose mas caprichosa y llevándonos á grandes profundidades. Se emplearon con frecuencia los planos inclinados, los cuales, por medio de palancas interiores, podian colocarse en sentido oblicuo. Caminamos así hasta dos ó tres kilómetros, pero sin explorar nunca los fondos de aquel mar, á los cuales no podian llegar ni aun las sondas de trece mil metros. En cuanto á la temperatura de las capas profundas, el termómetro indicaba siempre invariablemente 4° sobre cero. Observé únicamente que por las regiones superiores, el agua era siempre mas fria en los parajes de fondo elevado que en alta mar.

El 25 de enero, el Océano estaba absolutamente desierto, y el *Nautilus* pasó el dia sobre su superficie batiendo las aguas con su potente hélice, y despidiéndolas á grande altura. ¿Quién no le hubiera entonces confundido con un cetáceo gigantesco? Yo pasé las tres cuartas partes del dia sobre la platamórna contemplando el mar. Nada se divisó en el horizonte hasta las cuatro de la tarde, en que se dejó ver por un instante la arboladura de un vapor que corria por el Oeste á contrabordo, pero que no podia alcanzar á percibir el *Nautilus* por lo somero de nuestra embarcacion. Me ocurrió que debia aquel buque pertenecer á la línea peninsular y oriental que hace el servicio de la isla de Ceilan á Sidney, tocando en la punta del rey Jorge y en Melbourne.

A las cinco de la tarde, antes del rápido crepúsculo que separa la noche del dia en las zonas tropicales, quedamos Consejo y yo maravillados ante un espectáculo muy curioso.

Existe un animal de formas muy graciosas, cuyo encuentro, segun los antiguos, presagiaba afortunada suerte. Aristóteles, Ateneo, Plinio, Opiano, habian estudiado sus inclinaciones y agotado en describirle toda la poética de los sábios de la Grecia y de la Italia. Le llamaron *Nautilus* y *Pompilius*. Pero la ciencia moderna no ha ratificado esta denominacion y en el dia el molusco á que me refiero es conocido con el nombre de *argonauta* (1).

El que hubiera consultado á Consejo habria sabido que los moluscos se dividen en cinco clase, y que la primera es la de los cefalópodos (2) cuyos individuos, ora desnudos, ora testáceos, comprende dos familias: la de los dibranquios y tetrabranquios, que se distinguen por el número de branquias. La familia de los dibranquios se subdivide en tres géneros: el argonauta, el calamar y la jibia; y la de los tetrabranquios solo cuenta uno, el nautilus. Si despues de esta nomenclatura confundiese algun entendimiento rebelde de argonauta, que es acetabulífero, es decir, portador de testáculos, no hubiera tenido escusa alguna.

Era, pues, un tropel de argonautas el que entonces viajaba sobre la superficie del Océano, pudiendo contarlos por centenares. Pertenecian á la especie de los argonautas tuberculados, que es peculiar de los mares de Indias.

Estos graciosos moluscos andaban hácia atrás por medio de su tubo locomotor, despidiendo el agua que habian absorbido. De sus ocho tentáculos, seis delgados y largos flotaban á modo de remos, mientras que los dos restantes, redondeados en forma de palmas, se elevaban para recibir el viento, asemejándose,

(1) Dudan algunos de la existencia de este animal, al menos en la forma descrita por los antiguos, que le atribuyen el haber servido de modelo á los hombres para su navegacion. (N. del T.)

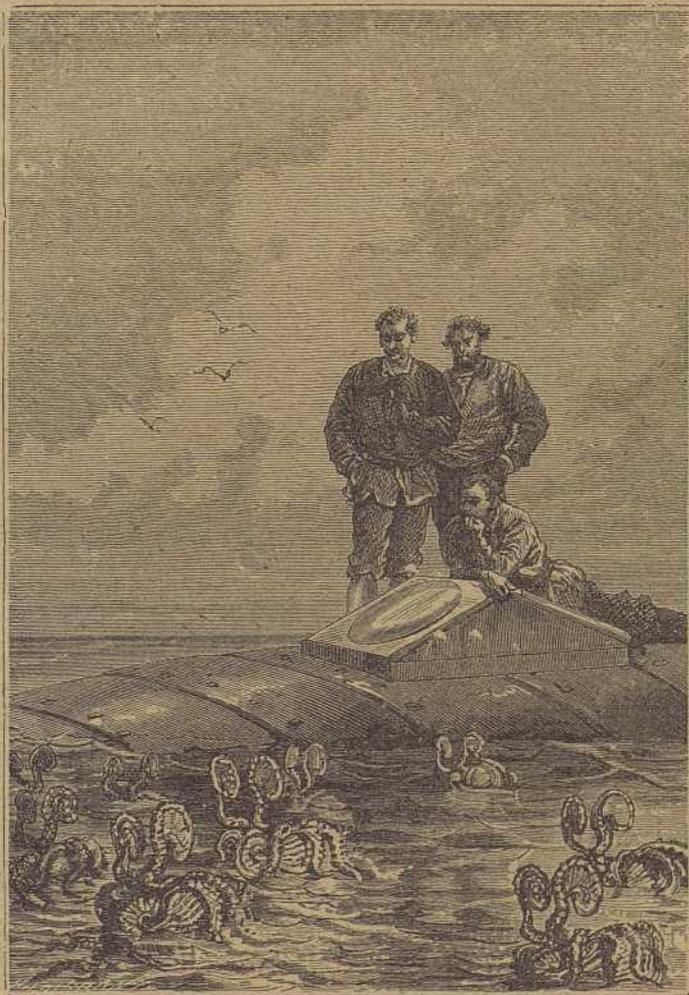
(2) Es decir, que tienen los pies en la cabeza. (N. del T.)

A unas ligeras velas. Podía perfectamente notarse la concha esperaliforme y ondulada de estos animales, que Cuvier compara acertadamente con una chalupa. Verdadero barco, en efecto, trasporta al molusco que la ha producido, pero sin adherencia ninguna con él.

—El argonauta tiene la libertad de dejar su concha, dije á Consejo, pero no la deja jamás.

—Exactamente como el capitán Nemo, observó juiciosamente Consejo; y por eso hubiera hecho mejor en llamar á su nave el *Argonauta*.

El *Nautilus* navegó como cosa de una hora entre aquella multitud de moluscos, y después no sé de qué espanto se vieron repentinamente sobrecogidos; porque, lo mismo que si obedecieran á una señal, recogieron sus velas, replegaron sus brazos, contrajeron sus cuerpos é invirtieron la posición de sus conchas cambiando de centro de gravedad, y desapareciendo bajo las aguas toda aquella flota menuda. Esta evolución fue instantánea, y ejecutada con más precisión y conjunto que la mejor maniobra de una escuadra.



El *Nautilus* navegó como cosa de una hora entre aquella multitud de moluscos.

En aquel momento llegó la noche casi de repente; y las oleadas, apenas movidas por la brisa, se tendieron apaciblemente bajo las encintas del *Nautilus*.

Al día siguiente, 26 de enero, cortábamos el Ecuador á los 92° del Meridiano, y entrábamos en el hemisferio boreal.

Durante aquel día nos acompañó una formidable manada de tiburones, animales terribles que menudean en aquellos mares haciéndolos muy peligrosos. Había entre ellos unos escualos filipos de lomo pardo y abdomen blanquecino, armados con once filas de dientes; unos escualos ojetados, en cuyo cuello hay

una gran mancha negra orlada de blanco, semejante á un ojo, y unos escualos isabelos de hocico redondeado y matizado de puntos oscuros. Estos poderosos animales se precipitaban frecuentemente sobre el cristal de la ventana con una violencia poco tranquilizadora. Entonces Ned-Land no era dueño de sí mismo, y quería subir á la superficie para arponear aquellos monstruos, sobre todo á ciertos escualos emisoles, cuya boca está, por decirlo así, empedrada con dientes dispuestos á modo de mosaico, y á unos escualos atrigrados, largos de cinco metros, que lo provocaban con particular insisten-

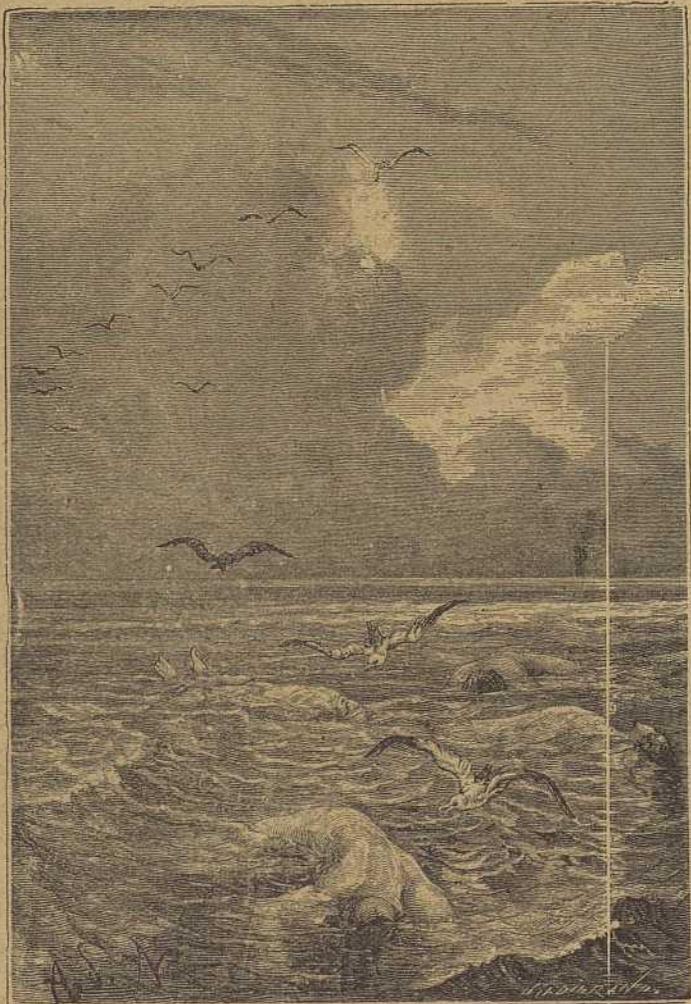
cia. Pero el *Nautilus*, aumentando su velocidad, dejó bien pronto atrás á los mas veloces de aquellos tiburones.

El 27 de enero, á la entrada del golfo de Bengala tropezamos diversas veces con un espectáculo siniestro, á saber: con unos cadáveres que sobrenadaban, y que debian ser los fallecidos en las ciudades indianas arrojados al Ganges y acarreados por este rio mar adentro, y que los buitres, únicos enterradores de aquella región, no habian concluido de

devorar; pero no faltaban los escualos para ayudarles en tan fúnebre tarea.

Hácia las siete de la tarde el *Nautilus*, sumergido á medias, navegó en medio de un mar que parecia de leche. ¿Era esto efecto de los rayos lunares? No; porque la luna, que apenas llevaba dos dias, se perdía todavía entre los rayos solares. Todo el cielo, aunque alumbrado por la radiacion sideral, parecia negro por contraste con la blancura de las aguas.

Consejo, que no podia creer lo que veia, me pre-



Tropezamos diversas veces con un espectáculo siniestro.

guntaba las causas de tan singular fenómeno, y por fortuna pude responderle:

—Esto es lo que se llama un mar de leche, le dije, vasta estension de olas blancas que suele verse en las costas de Amboina y en estos parajes.

—¿Pero puede decirme el señor cuál es la causa de este efecto? supongo que el agua no se habrá cambiado en leche.

—No, muchacho. Esa blancura que te sorprende es debida á millaradas de animalillos infusorios, especie de gusanos luminosos, gelatinosos y sin color, delgados como un pelo, y cuya longitud no escede de la quinta parte de un milímetro. Algunos de estos

infusorios están adheridos unos con otros en el espacio de muchas leguas.

—¡Muchas leguas! exclamó Consejo.

—Sí, muchacho; y no trates de calcular el número de ellos, porque no lo conseguirías. Ciertos navegantes han recorrido sobre estos mares de leche mas de cuarenta millas.

Yo no sé si Consejo tuvo en cuenta mi reflexion; pero me pareció verle sumido en profundas meditaciones, procuran lo, sin duda, evaluar cuantos quintos de milímetro hay en cuarenta millas cuadradas. Seguí observando el fenómeno, y durante algunas horas el *Nautilus* hendió con su espolon

aquella. Las blanquecinas y jabonosas, sobre las cuales se deslizaba sin ruido, cual si hubiese navegado por los remolinos de espuma que dejan entre sí las corrientes y contracorrientes de las bahías.

Alrededor de media noche el mar recobró súbitamente su matiz ordinario; pero detrás de nosotros, hasta los límites del horizonte, el cielo, reflejando la blancura de las aguas, pareció durante mucho tiempo impregnado con los vagos fulgores de una aurora boreal.

CAPITULO II.

UNA NUEVA PROPOSICION DEL CAPITAN NEMO.

El 28 de febrero, á la hora de medio dia, cuando el *Nautilus* subió á la superficie del mar, estando á los 9° 4' de latitud Norte, se hallaba á la vista de una tierra á ocho millas por el Oeste. Observé primero una aglomeracion de montañas de unos dos mil pies de elevacion poco mas o menos, y de formas muy caprichosas. Despues de tomado el punto bajé al salon, y por el mapa reconocí que estábamos ante la isla de Ceilan, esa perla que adorna la punta inferior del Indostan.

Busqué en la biblioteca algun libro relativo á esta isla, una de las mas fértiles del globo. Hallé precisamente una obra de Sir H. C., titulada *Ceylan and the Cingalese*. De regreso al salon apunté la situacion de aquella isla, á la cual habian dado nombres tan diversos los antiguos. Hállase entre los 5° 55' y los 9° 49' de latitud Norte, y entre los 79° 42' y 82° 4' de longitud Este del meridiano de Greenwich. Su longitud es de doscientas setenta y cinco millas, y su anchura máxima es de ciento cincuenta mil. Su circunferencia es de novecientas, y su superficie de veinticuatro mil cuatrocientas cuarenta y ocho; es decir, poco inferior á la de Irlanda.

El capitán Nemo y su segundo aparecieron entonces. Aquel dirigió una mirada al mapa, y despues me dijo:

—La tierra de Ceilan es célebre por sus pesquerías de perlas. ¿Os gustaria visitar alguna?

—Sin duda, capitán.

—Pues bien, será cosa muy fácil; solo que, si bien veremos las pesquerías, no así á los pescadores. La temporada de explotacion no ha comenzado aun, pero no importa. Voy á dar la órden de hacer rumbo al golfo de Manaar, adonde llegaremos por la noche.

El capitán dijo algunas palabras á su segundo, que en seguida salió. Muy luego el *Nautilus* volvió á su líquido elemento, y el manómetro indicó que estaba á una profundidad de treinta pies.

Con el mapa á la vista busqué entonces el golfo de Manaar. Lo encontré en el noveno paralelo sobre la costa Noroeste de Ceilan. Estaba formado por una línea prolongada de la pequeña isla de Manaar. Para llegar allí era necesario bordear toda la costa occidental de Ceilan.

—Señor profesor, me dijo el capitán Nemo; se pescan perlas en el golfo de Bengala, en el mar de las Indias, en los del Japon y de la China, en los de la América Meridional, en el golfo de Panamá y en el de California; pero los mejores resultados se obtienen en Ceilan. Llegamos demasiado pronto, porque los pescadores no acuden sino en marzo, y sus trescientos barcos se entregan durante treinta días á esta lucrativa explotacion de los tesoros del mar. Cada barco va montado por diez remeros y diez pescadores. Estos, divididos en grupos, bucean alternativamente, sumergiéndose á la profundidad de doce metros por medio de una piedra pesada que tienen agarrada entre los pies, y sujetos por una cuerda atada á la embarcacion.

—Así es, ¿qué, todavia emplean este medio primitivo?

—Todavía, me respondió el capitán Nemo; y eso que estas pesquerías pertenecen al pueblo mas industrioso de la tierra, á los ingleses, á quienes fueron cedidas por el tratado de Amiens en 1802.

—Me parece, sin embargo, que la escafandra prestaria grandes servicios en esta operacion.

—Sí, porque esos pobres pescadores no pueden estar mucho tiempo dentro del agua. El inglés Perceval en su viaje á Ceilan habla ciertamente de un café que estaba cinco minutos sin volver á la superficie; pero esto me parece poco creible. Bien sé que algunos buzos aguantan cincuenta y siete segundos, y los mas diestros ochenta y siete; pero son muy pocos, y cuando salen al aire echan por narices y oídos agua teñida de sangre. Creo que el término medio del tiempo que pueden pasar los pescadores dentro del mar es de treinta segundos, durante los cuales se apresuran á amontonar en una red todas las conchas perlíferas que consiguen arrancar, y aun así no llegan á viejos, su vista se debilita, y se les forman ulceraciones en los ojos y llagas en el cuerpo, no siendo escasas las ocasiones en que se ven atacados de apoplejía en el fondo del mar.

—¡Triste oficio es, dije, y tan solo para satisfacer los caprichos de la moda! Pero decidme, capitán; ¿qué cantidad de ostras puede pescar un barco durante un dia?

—Unas cuarenta á cincuenta mil; y aun se dice que en 1814, el gobierno inglés, haciendo la explotacion por su cuenta, obtuvo en veinte dias de trabajo setenta y dos millones de conchas.

—¿Al menos, repuse, los pescadores estarán bien retribuidos?

—Muy poco, señor profesor. En Panamá solo ganan un peso por semana, y generalmente reciben poco mas de un cuarto por cada ostra que contenga una perla, y nada por las vacías, que son muchas.

—¿Poco mas de un cuarto á esos pobres que enriquecen á sus amos? ¡Esto es odioso!

—Así, señor profesor, me dijo el capitán Nemo, vuestros compañeros y vos visitaréis el banco de Manaar, y si por acaso algun pescador se ha anticipado le veremos operar.

—Convenido, capitán.

—A propósito, señor Aronax, ¿no teneis miedo á los tiburones?

—¡Tiburones! exclamé.

Me pareció esta pregunta por lo menos muy odiosa.

—Y bien, ¿qué me decís? repuso el capitán.

—Os debo declarar, capitán, que no estoy muy familiarizado todavia con ese género de peces.

—Nosotros, replicó Nemo, estamos hechos á verlos, y con el tiempo ya os aco-tumbrareis tambien. Por otra parte iremos armados, y quizá podremos cazar por el camino algun escualo. Es una caza muy interesante. Con que, hasta mañana, señor profesor, y muy de madrugada.

Despues de decirme esto con la mayor indiferencia y soltura, el capitán Nemo abandonó el salon.

Si á cualquiera se le convidara á cazar osos en las montañas de Suiza, diria: «Muy bien, mañana iremos á cazar osos.» Si se tratase de cazar el leon en las llanuras del Atlas, ó el tigre en los cañaverales de la India, podríamos contestar sencillamente: «¡Ah! ¡Ah! Parece que vamos á cazar el tigre ó el leon!» Pero indudablemente que cualquiera pediria un poco de reflexion antes de aceptar el convite de cazar los tiburones en medio de su elemento natural.

Por mi parte, lo que puedo asegurar es que me pasé la mano por la frente para enjugar algunas gotas de sudor frio.

Meditemos, dije para mí, y con calma. Cazar un

trias en los buques submarinos, como lo hemos hecho en los de la isla de Crespo, pase. ¡Pero correr por el fondo del mar, con la certeza de encontrar tiburones, es otra cosa! Yo se muy bien que en ciertos países, como sucede en las islas Andamenas, los negros no vacilan en atacar al tiburón, con el puñal en una mano y un lazo en la otra; pero tampoco ignoro que muchos no salen vivos de la lucha con tan formidables fieras. Por otra parte, yo no soy un negro y aun cuando lo fuera, creo que una ligera vacilación por mi parte no estaría demás.

Y los tiburones asaltaban mi imaginación, ante la cual aparecían aquellas terribles mandíbulas armadas con múltiples filas de dientes, y capaces de partir un hombre en dos mitales. ¡Sentía ya cierto dolor alrededor de los riñones! No podía yo degorir tampoco la sangre fría con que el capitán Nemo me había hecho tan singular convite, como si se tratase de perseguir en el bosque alguna inofensiva Zorra.

Pero tengo una salvación, añadía yo para mí porque Consejo no querrá venir, lo cual me dispensara de acompañar al capitán.

En cuanto á Ned-Land, declaro que no abrigaba yo tanta confianza en su cordura. El peligro, por grande que fuese, tenía siempre atractivos para su genio batallador.

Proseguí mi lectura en el libro de Sirr, pero no hacía mas que hojearlo maquinalmente, viendo entre renglon y renglon unas mandíbulas formidablemente abiertas.

En aquel momento Consejo y el canadiense entraron con ademán sereno y aun alegre, no sabiendo lo que les aguardaba.

—Por cierto, me dijo Ned-Land, que vuestro amigo el capitán Nemo, que mil diantres lleven acaba de acernos una proposición muy amable:

¡Ah! Con que ya sabeis...

—Con permiso del señor, respondió Consejo; el jefe del *Nautilus* nos ha convidado á visitar mañana, en compañía del señor, las magníficas pesquerías de Ceilan. Lo ha hecho con muy buenos modos, y cual cumplido caballero.

—¿Pero no os ha dicho mas que eso?

—Nada, señor, sino que ya os había hablado también de este paseo.

—En efecto, dije. ¿Y no os ha dado pormenores sobre?...

—Ninguno, señor naturalista. ¿Nos acompañareis, verdad?

—Yo... indudablemente. Veo que tomáis afición á la cosa, señor Land.

—Sí, porque debe ser una excursión muy divertida y curiosa.

—O peligrosa quizá, añadí con tono insinuante.

—¡Peligrosa! ¿Una excursión sobre un banco de ostras?

Decididamente, el capitán Nemo había creído inútil el hablar de tiburones á mis compañeros. Yo los miré con turbada vista, y como si les faltase ya algun miembro. ¿Debia decirles algo? Me pareció que sí, pero no sabía por dónde empezar.

—Señor, me dijo Consejo: ¿podremos conocer pormenores sobre la pesca de las perlas?

—¿Sobre la pesca, precisamente, pregunté, ó sobre los incidentes que?...

—Sobre la pesca, respondió el canadiense. Antes de entrar en un terreno conviene conocerlo.

—Pues bien; sentaos, amigos míos, y voy á deciros lo que el inglés Sirr acaba de enseñarme.

—Ned y Consejo se sentaron en el diván, y el canadiense me dijo:

—Señor profesor, principiad por hacerme el favor de decirme lo que es una perla.

—Querido Ned-Land, respondí, para un poeta, la

perla es una lágrima del mar, para los orientales una gota de rocío solidificada; para las damas, es una joya de forma oblonga, de brillo opalino, de materia anacaradaa que llevan en el dedo, en el cuello ó en las orejas; para el químico, es una mezcla de fosfato y de carbonato de cal con un poco de gelatina; y por último, para los naturalistas es una simple secreción enfermiza del órgano que produce el nácar en ciertas conchas.

—Ramificación de los moluscos, clase de los acéfalos, orden de los testáceos, dijo Consejo.

—Precisamente, sabio Consejo. Ahora bien, entre esos testáceos, la oreja de mar iris, las romboides, las tridacnias, las ostras-peñas, en una palabra, todos los moluscos cuya secreción es el nácar, esa sustancia azul, azulada, violácea ó blanca, que tapiza el interior de sus valvas, son susceptibles de producir perlas.

—¿También las almejas? preguntó el canadiense.

—Sí; las almejas de ciertos rios de Escocia, del país de Gales, de Irlanda, de Sajonia, de Bohemia y de Francia.

—Bueno es saberlo para tenerlo presente en adelante, respondió el canadiense.

—Pero, proseguí, el molusco por excelencia que destila la perla es la ostra perlífera, la preciosa pintadina. La perla no es otra cosa que una concreción anacarada dispuesta en forma globulosa. Unas veces se encuentra adherida á la concha; otras veces se halla incrustada en los pliegues del animal, en cuyo caso está suelta, pero siempre contiene un núcleo duro, ora sea un óvalo estéril, ora un grano de arena, alrededor del cual la materia anacarada se deposita sucesivamente durante varios años por capas delgadas y concéntricas.

—¿Se encuentran muchas perlas en una misma ostra? preguntó Consejo.

—Sí, muchacho. Hay ciertas pintadinas que constituyen un verdadero joyero. Se ha citado una ostra pero lo dudo, que contenía ciento cincuenta tiburones.

—¡Ciento cincuenta tiburones! exclamó Ned-Land.

—¿He dicho tiburones? repuse vivamente. Quiero decir ciento cincuenta perlas. Tiburones no tendrían sentido alguno.

—En efecto, dijo Consejo. ¿Pero nos puede decir el señor ahora por qué medios extraen esas perlas?

—Se procede de diversos modos; y con frecuencia, cuando las perlas están adheridas á las válvulas los pescadores las arrancan con pinzas. Pero mas comunmente las pintadinas se estienden sobre esteras de esparto que cubren la playa. Mueren así al aire libre, y al cabo de diez dias se encuentran en un estado satisfactorio de putrefacción. Se sumergen entonces en unos vastos depósitos de agua de mar, y despues se abren y se lavan. En este momento comienza el doble trabajo de los raspadores, quienes primero separan las placas de nácar, conocidas en el comercio con el nombre de *franca plateada*, *bastarda blanca* y *bastarda negra*, que se entregan por cajas de ciento veinticinco á ciento cincuenta kilogramos. Despues sacan el parenquima de la ostra lo hacen hervir y lo tamizan para extraer hasta las perlas mas pequeñas.

—El precio de estas perlas, ¿varia segun su tamaño? preguntó Consejo.

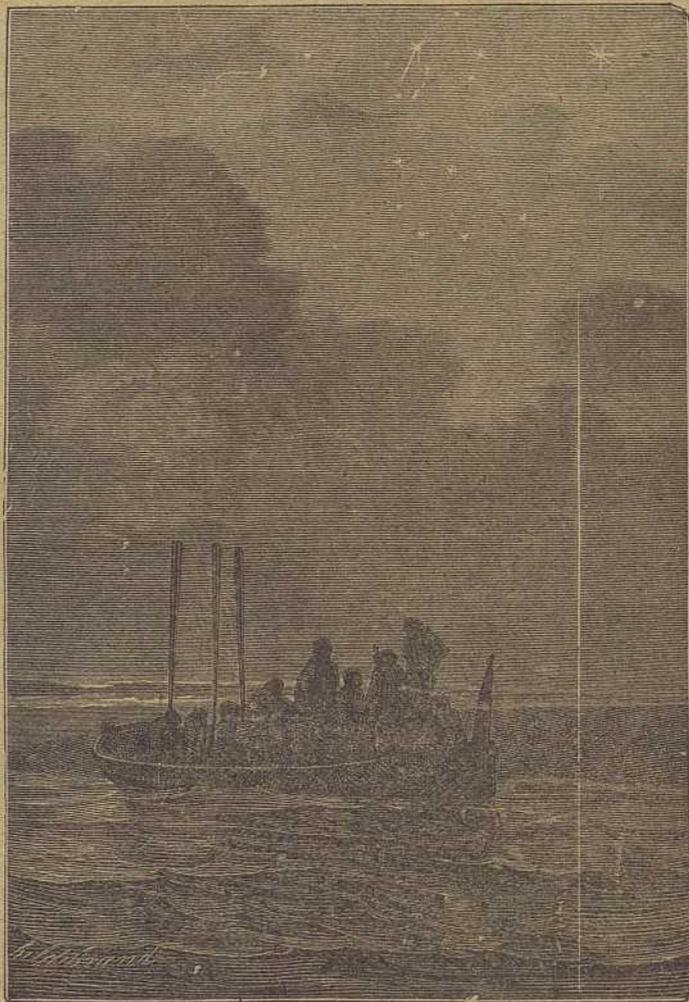
—No tan solo segun su tamaño, respondí, pero también segun su forma, segun su *agua*, es decir, su color, y segun su *orienté*; esto es, el brillo aterciopelado y cambiante que les da tan deliciosa vista. Las mas bella se llaman perlas vírgenes ó *parangones*, y se forman aisladamente en el tejido del molusco; son blancas, con frecuencia opacas, pero

á veces de transparencia opalina, y de forma comunmente esférica ó piriforme. Las esféricas forman los braceletes; las piriformes sirven para colgantes y las mas preciosas se venden al peso. Por último, en un órden inferior se clasifican las perlas pequeñas, conocidas con el nombre de aljófar; se venden por medida, y sirven especialmente para ejecutar bordados sobre los ornamentos eclesiásticos.

—Pero este trabajo, que consiste en separar las perlas segun su tamaño, debe ser largo y difícil, dijo el canadiense.

—No, amigo mio. Este trabajo se ejecuta por medio de once tamices ó cribas, llenas de un número variable de agujeros. Las perlas que quedan en los tamices de veinte á ochenta orificios son de primer órden; las que no pasan por los de ciento á ochocientos son de segundo órden; y por último, las que quedan en las cribas de novecientos á mil orificios constituyen el aljófar.

—Esto es muy ingenioso, exclamó Consejo, y veo que la division y clasificacion de las perlas se verifica mecánicamente. Y ¿podria decirnos el señor



El Nautilus durante la noche por la costa occidental de Ceilan.

que produce la explotacion de los bancos de ostras perlíferas.

—Si hemos de atenernos al libro de Sirr, respondi, las pesquerías de Ceilan están arrendadas anualmente por la suma de un millon de escualos.

—¿De francos! repuse Consejo.

—Sí, de francos. Tres millones de francos. Pero creo que estas pesquerías no producen ya lo que otras veces. Lo mismo acontece con las pesquerías americanas, que en el reinado de Cárlos V producian cuatro millones de francos, reduci los ahora á los dos tercios. En suma, puede evaluarse en nueve millones de francos el producto general de la explotacion de perlas.

—Pero, preguntó Consejo, ¿acaso no se citan algunas perlas célebres pagadas á muy alto precio?

—Sí, muchacho. Se dice que César ofreció á Servilia una perla apreciada en 120,000 francos de nuestra moneda.

—Y también he oido referir, dijo el canadiense, que cierta dama de la antigüedad bebia perlas disueltas en vinagre.

—Cleopatra, respondió Consejo.

—Eso no debia tener buen sabor, añadió Ned-Land.

—Detestable, amigo Ned, replicó Consejo; pero una copa de vinagre que cuesta millon y medio de francos es de muy bonito precio.

—Siento no haberme casado con esa dama, dijo el canadiense, accionando con su brazo en ademán poco tranquilizador.

—Ned-Land el esposo de Cleopatra! exclamó Consejo.

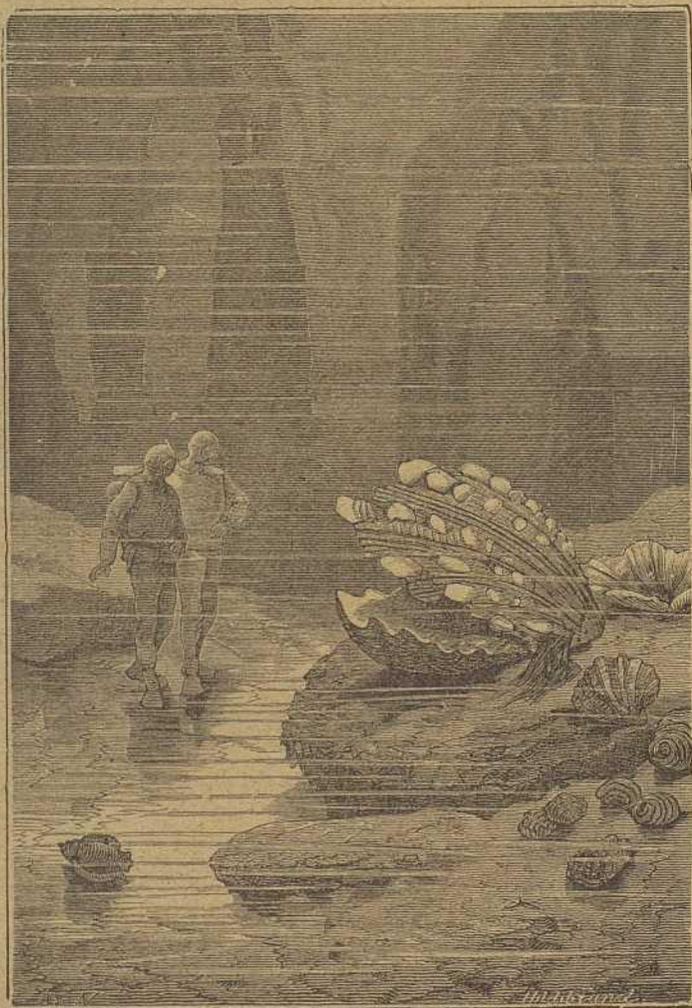
—Pero yo he debido casarme, Consejo, respondió seriamente el canadiense, y no tengo yo la culpa si el negocio no ha salido bien. Había yo comprado un collar de perlas para regalarlo á Kat-Tender, mi novia, quien se casó con otro. Pues bien, ese collar no me había costado mas que dollar y medio, y con

todo, créame el señor profesor, las perlas de que se componía no hubieran pasado por la criba de veinte orificios.

—Mi querido Ned, respondí riendo, eran perlas artificiales, simples glóbulos de cristal, revestidos interiormente con esencia de Oriente.

—¿Y esa esencia de Oriente debe costar cara? repuso el canadiense.

—¡Casi nada! No es otra cosa mas que la sustancia anacarada de una ooncha, recogida en agua y conservada en amontaco. No tiene valor alguno.



Perla sumergida bajo el manto del molusco.

—Por eso, sin duda, Kat-Tender se habrá casado con otro, respondió filosóficamente maese Land.

—Pero, dije, para ocuparnos de las perlas de mucho valor, no creo que jamás soberano alguno haya poseído una superior á la que tiene el capitán Nemo.

—Está, dijo Consejo, enseñando te magnífica joya encerrada en el armario.

—Ciertamente que no me equivoco al señalarle un valor de dos millones de...

—¡Francos! dijo apresuradamente Consejo.

—Sí, dije, dos millones de francos; y sin duda que no habrá costado al capitán mas que el trabajo de recogerla.

—¡Eh! exclamó Ned-Land: ¿quién sabe si mañana encontraremos su pareja!

—¡Bah! exclamó Consejo.

—¿Y por qué no?

—¿De qué servirían los dos millones á bordo del *Nautilus*?

—A bordo no, dijo Ned Lan; pero... en otra parte.

—¡Oh! ¡entonces!... repuso Consejo moviendo la cabeza

—Vamos al grano, dije: maese Land tiene razon; y si vamos á Europa ó América con una perla de algunos millones, esto nos dará grande autenticidad, y al propio tiempo mucho valor á la narracion de nuestras aventuras.

—Lo creo, dijo el canadiense.

—Pero, añadió Consejo, fijándose en la parte instructiva del asunto, ¿es peligrosa esa pesca de las perlas?

—No, me apresuré á responder, sobre todo cuando se toman ciertas precauciones.

—Y qué es lo que se arriesga en este oficio? dijo Ned-Land. ¿El tragar algunas bocanadas de agua salada?

—Nada mas que eso, Ned; pero á propósito, exclamé, procurandole tomar el mismo tono indiferente y sereno del capitán Nemo, ¿teneis miedo á los tiburones?

—Yo, respondió el canadiense, un arponero de profesion! Mi oficio consiste en burlarme de ellos.

—¿No se trata, añadió, de arponearlos, levantarlos, á bordo de un buque, cortarles la cola á hachazos, abrirles el abdomen, sacarles el corazon y tirarlo al mar!

—Entonces se trata de...?

—Sí, precisamente.

—¿En el agua?

—En el agua.

—¡A fe mia, llevando un buen arpon, algo se podría hacer! Ya sabéis que esos tiburones son unos animales bastante mal formados. Es preciso que se vuelvan tripa arriba para zamparos, y entre tanto...

Ned-Land tenia una manera de pronunciar la palabra *zampar*, que daba escalofríos.

—Y bien, y tú, Consejo, ¿qué piensas de los tiburones?

—Yo, dijo Consejo, seré franco.

—Enborabuena.

—Si el señor arrostra los tiburones, no veo motivo para que su fiel criado no lo haga tambien en su compañía.

CAPITULO III.

UNA PERLA DE DIEZ MILLONES.

Llegó la noche y me acosté, pero dormí bastante mal. Los escualos jugaron en mis ensueños un papel bastante importante, hasta que á las cuatro de la mañana me despertó el criado que el capitán Nemo habia puesto á mi disposicion (1). Me levanté con corta rapidez, me vestí y me fui al salon.

El capitán Nemo me aguardaba.

—Señor Aronnax, me dijo, ¿estais dispuesto?

—Estoy dispuesto.

—Tened la bondad de seguirme.

—¿Y mis compañeros, capitán?

—Están prevenidos y me guardan.

—¿No vamos á ponernos las escafandras? pregunté.

—Todavía no. No he dejado que el *Nautilus* se acercase demasiado á la costa, y estamos á bastante distancia del banco de Manaar; pero he mandado disponer el bote, que nos conducirá al punto preciso de desembarque, y nos economizará mucho trayecto. Allí van las escafandras, que nos pondremos cuando sea necesario comenzar la esploracion submarina.

El capitán Nemo me condujo hácia la escalera central, cuyos peldaños terminaban en la plataforma. Ned y Consejo se hallaban allí muy satisfechos de la expedicion que se estaba preparando. Cinco marineros del *Nautilus*, con los remos armados, nos aguardaban en el bote que se habia dispuesto á contrabordo.

La noche seguia siendo oscura. Algunos grupos de nubes cubrian el cielo, y no dejaban apercibir sino muy escas estrellas. Yo dirigia mi vista hácia

(1) Aquí ha habido necesidad de suprimir, por intraducible é inaplicable á nuestro idioma, una frase en que Julio Verne juega con la voz latina *requiem* y la francesa *requin* (tiburón), haciendo una hipotesis etimológica.

la tierra, pero solo vi una línea vaga que cerraba las tres cuartas partes del horizonte por el Suroeste y el Noroeste. Habiéndose remontado el *Nautilus* durante la noche por la costa occidental de Ceilan, se hallaba al Oeste de la bahía, ó mas bien del golfo formado por esta tierra y la isla de Manaar. Allí, bajo las aguas sombrías, se estendia el banco de pintadinas, inagotable campo de perlas, cuya longitud pasa de veinte millas.

El capitán Nemo, Consejo, Ned-Land y yo tomamos puesto en la popa. El patron de la embarcacion empuñó la caña del timon; sus cuatro compañeros se apoyaron en los remos, se largó la boza y nos separamos de á bordo.

Se dirigió la canoa hácia el Sur; los remeros no tenian mucha prisa, y pude observar que sus movimientos se sucedian de diez en diez segundos, segun el método generalmente usado en las marinas de guerra. Mientras que la embarcacion seguia su derrotero, los remos golpeaban el fondo negro de las olas, haciendo brotar perlas líquidas como espuma de plomo fundido, mientras que un pequeño oleaje imprimia á la canoa ligero balanceo, cabrilleando las hendidas aguas por la proa.

Permaneciamos silenciosos. ¿En qué pensaba el capitán Nemo? Quizá en esa tierra, á la cual se aproximaba, y que creia hallar demasiado cerca de sí, al revés del canadiense, á quien parecia aun demasiado distante. Por lo que hace á Consejo, se hallaba allí como simple curioso.

A eso de las cinco y media, las primeras tintas del horizonte mostraron mas sencillamente la línea superior de la costa. Bastante llana hácia el Este, se elevaba algun tanto hácia el Sur. Nos hallábamos aun á cinco millas, y casi se confundia con las aguas brumosas. La mar se hallaba desierta; ni un buque, ni un buzo; profunda soledad, en aquel sitio de cita para los pescadores de perlas. Como el capitán Nemo me habia hecho observar, llegábamos con un mes de anticipacion á esto sitios.

A las seis se hizo súbitamente de dia, con esa rapidez propia de las regiones tropicales, que no conocen ni aurora ni crepúsculo. Los rayos solares penetraron por la cortina de nubes amontonadas sobre el horizonte oriental, y se evó el astro refulgente con magestuosa rapididad.

Entonces pude ver distintamente la tierra, en la cual habia esparcidos por aquí y por allá algunos árboles.

La barca se adelantó hácia la isla de Manaar, que presentaba una forma redonda por la parte Sur. El capitán Nemo se habia levantado de su banco, y observaba con suma atencion el mar.

A una señal suya se hechó el ancla; cuya cadena corrió apenas, porque apenas habia un metro de agua, y formaba en aquel sitio uno de los puntos mas altos del banco de pintadinas, que la canoa evitó desde luego impulsada por el resujo, que la llevaba con holgura.

—Ya hemos llegado, señor Aronnax, dijo entonces el capitán Nemo. Observad esa bahía, donde dentro de un mes se reunirán numerosos buques pescadores, y veidrán sus buzos á registrar audaces estas aguas para hacer la explotacion de esta mercancía. Como veis, se halla favorablemente dispuesta para este genero de pesca, y abrigada la bahía de los vientos mas fuertes, jamás se siente el oleaje; circunstancia que favorece mucho á los buzos. Vamos ahora á ponernos nuestras escafandras, y comenzaremos el paseo.

Nada respondí; y contemplando con admiracion aquellas ondas sospechosas, ayudado por los marineros, empecé á vestirme mi pesado traje marítimo. El capitán Nemo y mis otros dos compañeros se vestian al propio tiempo, no debiendo acompañarnos en

esta nueva expedición ninguno de los hombres del *Nautilus*.

Muy luego quedamos aprisionados hasta el cuello en el traje de caoutchouc, y fijamos con los tirantes en nuestra espalda los receptáculos del aire, porque en aquel momento no eran necesarios los aparatos Ruchmcorff. Antes de introducir la cabeza en aquella cápsula de cobre, quise preguntar al capitán por qué no íbamos provistos de ellos, y me contestó el capitán:

—No iremos á grandes profundidades, y bastarán los rayos solamente para iluminar nuestra marcha; además de que no sería prudente entrar en estas aguas con una linterna eléctrica, cuyo brillo podría atraer inopinadamente algun peligroso habitante de estas costas.

Mientras que el capitán Nemo pronunciaba estas palabras, me volví hácia Consejo y Ned-Land, que aprisionados ya en su casquete metálico, no podían oír ni responder.

Tenia que dirigir otra pregunta al capitán Nemo, y le dije:

—¿Y nuestras armas? ¿Tampoco llevamos escopetas?

—Escopetas, para qué? ¿No atacan vuestros montañeses al oso puñal en mano, y no es mas seguro el acero que el plomo? Aquí tenéis una hoja sólida y bien templada; colocadla en vuestro cinto y marchemos.

Miré á mis compañeros; estaban armados como nosotros, y Ned-Land blandía además un enorme arpon, que había trasbordado á la canoa antes de abandonar el *Nautilus*.

Luego, siguiendo el ejemplo del capitán, me dejé asegurar la pesada esfera de cobre, y nuestros receptáculos de aire fueron inmediatamente puestos en actividad.

Un momento despues nos desembarcaban los marineros de la lancha, á uno despues de otro, haciendo pié á metro y medio de profundidad sobre una arena resistente. Siguiendo luego al capitán Nemo, que nos hizo una señal con la mano, desaparecimos bajo las olas por una suave pendiente.

Las ideas que asediaban mi cerebro, me fueron abandonando, y quedé en la calma mas absoluta. La facilidad en los movimientos aumentó mi confianza, cautivando completamente mi atención la estrañeza del espectáculo que presenciaba.

El sol enviaba ya claridad suficiente que penetraba bajo las aguas, pudiéndose distinguir los objetos mas imperceptibles, y eso que á los diez minutos de marcha nos hallábamos á cinco metros de profundidad, formando entonces el terreno como una gran llanura.

Cual sucede con las bandadas de chochas en las lagunas, se levantaban al acercarnos troyes de curiosos peces del género de los menopteros, que solo tienen una nadadera, la de la cola. Reconocí al javanés, verdadera serpiente de ocho decímetros de largo, de vientre livido, que facilmente se confundiria con el congrio sin las líneas de oro de sus costados. En el género de los ostromatos, cuyo cuerpo es muy comprimido y oval, observé los paros de brillantes colores que ostentan en su nadadera dorsal como una hoz; peces comestibles, que secos y preparados á la marinera, forman un manjar excelente, conocido con el nombre de *krawade*; luego los tranquerbaros, pertenecientes al género de los apsisforoides, cuyo cuerpo está recubierto por una coraza escamosa de ocho escarcelas longitudinales.

La elevación progresiva del sol iluminaba mas y mas la masa de las aguas. El terreno cambiaba poco á poco, y á la finisima arena sucedia una verdadera calzada de rocas redondeadas, revestidas con una alfombra de moluscos y zoófitos. Entre los modelos

ó tipos de estas dos ramas, llegué á divisar unos placentos de delgadas y desiguales valvas, especies de ostráceas propias del Mar Rojo y del Océano Indio; unas lucinas anaranjadas de concha orbicular; unos taladros sugúleos; algunas de esas púrpuras péricas que suministraban al *Nautilus* admirable tinta; rocas cornudas, largas, de once centímetros, que se levantaban bajo las olas como manos dispuestas á hacer presa; turbinelas erizadas de espinas; língulos hiantos; anatinos, conchas comestibles, que alimentan los mercados del Indostan; pelagios panopiros, ligeramente luminosos; y por fin, admirables oculinas flabeliformes, magníficos abanicos que forman una de las mas ricas arborizaciones de esos mares.

En medio de esas plantas vivas, y bajo los emparados de hidrófitas, corrían legiones de articulados, con especialidad unas raninas dentadas, cuyo caparazon representa un triángulo algo redondeado, unas birgas especiales á esos sitios, partenopes horribles, cuyo aspecto repugnaba. Un animal no menos hediondo encontré allí muchas veces, y fue ese cangrejo enorme observado por Mr. Dawin, á quien habiendo dado la naturaleza el instinto y la fuerza necesaria para alimentarse con nueces de coco, se agarra á los árboles de la orilla, hace caer el coco, que se rompe al golpe, y le abre con sus poderosas tenazas. Aquí bajo estas ondas puras, este cangrejo corria con una agilidad sin igual, mientras que las quelóneas francas, de esa especie que frecuenta las costas de Malabar, rastreaban lentamente entre las movedizas rocas.

A eso de las siete pisábamos ya por fin el banco de pintadinas, en el que se reproducen á millones las ostras de perlas.

Esos preciosos moluscos se adherían á las rocas, y quedaban fuertemente sujetos por el biso de color moreno que no les permite moverse, en lo cual son inferiores á las almejas, á quienes la naturaleza no ha rehusado la facultad de locomoción.

La pintadina *maleagrina*, la madre perla, cuyas valvas son casi iguales, se presenta bajo la forma de una concha redondeada, de espesas paredes muy rugosas en el exterior. Algunas de estas conchas eran quebradas en forma de hoja, y surcadas de bandas verduzas que irradiaban de su cima; pertenecían á las otras jóvenes.

Las ostras de superficie ruda y negra, viejas, de diez años ó mas, median hasta quince centímetros de anchura.

El capitán Nemo me mostró con la mano aquel prodigioso monton de pintadinas, y comprendí que esa mina era verdaderamente inagotable, porque la fuerza creadora de la Naturaleza puede mucho mas que el espíritu destructivo del hombre. Ned-Land, fiel á ese instinto de destrucción, se apresuraba á llenar con los mas hermosos moluscos una red que á su costado llevaba.

Pero no podíamos detenernos. Era preciso seguir al capitán, que parecia dirigirse por senderos de él solo conocidos. Remontábase el sol sensiblemente, y algunas veces mi brazo elevado salia fuera de la superficie del mar. Despues, el nivel del banco, se rebaja caprichosamente. Teníamos que flanquear á menudo altas rocas piramidales. En sus sombrías anfractuosidades, inmóviles sobre sus altas patas, como máquinas de guerra, nos miraban ciertos grandes crustáceos, con sus ojos fijos, y bajo nuestros pies se arrastraban las mirianas, los glíceros, las aricias y los anélidos, que alargaban desmesuradamente sus antenas, y sus tentáculos.

En este momento se abrió delante de nuestro paso una vasta gruta, escavada en un pintoresco conjunto de rocas tapizadas con todas las bellezas de la flora submarina. Al principio, esta gruta me pareció pro-

fundamente oscura. Los rayos solares parecían amortiguarse allí por degradaciones sucesivas. Su vaga transparencia no era ya otra cosa que la luz crepuscular.

El capitán Nemo penetró allí, y detrás de él nosotros mis ojos se acostumbraron bien pronto á aquellas tinieblas relativas, y distinguí las ondulaciones tan caprichosamente contorneadas en la bóveda, que se hallaba sostenida por pilares naturales, asentados sobre base granítica, como las pesadas columnas de la arquitectura toscana. ¿Qué objeto podía proponerse nuestro incomprendible guía arrastrándonos al fondo de aquella cripta submarina? Bien pronto iba á saberlo.

Después de haber descendido una pendiente bastante rápida, hollaron nuestras plantas el fondo de una especie de pozo circular, donde se detuvo el capitán Nemo, indicándonos con la mano un objeto que aun no había sido apercibido.

Era una ostra de dimensiones extraordinarias, una tridacna gigantesca, una pila que hubiese podido contener un lago de agua bendita, cuya anchura pasaba de dos metros, y mas grande, por consecuencia que la que adornaba el salón del *Nautilus*.

Acerqueme á aquel molusco fenomenal, que se hallaba adherido por su biso á una peña de granito, desarrollándose aisladamente en las tranquilas aguas de la gruta. Calculé que podría pesar unos trescientos kilogramos, y semejante ostra contendría unos quince kilos de carne, por lo que sería necesario hallarse dotado del estómago de una gargantua para decidirse á tomar algunas docenas.

El capitán Nemo conocía evidentemente la existencia de ese bivalvo, á quien sin duda no visitaba entonces por primera vez, y creí que al conducirnos á aquel sitio, solo pretendía enseñarnos una curiosidad natural; me equivocaba: el capitán Nemo tenía un interés particular en hacer constar el estado actual de aquel ejemplar famoso de la familia ostriforme.

Ambas valvas del molusco se hallaban entreabiertas. El capitán se acercó, introduciendo su puñal entre las conchas para impedir que pudieran unirse; después levantó con la mano la túnica membranosa con franjas en los bordes, que formaba el manto del animal.

Vi allí entre sus pliegues una perla libre, cuyo tamaño igualaba al de un coco, que por su forma globulosa, su perfecta diaphanidad y limpidez, y su admirable oriente, constituía una joya de inestimable precio. Movid por la curiosidad, estendí ya la mano para cogerla, pesarla y palparla; pero el capitán me detuvo haciendo una señal negativa, y retirando su puñal por un movimiento rápido, dejó que las dos valvas se volvieran á cerrar súbitamente.

Comprendí entonces cuál era el intento de aquel hombre, que dejando aquella perla sumergida bajo el manto del molusco, le permitía crecer insensiblemente, puesto que cada año aumentaba con su secreción nuevas capas concéntricas. Solo el capitán conocía la gruta donde maduraba aquel admirable fruto de la Naturaleza, que iba educando, por decirlo así, con objeto de trasportarlo algun día á su precioso museo del *Nautilus*. Quizá siguiendo el ejemplo de los chinos y de los indios, había determinado la producción de aquella perla, depositando entre los pliegues del molusco algun trozo de cristal y de metal que poco á poco se había ido cubriendo de la nacarada materia. En último resultando, comparando esa perla con las que yo conocía y que formaban parte brillantísima de la colección del capitán, estimé su valor en diez millones de francos por lo menos, considerándola, por supuesto, como curiosidad natural, no como joya de lujo, pues no puedo suponer que haya orejas femeninas que puedan soportar su peso.

Habíamos terminado la visita á la opulenta ostra,

y abandonando el capitán Nemo la gruta, subimos sobre el banco de pintadinas, entre aquellas cristalinas aguas, no enturbiadas aun por el trabajo de los buzos pescadores.

Caminábamos aisladamente, como verdaderos paseantes de corte, deteniéndonos ó alejándonos, cada cual segun su capricho. Por mi parte no me cuidaba de los peligros que tan ridículamente había exagerado en mi imaginación. El fondo iba insensiblemente acercándose á la superficie, y muy luego pude sacar la cabeza, aunque sumergido en un metro de agua todavía. Consejo se acercó á mí y arrimando su casquete metálico al mio, me hizo un saludo amistoso con los ojos. Pero aquella planicie no media mas que algunas toesas, y nos hallamos en breve nuevamente sumergidos en nuestro elemento, que tal calificación me atrevo á darle.

Diez minutos después detúvose repentinamente el capitán, y me figuré que hacia alto para retroceder sobre nuestros pasos, pero no era así, y con un ademán nos ordenó que nos embarcásemos cerca de él en el fondo de una dilatada anfractuosidad. Dirigió su mano hácia un punto de la masa líquida, y fijé atentamente mis ojos.

A unos cinco metros divisé una sombra que bajó rápidamente hasta el fondo. Entonces la primera idea que surgió en mi mente fue la de los tiburones; pero también esta vez me equivocaba; y todavía no teníamos que habérnoslas con esos feroces ó insaciables monstruos del Océano.

Era un hombre, un hombre vivo, un indio, un negro, un pescador, un pobre diablo sin duda, que iba á rebuscar antes de la cosecha. Distinguí desde mi puesto la quilla de su canoa, situada á algunos pies sobre su cabeza, y pude observar que se sumergía y volvía á la superficie. Una especie de piedra cónica aislada entre los pies, y á la cual se hallaba sujeta una cuerda atada al barco, le servía para bajar con mas rapidez al fondo del mar. Era todo el mecanismo, toda la maquinaria, los únicos útiles que empleada; y llegado al fondo, que sería de unos cinco metros en aquel punto próximamente, se echaba de rodillas y llenaba un saquito de pintadinas recogidas al acaso, subiendo enseguida á vaciar el saco, arreglar la piedra y volver á continuar su operación, que solo duraba unos treinta segundos.

Ese buzo no podía vernos, porque la sombra de la roca nos ocultaba á sus miradas. Y por otra parte, ¿como hubiera podido suponer jamás este pobre indio que otros hombres, otros seres semejantes á él, estuviesen allí debajo de las aguas espionando sus movimientos sin perder ningun detalle de su pesca?

Muchas veces se remontó y volvió á sumergirse de nuevo. Apenas si recogía una docena de pintadinas en cada sumersión, porque tenía que arrancarlas del banco, al cual estaban fuertemente agarradas por su robusto biso. ¿Y cuántas de aquellas ostras estaban desprovistas de perlas, por las cuales tan temerariamente arriesgaba su vida!

Yo le observaba con atención profunda. Hacia su maniobra con regularidad, y durante una media hora pareció no amenazarle peligro alguno. Iba, pues, familiarizándose con el espectáculo de esta pesca interesante, cuando de repente, en el momento en que el indio estaba arrodillado en el fondo, le vi estremecerse con un movimiento de terror, enderezarse y agarrar la cuerda para remontarse á la superficie de las ondas.

Comprendí su espanto. Una sombra gigantesca apareció por encima del desgraciado buzo. Era un tremendo tiburón que avanzaba diagonalmente, con el ojo encendido y abierta su terrible boca.

Enmudecí de horror, incapaz de ejecutar movimiento alguno.

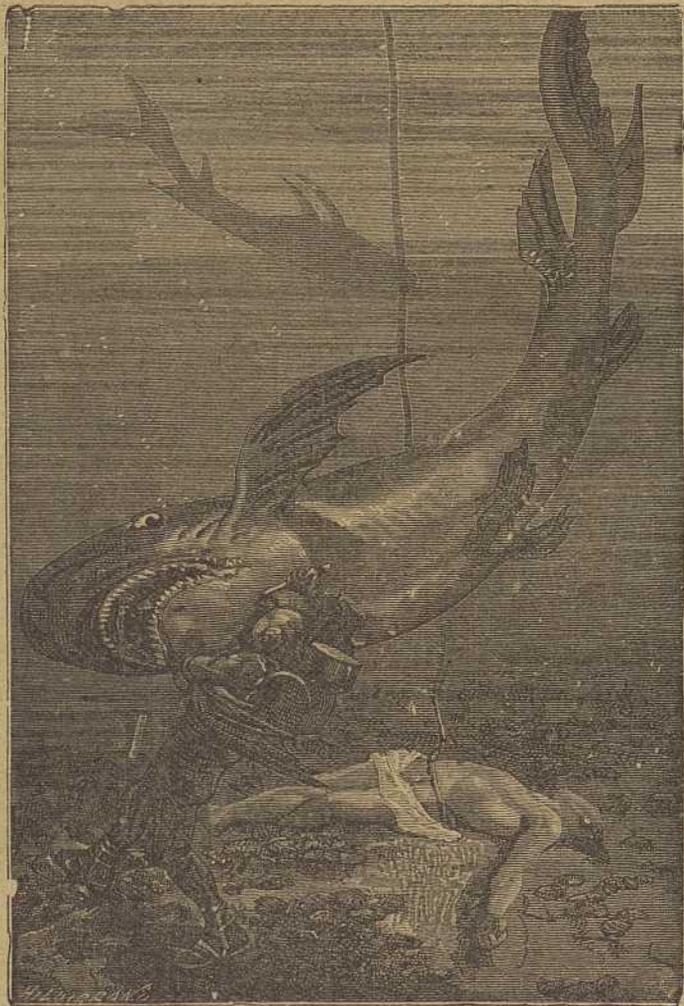
El voraz animal, con un vigoroso aletazo, se lan-

zó sobre el indio, el cual, echándose á un lado, evitó la presa del tiburón, pero no la sacudida de su cola, porque ésta, alcanzándole en el pecho le dejó tendido en el suelo.

Esta escena había durado apenas algunos segundos. El tiburón se revolvió, y echándose sobre el espinazo se preparaba á partir al indio en dos mitades, cuando sentí al capitán Nemo, colocado cerca de mí, levantarse súbitamente. Después, puñal en mano, marchó derecho hacia el monstruo, dispuesto á luchar cuerpo á cuerpo con él.

El animal, en el momento en que iba á desmenuzarse al desgraciado pescador, apercibió á su nuevo adversario, y volviendo á su posición natural, se dirigía rápidamente hacia él.

Me parece ver todavía la apostura del capitán Nemo. Replegado sobre sí mismo, esperó con admirable sangre fría al formidable cetáceo, y cuando éste se precipitó sobre él echándose á un lado con una agilidad prodigiosa, evitó el choque y le hundió el puñal en el vientre. Pero aun no había concluido todo, se trabó un terrible combate.



Le hundió el puñal en el vientre.

El tiburón había rugido, por decirlo así. La sangre salía á borbotones de su herida. La mar se enrojeció, y á través de este líquido opaco no ví nada más.

Nada más hasta el momento en que, penetrando un poco de claridad, apercibí al audaz capitán aferado á una nadadera del monstruo, luchando cuerpo á cuerpo con él y multiplicando las puñaladas en el vientre de su enemigo, sin acertar á darle el golpe de gracia, esto es, atravesarle el corazón. El animal, debatiéndose, agitaba con furia la masa líquida y sus remolinos amenazaban derribarle.

Yo hubiera querido volar al socorro del capitán, pero enclavado por el horror no podía moverme.

Miré con terror aquel ojo furioso. Ví modificarse las bases de la lucha. El capitán cayó al suelo derribado por la masa enorme que pesaba sobre él. Después, las mandíbulas del tiburón se abrieron desmesuradamente como tenazas de fragua, y este hubiera sido el último momento del capitán, si rápido como el pensamiento y arpon en mano, Ned-Land no se hubiera precipitado hacia el tiburón hiriéndole con su terrible lanza.

Impregnáronse las ondas de sangre, y se agitaron por los movimientos desconcertados del monstruo, que las batía con indescriptible furor. Ned-Land no había errado el golpe; el tiburón se hallaba en la

a punta, porque herido en el corazón se deshacía en espantosas convulsiones que, moviendo la masa de agua, derribaron á Consejo.

Ned-Land entre tanto había puesto en libertad al capitán, que se levantó sin lesión alguna, se encaminó en derrechura al indio, cortó á toda prisa la cuerda que le ligaba á la piedra, le tomó en sus brazos, y dando un vigoroso golpe con la planta en el fondo, se elevó con él á la superficie del mar.

Le seguimos los tres; y en algunos momentos, salvados milagrosamente, llegamos á la embarcación del pescador.

El primer cuidado del capitán Nemo fue hacer volver á la vida á aquel desgraciado, lo que me parecía un tanto difícil, á pesar de que la sumersión del pobre diablo no había sido muy larga, porque el coletazo podía haberle herido de muerte.

Afortunadamente, después de vigorosas fricciones de Consejo y del capitán, poco á poco volvió en su conocimiento el ahogado, abrió los ojos, y ¡cuál debió ser su sorpresa, su espanto, al ver las cuatro cabezas de cobre que se inclinaban sobre él!

Y especialmente, que debió pensar cuando el capitán Nemo, sacando de un bolsillo de su traje un saquito de perlas, se lo puso en la mano? Aquella magnífica limosna del habitante de las aguas al indio de Gama fue aceptada por este con mano trémula, y sus ojos estraviados indicaban, por lo demás, que no sabía á qué seres sobrehumanos debía á la vez la fortuna y la vida.

A una señal del capitán, volvimos al banco de pintadinas; y siguiendo el camino ya recorrido, después de media hora de camino, encontramos el ancla que fijaba al fondo del mar la canoa del *Nautilus*.

Una vez embarcados, cada uno de nosotros, con ayuda de los marineros se desembarazó de su pesado caparazón de cobre.

Las primeras palabras del capitán Nemo, se dirigieron, como es natural, al canadiense, á quien dijo:

—Gracias, señor Land.

—Es mi rebancha, capitán; os lo debía.

Una sonrisa de inquietud se deslizó en los labios del capitán, y todo concluyó.

—Al *Nautilus*, dijo.

La embarcación se deslizaba como una saeta sobre las olas. Algunos minutos más tarde encontramos el cadáver del tiburón que sobrenadaba en la superficie.

Reconoci en el color negro que señalaba la extremidad de sus nadaderas al terrible melanóptero del mar de las Indias, de la especie de los tiburones propiamente dichos. Su longitud pasaba de veinticinco pies, y su enorme boca equivalía á la tercera parte de su cuerpo. Era ya de alguna edad, lo que se podía conocer en sus seis carreras de dientes, dispuestas en triángulos iróscelos en la mandíbula superior.

Consejo le miraba con interés científico, y estoy seguro que le clasificaba, no sin fundamento, en la clase de los cartilaginosos, orden de los conopterigianos de branquias fijas, familia de los selacianos, género de los escualos.

Mientras que yo consideraba esta masa inerte, apareció de repente una docena de aquellos voraces melanópteros alrededor de la embarcación; pero sin preocuparse de nosotros, se arrojaron sobre el cadáver y se disputaron sus trozos.

A las ocho y media ya estábamos de vuelta á bordo del *Nautilus*, donde me entregué á reflexiones acerca de los incidentes de nuestra excursión al banco de Manaar. De esto se desprendían inevitablemente dos observaciones: la una, respecto á la audacia, su ejemplo, de capitán Nemo; la otra,

respecto á su abnegación hácia un ser humano, que á todo evento era uno de los representantes de esa raza de quien huía bajo los mares. Por más que lo dijera, ese hombre extraño no había conseguido matar su corazón por completo.

Quando le hice esta observación, me respondió con tono un tanto conmovido:

—Este indio, señor profesor, es un habitante del país de los oprimidos; y yo soy aun, y hasta que exhale mi último aliento, continuaré siendo de ese país.

CAPITULO IV.

EL MAR ROJO.

Durante el día 29 de enero desapareció bajo el horizonte de la isla de Ceilan; y el *Nautilus*, con una velocidad de veinte millas por hora, se deslizó por entre aquel laberinto de canales que separan las Maldivias y Laquedivas; costó también la isla de Kitten, tierra de origen madreporico, descubierta por Vasco de Gama en 1499, y una de las diez y nueve principales islas de ese archipiélago de las Eaquevidas, situadas entre 10° y 14° 30' de latitud Norte, y 69° y 50° 72' de longitud Este.

Habíamos andado hasta entonces, diez y seis mil doscientas veinte millas, ó siete mil quinientas leguas, desde nuestro punto de partida en los mares del Japon.

Al día siguiente, 30 de enero, cuando el *Nautilus* volvió á subir á la superficie del Océano, no había ya tierra á la vista. Seguía la ruta al Noroeste, dirigiéndose hácia ese Mar de Oman, abierto entre la Arabia y la península India, que sirve de mercado al golfo Pérsico.

Evidentemente era un callejón sin salida posible. ¿Dónde nos conducía, pues, el capitán Nemo? Yo no hubiera podido decirlo; y el canadiense ese día, no hallándose muy satisfecho al ver el rumbo que llevábamos, me preguntó dónde íbamos.

—Vamos, señor Ned, á donde nos conduce el capricho del capitán.

El canadiense respondió:

—Ese capricho no podrá conducirnos muy lejos, y si entramos allí, no tardaremos mucho en volver sobre nuestros pasos.

—Bueno, volveremos, señor Land; y si después del golfo Pérsico quiere el *Nautilus* visitar el mar Rojo, allí tenemos siempre el estrecho de Bebel-Mandeb que nos dejará paso.

—No os enseñaré, señor, respondió Ned-Land, que el mar Rojo está tan cerrado como el golfo, puesto que el Istmo de Suez aun no está abierto; y aunque lo estuviera, un buque misterioso como el nuestro no se aventuraria en aquellos canales cortados por las esciutas. Así, pues, el mar Rojo no es el camino que nos ha de conducir á Europa.

—Tampoco he dicho yo que volveríamos á Europa.

—Pues ¿qué suponeis?

—Supongo, que después de haber visitado estos curiosos sitios de la Arabia y del Egipto, el *Nautilus* volverá á bajar el Océano Indio, quizá á través del canal de Mozambique, quizá á lo largo del canal de las Mascareñas, de modo que gane el cabo de Buena Esperanza.

El canadiense preguntó con particular insistencia:

—¿Y una vez en el cabo de Buena Esperanza?

—Toma, penetraremos en ese Atlántico que aun no conocemos. Acaso, amigo Ned, ¿os hallais ya fatigado de este viaje por debajo de las olas, y os sentis molesto ante el espectáculo incesantemente variado de las maravillas submarinas? Por lo que á mí respecta, vería con mucho disgusto que fina-

Haba este viaje, que muy pocos hombres habrán tenido ocasion de ver.

—¿Sabeis, señor Aronnax, respondió el canadiense, que ya hace casi tres meses nos hallamos aprisionados á bordo de este *Nautilus*?

—No, Ned; no lo sé, no quiero saberlo, ni cuento los días ni las horas.

—Pero ¿y la conclusion?

—La conclusion vendrá en tiempo oportuno; y por otra parte, nada podemos hacer, y discutimos inútilmente. Si viniérais á decirme, mi valiente Ned, que se nos ofrece una probabilidad de evasion, entraria en discusion con vos; pero como no nos hallamos en ese caso, hablándoos con franqueza, no puedo creer que el capitán Nemo se aventure nunca en los mares europeos.

Por este corto diálogo podrá comprenderse que, fantástico del *Nautilus*, me habia encarnado en la piel de su comandante.

Por lo que á Ned-Land se refiere, terminó la conversacion con estas palabras en forma de monólogo.

Pero, á mi parecer, donde no hay espontaneidad no hay placer.

Durante cuatro días, hasta el 3 de enero, permaneció el *Nautilus* visitando el mar de Oman á diversas profundidades y con distinta velocidad, marchando al acaso, como si hubiera titubeado en el camino que debía seguir, aunque sin pasar nunca el trópico de Cáncer.

Al dejar este mar estuvimos algunos momentos contemplando á Mascate, la mas importante ciudad del país de Oman. Admiré su extraño aspecto en medio de las rocas negras que la rodean, y sobre las cuales se destacan en blanco sus casas y sus fuertes. Distinguí la redonda cúpula de sus mezquitas, la elegante punta de sus minaretes, sus frescos terrados llenos de verdor; pero todo esto no fue mas que una especie de vision, porque el *Nautilus* se sumergió bien pronto bajo las olas de aquellos sombríos parajes.

Despues caminó á una distancia de seis millas de las costas arábicas de Mahrah y Hadramant, y su ondulada línea de montañas, donde se ostentaban algunas antiguas ruinas. El 5 de febrero entrábamos, por fin, en el golfo de Aden, verdadero embudo introducido en el estrecho de Babel-Mandeb, que deja paso de las aguas indias al Mar Rojo.

El 6 del mismo mes flotaba el *Nautilus* á la vista de Aden, colgado sobre un promontorio reunido al continente por un istmo estrecho, especie de Gibraltar inaccesible, cuyas fortificaciones han rehecho los ingleses despues de apoderarse de él en 1839. Pude entrever los minaretes octógonos de esta ciudad, que fué en otro tiempo el depósito comercial mas rico de la costa, segun dice el historiador Hedrisi.

Bien creia yo que el capitán Nemo, llegado hasta aquel punto, iba á volver atrás, pero me engañaba; y con gran sorpresa mia, al siguiente día, 7 de febrero, embocábamos en el estrecho de Babel-Mandeb, cuyo nombre quiere decir en árabe *la puerta de las lágrimas*. De veinte millas de ancho, cuenta apenas cincuenta y dos kilómetros de longitud, y lanzando el *Nautilus* á toda velocidad, pudo franquearle en menos de una hora; pero vi nada, ni aun esa isla de Perim, que el gobierno británico ha fortificado para hacer mas inespugnable la posicion de Aden. Surcaban aquel estrecho pasaje muchos vapores ingleses y franceses de la línea de Suez á Bombay, á Calcuta, á Melbourne, á Bourbon y á Mauricio; y no pudiéndose mostrar al *Nautilus* se mantuvo prudentemente entre dos aguas.

Por fin, al medio dia surcábamos las aguas del Mar Rojo.

¡El Mar Rojo, el lago célebre de las tradiciones

bíblicas, no refrescado gran cosas por las lluvias, ni alimenta lo por ningun rio importante, mermando incessantemente por una evaporacion, excesiva, que le hace perder cada año una masa líquida de metro y medio de altura! Golfo singular que, cerrado, y en las condiciones de un lago, quedaria tal vez enteramente deseado; inferior en esto á sus vecinos el Caspio y el Asfáltico ó Muerto, en los cuales el nivel ha baja lo solamente al punto en que la evaporacion es precisamente igual á la masa de aguas recibidas en su seno.

El Mar Rojo tiene dos mil seiscientos kilómetros de longitud, con una anchura media de doscientos cuarenta. En tiempo de los Ptolomeos y de los emperadores romanos fué la grande arteria comercial del mundo, y la canalizacion del istmo le devolverá su antigua importancia, que los *railways* de Suez le han reconquistado ya en parte.

No me esforcé en comprender por qué raro capricho se decidió el capitán Nemo á llevarnos á este golfo, y aprobé sin reserva la entrada del *Nautilus* en aquel sitio. Tomó una marcha moderada, ora flotando en la superficie, ora sumergido, para evitar algun navío, y pude observar así lo exterior y lo interior de aquel mar tan curioso.

El 8 de Febrero, á las primeras horas de la mañana, descubrimos á Moka, poblacion al presente arruinada, cuyas murallas caen al solo estampido del cañon, y que abrigan aquí y allá algunas verdes dátileras; ciudad importante en otro tiempo, que contenia seis mercados públicos, veintiseis mezquitas, formando con sus murallas, defendidas por cortos cerros fuertes, un cinturón de tres kilómetros próximamente.

Se aproximó en seguida el *Nautilus* á las riberas africanas, donde la profundidad del mar es mayor y allí, entre dos aguas, de una limpidez cristalina, con las ventanas abiertas, pudimos contemplar admirables enramadas de brillantes corales, y vas los muros de rocas revestidas con un espléndido fetido verde de algas y de fucos. ¡Cuán indescriptible espectáculo, y que variedad de paisajes en el enrasamiento de aquellos escollos é islotes volcánicos que confluyen con la costa de Libia! Pero donde esas arborizaciones aparecieron en toda su belleza, fué por las costas Orientales, donde el *Nautilus* no tardó en llegar hácia las costas de Tehana; porque entonces, no solo florecian todas esas arborizaciones de zoófitos bajo el nivel del mar, sino que formaban tambien pintorescos cruzamientos que se desarrollaban á mas de diez brazos sobre la superficie; mas caprichosos, pero menos coloreados que aquellos, cuya frescura se hallaba mantenida por la húmeda vitalidad de las aguas.

¡Cuántas horas de expansion y de encanto pasé de este modo en los cristales del gran salon! ¡Cuántas muestras nuevas de la flora y de la fauna submarina admiré bajo el brillo de nuestro fanal eléctrico! Funjas agariciformes, actinias ú ortigas de mar de color de pizarra, entre otros el *thalassianthus aster*, los tubíperos dispuestos como flautas y esperando solo el aliento del dios Pan, conchas particulares á estos mires, que se establecen en las escavaciones madreporicas, y cuya base es á contorneada en espiral corta; y mil tipos, por fin, de un polípero que aun no habia observado, la esponja vulgar.

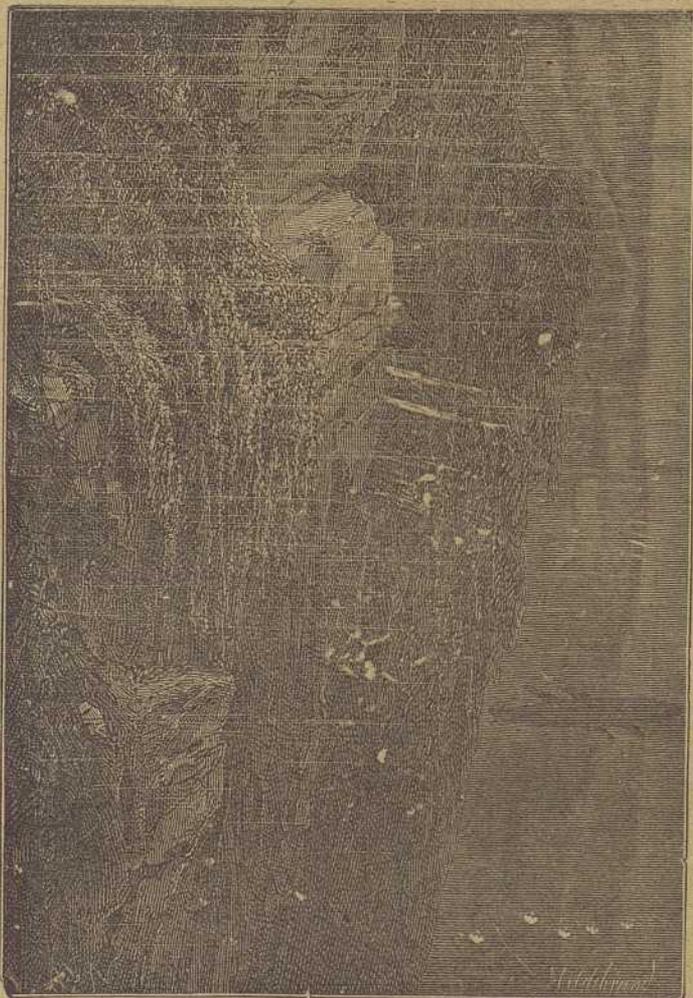
La clase de las esponjas, primera del grupo de los pólipos, ha sido precisamente creada para este precioso producto, cuya utilidad es incontestable; no es la esponja un vegetal como lo admiten todavia algunos naturalistas, sino un animal del último orden, un polípero inferior al del coral; y no siendo dudosa su animalidad, no se puede adoptar la opinion de los antiguos, que le miraban como un sér intermedio entre la planta y el animal; debiendo decir, sin

embargo, que los naturalistas no están de acuerdo sobre el modo de organización de las esponjas. Para los unos es un polípero, y para los otros, como Milne Edwards, es un individuo aislado y único.

La clase de los esponjarios contendrá próximamente trescientas especies, que se encuentran en diversos mares y aun en ciertas corrientes de agua, donde han recibido el nombre de *fluviales*; pero sus aguas predilectas son las del Mediterráneo, archipiélago griego, costa de Siria y Mar Rojo. En esos puntos se reproducen y desarrollan estas esponjas finis-

mas y suaves, cuyo valor se eleva hasta ciento cincuenta francos; la esponja rubia de Siria, la esponja dura de Berbería, etc.; y ya que yo no podía estudiar esos zoófitos en las escalas de Levante, de donde nos hallábamos separados por el Istmo de Suez, me contenté observándolas en las aguas del Mar Rojo.

Llamé, pues, á Consejo á mi lado, mientras que el *Nautilus*, á una profundidad media de ocho á nueve metros, pasaba rasando lentamente por todas aquellas hermosas rocas de la costa Oriental.



El *Nautilus* pasaba rasando por todas aquellas hermosas rocas de la costa Oriental.

Allí crecían las esponjas de todas las formas; las esponjas pediculares, foliáceas, globulosas; justificando con bastante exactitud esos nombres de canastilla, de cáliz, de rueda, de cuerno de ante, de pie de león, de cola de pavo real, de guante de Neptuno, que les han atribuido los pescadores, mas poetas que los sábios. Escapábanse á cada momento de su tejido fibroso, bañado de una sustancia gelatinosa medio fluida, pequeños chorros de agua, que despues de haber llevado la vida á cada celdilla, eran repelidos por movimientos de contracción. Esa sustancia desaparece despues de la muerte del pólipo, y entra en putrefacción desprendiendo amoníaco. Solo quedan

entonces esas fibras córneas ó gelatinosas de que se compone la esponja doméstica, que toma un tinte rojizo, y que se emplea en diversos usos, segun su grado de elasticidad, permeabilidad, ó de resistencia á la maceración.

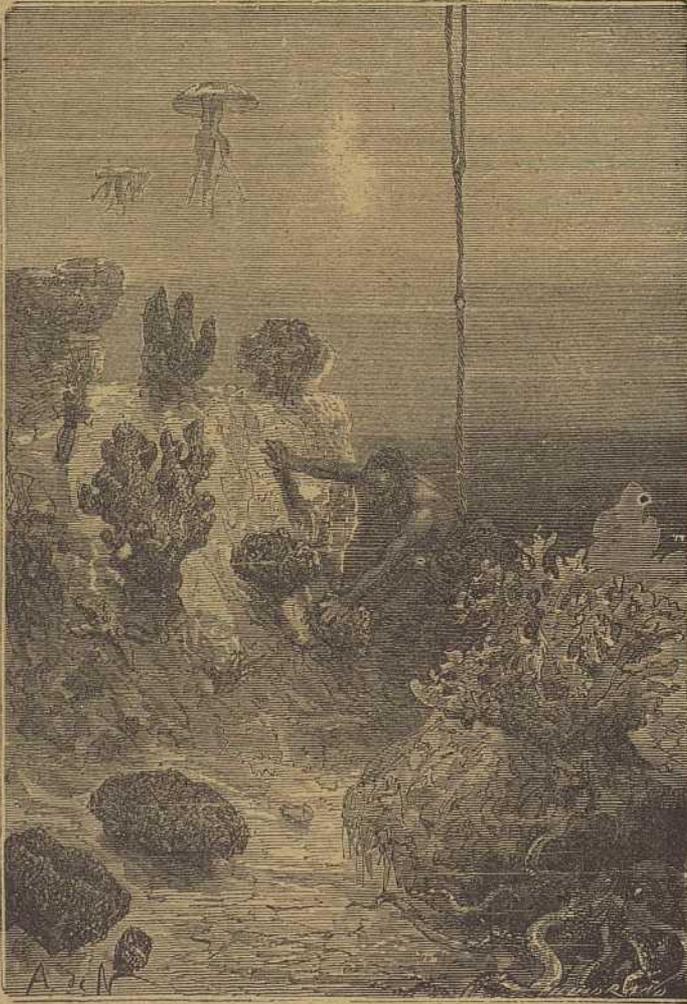
Estos políperos estaban adheridos á las rocas, á las conchas de los moluscos y á los tallos del hidrófito, y guarnecian las mas pequeñas fragosidades, presentándose unas, enderezándose ó pendientes, cual escrescencias coralinas. Enseñé á Consejo que esas esponjas se pescaban de dos maneras, á la draga y á mano; este último método, que necesita el empleo de los buzos, es preferible, porque respetando

el tejido del pósspero, le deja un valor muy superior.

Los otros zoófitos que pululaban cerca de los esponjiarios consistían principalmente en medusas de una especie muy elegante: los moluscos estaban representados por varias especies de calamares, que, según Orbigny, son especiales al Mar Rojo; y los reptiles por tortugas *virgata*, pertenecientes al género de las quelóneas, que suministraban en nuestra mesa un manjar suave y delicado.

Por lo que hace á los peces, eran numerosos, y muchas veces notables. He aquí los que solían pene-

trar mas frecuentemente en las redes del *Nautilus*: rayas, entre las cuales los de forma oval, de color de ladrillo, cuyo cuerpo se halla sembrado de manchas azules desiguales y que pueden conocerse por su doble agujon en forma de sierra: arnachs de lomo plateado; pastinacas de cola puntiaguda: bockats, vastas mantas largas de dos metros, que oscilaban en las aguas; aodontes, absolutamente desprovistos de dientes, especie de cartilagosos que se acercan á la lija; ostraciones dromedarios, cuya corcoba termina por un agujon encorvado de un pie y medio de largo; ofidias, verdaderas murenas de cola plateada,



Esas esponjas se pescan de dos maneras, á la draga y á la mano.

de azulado lomo y pectorales oscuras, bordadas por una lista gris; fiatola, especie de estromáteas, listadas con rayitas de oro, y adornadas con los tres colores de la bandera francesa; los blémitos garamitos, largos como de unos cuatro decímetros; magníficas caballas, adornadas con siete anchas listas transversales de un magnífico negro, nadaderas azules y amarillas, y escamas de oro y plata; centrópedos; salmonetes de cabeza amarilla; escaros, labros, balistestes, gubios, y otros mil peces, comunes á los océanos que habíamos atravesado ya.

SEGUNDA PARTE.

El *Nautilus* flotaba el 9 de febrero en la parte mas ancha del Mar Rojo, comprendida entre Souakin en la costa Oeste, y Quonfondah en la costa Este, en un diámetro de ciento noventa millas. Al medio día, el capitán Nemo subió á la plataforma, donde yo me encontraba, y me propuse no dejarle marchar sin presentir por lo menos sus ulteriores proyectos. Se acercó luego que me hubo visto, me ofreció un cigarro, y me dijo:

—¿Qué tal, señor profesor, os agrada el Mar Rojo? ¿Habeis observado con detencion las maravillas

que cubre, sus peces y sus zoófitos, sus parterres de esponjas y sus bosques de coral? ¿Habeis entrevisto las ciudades que se levantan en las costas?

—Sí, capitán Nemo, respondí, y el *Nautilus* se ha prestado perfectamente á ese estudio. ¡Ah! es un buque inteligente.

—Ciertamente, caballero; inteligente, audaz é invulnerable. No teme las terribles tempestades del Mar Rojo, ni sus corrientes, ni sus escollos.

—En efecto, dije; este mar está citado como uno de los mas peligrosos, y, si mal no recuerdo, en épocas antiguas era su fama detestable.

—Detestable, señor Aronnax, los historiadores griegos y latinos hablan pestes de él, y Estrabon dice que particularmente es duro en la época de los vientos etéseos y en la estacion de las lluvias. El árabe Hedrisi, que le pinta bajo el nombre de golfo de Colzoun, refiere que los navios perecian en gran número en los bancos de arena, y que nadie se aventuraba á navegar allí por la noche, y añade que es un mar sujeto á espantosos huracanes, sembrado de islas inhospitalarias, y que nada bueno ofrece ni en sus profundidades ni en su superficie, opinion que profesan tambien Arriano, Agathárquides y Artemidoro.

—Bien claro se puede ver, repliqué que esos historiadores no han navegado en el *Nautilus*.

—Sin duda, respondió sonriendo el capitán; y bajo ese aspecto no están mucho mas adelantados los modernos que los antiguos, habiendo necesitado muchos siglos para hallar la potencia mecánica del vapor. ¿Quién sabe si dentro de cien años se verá un segundo *Nautilus*! porque los progresos son muy lentos, señor Aronnax.

—No lo niego, respondí; vuestro navío adelanta un siglo, quizá muchos á su época. ¿Qué desgracia que semejante invento ha de morir con su autor!

El capitán no me respondió; y despues de algunos minutos de silencio, dijo:

—¿Me habeis hablado de la opinion de los antiguos historiadores acerca de los peligros que ofrece la navegacion del Mar Rojo!

—Sí, respondí; ¿pero no eran exagerados sus temores?

—Sí, y no, señor Aronnax, me respondió el capitán Nemo, que me pareció poseia á fondo su Mar Rojo, lo que no es peligroso para un navío moderno bien acondicionado, sólidamente construido, dueño de su direccion, gracias al vapor obediente, ofrecia muchos peligros de todas clases á los buques de los antiguos. Conviene, para comprender esto, representarse á los primeros navegantes, que se entregaban al mar en bareas hechas de tablas, sujetas con cuerdas de palmera, calafateadas con resinas y barnizadas con grasa de perros marinos; no tenian instrumentos para averiguar la direccion, y caminaban á merced de las corrientes, que apenas conocian. En tales condiciones, eran y debian ser numerosos los naufragios; pero en nuestros tiempos, los vapores que hacen servicio entre Suez y los mares del Sur, no tienen ya nada que temer en ese golfo, á despecho de los vientos contrarios. Sus capitanes y pasajeros no se preparan ya al partir por medio de sacrificios propiciatorios, y no van tampoco á la vuelta adornados de guirnaldas y banderolas doradas á dar gracias á los dioses en el inmediato templo.

—Convengo en ello, dije, y me parece que el vapor ha matado el reconocimiento en el corazon de los marinos. Y ya que pareceis haber estudiado especialmente este mar, ¿no podriais, capitán indicarme cuál es el origen de su nombre?

—Hay, señor Aronnax muchas explicaciones respecto á ese punto. ¿Quereis conocer la opinion de un cronista del siglo XIV?

—Con mucho gusto.

—Pretende ese capricho que le fue dado este nombre despues del paso de los israelitas, cuando Faraon pereció en las olas, que se volvieron á cerrar de órden de Moisés; en señal de este prodigio se convirtió la mar en roja y amarilla, y en adelante no lo supieron llamar de otro modo que el Rojo Mar.

—Esa es una explicacion de poeta, capitán Nemo, respondí; mas no podria yo contentarme con ella, y os pregunto cuál es vuestra opinion personal.

—Aquí está; á mi parecer, señor Aronnax, se debe ver en esa designacion del Mar Rojo la traduccion de la palabra hebrea *Edom*, y si los antiguos le dieron este nombre fue á causa de la coloracion particular de sus aguas.

—Hasta ahora no he visto con todo esto mas que olas limpidas y sin tinte particular.

—Verdad es; sólo que adelantándose hácia el fondo del golfo podreis notar ese singular aspecto, y recuerdo que he visto la bahía de Tor enteramente roja, como un lago de sangre.

—¿Y atribuis este color á la presencia de una alga microscópica?

—Sí, es una materia mucilaginoso purpúrea, producto de esas pequenuelas plantitas, conocidas con el nombre de *tricodesmias* de las cuales se necesita reunir cuarenta mil para ocupar el espacio de un milímetro cuadrado. Tal vez las encontrareis cuando estemos en la bahía de Tor.

—Así, pues, capitán Nemo, ¿no es ésta la primera vez que recorreis el Mar Rojo á bordo del *Nautilus*?

—No, señor.

—Entonces, puesto que me habeis hablado del paso de los israelitas y de la catástrofe de los egipcios, os preguntaré si habeis reconocido bajo las aguas las huellas de ese gran suceso histórico.

—No, señor profesor, y por una razon poderosa.

—¿Cuál?

—Que el punto mismo por donde Moisés ha pasado con todo su pueblo está ahora tan enarenado que apenas pueden bañarse allí los pies los camellos, y ya compendereis que mi *Nautilus* no tendria bastante agua.

—¿Y dónde es ese sitio...? pregunté.

—Ese paso se halla situado un poco mas arriba de Suez, en ese brazo que formaba en otro tiempo una profunda ensenada, cuando el Mar Rojo se extendia hasta los lagos amargos. Milagroso ó no el paso de los israelitas, la verdad es que por allí pudieron ganar la tierra prometida, pereciendo precisamente en ese sitio el ejército de Faraon. Soy, pues, de opinion, que si se practicaran escrupulosas investigaciones en medio de esas arenas se descubriria indudablemente una gran cantidad de armas é instrumentos de origen egipcio.

—Evidente es eso, respondí, y debemos esperar que los arqueólogos harán tarde ó temprano esas investigaciones, cuando se establezcan nuevas ciudades en ese istmo, despues de abierto el canal de Suez, ¡que es bien inútil por cierto para un buque como el *Nautilus*!

—Cierto; pero es útil al mundo entero, dijo el capitán Nemo; los antiguos habian comprendido la utilidad de establecer una comunicacion entre el Mar Rojo y el Mediterráneo para sus negocios comerciales, no pensaron en abrir un canal directo, y tomaron el Nilo por intermediario. Probablemente el canal que reunia el Nilo con el Mar Rojo fue empezado en tiempo de Sesotris, si se ha de creer á la tradicion. Lo cierto es, que seiscientos quince años antes de Jesucristo, emprendió Neco los trabajos de un canal, alimentado por las aguas del Nilo, á través de la llanura de Egipto que mira á la Arabia. Ese canal se remontaba en cuatro dias, y era tal su anchura, que podian pasar de frente dos triremes. Fue

continuado por Darfo, hijo de Hysaspes, y acabado probablemente por Ptolomeo II. Estrabon llegó á verle empleado en la navegacion; pero la poca pendiente que habia entre su punto de partida, cerca de Bubasto y el Mar Rojo, le hacia navegable solo durante algunos meses. Sirvió este canal al comercio hasta el siglo de los Antoninos: abandonado, enarenado, restablecido de nuevo por las órdenes del califa Omar, fue definitivamente cegado en 761 ó 762 por el califa Almanzor, que quiso impedir la llegada de los viveres á Mohamet-Ben-Abdallah, que se habia sublevado contra él. Durante la expedicion de Egipto vuestro general Bonaparte volvió á hallar los vestigios de esos trabajos en el desierto de Suez; y sorprendido por la marea estuvo á punto de perecer algunas horas antes de llegar á Hadjaroth, allí mismo donde Moisés habia acampado tres mil trescientos años antes que él.

—Y bien, capitán: lo que los antiguos no se habian atrevido á emprender, la union de entrambos mares, que abreviara en nueve mil kilómetros el camino de Cádiz á las Indias, lo ha hecho Lesseps, que por este medio habrá cambiado dentro de poco el Africa en una inmensa isla.

—Sí, señor Aronnax, tenéis motivo para mostráros enorgullecido por vuestro compatriota, hombre que honra mas una nacion que los grandes capitanes. Como muchos otros, ha empezado por hallar disgustos y negativas entre los imposibilistas; pero ha triunfado porque tiene el genio de la voluntad. Y es tristísimo pensar en esa obra, que hubiera debido ser una obra internacional bastante á ilustrar un reinado, haya necesitado solo para su éxito la energía de un solo hombre. ¡Gloria, pues, á Fernando Lesseps!

—Sí, ¡gloria á ese gran ciudadano! respondí sorprendido al escuchar el acento solemne con que el capitán Nemo habia hablado.

—Desgraciadamente, repuso, no puedo conducir al través del canal de Suez; pero podeis distinguir los largos muelles de Port-Saïd pasado mañana, cuando lleguemos al Mediterráneo.

—¡Al Mediterráneo! exclamé.

—Sí, señor profesor. ¿Os asombra eso?

—Me asombra pensar que estaremos allí pasado mañana.

—¿De veras?

—Sí; aun cuando debiera haberme acostumbrado á no asombrarme de nada desde que estoy á bordo de vuestro buque.

—¿Y por qué hallais eso sorprendente?

—Porque me parece espantosa la velocidad que habeis de imprimir al *Nautilus* si ha de hallarse pasado mañana en el Mediterráneo, habiendo dado vuelta al Africa y doblado el cabo de Buena-Esperanza.

—¿Quién os dice que dará la vuelta al Africa, señor profesor? ¿Quién habla de doblar el cabo de Buena-Esperanza?

—A menos que el *Nautilus* navegue por tierra firme y pase por cima del istmo...

—O por debajo, señor Aronnax.

—¿Por debajo?

—Sin duda respondió con mucha tranquilidad el capitán Nemo; hace ya mucho tiempo que la Naturaleza ha hecho bajo esa lengua de tierra lo que hacen los hombres en su superficie.

—¿Cómo! ¿existe algun paso?...

—Sí, un paso subterráneo que he llamado túnel Arábigo, que empieza un poco mas abajo de Suez, y conduce al golfo de Pelusa.

—¿Pero este istmo, ¿está compuesto solo de arenas movedizas?

—Hasta cierta profundidad; pero á cincuenta metros se encuentra ya un asiento de roca inquebrantable

—¿Y habeis descubierto por casualidad ese paso? pregunté cada vez mas sorprendido.

—Casualidad y razonamiento, señor profesor; y aun mas razonamiento que casualidad.

—Os estoy escuchando, capitán, y se resisten mis oídos á lo que estoy oyendo.

—¡Ah, señor! «tienen oídos y no oyen.» Esta frase es aplicable á todos los tiempos. No solo existe ese paso, sino que lo he aprovechado ya muchas veces, y á no ser por esta circunstancia, no me hubiera aventurado por este callejon del Mar Rojo.

—¿Será indiscreto preguntaros cómo habeis descubierto el túnel?

—Señor, me respondió el capitán, no puede haber nada secreto entre personas que no han de separarse jamás.

No quise oponer nada á semejante insinuacion, y esperé la relacion del capitán Nemo.

—Señor profesor, me dijo, es un sencillo razonamiento de naturalistas lo que me condujo á descubrir el paraje que conozco yo solo. Habia notado que en el Mar Rojo y en el Mediterráneo existian muchos peces de especies absolutamente idénticas: los ofidios, ó doncellas, las fiátolas, las girelas, las persegas, los joeles, los sollos marinos. Bien asegurado de este hecho, me pregunté si existiria comunicacion entre ambos mares, y si realmente existia, la corriente subterránea debia forzosamente ir del Mar Rojo al Mediterráneo por la diferencia del nivel. Pesqué, pues, un gran número de peces en las inmediaciones de Suez, y despues de pasarlos por la cola un anillo de laton, los volví á echar al mar. Algunos meses mas tarde volví á coger en las costas de Siria algunas muestras de mis pececillos, adornados con su anillo indicador; lo que me demostraba evidentemente la comunicacion entre ambos mares. La busqué, pues, con mi *Nautilus*, la descubrí, me aventuré en ella, y dentro de poco, señor profesor, habeis pasado tambien mi Túnel Arábigo.

CAPITULO V.

EL TÚNEL ARÁBIGO.

Aquel mismo dia repetí á Consejo y á Ned-Land la parte de aquella conversacion que mas directamente les interesaba. Cuando les manifesté que dentro de dos dias estaríamos en medio del Mediterráneo, Consejo batió las palmas, pero el canadiense se encogió de hombros.

—¡Un túnel submarino! exclamó: ¡una comunicacion entre los dos mares! ¿Quién ha oido hablar de semejante cosa?

—Amigo Ned, respondió Consejo, ¿habeis oido nunca hablar del *Nautilus*? No. Y sin embargo existe. No os encojais, pues, tan pronto de hombros, y no refuseis la posibilidad de cosas nuevas con el fútil pretexto de que no habeis oido jamás hablar de ellas.

—¡Allá veremos! respondió Ned-Land meneando la cabeza. Despues de todo, no deseo otra cosa que convencerme de la existencia de ese pasaje, y haga el cielo que el capitán nos lleve, en efecto, al Mediterráneo.

Aquella misma tarde, por los 21° 30' de latitud Norte, el *Nautilus*, flotando en la superficie del mar, se aproximó á la costa árabe. Apercibí á Djed-dah, importante factoria de Egipto, de Siria, de Turquía y de la India. Distinguí con bastante claridad el conjunto de sus construcciones, los navíos amarrados á lo largo de los malecones, y aquellos que, sacándoles del agua, quedaban parados en la playa. El sol, ya bastante bajo en el horizonte, iluminaba las casas de la villa haciendo resaltar su blancura. En las afueras, algunas barracas hechas

de palos ó de cañas, indicaban el barrio habitado por los beduinos.

Bien pronto Djeddah se envolvió en las sombras del crepúsculo, y el *Nautilus* se sumergió en aquellas aguas ligeramente fosforescentes.

Al día siguiente, 10 de febrero, aparecieron muchos navíos que llevaban un rumbo opuesto al nuestro. El *Nautilus* volvió á emprender su navegación submarina; pero al punto de medio día, estando la mar desierta, se elevó de nuevo hasta su línea de flotación

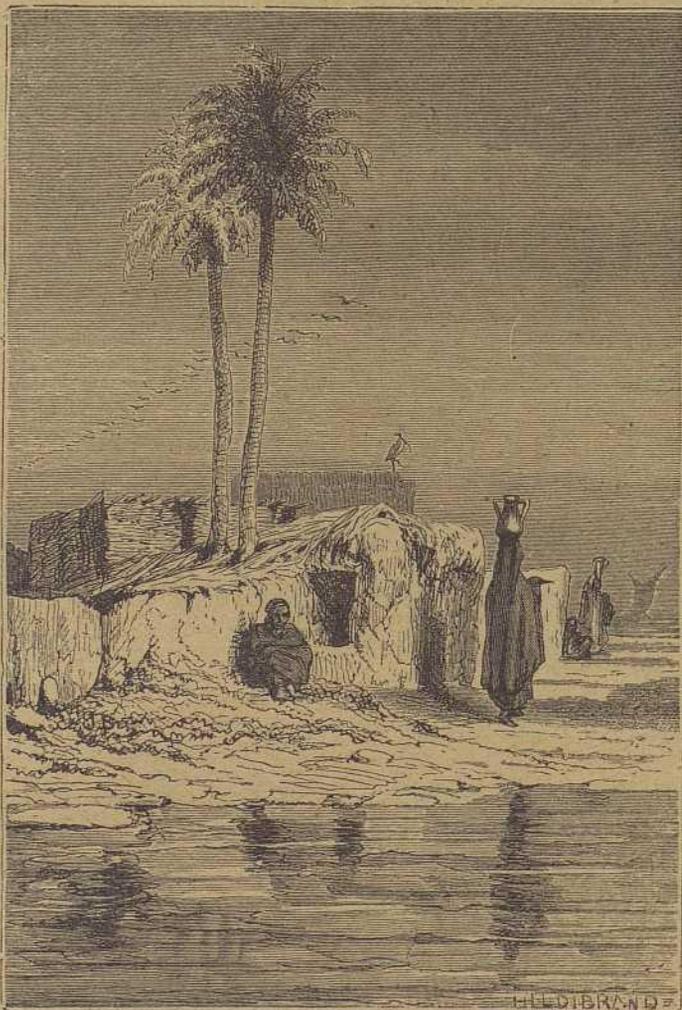
Acompañado de Ned y de Consejo, fui á sentarme en la plataforma. Al Este mostrábase la costa como una masa apenas delineada al través de la bruma;

Apoyados sobre los costados de la canoa, conversábamos de unas cosas y otras, cuando Ned-Land, tendiendo su mano hácia un punto del mar, me dijo.

—¿Veis allí alguna cosa, señor profesor?

—No, Ned, le respondí; pero ya sabeis que no tengo vuestra vista.

—Mirad bien, replicó Ned, allá, por la banda de



Djeddah, importante factoría de Egipto, de Siria, de Turquía y de la India.

estribor, casi á la altura del fanal. ¿No veis una masa que parece moverse?

—Efectivamente, dije despues de observar con atención; diviso una especie de cuerpo largo y negro en la superficie de las aguas.

—¿Otro *Nautilus*? dijo Consejo.

—No, respondió el canadiense; ó yo me engaño mucho, ó aquello es un animal marino.

—¿Hay ballenas en el mar Rojo? preguntó Consejo?

—Sí, amigo mio, respondí; se encuentran algunas veces.

—Aquello no es una ballena, replicó Ned-Land,

que no perdía de vista el objeto señalado. Las ballenas y yo somos antiguos conocidos, y no puede engañarme su andadura.

—Esperemos, dijo Consejo; el *Nautilus* se dirige hácia ese lado, y antes de poco sabremos á qué atañernos.

En efecto, bien pronto aquel objeto negruzco se veía á una milla de nosotros. Parecía un grande espolo caído en alta mar. ¿Qué era aquello? No podía dar aun mi parecer.

—¡Ah! ¡se escapa! ¡se sumerge! exclamó Ned-Land. ¡Mil diablos! ¿Qué animal puede ser ese? No tiene la cola bifurcada como las ballenas ó los ca-

ehalotes, y sus nadaderas parecen miembros truncados.

—Pero entonces... dije.

—Bueno, replicó el canadiense; vedle echado sobre el dorso, y dando al aire las tetas.

—Es una sirena, exclamó Consejo; una verdadera sirena por mas que os disguste.

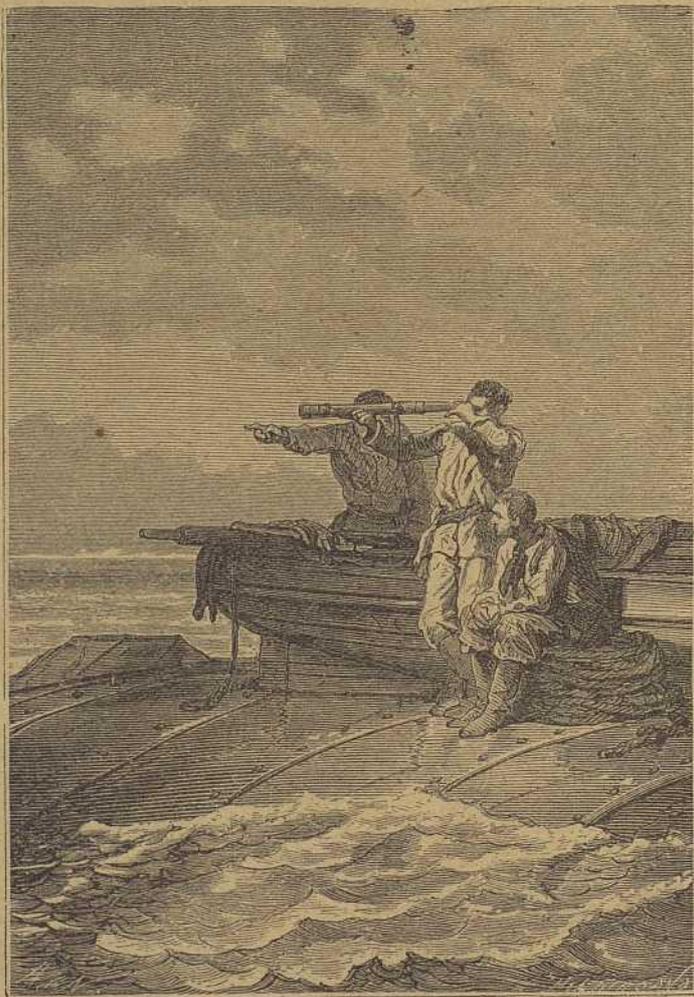
El nombre de sirena me puso en la pista, y comprendí que aquel animal pertenecía verdaderamente á ese orden de seres marinos, de donde la fábula ha sacado las sirenas, mitad mujeres y mitad peces.

—No, dije á Consejo; no es una sirena, sino un ser curioso, del que apenas quedan algunas individualidades en el Mar Rojo. Es un dugongo.

—Orden de los sirenianos, grupo de los pisciformes, subclase de los monodelfios, clase de los mamíferos, rama de los vertebrados, respondió Consejo.

Y cuando hubo hablado así, ya no tenia mas que decir.

Ned-Land miraba siempre, sin embargo, y sus ojos brillaban codiciosos á la vista de aquel animal



En efecto; bien pronto aquel objeto negrozco se veia á una milla de nosotros.

pareciendo dispuesta su mano á arrojarle su arpon, y como si esperara el momento de echarse á la mar para atacarle.

—¡Ahl exclamó con voz trémula de emocion, jamás he matado eso!

Todo el arponero estaba en esa palabra.

En aquel instante el capitán Nemo se presentó en la plataforma. Distinguió al dugongo, y comprendiendo la actitud del canadiense, le dirigió estas palabras:

—¿Si tuviérais un arpon, señor Land, no os quemaría la mano?

—Vos lo habeis dicho.

—¿Os agradaría volver á tomar por un día vuestro oficio de pescador, y añadir ese cetáceo á la lista de los que habeis destruido?

—No me desagradaría.

—Pues bien, podeis ensayar.

—Gracias, señor, respondió Ned-Land, cuyos ojos se inflamaron.

—Solo, repuso al capitán, debo recomendaros que no erreis el golpe; y esto en vuestro propio interés.

—¿Pues qué, el dugongo es peligroso, pregunté, viendo que el canadiense se encogia de hombros.

—Algunas veces sí, respondió el capitán, porque el animal se revuelve y hace zozobrar las barcas de

sus perseguidores; pero este peligro no es temible para el señor Land, que tiene buen ojo y seguridad en el brazo. Le recomiendo, pues, que no yerre al dugongo, porque se le tiene justamente por buen manjar, y ya sé que el señor Land no detesta las buenas carnes.

—Calla, dijo el canadiense, ¿con que ese animal se permite tambien el lujo de ser bueno para comer?

—Sí, señor Land; su carne es muy estimada, y se la reserva entre los malayos para la mesa de los príncipes; por eso se da á este animal caza con tanto encarnizamiento, que llega á ser, lo mismo que el manatí, su congénere, mas raro cada dia.

—Entonces, señor capitán, dijo Consejo con mucha formalidad, ¿no convendria perdonarle en interés de la ciencia, por si fuese este casualmente el último de su raza?

—Tal vez, replicó el canadiense; pero en interés de la cocina valdria mucho mas acometerle.

—Hacedlo, pues, señor Land, dijo el capitán Nemo.

En este momento, siete hombres de la tripulación, mudos é impasibles como siempre, subieron á la plataforma. Uno de ellos llevaba un arpon y una cuerda, semejante á los que emplean los pescadores de ballenas. La canoa salió de su sitio y fue lanzada al mar, tomando seis remeros puesto en sus bancos, mientras que el patron se ponia al timon. Ned, Consejo y yo, nos sentamos á popa.

—¿No os animais, capitán? pregunté.

—No; os deseo buena caza.

El bote, impulsado por sus seis remos, se dirigió rápidamente hácia el dugongo, que flotaba entonces á dos millas del *Nautilus*.

Cuando hubo llegado á algunos cables del cetáceo fué deteniendo su marcha, y los remeros bogaban sin ruido en las aguas tranquilas, mientras Ned Land, con su arpon en la mano, fué á colocarse de pie en la proa. Ordinariamente, el arpon que sirve para herir á la ballena está atado á una cuerda muy larga, que se suelta con rapidez cuando el animal herido la arrastra tras sí; pero en este caso la cuerda solo tenia unas diez brazas, y su estremidad se hallaba clavada á un barrilito, que flotando debia indicar la marcha del dugongo bajo las aguas.

Me habia levantado, y no pude observar distintamente al adversario del canadiense. Aquel dugongo, que lleva tambien el nombre de balicero, se parecia mucho al manatí. Su cuerpo oblongo terminaba por una cola muy prolongada, y sus nadaderas laterales por verdaderos dedos. Se diferenciaba del manatí en que su mandíbula superior se hallaba armada de dos dientes largos y puntiagudos, que formaban á cada lado colmillos divergentes.

Este dugongo, á quien Ned-Land se disponia á herir, tenia dimensiones colosales, y su longitud media lo menos siete metros. Estaba inmóvil, y parecia dormir en la superficie, circunstancia que favorecia su captura.

La canoa se acercó prudentemente á tres brazas del animal. Los remos estaban suspendidos. Yo me incorporé á medias. Ned-Land, con el cuerpo un poco echado atras, blandia su arpon con mano ejercitada. De repente se oyó un silbido, y el dugongo desapareció. El arpon, lanzado con fuerza, no habia herido sin duda mas que el agua.

—¡Mil diablos! gritó furioso el canadiense; erré el golpe.

—No, dije, el animal está herido; ved su sangre; pero vuestro dardo no se le ha quedado en el cuerpo.

—¡Mi arpon! ¡mi arpon! gritó Ned-Land.

Los marineros bogaron, y el patron dirigió el bote hácia el barril flotante. Y recogido el arpon, la canoa corrió en persecucion del animal.

Este subia de tiempo en tiempo á la superficie

para respirar. La herida no le habia debilitado, porque huia con estrema rapidez. La embarcacion, impulsada por brazos vigorosos, volaba sobre su pista. Muchas veces estuvo solo á algunas brazas, y el canadiense se disponia á herirle de nuevo; pero el dugongo se sumergia súbitamente, y era imposible alcanzarle.

Puede suponerse cuán sobrecitada estaria la cólera impaciente de Ned-Land, que dirigia al desgraciado animal las mas enérgicas maldiciones de la lengua inglesa. Y por mi parte, tambien sentia mucho ver como el dugongo burlaba todas nuestras mañas.

Persiguiósele sin descanso durante una hora, y comenzaba á creer que seria muy difícil apoderarse de él, cuando el animal se vió acometido sin dudar por una desgraciada idea de vengarse, que le costó muy cara; volviése, pues, hácia la canoa, para asaltarla á su vez.

Semejante maniobra no se le ocultó al canadiense, y gritó:

—¡Atencion!

El patron pronunció algunas palabras en su extraño lenguaje, previniendo sin duda á sus hombres que tuviesen mucho cuidado.

Al llegar á unos veinte pies de la canoa, el dugongo se detuvo, husmeó bruscamente el aire con sus anchas narices, colocadas, no en la estremidad, sino en la parte superior del hocico, y tomando ímpetu se precipitó sobre nosotros.

La canoa no pudo evitar el choque, y quedando muy inclinada embarcó una ó dos toneladas de agua, que hubo necesidad de vaciar; pero gracias á la habilidad del patron, abordada al biés no zozobró.

Ned-Land, agarrado á la roda, no dejaba de pinchar con su arpon al gigantesco animal, el que, incrustados los dientes al costado de la canoa, la sacaba fuera del agua, manejándola con la misma facilidad que pudiera hacerlo un leon con un cabrito. Estábamos echados los unos encima de los otros, y quien sabe cómo hubiera terminado esta aventura, si el canadiense, irritado y encarnizado contra el animal, no hubiese conseguido herirle en el corazon.

Oí el rechinar de sus dientes sobre el forro de acero, y el dugongo desapareció arrastrando consigo el arpon. Pero bien pronto volvió el barril á la superficie, y no tardó tan poco mucho en aparecer el cuerpo del animal vuelto de espaldas; nos acercamos, y llevándole á remolque, nos dirigimos al *Nautilus*.

Fué preciso emplear aparejos de gran potencia para izar el dugongo sobre la plataforma. Pesaba cinco mil kilógramos. Se le descuartizó á la vista del canadiense, que quiso presenciar todos los detalles de la operacion. En aquel mismo dia me sirvieron en la comida algunas magras de aquella carne, hábilmente aderezada por el cocinero, y me pareció excelente superior á la de ternera.

Al dia siguiente, 11 de febrero, se enriqueció tambien la despensa del *Nautilus* con una caza delicada. Vino á caer allí una bandada de golondrinas de mar de la especie *sterna nilotica*, propia del Egipto, cuyo pico es negro, gris y puntiaguda la cabeza, rodeado el ojo de puntos blancos, la espalda, las alas y la cola morenuzcas, blancos el vientre y la garganta, y las patas rojas. Cogieron tambien algunas docenas de patos del Nilo, pájaros salvajes muy apetitosos, cuyo cuello y parte alta de la cabeza son blancos manchados de negro.

La velocidad del *Nautilus* era entonces bastante moderada, y avanzaba, digámoslo así paso á paso. Observé que el agua del Mar Rojo era cada vez menos salada, á medida que nos acercábamos á Suez.

A eso de las cinco de la tarde pasábamos al Norte del cabo de Ras-Mohammed, formado en la estremidad de la Arabia Pétreá, comprendida entre el golfo de Suez y el golfo de Acabah.

El *Nautilus* penetró en el estrechó de Juval, que conduce al golfo de Suez, y distinguí perfectamente una alta montaña, que aparece dominante entre los dos golfos, sobre el Ras-Mohammed. Era el monte Oreb, ese Sinaí en cuya cima vió á Dios Moisés frente á frente, y que se representa uno siempre en la imaginacion circundado de relámpagos.

A las seis, el *Nautilus*, flotante unas veces, sumergido otras, pasaba á lo largo de Tor, sentado en el fondo de una bahía, cuyas aguas parecían teñidas de rojo, observacion que ya habia hecho el capitán Nemo. Despues se hizo de noche, y reinaba un pesado silencio, que interrumpian á veces el chillido del pelicano, y algunos pájaros nocturnos, el ruido de la resaca, que retrocedia irritada contra las rocas, ó el gemido lejano de algun vapor, que golpeaba las aguas del golfo con sus sonoras palas.

De ocho á nueve permanecié el *Nautilus* á algunos metros debajo de la superficie, y debíamos hallarnos segun mis cálculos, muy cerca de Suez. A través de los cristales del salon, divisaba fondos de rocas, perfectamente iluminados por nuestra luz eléctrica. Me parecia que el estrecho se angostaba cada vez mas.

A las nueve y cuarto habia vuelto el buque á la superficie, y subí á la plataforma, pues, impaciente por pasar el túnel del capitán Nemo; no podia estar-me quieto en ninguna parte, y queria respirar la fresca brisa de la noche.

Muy luego distinguí en la sombra un fuego pálido, casi descolorido por la bruma, que brillaba á una milla de nosotros.

—Un faro flotante, dijeron cerca de mí.

Me vuelvo y reconocí al capitán.

—Es el faro flotante de Suez, continuó; no tardaremos en llegar al orificio del túnel.

—¿No será fácil la entrada?

—No señor; por eso tengo la costumbre de colocarme en la silla del timonel, y dirigir yo mismo las maniobras. Y ahora, si quereis descender, señor Aronnax, va el *Nautilus* á sumergirse bajo las olas, y no volverá á subir á la superficie hasta despues de haber pasado el Túnel Arábigo.

Seguí al capitán Nemo. Cerróse la escotilla, se llenaron de agua los receptáculos, y el barco se sumergió á la profundidad de diez metros.

En el momento en que me disponia á entrar en mi camarote, el capitán me detuvo.

—Señor profesor, me dijo, ¿os agradaria acompañarme en la silla del timonel?

—No me atreva á pedirlo, respondí.

—Venid, pues, vereis de este modo todo lo que se puede ver en esta navegacion, á la vez subterrestre y submarina.

El capitán me condujo por la escalera central. Hacia la mitad abrió una puerta; siguió los callejones superiores, y llegó á la casilla del timonel, que como sabemos, se levantaba á la estremidad de la plataforma.

Era una especie de garita de seis pies por lado, semejante á las que ocupan los timoneles de los *steamboat* del Mississipi ó de Hudson. En el centro se levantaba verticalmente una rueda engranada sobre los guardianes del gobernalle, que corrian hasta la popa del *Nautilus*. Cuatro tragaluces de vidrios lenticulares, abiertos en las paredes de la garita, permitian al hombre del timon mirar en todas direcciones.

Esta garita estaba oscura; pero bien pronto mis ojos se acostumbraron á esta oscuridad, y apercibí el timonel, hombre vigoroso, que apoyaba sus manos sobre las llantas de la rueda. Por la parte de

afuera, el mar aparecia vivamente iluminado por el fanal eléctrico, que brillaba detras de la garita al otro extremo de la plataforma.

—Ahora, dijo el capitán Nemo, busquemos nuestro pasaje.

Hilos eléctricos ponian en comunicacion la casilla del timonel con el cuarto de las máquinas, y desde allí podia el capitán Nemo comunicar á su *Nautilus* la direccion y el movimiento. Oprimió un boton metálico, y en el instante la velocidad de la hélice disminuyó notablemente.

Yo miraba en silencio la alta y escarpada muralla que flanqueábamos en aquel momento, inquebrantable base de la gran masa de arena de la costa. La seguimos de este modo durante una hora, á algunos metros de distancia solamente. El capitán Nemo no apartaba sus ojos de la brújula, suspendida en la garita con sus dos círculos concéntricos. A un simple gesto suyo el timonel modificaba á cada instante la direccion del *Nautilus*.

Yo me habia colocado en el tragaluz de babor, y distinguí magnificas substrucciones de corales, de zoófitos, de algas y de crustáceos, agitando sus enormes patas, que salian fuera de las anfractuosidades de la roca.

A las diez y cuarto, el capitán Nemo se agarró á la caña.

Una larga galeria, negra y profunda, se abria delante de nosotros. El *Nautilus* penetró en ella osadamente. Un ruido insólito se oia en sus costados. Eran las aguas del Mar Rojo, que la pendiente del túnel precipitaba hácia el Mediterráneo. El *Nautilus*, arrastrado por la corriente, se deslizaba rápido como una saeta, á pesar de los esfuerzos de la máquina, que para resistir azotaba las aguas á contra hélice.

Sobre los muros de aquel estrecho pasaje no ví mas que líneas rectas brillantes, surcos de fuegos trazados por la velocidad bajo el resplandor eléctrico. Mi corazón palpitaba con violencia y la oprimia con la mano.

A las diez y treinta y cinco minutos el capitán Nemo, abandonando la rueda del gobernalle, y volviéndose hácia mí:

—El Mediterráneo, dijo.

En menos de veinte minutos, el *Nautilus*, arrastrado por aquel torrente, habia franqueado el Istmo de Suez.

CAPITULO VI.

EL ARCHIPIÉLAGO GRIEGO.

Al despuntar el día siguiente, 12 de febrero, el *Nautilus* subió á la superficie de las aguas. Yo me dirigí precipitadamente á la plataforma. A tres millas hácia el Sud se delineaban los vagos contornos de Pelusa. Un torrente nos habia empujado de un mar á otro; pero este túnel, fácil para el descenso, debia ser completamente inútil ó impracticable para la subida.

A eso de las siete se me reunieron Ned y Consejo. Estos dos inseparables compañeros habian dormido tranquilamente, sin preocuparse de las proezas del *Nautilus*.

—Y bien, señor naturalista, preguntó en tono algun tanto zumbon el canadiense; ¿y el Mediterráneo?

—Flotamos en la superficie, amigo Ned.

—¿Cómo! dijo Consejo, ¿esta misma noche?...

—Sí, esta misma noche y en algunos minutos hemos atravesado este istmo, franqueando la valla insuperable.

—No lo creo, respondió el canadiense.

—Haceis mal, señor Land, repuse; esa costa baja que se divisa hácia el Sud, es la costa egipcia.

—A otro peri. con ese hueso, señor, replicó el tozudo canadiense.

—Preciso será creerlo, ya que el señor lo afirma, añadió Consejo.

—Además, Ned, el capitán Nemo me ha hecho los honores del Túnel, y he estado al lado suyo en la garita del timonel, mientras dirigía por sí mismo el *Nautilus* á través de aquel estrecho callejón.

—¿Lo estais oyendo, Ned? dijo Consejo.

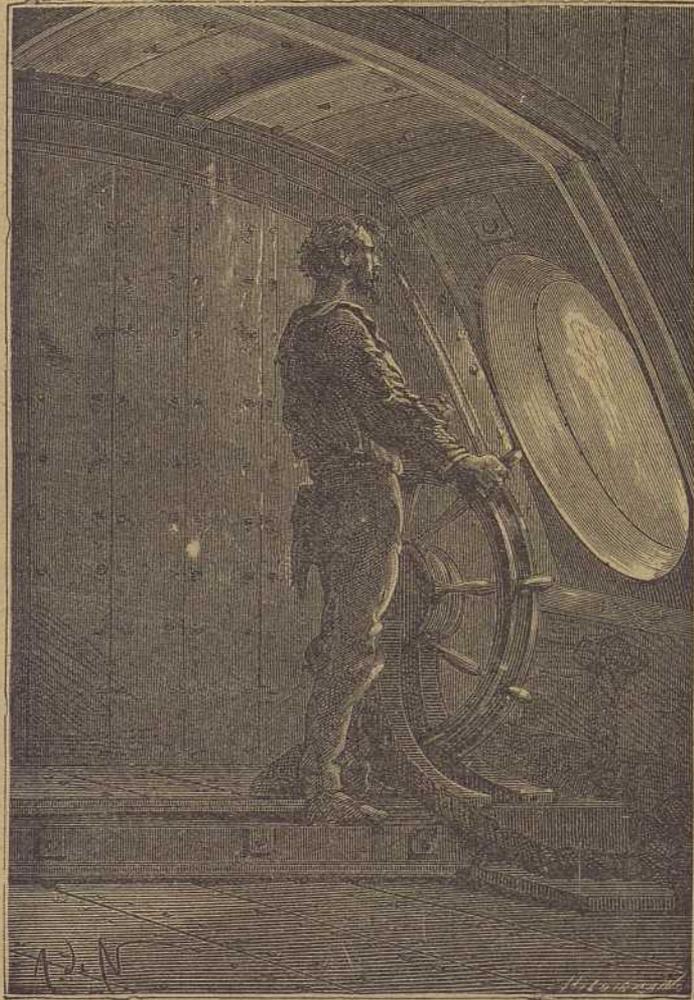
—¿Y vos que teneis muy buena vista,añadí; po-

deis, amigo Ned, divisar las escolleras de Puerto-Saíd, que se prolongan dentro del mar.

El canadiense examinó con atencion durante algun tiempo.

—En efecto, dijo, teneis razon, señor profesor; y vuestro capitán es un hombre de pró. Estamos ya en el Mediterráneo. Muy bien. Hablemos, pues, si gustais, de nuestros íntimos negocios, y hagámoslo de modo que nadie pueda oírnos.

Harto bien se dejaba conocer lo que el canadiense



La casita de Timonel.

queria significar, y juzgué que en último término mas valia hablar, puesto que tanto lo deseaba; fuimos, pues, los tres á sentarnos cerca del fanal donde nos halláramos menos espuestos á recibir la influencia de la humedad.

—Ahora, Ned, escúchanos, dije. ¿Qué teneis que comunicarnos?

—Lo que tengo que deciros es muy sencillo, respondió el canadiense. Estamos en Europa; y antes de que el capricho del capitán Nemo nos arrastre hasta el fondo de los mares polares, ó nos vuelva á la Oceanía, á todo trance quiero abandonar al *Nautilus*.

Confesaré que esta discusion con el canadiense

me ocasionaba siempre disgusto, pero no queria por manera alguna coartar la libertad de mis compañeros; y, sin embargo, por mi parte no experimentaba deseo de abandonar al capitán Nemo. Gracias á él, gracias á su barco, completaba cada dia mis estudios, y rehacía mi libro, referente á los fondos submarinos, en medio de su elemento. ¿Volveria acaso á encontrar tan buena ocasion de observar las maravillas del Océano? Seguramente que no. No podia, pues, acostumbrarme á la idea de abandonar el *Nautilus*, antes de haber agotado nuestro círculo de investigaciones.

—Amigo Ned, dije, respondedme francamente. ¿Os entristeceis á bordo? ¿Estais pesaroso de que el

destino os haya colocado á merced del capitán Nemo.

El canadiense permaneció algunos instantes sin responder; después, cruzándose de brazos:

—Francamente, dijo, no me pesa este viaje por medio de las aguas, y estaré muy satisfecho de haberlo hecho; pero para haberlo hecho, preciso es que esté terminado..... y hé ahí la causa de mi sentimiento.

—Terminará, Ned.

—¿Dónde y cuándo?

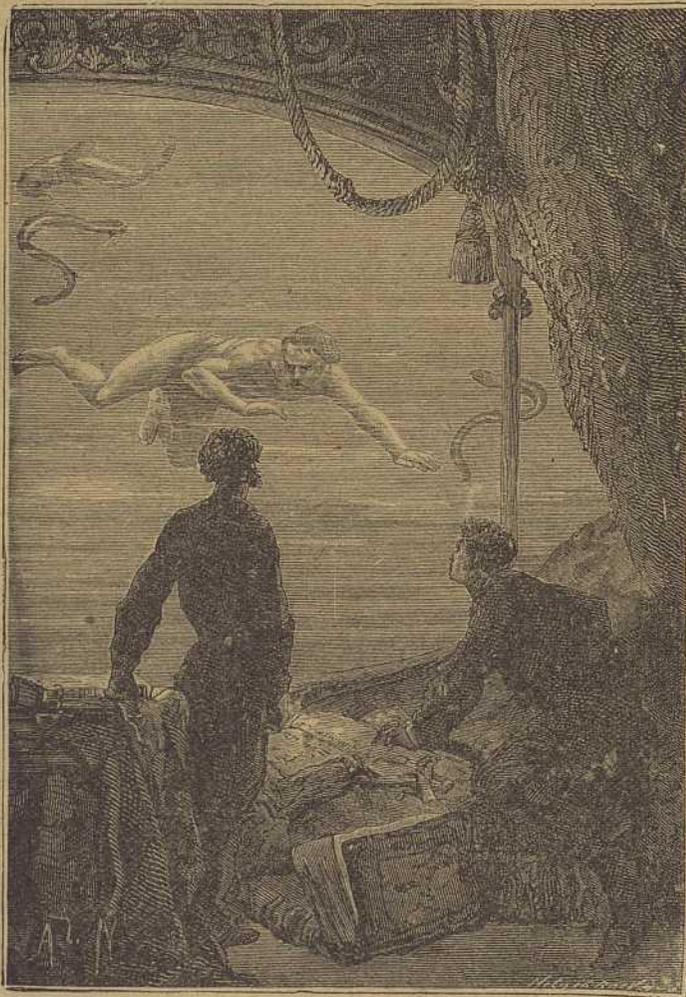
—¿Dónde? No lo sé. ¿Cuándo? No puedo deciroslo;

ó mejor explicado, supongo que acabará cuando no tengan ya los mares cosa alguna que enseñarnos. Todo lo que ha empezado tiene forzosamente un fin en este mundo.

—Como usted pienso también, exclamó Consejo, y es muy posible que después de haber recorrido todos los mares del Globo, el capitán Nemo nos dé suelta á los tres.

—¡Suelta! exclamó el canadiense. Una paliza suelta, habreis querido decir.

—No exageremos, amigo Land, repliqué. No tenemos nada que temer del capitán Nemo; pero no



¡Un hombre, un náufrago!, exclamó, preciso es salvarle á todo precio.

participo mucho de las ideas de Consejo. Somos dueños de los secretos del *Nautilus*, y no espero que su comandante, por devolvernos la libertad, se resigne á verlos recorrer el mundo con nosotros.

—Pues entonces, ¿qué esperais? preguntó el canadiense.

—Que llegarán circunstancias que podremos, y aun deberemos aprovechar, mejor quizá dentro de seis meses que ahora.

—¡Yal exclamó Ned-Land. ¿Y dónde os parece que estaremos dentro de seis meses, señor naturalista?

—Tal vez aquí; tal vez en China. Ya sabeis que el *Nautilus* es un caminante muy ligero. Atraviesa los

mares como una golondrina los aires ó un tren exprés los continentes. No teme los mares frecuentados, y nadie nos dice que no quiera acercarse á las costas de Francia, de Inglaterra ó de América, en donde podriamos tentar la huida más ventajosamente que aquí.

—Señor Aronnax, respondió el canadiense, vuestros argumentos caen completamente por su base. Vos habláis en futuro: estaremos aquí, estaremos allá..... Yo hablo en presente: estamos aquí; y es preciso aprovechar la ocasión.

Me hallaba estrechamente encerrado por la lógica de Ned-Land, y me reconocía batido en este terre-

no. No sabía ya qué argumentos usar en mi favor.

—Señor, continuó Ned; supongamos, cosa imposible; que el capitán Nemo os ofrece hoy mismo la libertad. ¿La aceptaríais?

—No lo sé, respondí.

—¿Y si él os dice que la libertad que hoy os ofrece no volverá á ofrecerósela nunca jamás, aceptaríais? Yo no respondí.

—¿Y qué piensa de esto el amigo Consejo? preguntó Ned-Land.

—El amigo Consejo, respondió tranquilamente el digno jóven, el amigo Consejo no tiene nada que decir: es absolutamente indiferente á la cuestion. Es célibe como su amo y su camarada Ned. Ni mujer, ni padres, ni hijos le esperan en su país. El piensa como su señor; habla como su señor; y, á su pesar, no debe contarse con él para formar mayoría. Dos personas solamente discuten; el señor por un lado, Ned-Land por otro. Está dicho, el amigo Consejo escucha, y esta dispuesto á aceptar lo que se decida.

No pude menos de sonreirme al ver á Consejo anular tan completamente su personalidad. En realidad, el canadiense debía estar asombrado al no tenerle en contra suya.

—Entonces, caballero, dijo Ned-Land; puesto que Consejo no existe, discutamos los dos. Yo he hablado, vos me habeis escuchado. ¿Qué tenéis que responderme?

Evidentemente era forzoso concluir; y los subterfugios me repugnaban.

—Amigo Ned, dije hé aquí mi respuesta. Vos tenéis razon contra mí, y mis argumentos no pueden sostenerse ni refutar los vuestros. No debemos contar con la buena voluntad del capitán Nemo; y la prudencia, el mas vulgar criterio, le impide ponernos en libertad. En cambio, la prudencia nos aconseja que aprovechemos la primera ocasion que se presente de abandonar al *Nautilus*.

—Bien, señor Aronnax, eso está muy cuerdamente dicho.

—Solamente, dije, haré una observacion, una sola. Es preciso que la sea ocasion oportuna; es preciso que nuestra primera tentativa de fuga tenga buen éxito; porque si aborta, de seguro no volveremos á encontrar medios para intentarla de nuevo, y el capitán Nemo no nos la perdonará.

—Todo eso es muy justo, respondió el canadiense. Pero vuestra observacion es aplicable á toda tentativa de fuga, ya tenga ésta lugar en el plazo de dos años ó en el de dos dias. Así, pues, la cuestion es siempre la misma á saber: si se presenta una ocasion favorable, es forzoso aprovecharla.

—Conformes. Y ahora, Ned, ¿me direis lo que entendéis por una ocasion favorable?

—Sería aquella que, en una noche oscura, pasara el *Nautilus* á corta distancia de una costa Europea.

—¿Y tentaríais el salvaros á nado?

—Sí, con tal que estuviéramos bastante próximos á la playa, y que el barco flotara en la superficie. No si estuviéramos lejos de esta costa; y si el barco navegara bajo las aguas.

—¿Y en tal caso?

—En tal caso procuraría apoderarme de la canoa. Ya sé yo cómo se maneja. Nos meteríamos dentro, y alojados los tornillos, nos remontaríamos á la superficie, sin que el timonel situado á popa se apercibiese siquiera de nuestra huida.

—Bien, Ned, espiad, pues, esta ocasion; pero no olvidéis que un contratiempo nos perdería.

—Perdido cuidado, lo tengo presente.

—Y ahora, Ned, ¿queréis saber todo lo que pienso acerca de nuestro proyecto.

—Con mucho gusto, señor Aronnax.

—Pues bien, pienso no digo que espero pienso que ao se presentará ocasion favorable.

—¿Y por qué?

—Porque el capitán Nemo no puede desconocer que alimentamos la esperanza de recobrar nuestras libertades, y vivirá siempre, estará muy alerta, sobre todo cuando nos hallemos á la vista de las costas europeas.

—Yo pienso como el señor, dijo Consejo,

—Allá veremos, respondió Ned-Land, sacudiendo la cabeza con aspecto decidido.

—Con que, Ned-Land, dije, quedamos en lo dicho. Y ahora, ni una palabra mas acerca de este asunto. El dia en que esteis dispuesto, nos avisareis y os seguiremos. Confío por completo en vos.

Esta conversacion, que debía tener mas tarde muy graves consecuencias, terminó de este modo. Debo decir, que los hechos vinieron á confirmar mis previsiones, con gran desesperacion del canadiense. ¿Desconfiaba de nosotros el capitán Nemo en estos mares frecuentados, ó queria solamente ocultarse á la vista de los numerosos buques de todas las naciones que surcan el Mediterráneo? Lo ignoro, mas él se mantuvo casi constantemente entre dos aguas, y á larga distancia de las costas. Ora el *Nautilus* se elevaba dejando solo al descubierto la garita del timonel, ora descendía á grandes profundidades, porque entre el Archipiélago Griego y el Asia Menor no encontramos el fondo á dos mil metros.

Así, pues, no hice conocimiento con la isla de Carpathos, una de las Esponadas, sino por este verso de Virgilio, que el capitán Nemo me citó, poniendo su dedo sobre un punto de planisferio:

Est in Carpathio Neptuni gurgite vates
Cæruleus Proteus...

Aquella era, en efecto, la antigua morada de Proteo, el viejo pastor de los rebaños de Neptuno; ahora la isla de Scarpanto, situada entre Rodas y Creta. No pude ver mas que los basamentos graníticos, á través de los cristales del salon.

Al dia siguiente, 14 de febrero, resolví emplear algunas horas estudiando los peces del Archipiélago; pero no sé por qué causa las escotillas permanecieron cerradas herméticamente; y al examinar la posicion del *Nautilus*, pude notar que se dirigia hácia Candia, la antigua isla de Creta. En el momento en que me habia embarcado en el *Abraham-Lincoln*, acababa de sublevarse esa isla contra el despotismo turco, y me hallaba privado de toda comunicacion con tierra, la facilidad de adquirir detalles ni pormenores.

No hice, pues, alusion alguna á este objeto, cuando por la noche me hallé sólo con él en el salon. Por otra parte, me pareció taciturno y preocupado, habiendo dispuesto contra toda su costumbre que se abriesen las dos ventanas del salon, desde las cuales observaba, yendo alternativamente de una á otra con la mayor atencion, la masa de las aguas. No podia adivinar qué objeto se proponia con tales investigaciones, y por mi parte, aprovechaba los momentos para estudiar los peces que pasaban ante mi vista.

Puede notar, entre otros, esos gubios aciros, citados por Aristóteles, y vulgarmente conocidos con el nombre de *lochas de mar*, que se encuentran particularmente en las aguas saladas, próximas al Delta y al Nilo. Cerca de ellas se desarrollaban los pagros semifosforescentes, especie de asperos que los egipcios colocaban entre los animales sagrados, y cuya llegada á las aguas del rio, anunciando el venturoso y fecundo desbordamiento, ó sea la inundacion, era festejada con ceremonias religiosas. Pude notar igualmente los queilinos, largos de tres decímetros, peces óseos, de escamas transparentes, cuyo color lívido está mezclado de manchas rojas; son grandes comedores

de vegetales marinos, lo que les hace tomar un gusto esquisito; también estos queilinos eran muy buscados por los golosos de la antigua Roma; y sus entrañas, guisadas con huevas de murenas, sesos de pavos reales y lenguas de fenicópteros, componían ese divino plato, que tanto gustaba á Vitelio.

Otro habitante de estos mares atrajo también mi atención, trayendo á mi ánimo todos los recuerdos de la antigüedad. Fue la rémora, que viaja pegada al vientre de los tiburones; según los antiguos, este pececito, pegado también á la carena de un navío, podía detenerle en su marcha, y uno de ellos, deteniendo el buque de Antonio en la batalla de Acció, facilitó así la victoria de Augusto. ¡En cuán poca cosa están cifrados los destinos de las naciones!

También pude observar admirables hantías, que pertenecen al órden de los lujanes, peces sagrados para los griegos, que les atribuían la facultad de echar los mónstruos marinos de las aguas que frecuentaban; su nombre significa *flor*, y lo justificaban con sus colores cambiantes y tornasolados, sus matices comprendidos en la escala del rojo, desde la palidez de la roca hasta el brillo del rubí, y los vivos reflejos que tornasolaban su nadadera dorsal. No podía separar mi vista de aquellas maravillas del mar, cuando de repente quedé sorprendido ante una inesperada aparición. En medio de las aguas se presentó un hombre, un buzo que llevaba en su cintura una bolsa de cuero. No era un cuerpo abandonado á las olas, sino un hombre vivo, que nadaba con vigoroso esfuerzo, desapareciendo muchas veces por respirar en la superficie, para volver á sumergirse muy luego.

Me volví hácia el capitán Nemo, y con voz conmovida.

—Un hombre, un náufrago, exclamé; preciso es salvarle á todo precio.

No me respondió el capitán, y vino á apoyarse en la vidriera.

El hombre se había vuelto á acercar, y nos miraba con el rostro pegado á los cristales.

Con gran sorpresa mía, el capitán Nemo le hizo una señal. El buzo le respondió con la mano, volvió á subir á la superficie del mar, y no apareció más.

—No os inquietéis, me dijo el capitán; es Nicolás, del cabo Matapan, llamado el Peñe. Es muy conocido en todas las Cícladas como un atrevido buzo; el agua es su elemento, y mas tiempo vive en ella que en tierra, yendo de una isla á otra, y hasta Creta.

—¿Y le conoceis, capitán?

—¿Por qué no, señor Aronnax?

Dicho esto, el capitán Nemo se dirigió hácia un mueble colocado cerca del tabique izquierdo del salón, á cuya inmediación vi un cofre forrado de hierro, que llevaba en la tapa, sobre una placa de cobre, la cifra del *Nautilus* con su divisa *Mobilis in mobile*.

En aquel momento, el capitán, sin darse por entendido de mi presencia, abrió aquel mueble, especie de arca, que encerraba gran número de lingotes.

Ern lingotes de oro. ¿De dónde venía aquel precioso metal que representaba una enorme suma? ¿Dónde recogía el capitán aquel oro, y qué iba hacer con él?

No pronuncié una sola palabra, y miraba fijamente. El capitán Nemo tomó uno á uno aquellos lingotes, y los colocó metódicamente en el cofre, que quedó enteramente lleno; conteniendo entonces, según mi cálculo, mas de mil kilogramos de oro, es decir, cerca de tres millones de francos.

El cofre quedó sólidamente cerrado, y el capitán escribió en su tapa unas señas en caracteres, que debían ser en griego moderno.

Hecho esto, el capitán Nemo apretó un botón, cuyo hilo correspondía con la cámara de los tripu-

lantes. Cuatro hombres se presentaron, y con mucho trabajo consiguieron empujar el cofre fuera del salón.

Luego creí oír que le izaban por medio de aparejos en la escalera de hierro.

En aquel momento, el capitán Nemo se volvió hácia mí:

—¿Decíais algo, señor profesor? me preguntó.

—Nada decía, capitán.

—Entonces, señor, me permitireis que os desee buenas noches.

Y con esto, el capitán Nemo se salió del salón.

Volví á entrar en mi cuarto, muy inquieto como puede concebirse, y en vano traté de dormir. Busqué durante mucho tiempo qué relaciones podría haber entre la aparición del buzo y aquel cofre lleno de oro. Muy luego conocí en ciertos movimientos de balance y de cabeceo de proa á popa, que abandonando el *Nautilus* las capas inferiores, volvía á la superficie de las aguas.

Luego oí un rumor de pasos sobre la plataforma, y comprendí que se desprendía la canoa lanzándola al mar. Chocó por algunos momentos con el costado del *Nautilus*, y cesó todo ruido. Dos horas después, el mismo ruido, las mismas idas y venidas se reproducían, y la embarcación, izada á bordo, volvía á quedar colocada en su alvéolo, sumergiéndose de nuevo el *Nautilus* bajo las olas.

Por este medio, pues, aquellos millones habían sido trasportados á su destino. ¿A qué punto del continente? ¿Quién era el corresponsal del capitán Nemo?

Al día siguiente referí á Consejo y el canadiense los sucesos de aquella noche, que sobrescitaban mi curiosidad al mas alto grado, y mis compañeros no quedaron menos sorprendidos que yo.

—¿Pero dónde toma esos millones? preguntó Ned-Land.

Para esto no había respuesta posible. Me fui al salón después de haberme desayunado, y me puse á trabajar, redactando mis notas hasta las cinco de la tarde. En ese momento sentí un calor extremo, y atribuyéndolo á una causa personal, me quité el vestido de biso. Efecto incomprendible, porque no nos hallábamos bajo altas latitudes; y por otra parte, estando sumergido el *Nautilus*, no debía experimentar ninguna elevación de temperatura. Miré al manómetro, que señalaba una profundidad de sesenta pies, á la cual no hubiera podido llegar el color atmosférico.

Continué mi trabajo, pero la temperatura fue elevándose, hasta el punto de hacerse intolerable.

—¿Acaso habrá fuego á bordo? me pregunté.

Ya iba á dejar el salón, cuando el capitán Nemo entró y aproximándose al termómetro le consultó, volviéndose hácia mí:

—Cuarenta y dos grados, dijo.

—Ya me apercibo de ello, capitán, respondí; y si este calor sigue aumentando de esta manera, no podremos soportarlo.

—¡Bah! señor profesor, este calor no aumentará si nosotros no queremos.

—¿Con que podeis moderarlo á vuestra voluntad?

—No; pero podré apartarme del foco que lo produce.

—¿Entonces es exterior?

—Como que nos hallamos en una corriente de agua hirviendo.

—¿Es posible? exclamé.

—Mirad.

Abriéronse las ventanas, y ví el mar enteramente blanco alrededor del *Nautilus*: Un humo de vapores sulfurados se desenvolvía en medio de las olas hirvientes como el agua de una caldera. Apoyé mi mano sobre uno de aquellos cristales, y el calor era tal que tuve que retirarla inmediatamente.

—¿Dónde estamos? pregunté.

—Cerca de la isla de Santorni, señor profesor, me respondió el capitán; y precisamente en ese canal que separa á Nea-Kamenni de Palea-Kamenni. He querido proporcionaros el curioso espectáculo de una erupción submarina.

—Yo creía, dije, que la formación de estas islas nuevas se hallaba terminada.

—Nada se halla nunca terminado en los terrenos volcánicos, respondió el capitán Nemo; y el Globo siempre está trabajado por los fuegos subterráneos.

Ya en el año 19 de nuestra Era, según Casiodoro y Plinio, apareció una isla nueva, Theia la divina, en el mismo sitio donde recientemente se han formado esos islotes; después se abismó bajo las olas para volverse á formar el año 69, abismándose de nuevo; desde esa época hasta nuestros días, quedó en suspenso el trabajo plutoniano; pero el 3 de febrero de 1866 surgió fuera de las aguas un nuevo islote, que se llamó el islote de Jorge, en medio de vapores sulfurosos, próximo á Nea-Kamenni, y se soldó allí el 6 del mismo mes. Siete días después, el 13 de febrero,



¿De dónde venía aquel precioso metal que representaba una enorme suma?

apareció el islote Afroesa, dejando en medio un canal de diez metros. Precisamente me hallaba en estos mares cuando se verificó ese fenómeno, y pude observar todas sus fases. El islote Afroesa, de forma redondeada, y media trescientos pies de diámetro por treinta de altura, y se componía de lavas negras y vítreas mezcladas con fragmentos feldespáticos. Por fin, el 10 de marzo se presentó cerca de Nea-Kamenni un islote más pequeño llamado Reka, y desde entonces los tres islotes, soldados juntos, forman una sola isla.

—¿Y el canal donde estamos en este momento? pregunté.

—Aquí podeis verle, respondió el capitán Nemo enseñándome el mapa del archipiélago. Ya veis que he puesto aquí los nuevos islotes.

—¿Pero se cegará algún día ese canal?

—Es probable, señor Aronnax; porque desde 1866 han surgido ocho pequeños islotes de lava frente al puerto de San Nicolás de Palea-Kamenni. Es, pues, evidente que Nea y Palea se reunirán dentro de muy poco; porque si en medio del Pacífico son los infusorios los que forman los continentes, aquí son los fenómenos eruptivos. Mirad el trabajo que se realiza bajo estas ondas.

Me fijé entonces en el cristal. El *Nautilus* no ca-

minaba; el calor llegaba á hacerse intolerable. De blanco que estaba el mar, se habia puesto rojo; coloracion debida á la presencia de una sal de hierro. A pesar de que el salon se hallaba hermeticamente cerrado, se desprendia un olor sulfuroso insoportable, y pude distinguir llamas de color escarlata, cuya vivacidad era tal, que apagaba los fulgores de la electricidad.

Estaba inundado, me sofocaba, me iba á cocer; si, verdaderamente me sentia cocer.

—No se puede permanecer ni un momento mas en esta agua hirviendo, le dije al capitán.

—No, no seria prudente, respondió el impasible Nemo.

Se dieron las órdenes, y el *Nautilus* viró de bordo alejándose de aquel horno, que no podia arrostrar impunemente. Un cuarto de hora mas tarde, respirábamos en la superficie de las olas.

Entonces me ocurrió la idea, que si Ned-Land hubiera escogido aquellos parajes para efectuar nuestra fuga, no hubiéramos logrado salir vivos de aquel mar de fuego.

Al día siguiente, 16 de febrero, dejábamos aquel mar, que cuenta, entre Rodas y Alejandria, profundidades de tres mil metros; y el *Nautilus*, pasando ante Cérigo, abandonaba el archipiélago griego doblando el cabo Matapan.

CAPITULO VII.

EL MEDITERRÁNEO EN CUARENTA Y OCHO HORAS.

El Mediterráneo, el mar azul por excelencia, el *gran mar* de los hebreos; el *mar* de los griegos, el *mare nostrum* de los romanos; bordado de naranjos, de aloe, de cactus, de pinos maritimos; embalsamado por el perfume de los mirtos, cercado por ásperas montañas, saturado de un aire puro y trasparente, é incesantemente trabajado y conmovido por los fuegos de la tierra, es un verdadero campo de batalla, donde Neptuno y Platon se disputan todavia el imperio del mundo. Allí, sobre sus costas y en sus aguas, dice Michelet, es donde el hombre se vivifica en uno de los mas poderosos climas del globo.

Pero por nervoso que sea, no he podido tomar mas que una rápida noticia de ese gran lago, cuya superficie cubre dos millones de kilómetros cuadrados. Los conocimientos personales del capitán Nemo tambien me faltaron, porque el enigmático personaje no se presentó una sola vez durante esta travesía á gran velocidad. Calculo en seiscientos leguas, próximamente, el camino que recorrió el *Nautilus* en ese mar, y solo empleó en ese viaje dos veces veinticuatro horas. Abandonando en la mañana del 16 de febrero la Grecia, el 18, al salir el sol, habíamos atravesado el Estrecho de Gibraltar.

Fue evidente para mí, que este Mediterráneo, abrazado en medio de las tierras que tenia tanto deseo de no volver á habitar, desagradaba al capitán Nemo. Sus olas y sus brisas le traían demasiados recuerdos, acaso demasiados pesares, y no ostentaba aquí ya la libertad de modales, la independencia de maniobras que le dejaban los Océanos, viéndose su *Nautilus* como oprimido entre aquellas costas cercanas de Africa y Europa.

Por eso, aunque nuestra velocidad era de veinticinco millas por hora, ó sea doce leguas de cuatro kilómetros, debió parecerle poca. Y Ned-Land tuvo que renunciar, con gran sentimiento suyo, á los proyectos de fuga; pues no podia servirse de la canoa, arrastrada á razón de doce ó trece metros por segundo. Dejar el *Nautilus* en condiciones tales, hubiera sido como saltar de un tren en marcha, con la misma rapidez, maniobra imprudente si las hay. Y nuestro aparato si dirigia solo por las indicaciones

de la brújula y de la corredera, subiendo á flor de agua por las noches, y únicamente para renovar el aire.

Pude ver tan solo en el interior del Mediterráneo lo que un viajero que camina en tren *express* puede distinguir en un paisaje, que huye ante sus ojos; es decir, los lejanos horizontes, nunca los primeros planos que pasan como el rayo. Consejo y yo, con todo esto, pudimos observar algunos de aquellos peces del Mediterráneo que por la potencia de sus nadaderas, podian mantenerse algunos instantes en las aguas del *Nautilus*. Permaneciamos emboscados tras de las vidrieras del salon, y mis notas me permiten rehacer en algunas palabras la ictiología de ese mar.

De los diversos peces que le habitan á los unos los he visto, llegué á entrever otros, y muchos habo que la velocidad del *Nautilus* robó á mis ojos. Que me sea, pues, permitido organizarlos segun esa clasificación de capricho, que dará á conocer mejor mis rápidas observaciones.

En medio de la masa de las aguas, vivamente iluminadas por los focos eléctricos, serpenteaban algunas de esas lampreas de un metro de longitud, que son comunes á todos los climas. Los oxirincos, especie de rayas, anchos de cinco pies, de blanco vientre, de dorso gris, ceniciento y manchado, se desarrollaban como grandes, como vastos chales, llevados por las corrientes; otras rayas pasaban tan de prisa, que no podia darme cuenta si merecian el nombre de águilas que les fue dado por los griegos, ó el de ratones, sapos y murciélagos, con que los pescadores modernos les han bautizado; los escualos-milanos, largos de doce pies, y muy especialmente temidos por los buzos, competian en rapidez unos con otros; los zorros marinos, largos de ocho pies y dotados de una extrema finura de olfato, aparecian como grandes sombras azuladas: las doradas del género esparó, algunas de las cuales median hasta un metro y tres decímetros, se presentaban con su traje de plata y azul, rodeado de listas, que se reconocian perfectamente sobre el tono sombrío de sus nadaderas, peces consagrados á Venus, y cuyo ojo está engastado en un cerco de oro; preciosa especie que habia en todas las aguas; dulces ó saladas, en los rios, en los lagos y en los Océanos; que vive en todos los climas, que sufre todas las temperaturas, y cuya raza que remonta á las épocas geológicas de la tierra, ha conservado toda su belleza de los primeros dias. Unos magníficos esturiones largos de nueve á diez metros, animales que caminan mucho, tropezaban con su poderosa cola en los cristales de las escotillas, mostrando su azulado dorso con pequeñas rayas negruzcas; se parecen á los escualos, cuya fuerza no llegan á tener, y se hallan en todos los mares; en la primavera llegan á remontar los grandes rios, luchando contra las corrientes del Volga, del Danubio, del Pó, del Rin, del Loire, del Óder, alimentándose con arenques, caballas, salmones y gados; aunque pertenecen á la clase de los cartilaginosos, son delicados, se comen frescos, secos, guisados á la marinera ó salados, y en otro tiempo eran triunfalmente elevados á la mesa de Lúculo. Pero entre estos habitantes del Mediterráneo, los que mas útilmente pude observar cuando el *Nautilus* se acercaba á la superficie pertenecian al género sexagésimo tercero de los peces óseos. Eran los escombros atunes, de dorso azul negro, de abdomen con coraza de plata, cuyos radios dorsales lanzan fulgores de oro; generalmente se cree que siguen la marcha de los navios, buscando la sombra fresca bajo los ardores del cielo tropical; y no desmintieron en esta ocasion su fama, acompañando al *Nautilus*, como en otro tiempo acompañaron á los buques de Lapérous. Durante muchas horas lucha-

ron en velocidad con nuestro aparato, y no me cansaba de admirar aquellos animales verdaderamente cortados para la carrera, con su pequeña cabeza, su cuerpo liso y fusiforme, que pasaba en algunos de tres metros; sus pectorales, dotadas de vigor notable, y sus colas en forma de horquilla, nadaban formando triángulo, como algunas bandadas de pájaros, cuya rapidez igualaban, lo que hacía decir á los antiguos que les eran familiares la geometría y la estrategia; y á pesar de esto, no escapan á la persecucion de los provenzales, que los estiman como los antiguos habitantes de la Prepónide y de la Italia, y como ciegos, como aturdidos, van esos preciosos animales á acogerse y á perecer por millares en las almadravas marselesas.

Como recuerdo solamente, citaré aquellos peces del Mediterráneo que Consejo y yo pudimos llegar á entrever. Eran los gimnotos fierasteros blanquecinos, que pasaban como vapores impalpables; las morenas congrios, serpientes de tres á cuatro metros, matizadas de verde, azul y amarillo; los gadomeros, largos de tres pies, cuyo hígado constituye un delicado manjar; los cepolos-tenias, que flotaban como finisimas algas; las triglas, que los poetas llamau peces-liras y los marinos peces silbadores, cuyo hocico está adornado con dos membranas triangulares y dentadas que figuran el instrumento del viejo Homero; las triglas golondrinas, que nadan con la rapidez del pájaro cuyo nombre han tomado; los holocentros merones de cabeza roja, cuya nadadera dorsal está provista de filamentos; los sábalos, salpicados de manchas negras, morenas, grises, azules, amarillas, verdes, sensibles al sonido argentino de las campanillas; y los espléndidos rodaballo, esos faisanes del mar, especie de rombos de nadaderas amarillentas, moteados con puntos pardos, y cuyo lado superior, el lado izquierdo, está generalmente matizado de pardo y amarillo. Por fin, troyales de admirables salmonetes, verdadera joya del Océano, que llegaron á pagar los romanos á diez mil sestercios la pieza, y á los cuales hacian morir sobre la mesa para seguir cruelmente los cambios de color, desde el rojo cinabrio de la vida, hasta el blanco pálido de la muerte.

Y si no conseguí observar ni miraletes, ni balistes, ni letrodontes, ni hipocampos, ni juanes, ni céntricos, ni babosas, ni barbos, marinos, ni labros, ni esperinques, ni sollos, ni anchoas, ni pageles, ni bogas, ni orfos, ni esos principales representantes del orden de los pleuronectos, los hipoglossos, las platijas, los lenguados, las acedias, comunes al Atlántico y al Mediterráneo, preciso será excusar esto, por la vertiginosa velocidad con que me trasportaba el *Nautilus* á través de aquellas turbulentas aguas.

En cuanto á los mamíferos marinos, creo haber reconocido al pasar por el Adriático dos ó tres cachalotes, provistos de una nadadera dorsal del género de los fiseteros; algunos delfines del género de los globicifalos, especiales al Mediterráneo, y cuya cabeza en su parte anterior está listada por líneas claras; y tambien una docena de focas de abdomen blanco y de piel negra, conocidas con el nombre de frailes, porque tienen todo el aspecto de dominicos, y cuya longitud es de unos tres metros próximamente.

Consejo, por su parte, creyó haber divisado una tortuga de seis pies de anchura, adornada con tres aristas salientes en direccion longitudinal. Tuve gran sentimiento por no haber visto ese reptil, pues segun la descripción que de él me hizo Consejo, creí reconocer el laúd, que forma una especie bastante rara. En cuanto á mí, solo pude notar algunos cacuanos de caparazon prolongado.

Entre los zoófitos, pude admirar durante algunos momentos una bella galeolaria anaranjada que se

pegó al cristal de la ventanilla de babor; era un largo filamento que se arborizaba en ramas infinitas, y terminadas por el mas fino encaje que hubieran hilado nunca las rivales de Aracne. Desgraciadamente no logré pescar esa admirable muestra, y no se hubiera sin duda ofrecido á mis miradas ningun otro zoófito mediterráneo, si el *Nautilus* no hubiera amortiguado en la noche del 16 su singular velocidad. Explicaré cómo esto sucedió.

Pasábamos entonces entre Sicilia y la costa de Túnez, espacio encerrado entre el cabo Bueno y el estrecho de Mesina, donde el fondo del mar sube rápidamente formando una verdadera cresta, sobre la cual apenas hay diez y siete metros de agua, mientras que á los dos lados es de ciento setenta metros la profundidad. Tuvo, pues, que maniobrar con mucha prudencia el *Nautilus*, para no chocar contra esa barrera submarina.

A Consejo le enseñé en el mapa del Mediterráneo el sitio que ocupaba este largo arrecife, y me hizo la siguiente observacion.

—Con permiso del señor, me ocurre que este es un istmo verdadero, que reúne la Europa con el Africa.

—Sí, amigo mio, respondí; es un istmo que cierra por completo el estrecho de Libia; y las exploraciones de Smit han demostrado que los continentes estaban en otro tiempo reunidos entre el cabo Boco y el cabo Furina.

—Lo creo perfectamente, dijo Consejo.

—Tambien debo añadir, repuse, que existe una barrera semejante entre Gibraltar y Ceuta, que en los tiempos geológicos cerraba el Mediterráneo completamente.

—¿Y si algun impulso volcánico, replicó Consejo, levántase algun dia esas dos barreras sobre las olas?

—No es muy probable.

—Permitame el señor acabar; si ese fenómeno se produjese, sería muy sensible para el señor de Lesseps, que tanto trabajo se toma para abrir su istmo.

—Convengo en ello; pero te repito, Consejo, que ese fenómeno no se realizará. La violencia de las fuerzas subterráneas va disminuyendo siempre, y los volcanes tan numerosos en los primeros dias del mundo, se estinguen poco á poco. Se debilita el calor interno, y la temperatura de las capas inferiores del globo descende en una cantidad que puede apreciarse cada siglo, con detrimento de nuestro globo, porque ese calor es su vida.

—El sol con todo.

—El sol es insuficiente, Consejo; ¿podría dar calor á un cadáver?

—Por cierto que no.

—Pues bien, amigo mio, la tierra será algun dia ese cadáver yerto, llegará á ser inhabitable y estará deshabitada, como la luna, que ha perdido desde hace mucho tiempo su calor vital.

—¿Dentro de cuántos siglos? preguntó Consejo.

—Dentro de algunos centenares de miles de años.

—Pues entonces, respondió Consejo, tenemos tiempo de acabar nuestro viaje: si no se mezcla en ello Ned-Land.

Tranquilo entonces, Consejo se dedicó á estudiar el fondo que el *Nautilus* pasaba rasando con una velocidad moderada.

Allí, bajo un suelo rocoso y volcánico, se ostentaba toda una flora viviente; las esponjas, las holorurias, las cidipas hialinas, adornadas con filamentos rojizos, y que emitian una ligera fosforescencia; los berceos, vulgarmente conocidos bajo el nombre de cohombros de mar, y bañados entre los fulgores de espectro solar; las comatulas ambulantes, de

un metro de anehura, cuya púrpura enrojecia las aguas; las eurialas arborescentes, de la mayor belleza; las pavonáceas de largos tallos; un gran número de ursinos comestibles de especies variadas, y actíneas verdes de ceniciento tronco, con disco moreno, que se perdian en la cabellera aceitunada de sus tentáculos.

Se había ocupado Consejo mas particularmente en observar los moluscos y los articulados, y aun cuando su nomenclatura sea algun tanto árida, no quiero privar al pobre muchacho de dar cuenta de sus observaciones personales.

Entre los moluscos citó numerosos petúnculos pectiniformes; los espondilos pezuña de asno, que se amontonaban unos sobre otros; las donáceas triangulares; las hialas tridentadas, de la familia de los terópodos, con nadaderas amarillas y transparentes conchas; los pleurobranquios anaranjados; los huevos matizados ó sembrados de puntos verdosos; las aplisias, conocidas tambien bajo el nombre de liebres de mar, las dolabelas; los aceros carnosos; las sombrillas, especiales al Mediterráneo, las orejas de mar, cuya concha produce un nárcar muy estimado; los petúnculos apenachados, las anomias, que segun dicen, eran para los del Languedoc preferibles á las ostras: los clovis, tan apetitosos para los marselleses, los prairios dobles, blancos y gruesos; algunos de esos clams que tanto abundan en las costas de la América del Norte, y de que se hace un comercio tan considerable en Nueva York; los peines operculares de variados colores; las litodonceas engastadas en sus agujeros, y cuyo sabor de pimienta me era agradable; las venericardas surcadas, cuya concha de protuberante vértice, presentaba lados salientes; las cintias, erizadas de tubérculos y escarlata; las canarias de punta encorvada y semejantes á ligeras góndolas; las férolas coronadas; las atlantes de conchas espiraliformes las thetis grises con manchas blancas y cubiertas con su mantilla festoneada; las eórides, semejantes á pequeñas babosas; las cavolinias, que se arrastran sobre el dorso; las aurículas, y entre otras, la aurícula myosotis, de concha oval; las escalarias amarillentas, las litorinas, las junturias, las cinerarias, las petricolas, las lamelarias, las pandoras, etc., etc.

En cuanto á los articulados, los ha dividido Consejo en sus notas, con mucho fundamento, en seis clases: tres de las cuales pertenecen al mundo marino, y son la de los crustáceos, la de los cirrópodos y la de los anélidos.

Subdividen los crustáceos en nueve órdenes, comprendiendo el primero los decápodos, es decir, los animales cuya cabeza y tórax e tan mal generalmente soldados entre sí, cuyo aparato bucal se compone de muchos pares de miembros, y que poseen cuatro, cinco ó seis pares de patas torácicas ó ambulatorias. Habia seguido Consejo el método de nuestro maestro Milne Edwards, que forma tres secciones con los decápodos: los braquiurus, los macruros y los anomuros; nombres algun tanto bárbaros, pero precisos. Consejo cita entre los macruros las anantias, cuya frente se halla armada de dos grandes cuernos divergentes; el inaco escorpion, que—no atino cómo y por qué,—simbolizaba entre los griegos la cordura y la sabiduria; los lambros-massena; los lambros-espinimanos, probablemente estraviados en aquel alto fondo—pues ordinariamente viven á grandes profundidades;—los jantos, los pilumnos, los rombóides, los calapianos granuloso—muy fáciles de digerir, segun hace observar Consejo, los coristos dentados; las ébalias; los cimopólias; los dorripo lanudos etc. Entre los macruros, subdivididos en cinco familias, los acorazados, los cavadores, los astacianos, los calicocos y los oquizópodos; cita las langostas comunes, cuya carne es tan estimada sien-

do hembras; las cigarras de mar; las gélías ribereñas, y toda clase de especies comestibles, pero no dice nada de la subdivision de los astacianos, que comprende los cabrajos, porque en el Mediterráneo no hay mas que langostas. Por fin, entre los anomuros, vió las drocinas comunes, abrigadas en esa concha abandonada de que se apoderan los homilos, de frente espinosa, los bernardos-ermitaños; las porcelanas, etc.

En este punto se detenia el trabajo de Consejo, habiéndole faltado tiempo para completar la clase de los crustáceos, por el examen de los estomápodos, de los anfipolos, homópodos, hisópodos, trilóbitas, branquiópodos, ostrácodos, etomostráceos. Tambien hubiera debido citar, para terminar, el estudio de los articulados marinos, la clase de los cirrópodos que encierra los ciclopes y los árgulos; y la clase de los anélidos, que hubiera dividido seguramente en tubícolas y dorsibránquios. Pero habiendo pasado el *Nautilus* del alto fondo del estrecho de Libia, volvió á continuar en las aguas mas profundas con su acostumbrada velocidad. Ya no se hallaban entonces moluscos, ni articulados, ni zoófitos, sino algunos grandes peces, que pasaban como sombras.

Durante la noche del 16 al 17 de febrero, habíamos entrado en ese segundo Mediterráneo, cuyas mayores profundidades se encuentran á tres mil metros; y el *Nautilus*, bajo el impulso de su hélice, desizándose sobre sus planos inclinados, se sumergió hasta las últimas capas del mar.

A falta de otras maravillas naturales, ofreció allí la masa de las aguas á mis miradas muchas escenas conmovedoras y terribles.

Atravesábamos, efectivamente, entonces toda esa parte del Mediterráneo, tan fecundas en sinietros. Desde la costa argentina á las playas de Provenza, ¡cuántas naves han naufragado! ¡cuántos buques han desaparecido! El Mediterráneo es verdaderamente un lago, comparado con las vastas llanuras del Pacífico; un lago caprichoso, de olas movedizas, hoy propicio y cariñoso para la débil barca, que parece flotar entre el doble azul de las aguas y del cielo; mañana, proceloso, atormentado, levantado por los vientos, destrozando las naves mas fuertes, con los golpes precipitados y repetidos de sus olas.

De este modo, en este paseo rápido á través de las capas profundas, distinguí muchos despojos perdidos que yacian allí sobre el terreno algunos ya cubiertos por los corales: revestidos los otros solo por una capa de orin, anclas, cañones, balas, guarniciones de hierro, aletas de hélice, trozos de máquina, cilindros destrozados, cascos de buques flotando entre dos aguas, calderas sin fondo, las unas en posicion recta, las otras invertidas.

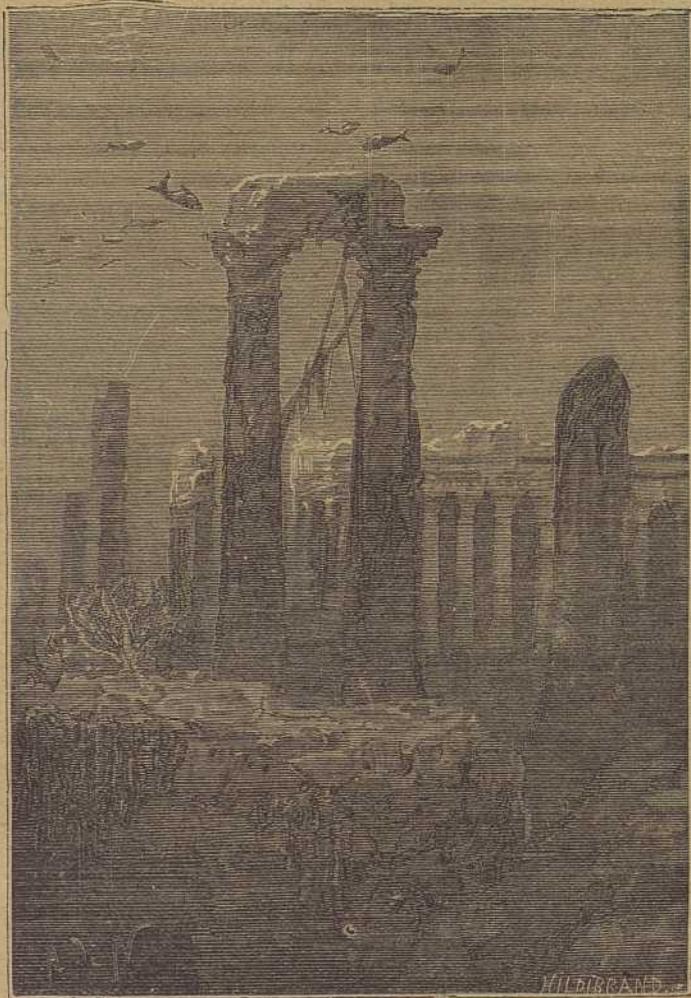
Entre esas naves habian naufragado, las unas por choque, las otras por haber tocado en algun escollo de granito. Las ví que se habian ido á pique con la arboladura entera y en su posicion, cual si se hallasen ancladas en una inmensa rada, esperando el momento de partida; y cuando el *Nautilus* pasaba entre ellas, envolviéndolas en la luz de sus focos eléctricos; parecia que esas naves iban á saludarle con su pabellon, enviándole su número de órden. Pero no: el silencio y la muerte eran lo que tan solo reinaba en aquel campo de catástrofes.

Observé que los campos del Mediterráneo estaban mas llenos de esos sinietros despojos, á medida que el *Nautilus* se aproximaba al Estrecho de Gibraltar. Las costas de Africa y Europa se van acercando entonces, y en aquel espacio angosto son frecuentes los abordajes. Allí ví numerosos cascos de hierro ruinas fantásticas de vapores, echadas las unas, las otras en pié, muy parecidas á formidables animales

Uno de aquellos buques de abiertos costados, con su chimenea encorvada, sus ruedas, de las que sólo quedaba el armazon, separado el timon del codaste y sostenido aún por una cadena de hierro, su espejo de popa roído por las sales marinas, presentaba allí un terrible aspecto. ¡Cuántas existencias destrozadas en su naufragio! ¡Cuántas víctimas arrastradas bajo las olas. ¿Habria sobrevivido algun marinero de á bordo para contar tan terrible desastre? ¿O guardaban todavia las olas el secreto de tantas desgracias? ¡No sé por qué me ocurrió entonces que aquel buque sumergido podia ser el *Atlas*, que habia desa-

parecido hace unos veinte años, sin que se haya vuelto nunca á oír hablar de él ni de la tripulacion! ¡Ah! ¡Qué historia tan terrible podria hacerse rebuscando en esos fondos del Mediterráneo, en ese vasto osario, donde tantas victimas han hallado la muerte, donde tantas riquezas se han perdido!

El *Nautilus*, sin embargo, indiferente y rápido, se deslizaba á toda hélice por en medio de aquellas ruinas. El 18 de febrero, á las tres de la mañana, se presentaba á la entrada del Estrecho de Gibraltar. Existían allí dos corrientes, una superior, hace mucho tiempo reconocida, que conduce las aguas del Océa-



Pude contemplar las admirables ruinas del templo de Hércules.

no al Mediterráneo; y otra contracorriente inferior, cuya existencia se ha demostrado en nuestros dias por el raciocinio. En efecto: las sumas de las aguas del Mediterráneo, aumentada continuamente por las olas del Atlántico y por los rios que en él desaguan, debiera elevar cada año el nivel de este mar, porque su evaporacion es insuficiente para restablecer el equilibrio, y como esto no sucede, naturalmente se ha debido admitir la existencia de una corriente inferior que por el Estrecho de Gibraltar vierta en el Atlántico el excedente de aguas del Mediterraneo.

Y esto es exacto, ciertamente, porque de esa corriente se aprovechó el *Nautilus* avanzando con ra-

pidez por el estrecho paso. Durante un instante pude contemplar las admirables ruinas del templo de Hércules, repentinamente sumergido, segun Plinio y Avieno, con la isla baja que le sostenia; y algunos minutos más tarde flotábamos sobre las olas del Atlántico.

CAPÍTULO VIII.

LA BAHIA DE VIGO.

¡El Atlántico! Vasta estension de agua, cuya superficie cubre veinticinco millones de millas cuadradas, con una longitud de nueve mil millas por una anchura media de dos mil setecientas. ¡Importante



Pudimos observar algunos de aquellos peces del Malabar.

mar, casi ignorado de los antiguos, aunque conocido quizá de los cartagineses, de los holandeses de la antigüedad, en que sus peregrinaciones comerciales seguían las costas occidentales de Europa y de África. Océano cuyas playas de sinuosidades paralelas

abrazan un perímetro inmenso regado por los mayores ríos del mundo: el San Lorenzo, el Mississippi, el de las Amazonas, la Plata, el Orinoco, el Negro, el Senegal, el Elba, el Loira, el Rhin, que le traen las aguas de los países mas civilizados y de las mas

salvajes comarcas, magnífica llanura, surcada incesantemente por los buques de todas las naciones, amparados bajo todos los pabellones del mundo, terminada por esas dos terribles puntas, tan temidas de los navegantes, el cabo de Hornos y el cabo de las Tempestades!

Rompía el *Nautilus* las aguas con su espolon después de haber caminado unas diez mil leguas en tres meses y medio, que es una distancia muy superior á la de uno de los círculos máximos de la Tierra. ¿Adónde íbamos ahora, y qué nos reservaba el porvenir?

Salido el *Nautilus* del Estrecho de Gibraltar, se apartó de las costas y volvió á la superficie de las aguas, haciendo posibles nuestros cotidianos paseos en la plataforma.

Subí á ella al instante, acompañado de Ned-Land y de Consejo. A una distancia de doce millas aparecía vagamente el cabo de San Vicente, que forma la punta Sudoeste de la península Ibérica. Soplaban del Sur un viento borrascoso; la mar era gruesa, levantisca, é imprimía sacudidas violentas de balanceo al *Nautilus*. Era casi imposible mantenerse en la plataforma, batida por enormes olas á cada momento. Volvimos á bajar, pues, después de haber respirado algunos instantes el aire libre.

Volví á mi cuarto, y Consejo á su camarote; pero el canadiense, con un aire bastante inquieto, me siguió. Nuestra marcha rápida á través del Mediterráneo, le había impedido poner sus proyectos en práctica, y disimulaba poco su disgusto.

Cuando se hubo cerrado la puerta de mi cuarto, se sentó mirándome silenciosamente.

—Amigo Ned, le dije; os comprendo perfectamente, pero no tenéis nada de qué arrepentiros; en las condiciones en que navegaba el *Nautilus*, ciertamente, que hubiera sido desvarío pensar en abandonarle.

—No, respondió Ned-Land; y sus labios apretados, sus cejas fruncidas, indicaban que se veía violentamente asediado por una idea fija.

—No desesperéis, continué; vamos por la costa de Portugal, y no se hallan muy lejos la Francia y la Inglaterra, donde fácilmente encontraríamos un refugio. ¡Ah! si el *Nautilus*, al salir del Estrecho de Gibraltar, hubiese puesto la proa al Sur y nos hubiese arrastrado hacia esas regiones en que los continentes faltan, también yo participaría de vuestros temores é inquietud. Pero ahora ya lo sabemos; el capitán Nemo no huye de los mares civilizados; y creo que dentro de pocos días podreis obrar con alguna seguridad.

Me miró Ned-Land mas fijamente aun, y despegando por último sus labios, dijo:

—Esta noche será.

De repente me incorporé, pues estaba, lo confieso poco preparado á semejante noticia. Hubiera querido responder al canadiense, pero las palabras no pudieron llegar á mis labios.

—Estábamos convenidos en que esperaríamos una circunstancia, continuó Ned-Land, y esa circunstancia ha llegado. Pasaremos esta noche á algunas millas de la costa española, y como la noche está sombría y el viento sopla del mar cuento con vos, señor Aronnax, porque me lo habeis prometido.

Continuaba yo callado, y el canadiense, levantándose, se aproximó á mí exclamando:

—Esta noche á las nueve... ya he prevenido á Consejo; y á esas horas el capitán Nemo se hallará encerrado en su cuarto, probablemente acostado. Ni los maquinistas ni los hombres de la tripulación pueden vernos. Consejo y yo ganaremos la escalera central, mientras vos, señor Aronnax, os quedareis en la biblioteca, á dos pasos de nosotros, esperando la señal. Los remos, el mástil y la vela están dentro de la canoa, y he conseguido llevar también algunas

provisiones. Me he proporcionado una llave inglesa para destornillar las tuercas que sujetan la canoa al casco del *Nautilus*. Todo está dispuesto perfectamente para esta noche.

—Malo está el mar, le dije.

—Es verdad, pero algo hay que arriesgar, y la libertad merece algun esfuerzo y sacrificio; y como por otra parte la embarcación es sólida, en el viento que sopla será negocio de poco tiempo el recorrer las millas que nos separan de la costa. ¿Quién sabe si mañana estaremos cien leguas mar adentro? Que las circunstancias nos favorezcan, y entre diez y once nos hallaremos desembarcados en algun punto de tierra firme ó habremos muerto. Así, pues, hasta la no he.

Diciendo esto, el canadiense se retiró dejándome completamente aturdido. Había imaginado que en todo caso tendría tiempo de meditar y discutir, y mi terco compañero no me lo permitía. ¿Después de todo, qué hubiera podido decirle? Tenía razón que le sobraba, y era el momento que debía aprovecharse. ¿Podía fallar á mi palabra, y hacer cargar sobre mí la inmensa responsabilidad de comprometer, en un interés personal, el porvenir de mis compañeros? ¿No podía el capitán Nemo alejarnos de las tierras y entrar mar adentro?

En aquel momento un silbido bastante fuerte me hizo conocer que se hallaban los receptáculos, y el *Nautilus* se hundió bajo las aguas.

Yo permanecí en mi cuarto, porque quería evitar el encuentro del capitán, pues no hubiera acaso podido ocultar á sus ojos la emoción que me dominaba. Triste día pasé de este modo, entre el deseo de volver á entrar en posesión de mi libre albedrío y el sentimiento de abandonar aquel maravilloso *Nautilus* sin completar mis estudios submarinos. ¿Dejar aquel Océano, mi Atlántico, como le llamaba, sin haber observado sus últimas capas, sin haberle arrancado aquellos secretos que me habían revelado los mares de las Indias y el Pacífico! ¡Cala la novela de mis manos en el primer volumen; se interrumpe mi sueño en el momento mas precioso. ¡Qué horribles fueron las horas trascurridas de este modo, viéndome tan pronto en seguridad y en tierra con mis compañeros; deseando otras veces, á despecho de mi corazón, que alguna circunstancia imprevista viniera á impedir la realización de los proyectos de Ned-Land.

Dos veces fui al salón para consultar el compás, y quería ver si la dirección del *Nautilus*, nos aproximaba ó nos alejaba de la costa; pero el *Nautilus* se mantenía siempre en las aguas portuguesas encaminándose al Norte á lo largo de las costas.

Era preciso, pues, tomar un partido y prepararse á huir. Mi equipaje no era muy pesado; solo tenía que llevar conmigo las notas.

Respecto del capitán Nemo, me ocurría que podría pensar de nuestra evasión, cuántas inquietudes y disgustos le causaría quizá, y lo que haría en el doble caso en que fuera descubierta ó no llegara á realizarse. Sin duda que no tenía por qué quejarme de él, antes por el contrario, hubiera sido muy difícil hallar hospitalidad mas franca que la suya. Abandonándole, no podía ser tachado de ingratitud, y ningún juramento nos ligaba con él. Contaba solo con la fuerza de las cosas, y no nos había exigido palabra alguna para obligarnos á fijar nuestra residencia á su lado. Pero esa pretension, que habia manifestado en voz alta, de mantenernos eternamente prisioneros, justificaba nuestras tentativas.

No habia vuelto á ver á Nemo desde nuestra visita á la isla de Santorino. ¿Debía la casualidad ponerme en su presencia antes de nuestra marcha? Lo deseaba y lo temía á la vez. Escuché para saber si le oía andar en su cuarto contiguo al mio, y ningún rumor lle

á mis oídos, como si aquella cámara estuviera completamente vacía.

Entonces me pregunté si tan extraño personaje se hallaría á bordo. Desde aquella noche, durante la cual la canoa dejó al *Nautilus* para desempeñar un servicio misterioso, se habían modificado algun tanto mis ideas en lo que á él concernía. Llegué á pensar, por mas que contrariase á lo que él decía, que el capitán Nemo debía haber conservado con tierra algunas relaciones. ¿No abandonaba nunca el *Nautilus*? Habían trascurrido muchas veces semanas enteras sin que le hubiese encontrado. ¿Qué hacia durante ese tiempo? ¿Y no podía estar lejos, realizando algun acto secreto, cuya naturaleza no podía sospechar, mientras yo le creía entregado á accesos de misantropía?

Estas y otras mil ideas me asaltaron á la vez, porque en la extraña situación en que nos hallábamos era inmenso el campo de las conjeturas. Esperimentaba un malestar insoportable, y aquel día de espera se me hacia eterno. Las horas pasaban demasiado lentamente, sin tomar en cuenta la impaciencia con que las aguardaba.

Me sirvieron, como siempre, la comida en mi cuarto, y comí muy mal, hallándome completamente preocupado. Eran las siete cuando me levanté de la mesa, y ya solo faltaban ciento veinte minutos, que iba contando, para el momento en que debía reunirme con Ned-Land. Mi agitación redoblaba, latiendo con violencia mi pulso. No podía permanecer quieto un momento, yendo y viniendo, como si la turbación de mi ánimo pudiera calmarse por el movimiento. No me atormentaba el temor de sucumbir en nuestra audaz empresa, sino el pensamiento de que pudiera ser descubierto nuestro propósito antes de haber dejado el *Nautilus*; y al fijarme en la idea de que podía ser conducido ante la presencia del capitán Nemo, irritado, ó lo que seria peor, contristado por mi abandono, parecia como si el corazón quisiera saltarme del pecho.

Quise volver al salon por última vez, y dando vuelta á los corredores llegué al museo, donde tantas horas agradables y útiles habia pasado. Miraba todas aquellas riquezas, todos aquellos tesoros, como un hombre en vispera de eterno destierro, que parte para no volver ya mas. Aquellas maravillas de la naturaleza, aquellas obras maestras del arte, entre las cuales habia estado concentrada mi vida durante tantos dias, iban á quedar allí abandonadas para siempre; bien hubiera querido hacer pasar mis miradas por los cristales del salon á través de las aguas del Atlántico, pero estaban herméticamente cerrados, y me separaba del Océano, que no conocia todavía, una cortina de acero.

Recorriendo de este modo el salon, llegué cerca de la puerta abierta en la pared achaflanada, que se abria hacia la alcoba del capitán; y con gran asombro mio hallé aquella puerta entreabierta, lo que me hizo retroceder involuntariamente. Si el capitán Nemo se hallaba en su cuarto, podia verme sin duda, y con todo eso, no oyendo rumor alguno, me aproximé. Aquel cuarto se hallaba desierto: empujé la puerta, di algunos pasos en el interior; siempre el mismo aspecto severo y cenobítico.

En aquel instante hirieron mi vista algunos grabados colgados en la pared, que no habia notado al tiempo de mi primera visita; eran retratos, retratos de esos grandes hombres históricos, cuya existencia ha consistido en una abnegacion perpetua por una gran idea humanitaria. Koscisko, el héroe que cayó al grito de *Finis Polonia*; Botzaris, el Leónidas de la Grecia moderna; O'Connell, el defensor de Irlanda; Washington, el fundador de la Union americana; Manin, el patriota italiano; Lincoln, impiamente asesinado por la bala de un esclavista; y por fin, ese he-

róico mártir de la emancipacion de la raza negra, John Brown, suspendido en el patíbulo, tal como lo habia dibujado terriblemente el lápiz de Victor Hugo.

¿Qué lazo existia entre aquellas heroicas almas y la del capitán Nemo? ¿Podia, por fin, llegar á desprender entre aquella reunion de retratos el misterio de su existencia? ¿Seria un campeón de los pueblos oprimidos, un libertador de las razas esclavas? ¿Habia figurado en las últimas conmociones políticas y sociales de este siglo? ¿Habia sido alguno de los héroes de la terrible guerra americana, guerra lamentable y gloriosa eternamente?...

De repente, dieron las ocho en el reloj. La vibración del primer golpe que cayó en el timbre me sacó de aquella meditacion; me estremecí, como si una mirada invisible hubiera podido llegar á lo mas profundo de mis pensamientos, y me precipité fuera del cuarto.

Entonces se fijaron mis miradas sobre la brújula; nos dirigiamos siempre al Norte; la corredera indicaba una velocidad moderada y el manómetro una profundidad de sesenta pies próximamente; las circunstancias, pues, eran muy favorables á los proyectos del canadiense.

Entonces volví á mi cuarto y me vestí con todo lo que podia resistir mejor la intemperie: botas de mar, gorro de piel de nutria, casaca de biso, forrada de piel de foca. Cuando me hallé ya dispuesto, esperé. Solo turbaban el profundo silencio que reinaba á bordo los estremecimientos de la hélice. Escuchaba con profunda atencion. ¿No llegaría algun ruido de voces á indicarme de repente que Ned-Land acababa de ser sorprendido en sus proyectos de evasion? Me hallaba dominado por una inquietud mortal, y en vano traté de recobrar mi serenidad acostumbrada.

A las nueve menos algunos minutos me puse á escuchar al lado de la puerta del capitán; nada se oia, y dejé mi cuarto, volviendo al salon, donde reinaba una semiobscuridad y una soledad desconsoladoras.

Abrí la puerta que comunicaba con la biblioteca, donde encontré la misma soledad y la misma escasa luz. Fui á apostarme cerca de la puerta que daba á la caja de la escalera central, esperando la señal del canadiense.

En aquel momento disminuyeron sensiblemente los movimientos de la hélice, cesando poco despues completamente. ¿Por qué aquel cambio en las costumbres del *Nautilus*? No me hubiera atrevido á definir si aquella detencion favorecia ó venia á destruir los intentos de Ned-Land.

El silencio no se turbaba ya mas que por los latidos de mi corazón. De repente se hizo sentir un ligero choque, y comprendí que el *Nautilus* acababa de detenerse en el fondo del Océano. Mi inquietud se aumentó; la señal del canadiense no se hacia oír, y yo tenia un gran deseo de reunirme á él, á fin de convencerle que dejase para otra vez su tentativa. Conocia que nuestra navegacion no se hacia ya en las condiciones ordinarias...

En aquel momento se abrió la puerta del gran salon y apareció el capitán Nemo, que al divisarme, sin otro preámbulo, dijo con mucha amabilidad:

—Os buscaba, señor profesor: ¿conoceis bien la historia de España?

Aunque uno supiera á fondo la historia de su propio país, en condiciones semejantes á las que me rodeaban, con el espíritu turbado y la cabeza perdida, no podria citar una sola palabra.

—Y bien, repuso el capitán Nemo, ¿habeis oido mi pregunta? ¿Sabeis la historia de España?

—Muy mal, respondí.

—Estos son los sabios, dijo el capitán; no sabed nada. Sentaos, pues, anadió; y voy á contaros un curioso episodio de esa historia.

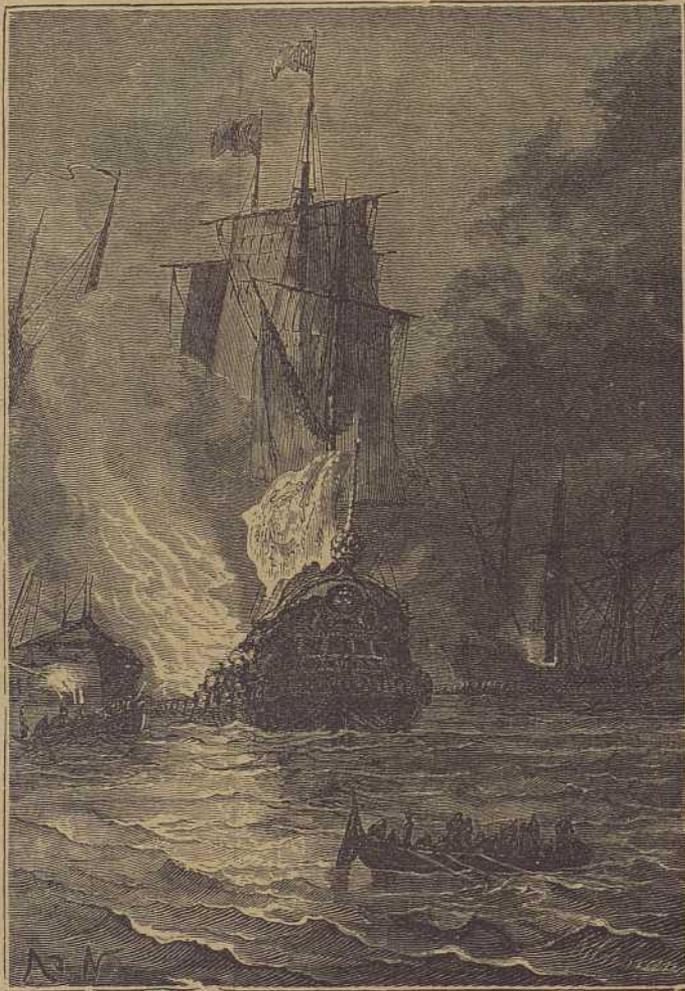
El capitán se estendió sobre un diván, y maquinalmente tomó asiento á su lado en la penumbra.

— Señor profesor, me dijo, escuchad bien, porque esta historia os ha de interesar bajo cierto aspecto, respondiéndome á una cuestión que sin duda no habeis podido resolver.

— Os escucho, capitán, dije, no sabiendo donde quería ir á parar mi interlocutor, y sospechando que

aquel incidente se refería á nuestros proyectos de fuga.

— Señor profesor, continuó el capitán Nemo, si os parece bien retrocederemos á 1702. No ignorais que en esta época, vuestro rey Luis XIV, creyendo que bastaba un ademán de potentado para hacer desaparecer los Pirineos, había impuesto á los españoles por rey al duque de Anjou, su nieto, que reinó, me-



Incendio de los galeones en la bahía de Vigo.

por ó peor, bajo el nombre de Felipe V, hallando gravísimas dificultades en el exterior.

En el año anterior, efectivamente, las casas reales de Holanda, Austria é Inglaterra, habían concluido en el Haya un tratado de alianza, con objeto de arrancar la corona de España á Felipe V, para colocarla en las sienes de un archiduque, á quien prematuramente dieron el nombre de Carlos III.

España tuvo que resistir á esa coalición, hallándose sin soldados ni marinos. Con todo, no le faltaba dinero, siempre que sus galeones cargados de oro y plata de América, pudiesen entrar en sus puertos. Hacia fin de 1702, esperaban un rico convoy, que los franceses escoltaban, mandados por el almirante de Chateaud-Renaud, que dirigía una escuadra de veinte y tres buques, porque las marinas coaligadas recorrían entonces el Atlántico.

Debia ese convoy dirigirse á Cádiz; pero habiendo sabido el almirante que la escuadra inglesa cruzaba en aquellas costas, resolvió guarecerse en un puerto de Francia.

Protestaron contra semejante decisión los comandantes españoles del convoy, pretendiendo ser conducidos á un puerto de España, y á falta de Cádiz, á la bahía de Vigo, situada en la costa Noroeste, que no se hallaba bloqueada.

El almirante de Chateaud-Renaud tuvo la debilidad de obedecer, y los galeones entraron en la bahía de Vigo.

Desgraciadamente forma esa bahía una rada abierta, que no tiene defensa alguna, siendo necesario apresurar la descarga de los galeones antes que llegasen las escuadras coaligadas; y no hubiese faltado tiempo para hacer el desembarco, si repentina-

mente no hubiera surgido una miserable cuestion de rivalidad.

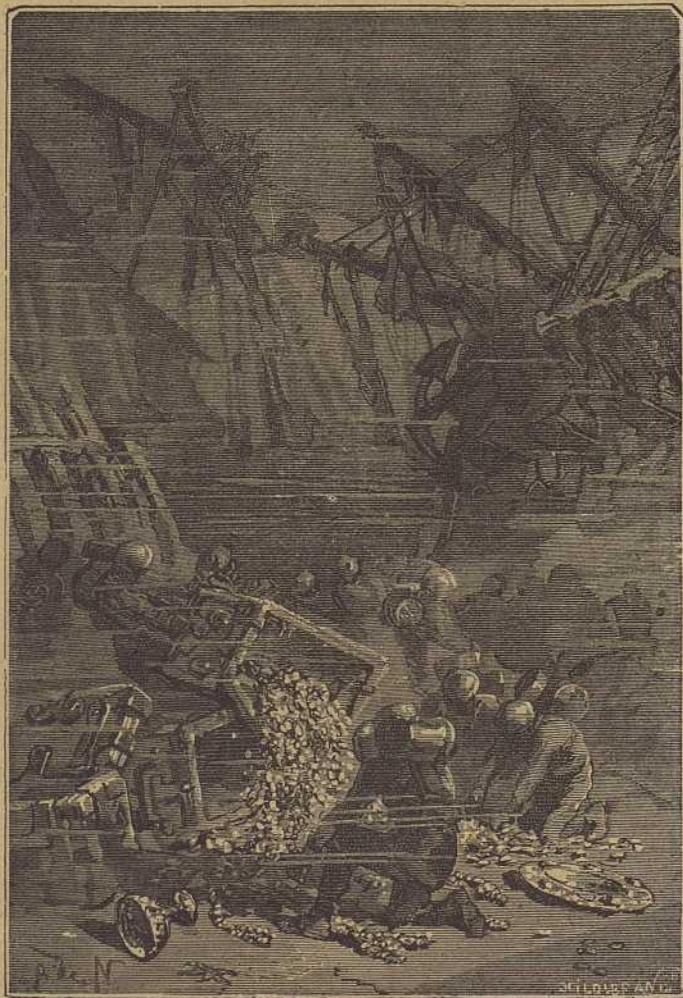
—¿Seguis perfectamente el encadenamiento de los hechos? me preguntó el capitán Nemo.

—Os escucho con mucha atención, dije; no sabiendo todavía á dónde se encaminaba esa lección de historia.

Continuo, pues, he aquí lo que pasó. Tenian los comerciantes de Cádiz un privilegio, segun el cual

debían recibir todas las mercancías que viniesen de las Indias Occidentales; y como desembarcar los lingotes de los galeones en Vigo era atacar su derecho se quejaron á Madrid y lograron del débil Felipe V, que sin descargar el convoy, quedaria secuestrado en la rada de Vigo, hasta que las escuadras enemigas se hubiesen alejado.

Mientras que se tomaba esta decision, el 22 de octubre de 1702, llegaron los navios ingleses á la



Cascadas de monedas y de joyas cubriendo aquel fondo de arena.

bahía de Vigo. El almirante de Chateaud-Renaud, á pesar de la inferioridad de sus fuerzas, se batió con valor; y cuando vió que las riquezas del convoy iban á caer en manos de sus enemigos, incendió los galeones, se sumergieron con sus tesoros.

Se habia detenido el capitán Nemo, y lo confieso, aun no comprendia la razon de que esta historia pudiera interesarme.

—Y bien? le pregunté.

—Y bien, señor Aronnax, me respondió el capitán Nemo; estamos ahora en la bahía de Vigo, y podeis penetrar por vos mismo sus misterios.

El capitán se levantó, suplicándome que le siguiera, y un poco repuesto ya, pude obedecer. El salon estaba muy oscuro, y á través de los cristales trans-

parentes chispeaban las olas del mar. Miré, pues, con atención.

Alrededor del *Nautilus*, hasta un radio de media milla, aparecian las aguas impregnadas de luz eléctrica, iluminando con una gran claridad las arenas del fondo. Algunos hombres de la tripulacion, revestidos de escafandras, se ocupaban en desfondar toneles medio podridos, cajas desvencijadas, en medio de objetos ya ennegrecidos. De aquellas cajas, de aquellos barriles, se escapaban lingotes de oro y de plata; cascadas de monedas y de joyas, cubriendo aquel fondo de arena. Despues, aquellos hombres, cargados con tan precioso botin, subian á depositar su carga en el *Nautilus*, y volvian á emprender aquella inagotable pesca de plata y oro.

Entonces comprendí. Estaba en el teatro de la bahía del 22 de Octubre de 1702. Allí mismo se habían ido á fondo los galeones cargados por cuenta del Gobierno español. Allí era donde el capitán Nemo atendiendo á sus necesidades, iba á encajonar los millones con que atestaba el *Nautilus*. Para él, solo

para él había dado la América sus preciosos metales. El era el heredero directo, y sin participacion de nadie, de aquellos tesoros arrancados á los Incas y á los vencidos por Hernán-Cortés.

—¿Sabiais acaso, señor profesor, me preguntó sonriendo, que el mar contenia tantas riquezas?

—Yo sabia, respondí, que se ha evaluado en dos mil millones de duros las riquezas perdidas en sus aguas.

—Sin duda, mas para extraer esas riquezas, los gastos superarian al provecho. Yo, por lo contrario, no tengo mas que recoger lo que los hombres han perdido, no solamente en esta bahía de Vigo, sino tambien en otros mil teatros de naufragios, cuyos sitios están exactamente designados y anotados en mi mapa submarino. ¿Comprendeis, ahora, que yo sea rico y pueda disponer de muchos millones de millones?

—Lo comprendo, capitán; permitidme sin embargo, deciros que al explorar precisamente esta bahía de Vigo, no habeis hecho mas que adelantaros á los trabajos de una sociedad rival.

—¿Y cual?

—Una sociedad que ha recibido del Gobierno español el privilegio de buscar los galeones sumergidos. Los accionistas están muy animados con el cebo de un enorme beneficio, porque se ha calculado en cien millones de duros el valor de las riquezas aquí sumergidas.

—¿Cien millones de duros! me respondió el capitán Nemo; estaban, pero no están ya.

—En efecto, dije; así pues, un buen aviso á esos accionistas seria un acto de caridad. ¿Pero, quién sabe si serán bien recibidos? Lo que los jugadores sienten sobre todo, realmente, o es tanto la pérdida de su capital, como la de sus bellas esperanzas. Despues de todo, no les compadezco tanto como á esos millares de desgraciados, á quienes esas riquezas, bien repartidas hubiera podido aprovechar; mientras que ahora por el contrario, serán eternamente estériles para ellos.

No bien acababa de expresar este profundo sentimiento, cuando comprendí que debía haber ofendido al capitán Nemo.

—¡Estériles! respondió animándose. ¿Creéis, pues, caballero, que estas riquezas sean perdidas, siendo yo quien las recoge? ¿Creéis acaso, que por mí me tomo el trabajo de buscar esos tesoros? ¿Quién os ha dicho que no haga un buen uso de ellos? ¿Creéis, quizá que ignoro la existencia en la tierra de seres desgraciados, razas oprimidas miserables, cuya suerte hay que aliviar, víctimas que piden venganza? ¿No comprendéis?...

El capitán Nemo se detuvo al pronunciar estas últimas palabras, arrepentido tal vez de haber hablado tanto. Pero yo habia adivinado que cualesquiera que fueran los motivos que le habian obligado á buscar la independencia en los mares, no habia dejado de ser hombre. Su corazón palpitaba aun con los sufrimientos de la humanidad, y su inmensa caridad se extendia tanto á las razas esclavas como á los individuos.

Y comprendí entonces á lo que estaban destinados aquellos millones enviados por el capitán Nemo, cuando el *Nautilus* navegaba en las aguas de Creta insurreccionada.

CAPÍTULO IX.

UN CONTINENTE DESAPARECIDO.

Al siguiente dia, 19 de febrero por la mañana, vi entrar al canadiense en mi cuarto. Esperaba su visita. Parecia en su aspecto que se hallaba muy disgustado.

—¿Y bien señor? me dijo.

—Ya veis, Ned, el acaso se declaró ayer contra nosotros.

—Ha sido preciso que ese condenado capitán se detuviera precisamente en la hora crítica en que íbamos á huir de su barco.

—Tenia, amigo mio, que despachar un negocio en casa de un banquero.

—¿Su banquero!

—O mejor dicho, su casa de banca que está en ese Océano; donde sus riquezas se hallan mas seguras que en las cajas de un Estado.

Referí entonces al canadiense los incidentes de la víspera con la esperanza secreta de atraerle á la idea de no abandonar al capitán, y mi relacion solo tuvo por resultado el pesar, enérgicamente expresado por Ned, de no haber podido por hacer su cuenta una visita al campo de batalla de Vigo.

—Qué diantres, dijo, no nos hemos de apurar; eso ha sido un arponazo inútil; otra vez saldremos bien, y desde esta noche si es preciso...

—¿Cuál es la direccion del *Nautilus*? pregunté.

—Lo ignoro.

—Pues bien, al medio dia lo sabremos.

El canadiense se fué á buscar á Consejo; y yo me vestí, pasando al salón, donde con alguna sorpresa descubrí que el *Nautilus* marchaba con rumbo al Sudsuroeste, volviendo la espalda á Europa.

Esperé con cierta impaciencia, y á eso de las once y media se vaciaron los receptáculos y volvió nuestro aparato á la superficie del Océano. Me lancé hácia la plataforma, y ya se hallaba allí Ned-Land.

No se veian allí las tierras; solo la inmensidad del mar y algunas velas en el horizonte, de las que venia á buscar hasta el Cabo de San Roque los vientos favorables para poder doblar despues el de Buena Esperanza. El cielo se hallaba cubierto y amenazaba una tormenta.

Ned, desesperado, trataba de penetrar en el brumoso horizonte, y esperaba aun que detrás de aquella niebla se estenderia la tan deseada tierra.

A las doce salió el sol algunos momentos, y se aprovechó de esta clara el segundo para tomar la altura. Luego, la mar se hacia cada vez mas recia, y volvimos á bajar cerrando las escotillas.

Una hora despues, cuando consulté el mapa, ví que la posicion del *Nautilus* estaba marcada por 16° 17' de longitud y 33° 22' de latitud, 150 leguas de la costa mas próxima. No habia medio de pensar en la fuga, y puede calcularse cuál seria el despecho y la rabia del canadiense cuando le dí á conocer nuestra situacion.

Por mi parte debo decir que no me desconsolé mucho. Sentíame como aliviado de un peso que me oprimia, y pude proseguir con una calma relativa mis habituales trabajos.

Por la noche, á eso de las once, recibí la inesperada visita del capitán Nemo, que me preguntó con mucha gracia si me sentia fatigado por la vigilia de la noche anterior, á lo cual respondí negativamente.

—Entonces, señor Aronnax, voy á proponeros una curiosa excursion.

—Proponed, capitán.

—No habeis visitado todavia los fondos submarinos mas que por el dia, y á la claridad del sol: ¿no

os convendría verlos en medio de una noche oscura?

—Ya lo creo.
—Debo prevenirlos que este camino será fatigoso, porque habrá que marchar mucho tiempo y subir una montaña. Además, que los caminos no están muy bien cuidados.

—Lo que acabas de decirme, capitán, redobla mi curiosidad, y estoy dispuesto á seguirlos.

—Vámonos, pues, señor profesor, y nos vestiremos las escastrandras.

Cuando llegamos al vestuario, vi que ni mis compañeros ni ningún otro de la tripulación debía seguirnos durante esta expedición, no habiéndome propuesto siquiera el capitán Nemo que llevase á Ned ó á Consejo.

En pocos instantes arreglamos nuestros aparatos, y quedaron colocados en nuestra espalda los receptáculos abundantemente provistos de aire: pero las lámparas eléctricas no estaban preparadas y se lo hice observar al capitán.

—Serían inútiles, respondió.

Me figuré que había oído mal; pero no pude reiterar mi observación, porque la cabeza del capitán había desaparecido ya en su envoltura metálica. Acabé de vestirme, y noté que me colocaba en la mano un bastón de hierro; algunos minutos más tarde, después de la acostumbra maniobra, tomábamos pie en el fondo del Atlántico, á una profundidad de 300 metros.

Se acercaba media noche. Las aguas estaban profundamente oscuras, y el capitán Nemo me enseñó á lo lejos un punto rojizo, una especie de resplandor ancho, que brillaba á 2 millas próximamente del *Nautilus*. Lo que aquel fuego podía ser, qué materias le alimentaban, por qué y cómo se revivificaba en aquella masa líquida, no hubiera podido decirlo.

En todo caso, la verdad es que nos iluminaba, aunque vagamente; y acostumbrado desde luego á aquellas tinieblas, comprendí que era verdaderamente inútil en esta circunstancia el aparato Rumhkorff.

El capitán Nemo y yo marchábamos uno al lado del otro en dirección á aquel fuego. El terreno llano subía insensiblemente. Dábamos los pasos muy largos, ayudándonos con el bastón; pero nuestra marcha era lenta, porque los pies se introducían á veces en una especie de fango, amasado con algas y sembrado de piedras.

Avanzando en nuestro camino, oía una especie de granizada sobre mi cabeza, y aquel ruido redoblaba muchas veces, produciendo como un chisporroteo continuo. Bien pronto comprendí la causa, que era la lluvia que caía violentamente, crepitando en la superficie de las olas. Instantáneamente me ocurrió la idea de que me iba á calar. ¡Por el agua, en medio del agua! No pude menos de reirme ante tal extravagancia. Pero para decirlo todo, y explicar en cierto modo esta idea, debo hacer notar que bajo el espeso traje de la escafandra no se siente ya elemento líquido, y se cree uno en medio de una atmósfera algo mas densa que la terrestre.

Después de media hora de marcha, el terreno era rocoso. Las medusas, los crustáceos microscópicos, las penófulas, le iluminaban algun tanto con fulgores fosforescentes, y entreveía montones de piedras que ocultaban algunos millones de zoófitos y espesuras de algas. Se me deslizaba muchas veces el pie sobre aquella viscosa alfombra de despojos marítimos, y sin mi bastón de hierro habría caído mas de una vez. Al volverme veía siempre el fanal blanquizco del *Nautilus*, que empezaba á palidecer por la distancia.

Aquellos montones pedregosos de que acabo de

hablar, estaban dispuestos en el fondo oceánico, siguiendo cierta regularidad que no sabia explicarme. Distinguía gigantescos surcos que se perdían en la oscuridad lejana, y cuya longitud no podía evaluarse. Otras particularidades se presentaban tambien, de que no sabia darme cuenta. Figurábame que mis pesadas suelas de plomo iban destrozando huesos que chasqueaban con un ruido seco. ¿Qué era, pues, aquella vasta llanura que recorría de este modo? Hubiera querido interrogar al capitán; pero su lenguaje por señas, que le permitía hablar con sus compañeros cuando le seguían en sus escursiones submarinas, era todavía incomprendible para mí.

La claridad rojiza que nos guiaba iba aumentando é inflamaba el horizonte. La presencia de aquel foco luminoso bajo las aguas, me extrañaba bastante. ¿Sería alguna efluencia eléctrica que se manifestaba? ¿Me dirigía hácia un fenómeno natural, desconocido aun de los sabios de la tierra? ¿O acaso—porque este pensamiento atravesó tambien mi cerebro—intervenia la mano del hombre en aquel inmenso fuego, atizando el incendio? ¿Debia encontrar bajo las capas profundas compañeros y amigos del capitán Nemo, viviendo como él, con esa existencia extraña, y á quienes iria á hacer una visita? ¿Encontraria allí bajo toda una colonia de desterrados que, cansados de las miserias de la tierra, hubieran buscado y hallado la independencia en lo mas profundo del Océano? Todas esas ideas locas, inadmisibles, me perseguían; y en esa disposición de ánimo, incitado sin cesar por la serie de maravillas que pasaban ante mi vista, no me hubiera sorprendido descubrir en el fondo del mar una de esas ciudades submarinas que el capitán Nemo imaginaba.

Nuestro camino se hallaba mas y mas iluminado, y los fulgores blanquizcos irradiaban en la cima de una montaña de 800 pies próximamente de altura. Pero lo que distinguía era una simple reverberación, desarrollada por las capas de la cristalina agua. El foco manantial de esa inexplicable claridad ocupaba la opuesta vertiente de la montaña.

En medio de los intrincados senderos pedregosos que surcaban el fondo del Atlántico, el capitán Nemo, que conocía aquel camino sombrío, avanzaba sin titubear, porque sin duda lo había recorrido á menudo y no podía perderse en él. Seguíale con una confianza inquebrantable, apareciéndome como uno de los genios del mar, cuando marchaba delante de mí presentando su alta estatura, que se mostraba sobre el fondo luminoso del horizonte.

A la una de la mañana habíamos llegado á las primeras rampas de la montaña, y para abordarlas tuvimos que aventurarnos por las difíciles veredas de un vastísimo matorral.

Un matorral, sí, de árboles muertos, sin hojas sin sávia; árboles mineralizados bajo la acción de las aguas, entre los cuales se hallaban gigantescos pinos. Era una especie de mina de hulla, de pie todavía, manteniéndose por medio de sus raíces, y cuyas ramas, á manera de finas cortaduras de papel negro, se dibujaban sencillamente en el fondo de las aguas. Figurémonos un bosque de Hartz, colocado en las faldas de una montaña y sumergido en el agua. Los senderos estaban llenos de algas y de fucos, entre los cuales hervía un mundo de crustáceos. A subir por entre las rocas tenia que ir saltando por encima de los troncos estendidos, destrozando las enredaderas de mar que se balanceaban de un árbol á otro, y ahuyentando á los peces que volaban de rama en rama. Arrastrado por el deseo de llegar al término no sentía la fatiga, é iba siguiendo á mi guía, que tampoco se cansaba.

¿Qué espectáculo! ¿Cómo explicároslo? ¿Cómo pintar el aspecto de esos bosques y de esas rocas en aquel medio líquido, su parte de abajo sombría y

feroz, su parte alta teñida con tonos rojizos, bajo aquella claridad que doblaba el poder reverberante de las aguas? Pisábamos rocas que despues rodaban en pedazos enormes, produciendo el sordo rumor de las avalanchas. A derecha é izquierda se abrían tenebrosas galerías, donde se perdía la mirada. Aparecían en otro punto estensas comarcas, donde parecía que el hombre había destruido la vegetación; y muchas veces llegué á preguntarme si algun habi-

tañe de aquellas regiones submarinas se me presentaría de repente.

El capitán Nemo subía siempre, y no quería que darme atrás. Seguíale pues, audazmente, apoyándome en mi bastón, que me servía de mucho. Tan pronto saltaba una hendidura, cuya profundidad me hubiera hecho retocer si me hubiera encontrado en tierra; tan pronto me aventuraba sobre el tronco vacilante de un árbol, que formaba puente de un lado



¿Cómo pintar el aspecto de esos buques y de esas rocas en aquel medio líquido?.....

otro del abismo, sin mirar siquiera bajo mis plantas por no tener tiempo bastante para admirar las salvajes perspectivas de aquella región. Un paso en vago hubiera sido peligrosísimo en aquellos estrechos senderos que atravesaban las simas, y me adelantaba con pie firme, sin notar nada que se pareciese á la embriaguez del vértigo. En esta parte, rocas monumentales se inclinaban sobre sus bases irregularmente cortadas; parecían desafiar las leyes del equilibrio. Entre sus articulaciones retoñaban los árboles como un salto de agua, bajo una presión formidable, sosteniendo á los que á ellos mismos le serviron de sosten. Luego, torres naturales, anchas murallas cortadas á pico, como cortinas de una naturaleza, se inclinaban formando un ángulo, que las leyes de la

gravitación no hubiesen autorizado en la superficie de las regiones terrestres.

¡Y no conocía yo mismo esta diferencia, debida á la poderosa densidad del agua, cuando á pesar de mi traje tan pesado, de mi cabeza de cobre y mis suelas de metal, podía elevarme en aquellas pendientes casi impracticables, subiendo con la ligereza del gamo!

Por la relación que hago de esta escursión bajo las aguas, llego á comprender yo mismo que parecerá inverosímil; y sin embargo, soy el historiador de cosas que aun imposibles en apariencia son, sin embargo, reales, incontestables, no soñadas, porque las he visto y sentido.

Dos horas despues de haber dejado el *Nautilus*

habíamos pasado la línea de árboles y á unos cien pies sobre nuestras cabezas se levantaba el pico de la montaña, cuya proyeccion hacia sombra en la brillante irradiacion de la opuesta vertiente. Algunos arbustillos petrificados se veian por aquí y por allí, formando sinuosidades terribles; y los peces se levantaban en masa bajo nuestros pasos, como pájaros sorprendidos entre las retamas. La masa de las rocas se hallaba surcada por impenetrables anfractuosi-

des, profundas grutas é insondables simas, en cuyo fondo se veian removerse formidables cosas. Refluía-me la sangre hasta el corazon cuando distinguía una antena enorme, ó alguna espantosa garra que se volvia á cerrar con ruido en lo sombrío de aquellas cavidades. Millares de puntos luminosos brillaban en medio de aquellas tinieblas. Eran los ojos de gigantes crustáceos encerrados en sus cuevas enormes abraios, levantándose como alabarderos y remo-



Millares de puntos luminosos brillaban en medio de aquellas tinieblas.

viendo sus patas con un ruido como de cadenas; titánicos cangrejos, montados como cañones en sus cureñas, y espantosos pulpos, entrelazando sus tentáculos como una maleza viva de serpientes.

¿Qué era aquel mundo exorbitante que no conocian aun? ¿A qué orden pertenecian aquellos articulos, para quienes la roca formaba como un segundo caparazon? ¿Dónde habia hallado la naturaleza el secreto de su existencia vengativa, y desde cuántos siglos vivian de este modo en las últimas capas del Océano?

No podia detenerme; el capitán Nemo, familiarizado con aquellos animales terribles, no hacia ya caso alguno de ellos. Habíamos llegado á una especie de plataforma, donde me esperaban todavía nuevas

sorpresas. Allí se dibujaban pintorescas ruinas, que denunciaban la mano del hombre y no la del Criador. Eran vastos montones de piedras, donde se distinguian vagas formas de castillos, de templos, poblados por un mundo de zoófitos en flor, á los cuales, en vez de hiedra, formaban las algas un espeso manto vegetal.

¿Qué era, pues, esa porcion del globo sumergida por los cataclismos? ¿Quién habia dispuesto aquellas rocas y aquellas piedras como monumentos druidicos de los tiempos antehistóricos? ¿Dónde estaba? ¿A dónde me habia arrastrado el capricho del capitán Nemo?

Hubiera querido preguntarle; pero no pudiendo hacerlo, le detuve por un brazo. Él entonces, sacu-

diendo la cabeza y enseñándome la última cima de la montaña, pareció decirme; anda, anda todavía, sígueme siempre.

Le seguí en un momento nuevo de entusiasmo; y pocos minutos después llegué al pico que dominaba en una docena de metros toda aquella masa de rocas.

Entonces dirigí una mirada á la parte que acabábamos de recorrer. La montaña se elevaba apenas 700 ó 800 pies sobre la llanura, pero desde su vertiente opuesta dominaba con una doble altura el fondo de aquella porción del Atlántico.

Estendí mis miradas á lo lejos; abrazando un vasto espacio iluminado por una violenta fulguración, porque en efecto, aquella montaña era un volcán. A unos 50 pies debajo del pico, en medio de una lluvia de piedra y de escorias, vomitaba un ancho cráter torrentes de lava, que se dispersaban en cascadas de fuego en medio de la masa líquida. Así colocado ese volcán, iluminaba como una inmensa antorcha la llanura inferior hasta los últimos límites del horizonte.

Ya he dicho que el cráter submarino arrojaba lava, pero no llamas, porque las llamas necesitan el oxígeno del aire, y no podrían desarrollarse bajo las aguas; pero los raudales de lava que tienen en sí el principio de su incandescencia pueden llegar al rojo blanco, luchar victoriosamente con el elemento líquido, y evaporarle á su contacto. Rápidas corrientes arrastraban todos aquellos gases en difusión, y los torrentes de lava se deslizaban hasta el fondo de la montaña como deyecciones del Vesubio sobre otra torre de Greco.

Allí, en efecto, aparecía á mi vista una ciudad arruinada, con sus techos hundidos, sus templos deruidos, sus arcos dislocados, las columnatas caídas en tierra, donde aun podían reconocerse las sólidas proporciones de una especie de arquitectura toscana. Mas lejos, algunos restos de un acueducto gigantesco; aquí la cimentada elevación de una acrópolis con las formas flotantes de un Partenon; allí vestigios de malecones, como si algun antiguo puerto hubiera abrigado en otro tiempo en las costas de un Océano desaparecido los buques mercantes y los trirremes de guerra; todavía mucho mas allá, largas líneas de murallas derribadas, anchas calles desiertas, toda una Pompeya escondida bajo las aguas, que el capitán Nemo resucitaba ante mis ojos. ¿Dónde estábamos? ¿En qué sitio me hallaba? Quería saberlo á toda costa; quería hablar; quería arrancar la esfera de cobre que aprisionaba mi cabeza.

El capitán Nemo entonces vino hácia mí, me detuvo con un ademán, recogió un pedazo de greda, y avanzó hácia una roca de basalto negro, y trazó esta sola palabra:

ATLÁNTIDA.

¡Qué rayo de luz cruzó por mi imaginación! ¡La Atlántida! La antigua Merópide de Teopompo; la Atlántida de Platon; ese continente negado por Orígenes, Porfirio, Jámblico, Anville, Malte-Brun, Humboldt, que consideraban su desaparición como leyenda imaginaria; admitido por Posidonio, Plinio, Ammiano Marcelino, Tertuliano, Engel, Sherer, Tournefort, Buffon, Avezac, lo tenía yo allí ante mis ojos, con los irrecusables testimonios de su catástrofe. Estaba, pues, contemplando aquella region sumergida, que habia existido fuera de Europa, de Asia, de Libia, mas allá de las columnas de Hércules, donde vivía aquel poderoso pueblo de los atlantes, contra el cual se hicieron las primeras guerras de la antigua Grecia.

El historiador que ha consignado en sus escritos los grandes hechos de aquellos tiempos heróicos, es

el mismo Platon, y su diálogo de Finées y de Critias ha sido trazado, por decirlo así bajo la inspiración de Solon, poeta y legislador.

Cierto dia departía Solon con algunos sabios ancianos de Saías, ciudad que ya contaba unos ochocientos años, como lo atestiguan sus anales grabados en los sagrados muros de sus templos. Uno de aquellos ancianos contó la historia de otra ciudad mil años mas antigua. Esa ciudad ateniense, de edad de novecientos siglos, habia sido invadida en parte, y en parte destruída por los atlantes que, decia él, ocupaban un continente inmenso, mayor que el Asia y el Africa reunidas, que cubria una superficie comprendida desde el 12° de latitud al 40° Norte. Su dominación se extendía hasta el Egipto, y quisieron imponerla á Grecia, teniendo que retirarse ante la indomable resistencia de los belenos. Trascurrieron los siglos; sobrevino un cataclismo, inundaciones y terremotos. Una noche y un dia bastaron para destruir esa Atlántida, cuyas mas altas cimas, Madera, las Azores, Canarias, las islas de Cabo Verde, se descubren todavía.

Tales eran los recuerdos históricos que la inscripción del capitán Nemo hacia palpar en mi mente. Así, pues, conducido por el mas extraño destino hallaba con mis pies una de las montañas de aquel continente; tocaba con mi mano aquellas ruinas, mil veces seculares y contemporáneas de las épocas geológicas. Caminaba por donde habian caminado los contemporáneos del primer hombre; destrozaba bajo mis pesadas suelas aquellos esqueletos de animales de los tiempos fabulosos, que los árboles, ahora mineralizados, cubrieron en otro tiempo con su sombra.

¡Ah! ¿Por qué me faltaba tiempo? Hubiese querido descender las escarpadas vertientes de la montaña; recorrer por entero aquel inmenso continente, que reunía sin duda el Africa con la América, y visitar aquellas grandes ciudades antediluvianas. Allí, quizá, bajo mis miradas, se extendían Maklimos la guerrera, Eusebes la piadosa, cuyos gigantescos habitantes vivían siglos enteros, y á quienes no faltaba la fuerza necesaria para amontonar aquellos peñascos que resistían todavía la acción de las aguas. Algun dia quizá, un fenómeno eruptivo devolverá de nuevo á la superficie esas ruinas sumergidas bajo las olas. Se han señalado numerosos volcanes submarinos en esa porción del Océano, y muchas naves han sentido sacudidas extraordinarias al pasar por encima de aquellos fondos tormentosos. Las unas han oído rumores sordos que anunciaban la profunda lucha de los elementos; las otras han recogido cenizas volcánicas proyectadas fuera del mar; y todo aquel suelo hasta el Ecuador está trabajando por las fuerzas plutónicas. ¿Quién sabe si en una época lejana, aumentados por las deyecciones volcánicas y por las capas sucesivas de lava, aparecerán los vértices de algunas montañas volcánicas en la superficie del Atlántico!

Mientras que yo discurría de este modo; mientras procuraba fijar en mi memoria todos los detalles de aquel grandioso paisaje, el capitán Nemo, de bruces sobre una repisa de musgo, permanecía inmóvil y como petrificado en un éstasis silencioso. ¿Pensaba en esas generaciones que han desaparecido; y les preguntaba el secreto de los destinos humanos? ¿Venía allí aquel hombre extraño á inspirarse en los recuerdos de la historia y renacer á su vida antigua él, que no quería nada de la moderna? ¿Cuánto habría yo dado por conocer sus pensamientos, por participar de ellos y comprenderlos!

Quedamos en aquel sitio mas de una hora contemplando la vasta llanura al resplandor de la lava, que en algunos momentos tomaba una sorprendente intensidad. La efervescencia del interior pro-

pidos estremecimientos en la superficie de la montaña, y los rumores de lo profundo, claramente transmitidos por una masa líquida, se repercutían con magestuosa amplitud. La luna, en aquel momento, apareció un instante al través de las aguas, y despidió y arrojó algunos pálidos reflejos sobre el sumergido continente. Fue solo un fulgor, pero de efecto indescriptible. El capitán se levantó, dirigió una posterior mirada sobre la llanura, y me hizo una señal con la mano para que le siguiera.

Descendimos rápidamente de la montaña, y una vez traspuesto el bosque mineralizado, distinguí el fanal del *Nautilus*, que brillaba como una estrella. El capitán marchó directamente hacia él, y nos hallamos á bordo en el momento en que los primeros albos del día comenzaban á teñir de blanca luz la superficie del Océano.

CAPITULO X.

LOS CRIADEROS CARBONIFEROS SUBMARINOS.

Al siguiente día, 20 de febrero, me desperté muy tarde. Las fatigas de la noche habían prolongado mi sueño hasta las once, y me vestí con prontitud porque deseaba conocer la dirección del *Nautilus*. Los instrumentos me indicaron que corría siempre hacia el mar, con una velocidad de 20 millas por hora, y á una profundidad de 100 metros.

Entró Consejo y le conté nuestra escursión nocturna, indicándole que estando abiertas las ventanas todavía podía entrever una parte del continente sumergido.

Efectivamente; el *Nautilus* navegaba á 10 metros del suelo por la llanura de la Atlántida, caminando como un globo llevado por el viento sobre las praderas terrestres; por manera que podría decirse con verdad, que nos hallábamos en aquel salón como en el wagon de un tren *express*. Los primeros planos que pasaban ante nuestra vista, eran rocas cortadas fantásticamente; bosques convertidos del reino vegetal al mineral, y cuyos inmóviles contornos parecían gesticular bajo el reflejo de las movidas aguas. Había también allí masas lapideas envueltas entre alfombras de axidias y de anémonas erizadas de largas hidrófitas verticales, y se veían además algunas conglomeraciones de lavas estrañamente contorneadas, que atestiguaban todo el furor de las expansiones plutónicas.

Mientras que tan singulares sitios resplandecían al fulgor de nuestros fuegos eléctricos, referí á Consejo la historia de aquellos atlantes, que bajo un punto de vista puramente imaginario, inspiraron á Bailly tan encantadoras páginas. Me hablé de las guerras de esos pueblos heroicos, y discutí la cuestión de la Atlántida como hombre que ya no puede dudar; pero Consejo, distraído casi, no me escuchaba; y bien pronto reconocí en qué consistía su indiferencia para tratar aquel punto histórico.

Numerosos peces, efectivamente, atraían sus miradas; y cuando pasaban, Consejo, trasportado á los abismos de la clasificación, salía del mundo real, no quedándome otro recurso que seguirle y continuar con él nuestros estudios ictiológicos.

Por lo demás, no diferían sensiblemente aquellos peces del Atlántico de los que hasta entonces habíamos observado. Eran rayas de una talla gigantesca, de unos cinco metros de longitud, dotados de gran fuerza muscular, que les permite lanzarse fuera de las olas; escualos de diversas especies, entre otras un glauco de quince pies, con dientes triangulares y agudos, tan transparente, que se hacía invisible en medio de las aguas; sagros morenos; humantinos en forma de prismas y blindados por una piel tuberculosa; esturiones semejantes á sus congéneres del Me-

diterráneo; syngnatos-trompetas, de pie y medio de largo, de color moreno amarillento, provistos de pequeñas nadaderas grises, sin dientes ni lengua, y que desfilaban como finas y flexibles serpientes.

Entre los peces óseos notó Consejo los makairas negruzcos, de unos tres metros de largo, y con su mandíbula superior armada de una penetrante espada; las arañas de mar, de animados colores, conocidas en tiempo de Aristóteles bajo el nombre de dragones marinos, muy peligrosos de asir á causa de los agujones de su aleta dorsal; los corifemos de dorso pardo, listado con pequeñas rayas azules y cercados de un vivo de oro; las hermosas doradas; las crisotomas lunas, especie de disco con reflejos de azul, que iluminados encima por los rayos solares, formaban como manchas de plata; y por último, los sifias espadones, de ocho metros de largo, que marchan á bandadas y llevan nadaderas amarillentas cortadas en forma de hoz, y largas espadas de seis pies, animales intrépidos, mas bien hervíboros que piscívoros, y que obedecen á la mas pequeña señal de sus hembras como maridos bien educados.

Pero observando estas diversas muestras, no dejaba tampoco de examinar las largas llanuras de la Atlántida. Con frecuencia los accidentes caprichosos del terreno obligaban al *Nautilus* á amortiguar su velocidad, deslizándose entonces con la destreza de un cetáceo por las estrechas gargantas de las colinas. Y si aquel laberinto se tornaba muy intrincado, elevábase el aparato entonces como un globo, y superado el obstáculo, volvía á continuar su rápida carrera á algunos metros por encima del fondo. Admirable y deliciosa navegación, que recordaba las maniobras de un paseo aerostático, con la diferencia de que el *Nautilus* obedecía pasivamente á la mano del timonel.

A eso de las cuatro de la tarde, el terreno, generalmente compuesto de un fango espeso y mezclado de ramas mineralizadas, se modificó poco á poco, llegando á ser mas rocoso y sembrado de conglomerados y tobas basálticas, con algunas partículas de lava y de obsidianas sulfurosas. Calculé que la region de las montañas iba á suceder bien pronto á las grandes llanuras, y efectivamente, al hacer el *Nautilus* algunas evoluciones, distinguí en el horizonte meridional una alta muralla que parecía cerrar toda salida. Pasaba su cima evidentemente del nivel del Océano, y debía ser un continente, ó por lo menos una isla, tal vez del grupo de las Canarias ó de las de Cabo Verde, porque faltando los instrumentos, quizá expreso, no pude reconocer nuestra posición. En definitiva, aquella muralla me pareció que señalaba el fin de la Atlántida, de la cual solo habíamos recorrido una pequeña parte.

Por la noche, aunque me quedé solo, pues Consejo se volvió á su habitación, no interrumpí mis observaciones. El *Nautilus*, amortiguando su marcha, revoloteaba sobre las masas confusas del terreno, ya rozándolas, como si hubiera querido pararse, ya remontándose caprichosamente á la superficie. Entonces entreveía algunas vivas constelaciones á través de las aguas cristalinas, y precisamente cinco ó seis de esas estrellas zodiacales que van rezagadas á la cola de Orion.

Mucho tiempo habria permanecido aun en mi observatorio admirando las bellezas del mar y del cielo, cuando se cerraron las ventanas. En aquel momento el *Nautilus* habia llegado á estar verticalmente situado sobre la muralla, sin que pudiera atinar de qué manera maniobraba.

Volví entonces á mi cuarto, y el *Nautilus* no se movía absolutamente. Dormí, pues, con la firme intención de despertar tras de algunas horas de sueño.

Pero al día siguiente eran las ocho cuando volví al

saion y examiné el manómetro. Reconocí entonces que el *Nautilus* flotaba en la superficie del Océano. Por otra parte oía ruido de pasos en la plataforma, aun cuando no sentía que el mas ligero vaiven revelase la ondulacion de las aguas superiores.

Subí hasta la escotilla, que estaba abierta, y en vez de la luz que esperaba encontrar, me vi cercado de una profundísima oscuridad. ¿En dónde estábamos? ¿Me habia equivocado? ¿Era todavía de noche?

No, porque no brillaba estrella alguna, y la noche tiene esas tinieblas absolutas.

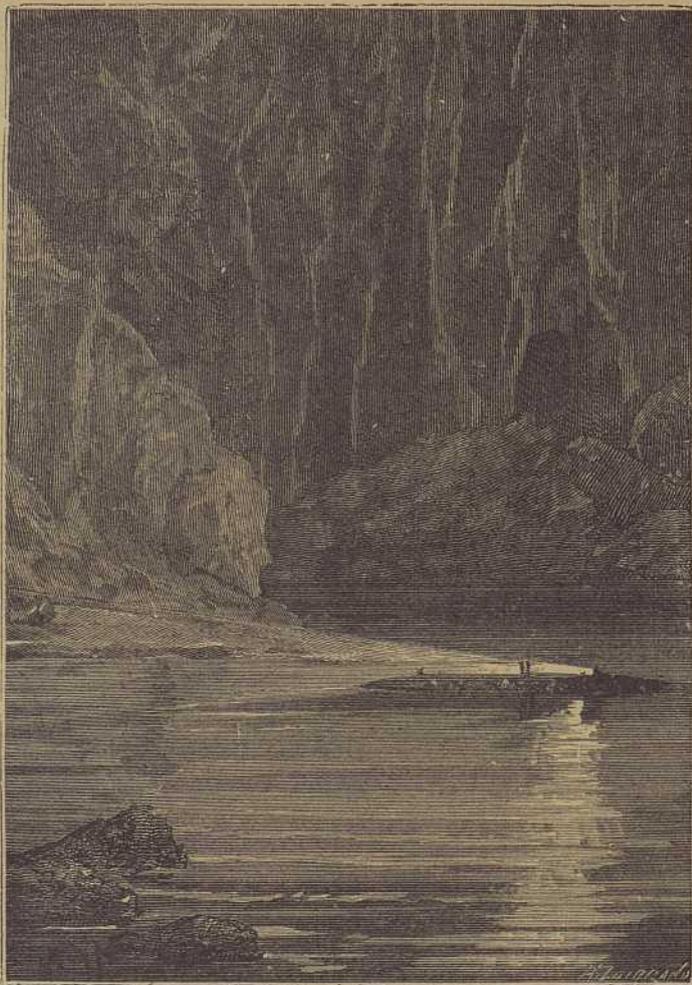
No podia darme cuenta de lo que pasaba, cuando oí una voz que me decia:

—¿Sois vos, señor profesor?

—¡Ah! capitán Nemo, respondí: ¿dónde estamos?

—Debajo de tierra, señor profesor.

—Debajo de tierra, exclamé; y el *Nautilus* flota todavía.



En ese momento se encendió rápidamente el fanal...

—Flota siempre.

—Pues no comprendo.

—Esperad algunos instantes, que se va á encender el fanal; y puesto que tanto os gustan las situaciones claras, quedareis satisfecho.

Puse el pie en la plataforma y esperé. La oscuridad era tan completa, que no distinguía ni aun al capitán Nemo; y con todo eso, mirando al zénit exactamente sobre mi cabeza, creí distinguir un fulgor indeciso, una especie de crepúsculo que entraba por un orificio circular. En ese momento se encendió repentinamente el fanal, y su vivo resplandor hizo desvanecer aquella luz vaga.

Después de haber cerrado un momento mis ojos deslumbrados por la electricidad, miré en torno, y el *Nautilus* estaba estacionario. Flotaba allí como si

estuviera junto á los muelles de un muelle: la mar, que le sostenía en aquel momento, era un lago encerrado en el circo de murallas que media dos millas de diámetro, ó sean seis de contornos. Su nivel, que se hallaba indicado en el manómetro, no podia ser mas que el nivel exterior, porque existía necesariamente una comunicacion entre ese lago y el mar. Las altas paredes inclinadas sobre su base, formaban una especie de vóveda figurando un inmenso embudo, cuya altura contaría quinientos ó seiscientos metros. En lo alto se abría un orificio circular, por el cual habia sorprendido esa ligera claridad, debida evidentemente á la irradiacion diurna.

Antes de examinar con mas detencion las disposiciones interiores de esta enorme caverna, antes de

preguntarme si era eso la obra de la naturaleza ó del hombre, me dirigí al capitán Nemo.

—¿Dónde estamos? le dije.

—En el centro mismo de un volcán apagado, me respondió el capitán. Un volcán cuyo interior ha sido invadido por el mar á consecuencia de alguna convulsión del terreno. Mientras que dormiais, señor profesor, el *Nautilus* ha penetrado en este gran lago por un canal, natural, abierto á unos diez metros bajo la superficie del Océano. Aquí está un puerto seguro, cómodo, misterioso, abrigado de todos los rumbos del viento. Halladme en las costas de vuestros continentes ó de vuestras islas una rada que equivalga á este refugio, asegurado contra el furor de los haracapes.

—Efectivamente, respondí; aquí estais en completa seguridad, capitán Nemo. ¿Quién podría llegar hasta vos en el centro de un volcán? ¿Pero no he distinguido yo en la cima una abertura?

—Sí; un cráter, lleno en otro tiempo de lava, vapores y llamas, que ahora da paso al aire vivificante que respiramos.

—¿Cuál es, pues, esta montaña volcánica? pregunté.

—Pertenece á uno de los numerosos islotes de que se halla sembrado este mar; y simple escollo para los navíos; es para nosotros inmensa caverna que por casualidad he descubierto, y realmente esta casualidad me ha servido de mucho.

—¿Y no se podría descender por ese orificio que forma el cráter del volcán?

—Ni tampoco puede subirse. Hasta la altura de unos cien pies, la base interior de esta montaña es practicable; pero encima, las paredes se hallan fuera de la vertical, y no podrian escalarse sus rampas.

—Veo, capitán, que la naturaleza os sirve en todas partes. Estais con seguridad en este lago, y nadie puede visitar sus aguas; pero, ¿para qué sirve este refugio, si el *Nautilus* no tiene necesidad de puerto?

—Ciertamente, señor profesor; pero tiene necesidad de electricidad para moverse; de elementos para producir su electricidad; de sodio para alimentar sus elementos; de carbon para hacer ese sodio, y de minas de hulla para extraer su carbon. Viene aquí, porque precisamente el mar cubre bosques enteros que fueron frondosos en los tiempos geológicos, ahora mineralizados y transformados en hulla, sirviéndome como inagotable mina.

—¿Vuestros hombres harán aquí, por consiente, el oficio de mineros?

—Precisamente; estas minas se estienden bajo las olas como las de Newcastle; y en ellas, revestidos con la escafandra; con el pico y azadon en la mano, vienen mis hombres á extraer esa hulla que no he pedido á las minas de la tierra. Cuando quemo el combustible para la fabricacion del sodio, el humo que se escapa por el cráter de esta montaña le dá todavía la apariencia de un volcán en actividad.

—¿Y veremos nosotros todas esas operaciones?

—Por esta vez al menos, no, pues tengo prisa por continuar nuestra vuelta al mundo submarino, y por eso me contentaré con agotar las reservas de sodio que poseo. Nos detendremos el tiempo necesario para embarcarnos, es decir un día solamente, y continuaremos nuestro viaje. Si quereis recorrer esta caverna y dar la vuelta al lago, aprovechad de este día, señor Aronnax.

Dí gracias al capitán y me fui á buscar á mis compañeros, que no habian abandonado su cuarto. Les invité á que me siguieran, sin decirles dónde se encontraban.

Subieron á la plataforma conmigo, y Consejo, que de nada se asombraba, miró como cosa muy natural el despertarse debajo de una montaña, despues de

haberse dormido debajo de las olas; y Ned-Land procuró investigar si la caverna presentaba alguna salida.

Depues del desayuno, á eso de las diez, salimos del *Nautilus*.

—Ya estamos otra vez en tierra, dijo Consejo.

—A esto no le llamo yo tierra, dijo el canadiense, y además no estamos encima, sino debajo.

Entre el pie de las paredes de la montaña y las aguas del lago, se desarrollaba una ribera arenosa, que en su mayor anchura media quinientos pies. En aquella ladera se podia caminar cómodamente dando la vuelta al lago; pero la base de tan altas paredes formaba un suelo muy quebrado, sobre el cual yacian en pientoresco amontonamiento bloques volcánicos y enormes piedras pomez. Todas esas masas disgregadas, cubiertas con un esmalte pulimentado bajo la accion de los fuegos subterráneos, lanzaban resplandores al contacto de los destellos eléctricos; y el polvo micáceo de la ribera que nuestros pasos levantaban, revoloteaba como una nube de chispas.

Elevábase el terreno sensiblemente, alejándonos del reflujó de las olas, y muy pronto llegamos á unas rampas sinuosas, largas y empinadas, que permitian elevarse poco á poco, siendo, sin embargo, preciso marchar con mucha prudencia en medio de aquellos conglomerados que no tenian trabazon alguna entre sí, y donde el pié se escurría sobre los traquitos vidriosos, formados de cristales de feldespato y de cuarzo.

La naturaleza volcánica de esta enorme escavacion se veia en todas partes, y se lo hice observar así á mis compañeros.

—¿Os figurais, le pregunté, lo que vendria á ser este embudo cuando se llenaba de lavas hirvientes, y cuando el nivel de ese líquido incandescente se levantaba hasta el orificio de la montaña como la fundicion por las paredes de un hornillo?

—Perfectamente me lo represento, respondió Consejo, pero, ¿podrá decirme el señor, por qué ha suspendido el gran fundidor sus operaciones, y en qué consiste que esté el hornillo reemplazado por las tranquilas aguas de un lago?

—Probablemente, Consejo, porque á consecuencia de alguna convulsion se habrá producido bajo la superficie del Océano esa abertura que ha servido de paso al *Nautilus*. Entonces las aguas del Atlántico se han precipitado al interior de la montaña y ha habido una terrible lucha entre los dos elementos, terminando con ventaja de Neptuno. Pero desde entonces han trascurrido muchos siglos, y el volcán sumergido se ha trasformado en pacífica gruta.

—Está muy bien, replicó Ned-Land, toda esa explicacion; pero al propio tiempo lamento en interés nuestro que esa abertura, de que habla el señor profesor, no se haya hecho sobre el nivel del mar.

—Pues amigo Ned, replicó Consejo, no siendo este pasaje submarino, no hubiera podido penetrar aquí dentro el *Nautilus*.

—Y debo añadir, señor Land, que las aguas no se habrian precipitado al interior de la montaña, y el volcán sería hoy todavía volcán, siendo, por tanto, supérfluas vuestras pesadumbres.

Nuestra ascension continuaba y las rampas se iban haciendo cada vez mas empinadas, estrechas, cortadas á veces por profundas escavaciones que era preciso saltar. A veces teniamos que dar vuelta á grandes masas que habian caido á plomo, ó deslizar de rodillas ó arrastrarnos de bruces. Pero la destreza de Consejo y la fuerza del canadiense sirvieron de poderoso auxilio para vencer todos los obstáculos.

A la altura de unos treinta metros próximamente se modificó la naturaleza del terreno, sin que esto quiera decir que fuese mas practicable; y á los conglomerados y traquitos sucedieron los basaltos ne-

gros, extendidos en capas llenas de ampolladuras, procedentes de los gases efervescentes, ó bien formando prismas regulares, dispuestos como una columna, sobre la cual parecía sostenerse aquella bóveda inmensa, admirable muestra de la arquitectura natural. Luego, entre aquellos basaltos, serpenteaban cuajados arroyos de lava enfriada, incrustados con listas bituminosas, y en algunos puntos se extendían anchas alfombras de azufre. La luz, entrando por el cráter superior, inundaba con una vaga claridad todas aquellas deyecciones volcánicas, enterradas para siempre en el seno de la apagada montaña.

Muy luego fue detenida, sin embargo, nuestra marcha ascensional á una altura de doscientos cincuenta pies próximamente, por insuperables obstáculos. La curvatura interior se tornaba vertical, y hubimos de trocar la subida en paseo circular. En este último plano comenzaba á luchar ya el reino vegetal con el mineral, y algunos arbustos y ciertos árboles brotaban entre las grietas de las paredes. Reconocí los euforbios que dejaban correr su cáustico jugo; los heliótropos, inhabilitados para justificar su nombre, puesto que nunca llegaban hasta ellos los rayos solares, y que inclinaban tristemente sus racimos de flores con colores y perfumes casi pasados. Aquí y allá retoñaban tímidamente algunos crisántemos al pié de algunas zádivas de largas hojas, tristes y enfermizas. Pero entre los regueros de lava distinguí unas pequeñas violetas, perfumadas aun con un ligero olor, y confieso que las respiré con placer. El perfume es el alma de la flor: y las flores del mar, esas espléndidas hidrófitas no tienen alma.

Habíamos llegado al pié de un bosquecillo de robustos dragoneros, que separaban las rocas al esfuerzo de sus musculosas raíces, cuando Ned-Land, exclamó:

—¡Ah! señor, una colmena.

—¿Una colmena? repliqué, haciendo un ademán de incredulidad:

—Sí, una colmena, repitió el canadiense, y abejas que andan zumbando alrededor.

Me aproximé y tuve que ceder ante la evidencia. Hallé allí, en el orificio de un agujero abierto, cerca de un dragonero, algunos millares de esos ingeniosos insectos, tan comunes en todas las Canarias, y cuyos productos son allí particularmente estimados.

Naturalmente, el canadiense quiso hacer su provision de miel, y no era yo quien habia de oponerme. Despues de reunir una cantidad respetable de hojas secas mezcladas con azufre, el canadiense hizo saltar algunas chispas de un pedernal, y comenzó á ahuyentar con el humo á las abejas. Cesaron, poco á poco los zumbidos, y la colmena, ya desierta, entregó muchas libras de una miel perfumada. Ned-Land llenó su morral, y nos dijo:

—Cuando haya mezclado esta miel con la pasta del artocarpó, podré ofreceros un succulento pastel.

—Diantre, exclamó Consejo, eso será pan de especias (1).

—Válgate por el pan de especias, dije; pero continuemos nuestro interesante paseo.

En algunos recodos del sendero que seguíamos entonces aparecía el lago en toda su estension, iluminado por el fanal eléctrico en apacible superficie, en donde no se notaban ni rizados ni ondulaciones.

Guardaba el *Nautilus* una inmovilidad perfecta, y sobre su plataforma y sobre la playa, se agitaban los hombres de la tripulacion; sombras negras que se destacaban en medio de aquella atmósfera luminosa.

En aquel momento dábamos vuelta á la cresta

(1) En Francia llaman *paine d'épice* á una especie de biscocho, cuya composicion entra mucha miel.

(N. del T.)

elevada de aquellos primeros planos de rocas que sostenían la bóveda. Entonces ví que no eran las abejas los únicos representantes del reino animal en el interior de aquel volcan, porque las aves de rapiña se cernían y daban vueltas por acá y por allá en las sombras, ó se escapaban de sus nidos colgados en la punta de las rocas. Había milanos de vientre blanco, y cernicalos chillones. También por las pendientes se paseaban, con toda la rapidez de sus zancas, hermosas y gordísimas abutardas. Puede figurarse cualquier cómo se escitaría la codicia del canadiense al ver aquella sabrosa carne, y si se lamentaría de no tener una escopeta en la mano. Trató de reemplazar al plomo con las piedras, y despues de muchos infructuosos ensayos consiguió herir una de esas magníficas aves. Si dijera que arriesgó veinte veces su vida para apoderarse de ella, no exageraría nada, y la verdad es, que tanto trabajó, que el animal fué á reunirse con los panales de miel en su morral.

Bajamos entonces hácia la ribera, porque la cresta ya era impracticable. El cráter abierto aparecía encima de nosotros como la ancha abertura de un pozo. Desde este punto se podia distinguir el cielo con bastante claridad, y veíamos correr las nubes desparamadas por el viento Oeste, que venían á chocar en la cima de la montaña, deshaciéndose en brumosos trozos, lo cual probaba que esas nubes no iban muy altas, pues el volcan se elevaba apenas ochocientos pies sobre la superficie del Océano.

Media hora despues de la última hazaña del canadiense, habíamos vuelto á la ribera interior, donde se hallaba representada la flora por anchas alfombras de esa crista marina, pequeña planta umbelífera, excelente para ser confitada, que lleva también los nombres de quebranta-piedra, pasa-piedra ó hinojo marino, y de la cual Consejo recojió algunos manojos. En cuanto á la fauna, se contaban por millares los crustáceos de todas especies, los cabrajos, los cangrejos redondos, los palemones, los misis, los segadores, las galateas, y un prodigioso número de conchas, porcelanas, rocas y pechinas.

Se abría en aquel punto una magnífica gruta, y mis compañeros y yo tuvimos un gran placer, estendiéndonos sobre la fina arena. Había pulimentado el fuego sus esmaltadas y chispeantes paredes, salpicadas todas por el polvo de mica. Ned-Land las golpeaba, procurando averiguar su espesor, lo cual me hizo sonreír. Recayó entonces la conversacion sobre sus eternos proyectos de evasión, y sin adelantarme demasiado, creí que podría darle alguna esperanza, y era que el capitán Nemo no habia descendido á Sur mas que para proveerse de sadio. Creía, pues, que luego volvería hácia las costas de Europa ó de América, lo que permitiría al canadiense renovar con mejor éxito su abortada tentativa.

Llevaríamos acostados en la encantadora gruta como una hora, y la conversacion, muy animada al principio habia caído entonces en un estado de languidez, hasta el punto de que se apoderaba de nosotros una especie de somnolencia. Como no tenia razon alguna para resirtir el sueño, me quedé en un profundo adormecimiento, y soñaba, —puesto que uno no escoge sus sueños, —soñaba que mi existencia se hababa reducida á la vida vegetativa de un simple molusco, pareciéndome que aquella gruta formaba la doble valva de mi concha.

De repente me despertó la voz de Consejo.

—¡Alerta, alerta! gritaba el digno mozo.

—¿Pues qué hay? pregunté, incorporándome un poco.

—El agua se adelanta hácia nosotros, y nos va á envolver.

Me puse de pié, y efectivamente, el mar se precipitaba como un torrente dentro del retiro donde me

habíamos cobijado, siendo preciso, puesto que no éramos moluscos, tratar de salvarnos.

En pocos instantes pudimos subir sobre la cima de la gruta, donde nos hallábamos seguros.

—¿Ocurre, pues, preguntó Consejo, algun nuevo fenómeno?

—No, amigo mio, respondí; es la marea que iba á sorprendernos, como al héroe de Walter Scott. El Océano crece por fuera, y por ley natural del equilibrio, el nivel del lago sube tambien. Hemos salido librados á trueque de un semibaño, y lo principal es ir á mudarnos al *Nautilus*.

Tres cuartos de hora mas tarde habíamos terminado nuestro paseo circular, y llegábamos á bordo á tiempo de que la tripulacion acababa de embarcar las provisiones de sodio, hallándose el *Nautilus* dispuestos para la marcha.

El capitán Nemo, con todo esto, no daba orden alguna; y yo no pude hallar otra explicacion sino que esperaba la noche para salir secretamente por el pasaje submarino.

Como quiera que fuese, al siguiente dia el *Nautilus*, habiendo dejado su puerto, navegaba mas adentro á algunos metros debajo de las olas del Atlántico.

CAPITULO XI.

EL MAR DE SARGAZO.

No habiéndose modificado la direccion del *Nautilus*, toda esperanza de regresar á los mares europeos quedaba momentáneamente desvanecida. El capitán Nemo conservaba el derrotero hácia el Sur. ¿A dón de nos llevaba? No me atrevia yo á imaginarlo.

Aquel dia el *Nautilus* atravesó una porcion muy singular del Atlántico. Nadie desconoce la existencia de aquella gran corriente de agua templada, denominada *Gulf Stream* (1).

Dirigense estas aguas desde la Florida hácia el Spitzberg; pero antes de penetrar en el golfo de Méjico, á los 44° de latitud Norte, se divide la corriente en dos brazos, marchando el principal hácia las costas de Irlanda y Noruega, mientras que el segundo tuerce al Sur hasta la altura de las Azores, y despues de tocar en las playas africanas describiendo un óvalo prolongado, vuelve hácia las Antillas.

Ahora bien: este segundo brazo envuelve con agua templada, y á modo de collar, esa porcion del Océano, fria, inmóvil, tranquila, llamada mar de Sargazo. Verdadero lago en medio del Atlántico, las aguas de la gran corriente no emplean menos de tres años para dar la vuelta entera en su derredor.

El mar de Sargazo, hablando propiamente, cubre toda la parte sumergida de la Atlántida, y no han fallado autores que al hablar de las numerosas yerbas que le cubren, las han supuesto desprendidas de las praderas del antiguo continente. Es mas probable, sin embargo, que esas yerbas, algas y fucos arrancadas de las playas de Europa y América, son arrastradas hasta esta zona por *Gulf Stream*. Esta fué precisamente una de las razones que indujeron á Colon á suponer la existencia de un nuevo mundo. Cuando las embarcaciones del atrevido explorador llegaron al mar de Sargazo, navegaron, no sin trabajo, entre aquellas yerbas que estorbaban la marcha, con notable espanto de las tripulaciones, y emplearon tres semanas en atravesarlas.

Tal era aquella region que el *Nautilus* visitaba entonces; una verdadera pradera, una alfombra tupida de algas, fucos flotantes, uvas del trópico, tan espeso todo y tan compacto, que la roda de un buque no podia surcarlo sin esfuerzo. Por eso el capitán

Nemo, no queriendo comprometer su hélice entre aquella masa herbácea, se mantuvo á algunos metros de profundidad debajo de la superficie de las aguas.

El nombre dado á este trozo de mar procede de la voz española *Sargazo*, que se aplica á la especie de alga denominada varec nadador ó porta-baya, la cual forma aquel banco inmenso. Veamos ahora cómo explica el erudito Maury en la *Geografía física del Globo*, la reunion de aquellas hidrófitas en esta pacífica region del Atlántico.

«La explicacion que de esto puede darse, dice, me parece resultar de un esperimento que todos conocen. Colocando en un vaso fragmentos de corcho ó de cualquier otro cuerpo flotante, é imprimiendo al agua de este vaso un movimiento circulatorio, los trozos desparramados se agrupan al centro de la superficie líquida, esto es, en el punto menos agitado. En el fenómeno que nos ocupa, el vaso es el Atlántico, el *Gulf Stream* es la corriente circular, y el mar de Sargazo el punto central donde se reune los cuerpos flotantes.»

Participo de la opinion de Maury, habiendo podido estudiar el fenómeno en aquel medio especial donde los buques penetran raras veces. Encima de nosotros flotaban amontonados junto á las parduzcas yerbas, cuerpos de todas procedencias, como troncos de árboles, desprendidos de los Andes ó de las montañas Rocosas, y traídos por el rio de las Amazonas ó por el Mississipi; numerosos despojos de naves, quillas y cascós, tablones desquiciados y tan sobrecargados como las conchas y las anafitas, que ya no podían remontarse á la superficie. Y el tiempo justificará esta otra opinion de Maury, á saber: que esas materias, así acumuladas durante siglos enteros, se mineralizarán bajo la accion de las aguas, y formarán inagotables minas de hulla; reserva preciosa que la naturaleza previsora prepara para el momento en que los hombres habrán agotado las de los continentes.

En medio de aquel enmarañado tejido de yerbas y de fucos, observé unos elegantes alcionos estrellados de color rosado; unas actinas que dejaban arrastrar su larga cabellera de tentáculos; unas medusas verdes, encarnadas, azules, y particularmente esas grandes rizóstomas de Cuvier, cuya umbela está ribeteada por un feston aislado.

Todo aquel dia, 22 de febrero, se pasó en el mar de Sargazo, donde los peces aficionados á las plantas marinas y á los crustáceos, encuentran abundante nutricion. Al siguiente dia tenia el Océano su aspecto habitual.

Desde entonces, y durante diez y nueve dias, del 23 de febrero al 12 de marzo, el *Nautilus*, situado en medio del Atlántico, nos llevó con velocidad constante de cien leguas cada veinticuatro horas. El capitán Nemo queria evidentemente cumplir con su programa submarino, y yo no dudaba que no le ocurriese doblar de nuevo el Cabo de Hornos para volver á los mares australes del Pacifico.

Eran, pues, fundados los temores de Ned-Land. En aquellos dilatados mares, privados de islas, no podia pensarse en escapar de bordo. No habiendo medio de oponerse á la voluntad del capitán Nemo, no quedaba mas partido que el de someterse, pero lo que no podia esperarse de la fuerza ó de la astucia, yo me complacia en creer que al fin se obtendria por la persuasion. Terminado este viaje, el capitán Nemo quizá consentiria en devolvernos la libertad, con juramento de no revelar nunca su existencia, y este juramento lo cumpliríamos. Mas era preciso tratar esta delicada cuestion con el capitán. ¿seria bien recibida mi peticion? ¿No habia declarado ya muy fúrnalmente que el secreto de su vida exigia nuestra prision perpétua á bordo del *Nautilus*?

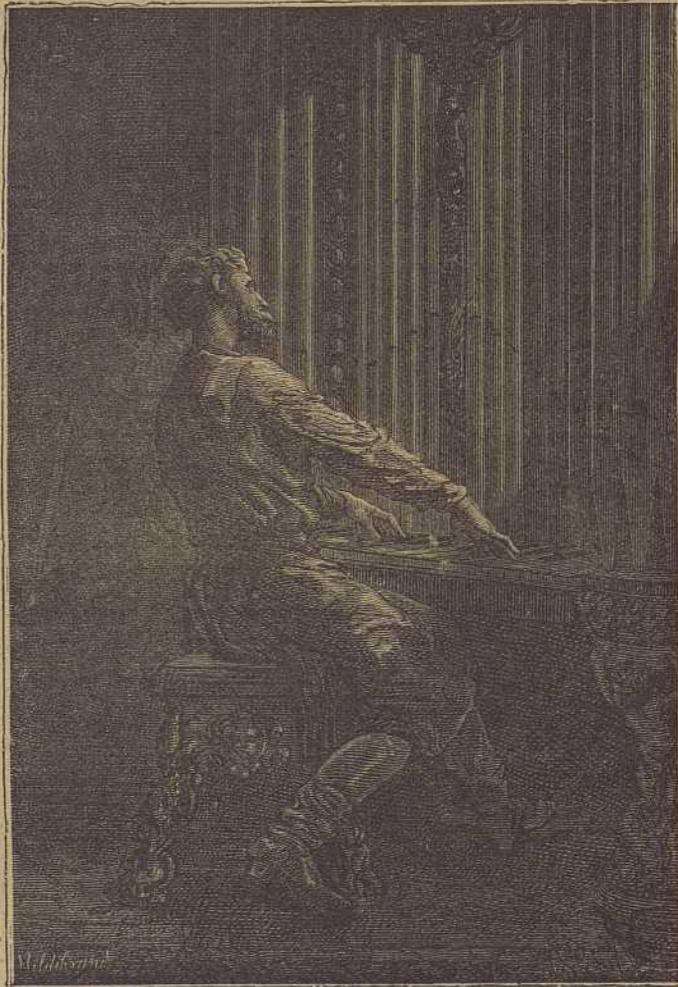
(1) Voces inglesas, que significan *Corrientes del Golfo*.

(N. d. T.)

¿No debía mi silencio de cuatro meses parecerle una aceptación tácita de la situación? Volviendo á hablar del asunto, ¿no habría fundados motivos para sospechas que podrían perjudicar nuestros proyectos, si alguna circunstancia favorable se presentase mas tarde para ponerla en planta? Yo pesaba todas estas razones, yo les daba mil vueltas en mi imaginación; yo las sometía al dictámen de Consejo, que no estaba menos apurado que yo. En definitiva, si bien no

me acobardaba con facilidad, me parecía que las probabilidades de volver á ver á mis semejantes se disminuían diariamente, sobre todo en aquel momento en que el capitán Nemo corría temerariamente hácia el Sur del Atlántico.

Durante los diez y nueve dias arriba mencionados, ningún accidente particular ocurrió en nuestro viaje. Vi con poca frecuencia al capitán, quien estaba trabajando, porque en la biblioteca solía yo hallar li-



En algunas ocasiones se escuchaban los sonidos melancólicos de la noche.

bro que dejaba entreabiertos, y especialmente libros de historia natural. Mi obra sobre los fondos submarinos, hojeada por él, estaba llena de notas al margen, contradiciendo á veces mis teorías y mis sistemas. Pero el capitán se contentaba con perfeccionar mi trabajo discutiendo rara vez conmigo. En algunas ocasiones se escuchaban los sonidos melancólicos de su órgano, que tocaba con mucha espresion, pero de noche solamente, en medio de la oscuridad mas secreta, cuando el *Nautilus* parecia dormirse en los desiertos del Océano.

Durante aquella parte del viaje, estuvimos navegando dias enteros en la superficie de las aguas. Hallábase el mar como abandonado, y apenas algunos buques de vela, con carga para las Indias, se dirigían

hácia el cabo de Buena Esperanza. Fuimos un dia perseguidos por las embarcaciones de un ballenero, que indudablemente nos tomaba por una enorme ballena de elevado precio. Pero el capitán Nemo no quiso hacer perder á aquellos valientes su tiempo y su trabajo, y acabó por sumergirse en las aguas. Este incidente habia interesado, al parecer, mucho á Ned-Land, y no pienso equivocarme al suponer que el canadiense sintió que nuestro cetáceo de hierro fuese herido de muerte por el arpon de los pescadores.

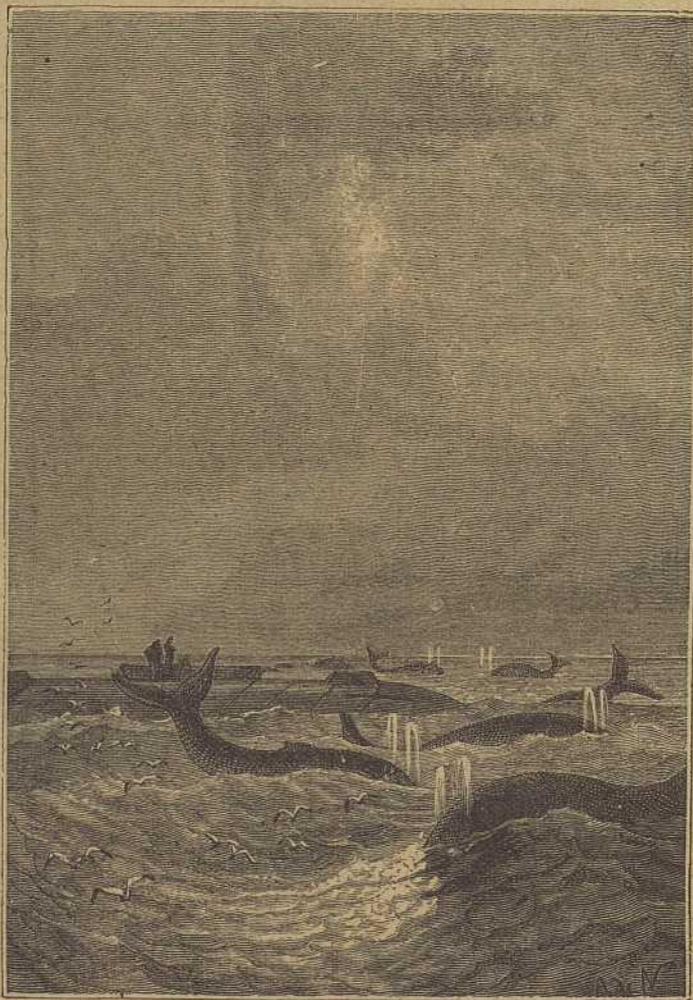
Los peces observados por Consejo y por mí durante aquel periodo, diferían poco de los que habíamos estudiado en otras latitudes. Los principales, fueron algunas muestras de aquel terrible género de

cartilaginosos, dividido en tres subgéneros que no cuentan menos de treinta y dos especies: unos escualos galonados, con cinco metros de longitud, de cabeza deprimida y mas ancha que el cuerpo, de nadaderas caudal redondeada, y cuyo dorso tiene cinco fajas grandes, paralelas y longitudinales; y unos escualos perlones de color ceniciento con siete aberturas branquiales, y provistos de una sola nadadera dorsal colocada hacia el medio del cuerpo.

Pasaban tambien grandes perros de mar, peces

muy voraces; y si bien hay el derecho de no creer lo que cuentan los pescadores, lo diremos. Dicen que en el cuerpo de un animal de esos se encontró una cabeza de búfalo y una ternera entera; en otro dos atunes y un marinero vestido; en otro un soldado con su sable; en otro, por último, un caballo con su ginete. Nada de esto es artículo de fé, ni pude comprobarlo, porque ninguno de esos perros de mar se dejó coger en las redes del *Nautilus*.

Por espacio de muchos dias nos acompañaron al-



Cachalotes y ballenas.

gunas manadas de elegantes y juguetones delfines, que marchaban por grupos de cinco ó seis, cazando juntos como los lobos en el campo. Por otra parte, son no menos voraces que los perros de mar, y creo lo que dice un profesor de Copenhague, que aseguró haberse retirado del estómago de un delfín trece marsuinos y quince focas. Cierto es que era uno de los pertenecientes á la mayor especie conocida, y cuya longitud pasa de veinticuatro pies. Esta familia de los delfinianos cuenta diez géneros, perteneciendo los que ví al de los delfinorincos, notable por un hocico sumamente estrecho y cuatro veces tan largo como el cráneo. Su cuerpo, que media tres metros, era negro por encima, y por debajo blanco rosado con pintas muy claras.

SEGUNDA PARTE.

Citaré tambien en estos mares algunos peces del órden de los acantopterigios y de la familia de los scienuoides. Algunos autores, mas poetas que naturalistas, pretenden que estos peces cantan melodiosamente, y que sus cantos reunidos forman un concierto que no alcanzaria á imitar un coro de voces humanas. Yo no digo que no; pero á nosotros, y lo siento, ne nos dieron al pasar ninguna serenata.

Para terminar, por fin, Consejo clasificó cierta cantidad de peces voladores. Nada hay tan curioso como ver los delfines darles caza con maravillosa precision. Cualquiera que fuese el alcance de su vuelo ó la trayectoria recorrida, aun saltando por encima del *Nautilus*, el infortunado pez hallaba siempre la boca del delfín abierta para recibirle. Eran unos pi-

rapidos 6' unos triglos milanos, de boca luminosa, que durante la noche, despues de haber trazado ráfagas de kumbre en la atmósfera, se sumergian en las aguas sombrías como otras tantas estrellas errantes.

Hasta el 13 de marzo, nuestra navegacion continuó en estas condiciones. Aquel día el *Nautilus* se ocupó en esperimentos de braceaje, que me interesaron vivamente.

Habíamos andado cerca de trece mil leguas desde nuestra partida de los altos mares del Pacifico. El punto nos acusaba 45° 37' de latitud Sur, y 37° 53' de longitud Oeste. Estos mismos parajes eran los que habia sondado el capitán Denham del *Heraldo*, midiendo catorce mil metros sin encontrar fondo. Aquí fue tambien donde el capitán Pecker, de la fragata americana *Congreso*, no habia podido alcanzar el suelo submarino á quince mil ciento cuarenta metros.

El capitán Nemo resolvió enviar su *Nautilus* á la mayor profundidad á fin de comprobar dichos braceajes, y yo me disponia á anotar los resultados del esperimento. Las ventanas del salon se abrieron, y comenzaron las maniobras necesarias para llegar á las regiones tan prodigiosamente profundas.

Fácil es comprender que no se trató de bajar llenando los receptáculos. Quizá no habrían servido para acrecentar suficientemente el peso específico del *Nautilus*. Además, siendo necesario para subir despues el acudir á las bombas para desalojar la sobrecarga de agua, no hubiera habido bastante fuerza para vencer la presión exterior.

El capitán Nemo resolvió ir á buscar el fondo oceánico por medio de una diagonal prolongada, acudiendo á los planos laterales, que se colocaron formando un ángulo de cuarenta y cinco grados con la horizontal. La hélice recibió el máximo de velocidad, y su cuádruple aleta batió las aguas con indefinible violencia.

Bajo esta presión poderosa, el casco del *Nautilus* se estremeció como una cuerda sonora y penetró con regularidad bajo las aguas. El capitán y yo, colocados en el salon, seguíamos la aguja del manómetro que se iba desviando rápidamente. Muy luego dejamos atrás la zona habitable donde residen la mayor parte de los peces. Si algunos de estos animales no pueden vivir mas que en la superficie de los mares ó de los rios, hay otros, menos numerosos, que se mantienen á profundidades bastante grandes. Entre estos últimos observé el exanco, especie de perro de mar, provisto de seis cisuras respiratorias; el telescopio, así llamado por sus enormes ojos; el malmat ó peristedion acorazado, de torácicas grises y pectorales negras, protegido por un peto de placas huesosas de color rojo claro; y por último, el granadero, que vive á los mil doscientos metros de profundidad y sostiene una presión de ciento veinte atmósferas.

Pregunté al capitán Nemo si habia observado peces en mayores profundidades.

—¿Peces? me respondió, pocos. Pero en el estado actual de la ciencia ¿qué se presume ó qué se sabe?

—Heo aquí, capitán. Se sabe que descendiendo á las capas inferiores del Océano, la vida vegetal desaparece mas pronto que la animal. Se sabe que allí donde todavía se encuentran seres animados, ya no vegeta ninguna hidrófita. Se sabe que las pelerinas, las ostras, viven á dos mil metros de profundidad; y que Mac Clintok, el héroe de los mares polares, ha retirado una estrella viva de una profundidad de dos mil quinientos metros. Se sabe que la tripulación del *Bull-Dog*, de la marina real, ha pescado una asteria á dos mil seiscientos brazas, ó sea mas de una legua de profundidad. Pero á todo esto me diréis probablemente que no sabemos nada.

—No, señor profesor, respondió el capitán; no tendré esa descortesía. Sin embargo, os preguntaré cómo esplicais que pueda haber seres en tales profundidades.

—Lo esplico por dos razones, respondí. Primero porque las corrientes verticales, determinadas por la diferencia en la cantidad de sal y en la densidad de las aguas, producen un movimiento que basta para entretener la vida rudimentaria de las encrinas y de las asterias.

—Exacto, dijo el capitán.

—Y despues, porque si el oxígeno es la base de la vida, se sabe que la cantidad de este gas, disuelta en el agua de mar, crece con la profundidad en lugar de disminuir, y que la presión de las capas inferiores contribuye á comprimirlo.

—¡Ah! ¿Conque saben todo eso?

Esto lo dijo el capitán con sorprendido tono, y luego añadió:

—Pues bien, señor profesor, hacen bien en saberlo, porque esa es la verdad; y añadiré que la vejiga natatoria de los peces encierra mas ázoe que oxígeno cuando se cogen en la superficie; y por el contrario, mas oxígeno que ázoe cuando se pescan á grandes profundidades, todo lo cual corrobora vuestro sistema: Pero prosigamos las observaciones.

Mis miradas se dirigieron al manómetro. El instrumento indicaba una profundidad de seis mil metros. Nuestra inmersión llevaba ya una hora de duración, y el *Nautilus*, deslizándose sobre sus planos inclinados, seguía descendiendo. Las desiertas aguas eran admirablemente transparentes y de una diafanidad inesplicable. Una hora mas tarde estábamos á trece mil metros, sobre tres leguas, y el fondo del Océano todavía no se divisaba.

Sin embargo, á los catorce mil metros apercibí unos picos negruzcos que sobresalian en medio de las aguas. Pero estas cumbres podían pertenecer á montañas como el Himalaya ó el Monte Blanco, y quizás mas altas, siendo difícil, por consiguiente, evaluar todavía la profundidad.

El *Nautilus* descendió todavía mas, á pesar de las poderosas presiones que sufría. Yo sentía sus planchas de hierro estremecerse en las juntas bajo los redoblonos; los barretes se arqueaban; los tabiques crugían; los cristales del salon se combaban bajo la presión de las aguas. Y este sólido aparato hubiera indudablemente cedido, si como lo decia el capitán, no tuviese la misma resistencia que si fuese una masa maciza.

Al rasar las pendientes de las peñas, todavía divisé algunas conchas, tales como sérpulas y espinorbis vivientes, así como ciertos ejemplares de asterias.

Pero muy luego estos últimos representantes de la vida animal desaparecieron, y mas allá de las tres leguas, el *Nautilus* pasó los límites de la existencia submarina, como sucede con el globo que se eleva en los aires mas arriba de las zonas respirables. Habíamos alcanzado una profundidad de diez y seis mil metros, cuatro leguas, y el casco del *Nautilus* aguantaba entonces una presión de mil seiscientas atmósferas; es decir, mil seiscientos kilogramos por cada centímetro cuadrado de superficie.

—¿Qué situación! exclamé. ¿Recorrer estas regiones profundas á donde nunca ha llegado el hombre! Ved, capitán, ved esas rocas magníficas, esas grutas inhabitadas, esos últimos receptáculos del globo, donde ya la vida no es posible! ¿Qué sitios tan desconocidos, y cuán de sentir es el no poder conservar de ellos mas que el simple recuerdo!

—¿Os gustaria llevaros algo mas que el recuerdo?

—¿Qué quereis decirme con eso?

—Quiero decir, que es muy fácil tomar una vista fotográfica de esta región submarina.

No había tenido tiempo todavía de expresar la sorpresa que me causaba esta nueva proposición, cuando ante un aviso del capitán Nemo habían atraído ya un objeto al salón. Por las ventanas abiertas en toda su anchura, la masa líquida alumbrada eléctricamente, se distinguía con una claridad perfecta. Ninguna sombra, ninguna degradación de nuestra luz artificial perjudicaba la operación, y por cierto que el sol no hubiera sido más favorable que aquella. El *Nautilus*, dominado por la inclinación de sus planos y por la presión de la hélice, permanecía inmóvil. El instrumento se apuntó hacia aquellos puntos del Océano, y en algunos segundos tuvimos una prueba negativa, de extraordinaria pureza.

Aquí reproduzco la positiva, y en ella pueden advertirse esas rocas primordiales que nunca han conocido la luz de los cielos; esos granitos inferiores que forman el poderoso cimiento del Globo; esas grutas profundas variadas en la masa lápidea, esos perfiles de incomparable pureza, y cuyas aristas se destacan en negro, como si fueran debidas al pincel de ciertos artistas flamencos. Mas allá se divisa un horizonte de montañas, una admirable línea ondulada que compone los últimos planes del cuadro. Yo no puedo describir aquel conjunto de peñas lisas, negras, bruniadas, sin un musgo, sin una mancha, con formas estrañamente recortadas y sólidamente establecidas sobre aquella alfombra de arena, que brillaba bajo los destellos de la luz eléctrica.

Después de terminada la operación, el capitán Nemo me dijo:

—Volvamos arriba, señor profesor. No debemos abusar de esta situación, ni esponer durante mucho tiempo al *Nautilus* á semejantes presiones.

—Subamos, dije.

—Agarraos bien.

Todavía no había tenido tiempo para comprender por qué el capitán me encargaba agarrarme, cuando caí sobre la alfombra.

Detenida la hélice á una voz del capitán, levantados sus planos verticalmente, el *Nautilus*, abandonado á su fuerza ascensional, se elevaba, cual un globo en los aires, con espantosa rapidez. Cortaba la masa de las aguas con sonoro estremecimiento, y ningún detalle era visible. En cuatro minutos cruzó las cuatro leguas que le separaban de la superficie del mar; y después de haber brotado de las olas como un pez volante, volvía á caer haciendo saltar las aguas á prodigiosa altura.

CAPITULO XII.

CACHALOTES Y BALLENAS.

Durante la noche del 13 al 14 de marzo, el *Nautilus* prosiguió su derrotero al Sur. Yo creí que á la altura del Cabo de Hornos tomaría el rumbo al Oeste, á fin de volver al Pacífico para terminar su vuelta al mundo. No lo hizo así, continuando, por el contrario, su navegación hacia las regiones australes. ¿A dónde quería ir? ¿Al Polo? Esto hubiera sido insensato. Comencé á creer que las temeridades del capitán justificaban bastante los celos del Ned-Land.

El canadiense no me hablaba ya desde algún tiempo de sus proyectos de fuga. Se había tornado menos comunicativo y casi silencioso. Yo comprendía cuanto le molestaba la prolongación de nuestro cautiverio, y cuánta ira se reconcentraba en su ánimo. Cuando veía al capitán, sus ojos se encendían con sembrado fuego, y yo iba temiendo que su violencia natural le llevase á cometer algún disparate.

Aquel día, 14 de marzo, Consejo y él vinieron

á verme, y les pregunté cuál era el objeto de la visita.

—Voy á hacer una simple pregunta, dijo el arponero.

—Hablad.

—¿Cuántos hombres juzgais que hay á bordo del *Nautilus*?

—No lo sé, amigo mío.

—Me parece, replicó Ned-Land, que no necesita la maniobra mucha gente.

—En efecto, respondí, atendiendo solo á las indicaciones suyas, deben bastar unos diez hombres.

—¿Y por qué habrían de ser más? dijo el canadiense.

—¿Por qué repliqué.

—Miré con fijeza á Ned-Land, cuyas intenciones eran fáciles de adivinar.

—Porque, añadí, si mis pensamientos son ciertos, y si he comprendido bien la existencia del capitán, el *Nautilus* no es tan solo un buque, sino un lugar de refugio para los que han roto como él toda relación con la tierra.

—Quizá, dijo Consejo; pero en fin, el *Nautilus* no puede contener sino cierto número de hombres, y bien pudiera el señor evaluar ese máximum.

—¿De qué manera, Consejo.

—Por el cálculo. Dada la capacidad del buque, y por consiguiente, la cantidad de aire que encierra; sabiendo, por otra parte, lo que cada hombre gasta en el acto de la respiración, y comparando estos resultados con la necesidad en que está el *Nautilus* de subir cada veinticuatro horas...

La frase de Consejo no terminaba; pero bien comprendí á dónde iba á parar.

—Te comprendo, dije; pero este cálculo, fácil de establecer, solo puede dar un guarismo incierto.

—No importa, replicó Ned-Land insistiendo.

—Hé aquí el cálculo, respondí. Cada hombre gasta en una hora el oxígeno contenido en cien litros de aire, ó sea en veinticuatro horas todo el oxígeno contenido en dos mil cuatrocientos litros. Averiguemos, pues, cuántas veces dos mil cuatrocientos litros caben en el *Nautilus*.

—Precisamente, dijo Consejo.

—Ahora bien; teniendo el *Nautilus* mil quinientas toneladas de mil litros, hay un millón quinientos mil litros de aire, que divididos por dos mil cuatrocientos, hacen seiscientos veinticinco. Esto quiere decir que el aire contenido en el *Nautilus* podría bastar á seiscientos veinticinco hombres durante veinticuatro horas.

—¿Seiscientos veinticinco? repitió Ned-Land.

—Pero tened por cierto que entre pasajeros y tripulantes no llegamos á la décima parte de esa cifra.

—Todavía es mucho para tres hombres, murmuró Consejo.

—Por consiguiente, mi pobre Ned-Land, sólo puedo recomendaros la paciencia.

—Y aun más que paciencia, respondió Consejo, resignación.

Consejo había empleado la palabra precisa.

—Por lo demás, prosiguió, el capitán Nemo no puede ir hasta el Polo Sur. Bien será menester que se detenga ante las bancas de hielo y que regrese á mares más civilizados. Entonces será tiempo de volver á pensar en los proyectos de Ned-Land.

El arponero movió la cabeza, se pasó la mano por la frente, no respondió, y se retiró.

—Que el señor me permita dirigirle una observación, me dijo entonces Consejo. Ese pobre Ned piensa en todo lo que no puede tener. Recuerda la vida pasada, y echa de menos cuanto le falta. Sus antiguas reminiscencias le oprimen el corazón, y debemos comprenderle. ¿Qué tiene él que hacer aquí? No es un sabio como el señor, ni puede cobrar

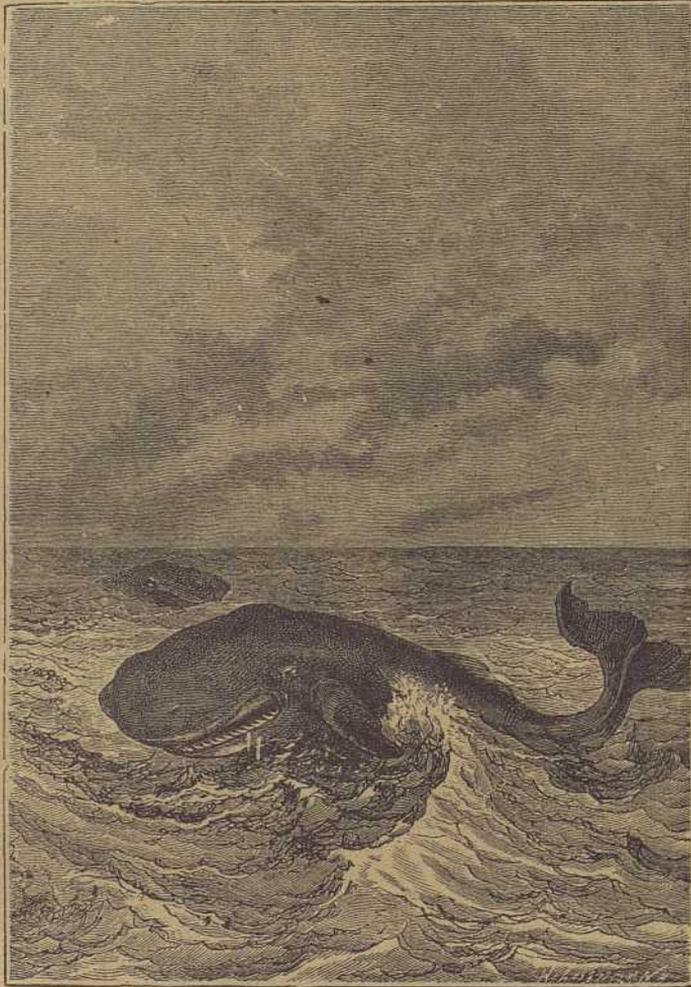
añon a lo que nosotros admiramos. Todo le arriesgaría por poder entrar en una taberna de su país.

Cierto es que la monotonía de bordo debía padecer insoportable al canadiense, acostumbrado á más libre y activa vida. Los sucesos que podían apasionarle eran raros. Sin embargo, aquel día vino un incidente á recordarle sus bellos días de arponero.

Estando el *Nautilus* en la superficie del Océano, á sa de las once de la mañana, cayó en medio de un

grupo de ballenas, encuentro que no me sorprendió, porque ya sabía que estos animales, perseguidos por los pescadores, se han refugiado en los mares de las altas latitudes.

El papel que juega la ballena en el mundo marino y su influencia sobre los descubrimientos geográficos, han sido considerables. Ella es la que, atrayendo primero á los vascos, y después á los asturianos, ingleses y holandeses, los enardecíó contra los



¡Qué encuentro! ¡qué estruendo en la superficie de las olas!

peligros del Océano, y los conduje de una á otra estremidad de la tierra. Las ballenas son aficionadas á frecuentar los mares australes. Hay leyendas antiguas, donde se pretende que los cetáceos atrajeron detrás de sí á los pescadores hasta siete leguas nada más del Polo Norte. Si el hecho es falso, adquirirá certeza un día; y así será como, probablemente, cazando ballenas en las regiones árticas ó antárticas, los hombres alcanzarán los dos puntos desconocidos del Globo.

Estábamos sentados en la plataforma, en medio de una mar bonancible y disfrutando de un hermoso día de otoño, pues en aquellas latitudes el mes de marzo corresponde al de octubre de los nuestros. El canadiense fue quien, no pudiendo engañarse,

indicó una ballena en el horizonte hácia el Este. Mirando con atención, se veía su dorso negruzco elevarse y bajarse alternativamente por encima de las olas, á cinco millas del *Nautilus*.

—¡ Ah! exclamó Ned-Land, si yo estuviera á bordo de un ballenero, hé aquí un encuentro que me daría gusto. Es un animal de grande talla. ¡Ved con qué fuerza sus espiráculos despiden columnas de aire y de vapor! ¡Mil diantres! ¡Por qué he de estar aprisionado sobre este pedazo de hierro?

—¡Cómo! Ned, respondí. ¿Todavía no habeis olvidado vuestras antiguas ideas de pesca?

—¡Acaso, señor, puede un pescador de ballenas olvidar su antiguo oficio?

—¡No habeis pescado nunca en estos mares?

—Nunca, señor. Solamente en los mares boreales, y tanto en el Estrecho de Behring como en el de Davis.

—Entonces la ballena austral os es desconocida por completo. Habeis cazado hasta ahora la ballena franca, que no se atreveria á cruzar las aguas cálidas del Ecuador.

—¡Ah! señor profesor, ¿qué me decís? replicó el canadiense en tono algo incrédulo.

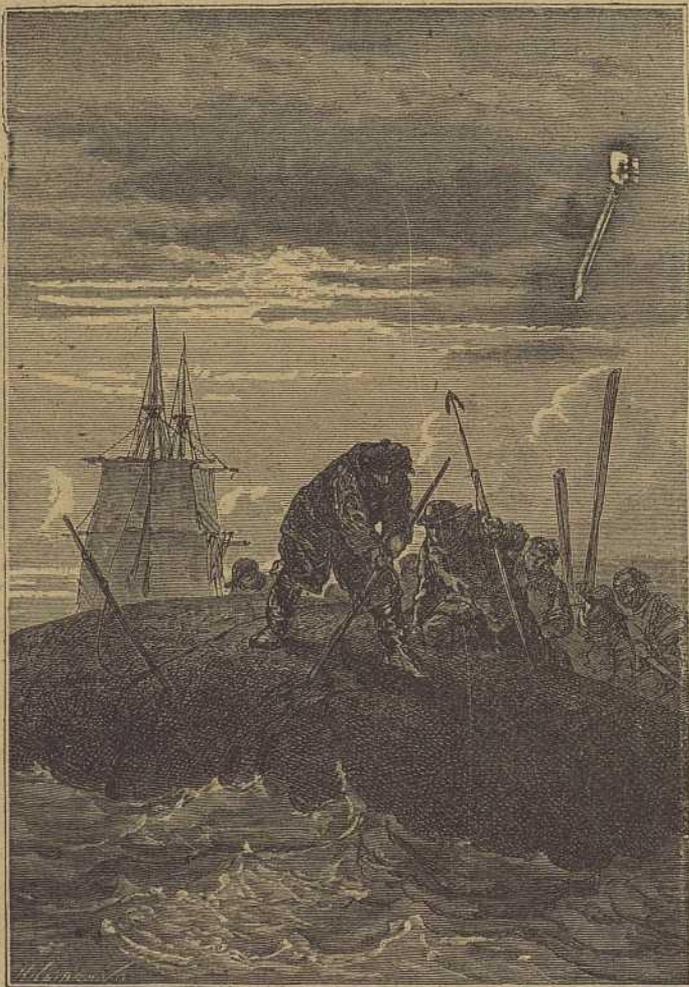
—Digo lo que es.

—Por ejemplo, yo, que os hablo, hace dos años y

medio, en sesenta y cinco, cogí cerca de Groenlandia una ballena que todavía llevaba clavado el arpon de un ballenero de Behring. Pues bien; yo os pregunto cómo despues de haber sido herida al Oeste de América, pudo el animal venir á hacerse matar al Este, sin haber dado la vuelta, ó bien por el Cabo de Hornos, ó bien por el de Buena-Esperanza, para pasar luego el Ecuador.

—Yo pienso como el amigo Ned, dijo Consejo, y aguardo la respuesta del señor.

—Os responderé, amigos míos, que las ballenas



están localizadas, según sus especies, en ciertos mares de donde no salen. Y si una de ellas vino del Estrecho de Behring al de Davis, es porque debe existir una comunicacion, ora por las costas de América, ora por las del Asia.

—¿Hay que creerlos? exclamó el arponero guiñando un ojo.

—Es menester creer al señor, respondió Consejo.

—Entonces, repuso el canadiense, puesto que jamás he pescado en estos parajes, no conozco las ballenas que los frecuentan.

—Ya os he dicho, Ned.

—Razon demás para hacer conocimiento con ellas, replicó Consejo.

—Mirad, mirad, dijo el canadiense con acento conmovido: Ya se acerca. ¡Viene hácia nosotros! ¡Me provocal ¡Sabe que nada puedo contra ella!

Ned golpeaba el suelo con el pie, y su mano se estremecía blandiendo un arpon imaginario.

—¿Son tan grandes esos cetáceos como los de los mares boreales? preguntó Ned.

—Poco mas a menos, Ned-Lang.

—Es que he visto ballenas muy grandes, señor profesor; ballenas que median hasta cien pies de longitud. Tambien me sea permitido decir que el humallock y el umgallick de las islas Aleutianas pasaba á veces de ciento cincuenta pies.

—¿Me parece eso exageradol respondió. Esos anima-

les no son mas que baleínópteros, provistos de nadaderas dorsales, como los cachalotes, y suelen ser mas pequeños que la ballena franca.

—¡Ah! exclamó el canadiense, cuyas miradas no se apartaban del Océano; ya se acerca, ya viene hacia las aguas del *Nautilus*.

Y despues continuando su conversacion, dijo:

—Hablais del cachalote como de un animalillo. Hay, sin embargo, cachalotes gigantescos, dotados de inteligencia. Dicen que algunos se cubren con algas y fucos, y entonces los toman por islotes, acampando encima, instalándose allí haciendo lumbre....

—Y construyendo casas, dijo Consejo.

—Sí, zumbon, respondió Ned-Land. Y despues, el día menos pensado, el animal se zambulle y precipita á todos los habitantes al fondo del abismo.

—Como en los viajes de Simbad el Marino, repliqué riendo: ¡Ah! señor Land, ¡parece que os gustan las historias maravillosas! ¡Vaya unos cachalotes los vuestros! Espero que no creéis lo que decís.

—Señor naturalista, respondió seriamente el arponero; hay que creerlo todo cuando se trata de ballenas. ¡Mirad cómo anda esa! ¡Mirad cómo desaparece! Pretenden algunos que estos animales dan la vuelta al mundo en quince días.

—No diré que no.

—Pero lo que no sabéis, señor Aronnax, es que al principio del mundo las ballenas andaban todavía mas aprisa.

—¿De veras, Ned! ¿Y por qué?

—Porque entonces tenían la cola como los demás pescados, es decir, comprimida verticalmente, y habían el agua de izquierda á derecha y de derecha á izquierda. Pero viendo el Criador que marchaban demasiado aprisa, les retorció la cola, y desde entonces la mueven de arriba abajo, en detrimento de su velocidad.

—Bien, Ned, dije recordando una espresion del canadiense, ¿hay que creerlos?

—No mucho, respondió Ned-Land. Como si os dijera que existen ballenas de trescientos pies de longitud, con peso de cien mil libras.

—Mucho es, en efecto, dije. Sin embargo, preciso es confesar que ciertos cetáceos adquieren un desarrollo considerable, puesto que dan hasta ciento veinte toneladas de aceite.

—En cuanto á eso, yo mismo lo he viato, dijo el canadiense.

—No tengo dificultad en creerlo, Ned, como creo que ciertas ballenas son tan grandes como cien elefantes. Juzgad de los efectos producidos por semejante masa despedida á toda velocidad.

—¿Es verdad, preguntó Consejo, que pueden echar buques á pique?

—No lo creo, respondí. Refieren sin embargo, que en 1820, precisamente en aquellos parajes del Sur, una ballena se precipitó sobre el *Essex* y lo hizo retroceder con una velocidad de cuatro metros por segundo. Las aguas penetraron por detrás, y el *Essex* se fué á pique instantáneamente.

Ned me miró con aspecto burlon.

—Por mí cuenta, dijo, he recibido un golpe de cola de una ballena, es decir, en mi bote. Mis compañeros y yo hablamos sido arrojados á una altura de seis metros. Pero junto á la ballena del señor profesor, la mia no era mas que un ballenato.

—¿Viven mucho tiempo esos animales? preguntó Consejo.

—Mil años, respondió el arponero sin vacilar.

—¿Y cómo lo sabéis, Ned?

—Porque lo dicen.

—¿Y por qué lo dicen?

—Porque lo saben.

—No, Ned, no lo sabe nadie, pero se supone, y hé aquí por qué. Hace cuatrocientos años, cuando

los pescadores iban por vez primera en seguimiento de las ballenas, tenían estos animales una magnitud superior á la que adquieren hoy. Se supone, pues, con bastante lógica, que la inferioridad de las ballenas actuales nace de que no han tenido el tiempo de adquirir el desarrollo necesario. Por eso ha dicho Bulfon que esos cetáceos podían y debían vivir mil años. ¿Entendéis?

Ned Land no entendía, porque no escuchaba. La ballena seguía acercándose y la devoraba con la vista.

—¡Ah! exclamó; ya no es una ballena, son diez, veinte, un tropel entero. ¡Y sin poder hacer nada! ¡Estar aquí atado de pies y manos!

Pero, amigo Ned, dijo Consejo, ¿por qué no pides al capitán Nemo permiso de caza?

Consejo no había terminado su frase, cuando Ned-Land, metiéndose por la escotilla, corría al encuentro del capitán. Algunos instantes despues ambos aparecieron en la plataforma.

El capitán Nemo observó el tropel de cetáceos que jugaba sobre las aguas á una milla del *Nautilus*.

—Son ballenas australes, dijo. Aquí hay la fortuna de una flota entera de balleneros.

—Pues bien, señor, dijo el arponero, ¿no podré perseguirlas aunque solo sea para no olvidar mi antiguo oficio?

—¿Para qué, respondió el capitán Nemo, perseguir por solo el gusto de exterminar? No necesitamos aceite de ballena á bordo.

—Sin embargo, señor, repuso el canadiense, en el mar Rojo nos autorizásteis á perseguir un dugongo.

—Se trata entonces de proporcionar carne fresca á mi gente. Aquí sólo mataríamos por matar. Yo bien sé que este es un privilegio reservado al hombre; pero no admito esos pasatiempos mortíferos. Destruyendo la ballena austral como la franca, seres inofensivos y buenos, vuestros semejantes, maese Land, cometen una accion vituperable. Así han des poblado ya toda la bahía de Bassin, y aniquilarán una clase de animales útiles. Dejad tranquilos á esos desgraciados cetáceos, que ya tienen contra sí á sus enemigos naturales los cachalotes, los espadones y las sierras, sin que terciéis vos en la contienda.

Júzguese cuál sería la catadura del canadiense durante este curso de moral. Dar semejantes razones á un pescador, eran palabras perdidas. Ned-Land miraba al capitán y no comprendía lo que quería decirle. Sin embargo, el capitán tenía razon. El encarnizamiento bárbaro é inconsiderado de los pescadores hará desaparecer un día la última ballena del Océano.

Ned-Land tarareó en *Yankee doodle*, se metió las manos en los bolsillos y nos volvió la espalda.

Entre tanto el capitán Nemo observaba el tropel de cetáceos, y dirigiéndose á mí, exclamó.

—Bien tenía razon en decir que, sin el hombre, ya tiene la ballena bastantes enemigos naturales. Las que estamos viendo van á tener muy luego que resistir un ataque. ¡Advertis, señor Aronnax, á ocho millas á sotavento, aquellos puntos negruzcos que están en movimiento?

—Sí, capitán, respondí.

—Son unos cachalotes animales terribles, que he encontrado algunas veces por bandadas de dos á trescientos. En lo que á ellos toca, puesto que son fieras crueles y malélicas, hacen bien en destruirlos.

El canadiense, al oír esto, se volvió vivamente.

—Pues bien, capitán, dije, en interés mismo de las ballenas, puede Ned-Land ejercitar sus hazañas.

—Es inútil exponerse, señor profesor. El *Nautilus* bastará para dispersar á los cachalotes, puesto que su espolon de acero vale tanto como el arpon del señor Land. ¿No es cierto?

El canadiense se encogió de hombros. ¡Atacar á los cetáceos á espolonazos? ¿Quién había nunca visto una cosa así?

—Aguardad, señores aronnax, dijo el capitán Nemo; os enseñaremos una caza que no conocéis todavía. ¡No haya piedad para esos feroces cetáceos! ¡No son mas que boca y dientes!

¡Boca y dientes! de ningún modo mejor podía describirse el cachalote macrocéfalo, cuya talla pasa algunas veces de veinticinco metros. La cabeza enorme de este cetáceo ocupa casi el tercio de su cuerpo. Mejor armado que la ballena, cuya mandíbula superior está solamente guarnecida de barbas, tiene veinticinco grandes dientes de veinte centímetros de altura, cilíndricos en la base, cónicos en su vértice, y que pesan dos libras cada uno. En la parte superior de esta enorme cabeza, y en grandes cavidades separadas por cartilagos, se encuentran tres á cuatrocientos kilogramos de ese aceite precioso, llamado blanco de ballena. El cachalote es un animal de formas desairadas, mas bien sapo que pez, segun la observacion de Fredol. Está mal conformado, siendo, por decirlo así, manco de todo el costado izquierdo, y sin vista apenas del ojo derecho.

Entre tanto se iba acercando la monstruosa bandada, que habiendo visto á las ballenas se aprestaba á atacirlas. Podia juzgarse anticipadamente la victoria de los cachalotes, no tan solo porque están mejor formados que sus inofensivos adversarios para la acometida, sino tambien porque pueden pasar mucho tiempo bajo las aguas sin salir á respirar á la superficie.

Quedaba el tiempo preciso para acudir en auxilio de las ballenas. El *Nautilus* se colocó entredosaguas, y nos arrimamos Consejo, Ned y yo á los cristales del salon. El capitán Nemo se fué junto al timonel para maniobrar su aparato como un ingenio de destruccion. Muy luego sentí que los aleteos de la hélice se acrecentaban, y que nuestra velocidad aumentaba.

Ya habia principiado el combate entre cachalotes y ballenas cuando llegó el *Nautilus*. Maniobró este buque de manera que el troyel de macrocéfalos quedase cortado. Mostráronse estos al principio poco inquietos á la vista del nuevo monstruo que intervenia en la batalla, pero luego tuvieron que esquivar sus golpes.

¡Qué lucha! Ned-Land, que no tardó en entusiasmarse, acabó por batir palmas. El *Nautilus* no era ya mas que un arpon formidable, manejado por el brazo de su capitán. Arrojábase sobre aquellas masas carnosas y las atravesaba de parte á parte, dejando á su paso dos revolvedizas mitades de animal. No sentia los formidables coletazos con que los cachalotes golpeaban su casco, ni tampoco los choques con que él arremetia. Esterminado un cetáceo, corria sobre otro; viraba en redondo para no marrar su presa iba adelante y atrás, dócil á su timon, sumergiéndose cuando el cachalote se zambullia en las capas profundas, ascendiendo con él cuando subia á la superficie, hiriéndole de plano ó de punta, cortándolo ó desgarrándolo y perforando en todas direcciones y á todas andaduras con su terrible espolon.

¡Qué carnicería! ¡Qué estruendo en la superficie de las olas! ¡Cuán agudos silbidos y cuán particulares gruñidos exhalaban aquellos animales espantados! En medio de aquellas aguas, por lo comun apacibles, su cola levantaba inmensas oleadas ó verdaderos cáncamos de mar (1).

Durante una hora se prolongó aquella homérica matanza, á la cual no podian sustraerse los macrocéfalos. Diez, doce se reunieron varias veces para aplastar al *Nautilus* con su masa. Velase en la ventana su enorme boca, incrustada de dientes, y su ojo formidable. Ned-Land, que ya no era dueño de sí, los

amenazaba ó injuriaba. Sentíamos que se agarraban á nuestro buque como perros que hacen presa sobre un jabato en la espesura. Pero el *Nautilus*, forzando su hélice, se los llevaba, los arrastraba, los subia á la superficie sin cuidarse ni de su peso enorme, ni de sus potentes apretones.

Al fin se fue aclarando la turba de cachalotes, y las olas tornaron á su quietud. Sentí que subíamos á la superficie del Océano. Se abrió la escotilla, y nos apresuramos á salir sobre la plataforma.

El mar estaba cubierto de cadáveres mutilados. Una explosion formidable no hubiera partido, ni destrozado, ni descuartizado con mas violencia aquellas masas de carne. Flotábamos entre cuerpos gigantes, azulados por el dorso, blanquecinos por el vientre, y llenos de enormes protuberancias. Algunos cachalotes espantados huian por el horizonte. Las aguas estaban teñidas de rojo en un espacio de muchas leguas, y el *Nautilus* navegaba por un mar de sangre.

El capitán Nemo nos alcanzó, y dijo:

—¿Y bien señor Land?

—Y bien, respondió el canadiense, en quien el entusiasmo se habia calmado, es un espectáculo terrible, en efecto; pero no soy carnicero, sino pescador, y esto no es mas que una carnicería.

—Es una matanza de animales maléficos, respondió el capitán, y el *Nautilus* no es una cuchilla de carnicero.

—Prefiero mi arpon, replicó el canadiense.

—Cada cual su arma, respondió el capitán mirando con fijeza á Ned-Land.

Temia yo que este se dejase arrebatado por alguna violencia, que hubiera tenido deplorables consecuencias; pero su encono quedó distraído á la vista de una ballena con que el *Nautilus* tropezaba entonces.

El animal no habia podido librarse de los dientes de los cachalotes. Reconoció la ballena austral, de cabeza deprimida, que es completamente negra. Anatómicamente, se distingue de la ballena blanca y del Nord-Caper por la soldadura de las siete vértebras cervicales, y cuenta dos costillas mas que sus congéneres. El desgraciado cetáceo tendido de lado, con el vientre acribillado de mordeduras, estaba muerto. En el extremo de su nadadera mutilada pendia un ballenato, al cual no habia podido salvar de la matanza. Su boca abierta dejaba correr por entre las barbas chorros de agua, cuyo susurro se asemejaba al de la resaca.

El capitán Nemo condujo el *Nautilus* hasta donde estaba el animal. Dos de sus hombres subieron sobre la ballena, y no sin asombro ví que retiraban de sus pechos toda la leche que contenia, es decir dos ó tres toneladas.

El capitán me ofreció una taza de aquella leche caliente todavía, pero no pude disimular un movimiento de repugnancia. Me aseguró que era excelente, y que no se diferenciaba en modo alguno de la de vacas.

La probé, y fui de su dictámen. Era, pues, para nosotros una provision útil, porque esa leche en forma de manteca salada ó de queso, debia dar mucha variedad á nuestro diario alimento.

Desde aquel dia observé con inquietud que las disposiciones de Ned-Land hácia el capitán Nemo iban tornándose cada vez peores, y resolví vigilar de cerca los hechos y movimientos del canadiense.

CAPITULO XIII

LAS BANCAS DE HIELO.

El *Nautilus* habia vuelto á tomar su imperturbable direccion hácia el Sur, y seguia el quincuagésimo meridiano con una velocidad considerable. ¿Quería, pues, llegar al Polo? No lo creia yo así, porque hasta entonces todas las tentativas hechas para aquel pun-

(1) El cáncamo de mar es la ola gruesa, ampollada y levantisca en francés, *houle*.

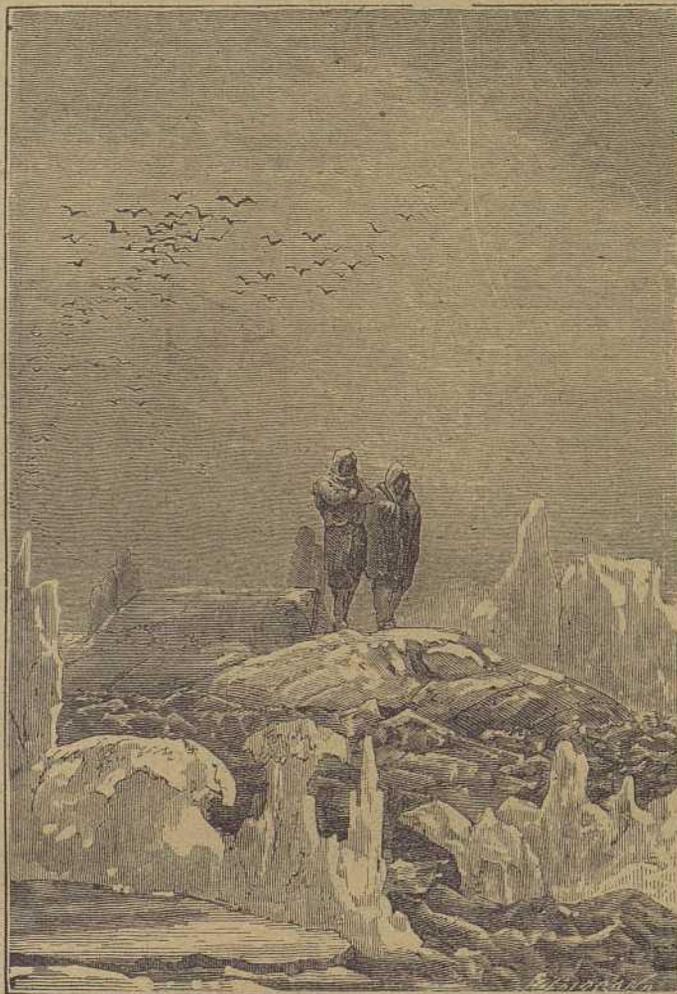
to del Globo había fracasado. Por otra parte, la estación estaba muy avanzada, puesto que el 13 de marzo de las tierras antárticas corresponde el 13 de setiembre de las regiones boreales, es decir, á la época en que comienza el período equinoccial.

El 14 de marzo, y á los 55° de longitud, advertí algunos hielos flotantes, si bien no eran todavía mas que pedazos sueltos y descoloridos, de veinte á veinticinco pies, formando escollos, contra los cuales se estrellaba el mar. El *Nautilus* se mantenía en la superficie del Océano. Ned-Land, que había pescado ya

en los mares árticos, estaba familiarizado con el espectáculo de aquellos témpanos, llamados por los ingleses *ice-bergs*; pero Consejo y yo lo admirábamos por vez primera.

En la atmósfera, hácia el horizonte del Sur, se extendía una faja blanca de aspecto deslumbrador. Los balleneros ingleses han dado á este fenómeno el nombre de *ice-blink*, y por espesas que sean las nubes nunca pueden oscurecerle. Anuncia la presencia de un pack ó banca de hielo.

En efecto, pronto aparecieron moles mas conside-



Si señor, iremos al Polo.

rables, cuyo brillo se modificaba á merced de los caprichos de la bruma. Algunas de estas masas mostraban vetas verdes, como si el sulfato de cobre hubiera trazado líneas onduladas. Otras semejantes á enormes amatistas, se dejaban penetrar por la luz. Reflejaban éstas los rayos luminosos sobre las mil facetas de sus cristales. Matizadas aquellas por los vivos reflejos del calcáreo, hubieran bastado para la construcción de toda una ciudad de mármol.

Cuanto mas bajábamos al Sur, mas numerosos é importantes iban siendo aquellas flotantes islas, donde anidaban á millares las aves del Polo, y entre otras los peirales y los tableros, que nos ensordecían con sus gritos no faltando algunas que, tomando el *Nautilus*

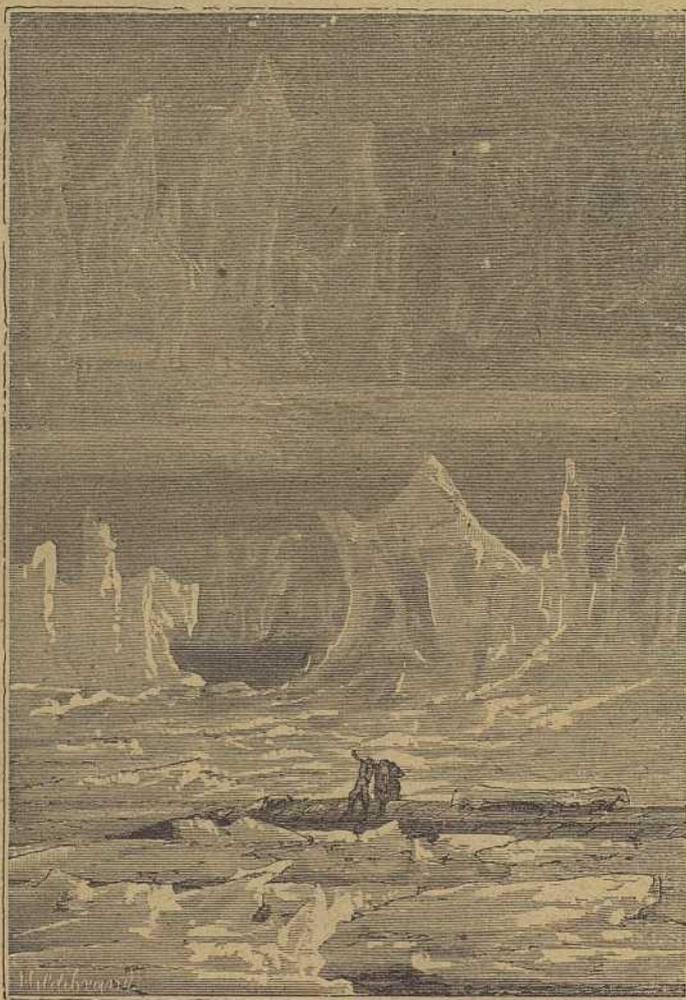
por cadáver de una ballena, venían á posarse sobre él y á picotear su sonora chapa.

Durante esta navegación por entre los hielos, el capitán Nemo permanecía frecuentemente sobre la plataforma, observando con atención aquellos parajes abandonados. Yo reparé que su tranquila mirada se animaba en ciertos momentos. ¿Pensaba que en aquellos mares polares, vedados para el hombre estaba en sus dominios y era quizá el árbitro de tan impenetrables espacios? Pero nada decía y permanecía inmóvil no volviendo en sí mas que cuando sus instintos de marino recobraban el predominio sobre su ánimo. Dirigiendo entonces su *Nautilus* con una destreza consumada, evitaba hábilmente el choque de

aquellas masas, algunas de las cuales, median varias millas de longitud y setenta á ochenta metros de altura. Con frecuencia el horizonte parecía completamente cerrado. A la altura de 6° de latitud, habían desaparecido todos los pasos; mas el capitán Nemo, haciendo cuidadosas investigaciones encontraba pronto alguna estrecha abertura por la cual se deslizaba con audacia, á pesar de constarle que tras de él quedaria cerrada la salida.

Así fue como el *Nautilus*, guiado por aquella mano hábil atravesó por entre los hielos, clasificado por los ingleses segun su forma ó su longitud, con una precision que daba mucho gusto á Consejo; *ice bergs*, ó montañas; *ice-fields* ó campos llanos y sin límites; *driftice*, ó hielos flotantes; *palcks*, ó campos quebrados, denominados *palcks* cuando son circulares, y *strams* cuando están formados de pedazos largos.

La temperatura era algo baja. El termómetro



El *Nautilus* en medio de campos de hielo.

expuesto al aire exterior, marcaba dos ó tres grados bajo cero; pero estábamos abrigados con pieles, cuyo gasto habían hecho las focas y los osos marinos. El interior del *Nautilus*, regularmente caldeado por sus aparatos eléctricos, arrojaba los frios mas intensos. Por lo demás, le hubiera bastado sumergirse algunos metros mas abajo de las olas para encontrar una temperatura llevadera.

Dos meses antes hubiéramos gozado en aquella latitud un día perpétuo, pero ya teníamos tres ó cuatro horas de noche, y no estaba lejano el período en que debían caer seis meses de sombra sobre aquellas regiones circumpolares.

El 16 de marzo dejamos atrás la latitud de las islas Neuw-Sethland y Orkney del Sur, y allí me dijo el capitán que antiguamente numerosas tribus de focas

habitaban aquellas tierras; pero los balleneros ingleses y americanos, en su genio de destruccion, sacrificando los adultos y las hembras preñadas, habían conseguido dejar el silencio de la muerte donde antes existia la animacion de la vida.

El 16 de marzo, hácia las ocho de la mañana, el *Nautilus* cortó el círculo polar antártico á los 55° de longitud. Los hielos nos rodeaban por todos lados y cerraban el horizonte. Sin embargo, el capitán Nemo seguía sorteándose los por los pasos que quedaban libres y caminando hácia el Polo.

—Pero ¿á dónde va? preguntaba yo.

—Hácia adelante, respondió Consejo. Por lo demás, cuando ya no pueda andar, se parará.

—¿No me atreveria á asegurarle respondió.

Y á decir verdad, declaro que no me disgustaba

aquella excursion aventurera, siéndome imposible expresar en cuán alto grado me maravillaban las bellezas de aquellas regiones. Los hielos presentaban soberbias actitudes. Parecía que formaban en ciertos parajes una ciudad oriental con sus minaretes y sus mezquitas innumerables; en otros sitios se asemejaban á una poblacion derruida y como desplomada por una convulsion del suelo, ofreciendo el conjunto aspectos sin cesar variados por los oblicuos rayos solares, ó bien perdidos entre las oscuras brumas en medio de huracanes de nieve. Y al propio tiempo, las detonaciones que por todos lados se escuchaban, los desmoronamientos y los vuelcos de los grandes témpanos, cambiaban la decoracion como el paisaje de un diorama.

Cuando en el momento de producirse estos trastornos el *Nautilus* se hallaba sumergido, el estruendo se propagaba bajo las aguas con espantosa intensidad, y la caída de aquellas moles producía peligrosos torbellinos hasta en las mas profundas capas del Océano. El *Nautilus* entonces oscilaba y cabeceaba como las naves abandonadas á la furia de los elementos.

Cuando no veía salidas, solía ocurrirme que allí íbamos á quedar encerrados; pero guiado el capitán Nemo por su instinto, servíale el menor indicio para dar con pasajes nuevos. Jamás se equivocaba al observar los delgados regueros de azulada agua que surcaban los témpanos. Por eso no dudaba yo que ya se hallaba el *Nautilus* navegando en medio de los mares antárticos.

Pero durante la jornada del 16 de marzo, las masas de hielo cerraban ya por completo el paso. No era aquello todavía la gran banca de hielo general, pero sí extensos témpanos cimentados por el frío. No podía este obstáculo detener al capitán Nemo, y se arrojó sobre una de aquellas moles con espantosa violencia. El *Nautilus* penetraba lo mismo que una cuña en aquella masa quebradiza, y la destrozaba con terrible estallido. Parecíase al ariete de los antiguos tiempos despedido con infinita fuerza.

Los trozos de hielo proyectados por lo alto caían sobre nuestra nave como granizo. Por su única fuerza de impulsión, el *Nautilus* se abría paso, y á veces, arrebatado por su propio empuje, montaba sobre el témpano y lo despedazaba con su peso, no faltando momentos en que encerrado dentro del hielo mismo, lo abría con un simple movimiento de cabeceo, que producía anchos desgarramientos.

Durante aquellas jornadas nos acometieron violentos chubascos: y en algunas ocasiones la bruma era tan espesa, que no hubiera sido posible verse de un extremo al otro de la plataforma. La nieve se acumulaba en capas tan duras que era necesario romperla con picos, y los vientos mudaban á cada paso de rumbo. Era la temperatura de 5° bajo 0, y toda la parte exterior del *Nautilus* se cubría de hielo. Imposible hubiera sido manejar ningun aparejo, porque todos los cabos hubieran quedado prendidos en la cajera del monton. Un barco sin velas, y movido por la electricidad, era el único que podía arrostrar tan altas latitudes.

En estas condiciones, el barómetro se mantuvo generalmente muy bajo, descendiendo hasta los 785 milímetros. Las indicaciones de la brújula no ofrecían ya garantía alguna. Sus agujas marcaban sin tino direcciones contradictorias al acercarse al Polo magnético meridional, que no debe confundirse con el terrestre. En efecto, según Hansten, ese Polo está situado aproximadamente á los 70° de latitud y 130 de longitud; y según las observaciones de Duperres, á los 135 de longitud y 70° 30' de latitud. Por eso habia que buscar el rumbo por medio de numerosas observaciones sobre el compás en diferentes puntos del buque para tomar un término medio. Y con frecuencia se recurría simplemente á la estima

para apreciar el camino seguido; método nada satisfactorio en medio de aquellos pasos sinuosos, cuyos puntos de comparacion se alteraban incesantemente.

Por último, el 18 de marzo, despues de veinte asaltos inútiles, el *Nautilus* se vió definitivamente atajado. Ya no se trataba de témpanos, ni de moles sueltas, sino de una barrera interminable é inmóvil que se presentaba ante nosotros, formadas por montañas soldadas entre sí.

—¡La gran banca de hielo! dijo el arponero.

Comprendí que para Ned, así como para todos los navegantes que nos habian precedido, aquel era el obstáculo insuperable. Habiendo asomado el sol un momento á medio dia, el capitán pudo hacer una observacion que nos acusó la situacion de 51° 30' longitud, y 67° 39' latitud meridional; punto, por cierto, bastante avanzado ya en las regiones antárticas.

Ya no habia á nuestra vista apariencia de masa líquida. Ante el espolon del *Nautilus* se extendía una inmensa llanura accidentada, llena de trabadas y confusas moles, con todo aquel caprichoso revoltijo que caracteriza la superficie de un rio algun tiempo antes del deshielo, pero en proporciones gigantescas. Por uno y otro lado picos agudos, agujas aisladas elevándose á doscientos pies de altura; mas lejos, una serie de cantiles cortados á pico, y revestidos de matices negruzcos, vastos espejos que reflejaban algunos rayos solares medio perdidos entre las bruzas. Y para digno remate del cuadro, un silencio feroz interrumpido apenas por el aleteo de los petrales. Todo allí estaba helado, hasta el ruido.

El *Nautilus* se detuvo por consiguiente en su aventurera marcha, en medio de campos de hielo.

—Señor profesor, me dijo aquel dia Ned, si vuestro capitán va mas lejos...

—¿Qué sucederá?

—Que será hombre de pró.

—¿Por qué?

—Porque nadie ha podido pasar esa banca de hielo. Ciertamente que vuestro capitán es poderoso, pero mil diantres, no ha de poder mas que la naturaleza, y allí donde ésta ha fijado límites, no hay mas remedio que pararse de buen y de mal grado.

—En efecto, Ned Land, y sin embargo, yo hubiera deseado saber lo que hay detrás de esa inmensa mole. No hay cosa que mas irrite que una pared.

—Tiene el señor razon, dijo Consejo. Los muros se han inventado para desesperar á los sabios. No deberia haber muros en ninguna parte.

—Pero, repuso el canadiense, ahí detrás ya sabemos lo que hay.

—¿Y qué hay? pregunté.

—Hielo, y siempre hielo.

—Vos estais cierto de ese hecho, Ned, pero yo no lo estoy, y por eso quisiera ir á verlo.

—Pues bien, señor profesor, exclamó el canadiense, renunciad á semejante idea. Habiéis llegado á la gran banca, lo cual me parece muy suficiente, y no pasareis de ahí, ni vuestro capitán Nemo, ni su *Nautilus*. Y quiéralo ó no, volveremos hácia el Norte, esto es, hácia la tierra de la gente honrada.

Debo reconocer que Ned Land tenia razon, y que mientras los buques no estuviesen dispuestos para navegar sobre los campos de hielo, tenían forzosamente que detenerse ante aquella masa glacial.

Y en efecto, á pesar de sus esfuerzos, y á pesar de los poderosos medios empleados para desgajar el hielo, el *Nautilus* quedó reducido á una forzada quietud. Por lo comun, quien no puede ir adelante sale del paso con retroceder. Pero en este caso, tan imposible le era lo uno como lo otro, porque toda salida estaba cerrada; no debiendo tardarse mucho en vernos realmente bloqueados, como aconteció luego á las dos de la tarde, formándose á los costados el

hielo con asombrosa rapidez. Parecióme la conducta del capitán Nemo mucho mas que imprudente.

Estaba yo en aquel momento sobre la plataforma. El capitán, que observaba la situación desde algunos momentos antes, me dijo:

—Y bien, señor profesor, ¿qué pensais de esto?

—Pienso que estamos cogidos, capitán.

—¡Cogidos! ¿Y cómo lo entendeis así?

—Porque ni podemos ir adelante, ni atrás, ni de costado. Creo que esto se llama, al menos en los continentes habitados, estar cogidos.

—¿Y creéis, por consiguiente, que el *Nautilus* no se desembarazará?

—Difícilmente, capitán, porque la estación está ya muy adelantada para que podais contar con el deshielo.

—¡Ah! señor profesor, respondió el capitán con irónico acento, ¡siempre habeis de ser el mismo! ¡No veis mas que impedimentos y obstáculos! ¡Yo os aseguro que el *Nautilus*, no tan solo se desembarazará, sino que irá mas allá todavía!

—¿Mas allá hacia el Sud? dije mirando al capitán.

—Si señor, iremos al Polo.

—¡Al Polo! exclamé, no pudiendo contener un momento de incredulidad.

—Sí, respondió friamente el capitán: al Polo antártico, á ese punto desconocido, donde se cruzan todos los meridianos. Ya sabeis que hago del *Nautilus* lo que quiero.

Ciertamente que yo bien sabia que aquel hombre era audaz hasta la temeridad. Pero vencer los obstáculos que hay en el Polo austral, mas inaccesible que el boreal, adonde todavía no han llegado los mas osados navegantes, me parecia empresa absolutamente insensata, y que solo podia concebir un sér desprovisto de razon.

Me ocurrió entonces preguntar al capitán Nemo si habia estado alguna vez ya en ese Polo inaccesible para toda criatura humana, y me respondió:

—No, pero lo descubriremos pronto. Allí, donde otros se han estrellado, yo no me estrellare. Jamas he traído mi *Nautilus* tan lejos como ahora en los mares australes; pero os repito que todavía irá mas allá.

—Quiero creerlo, capitán, repuse con acento algo irónico. ¡Os creo! ¡Vamos adelante! No hay obstáculos para nosotros! ¡Rompanos esa mole de hielo! Démosle, en caso necesario, barrenos, y si aun así resiste, pongamos alas al *Nautilus* para que vaya por encima.

—¡Por encima, señor profesor! respondió con sosiego el capitán Nemo. Por encima, no; pero por debajo, sí.

—¡Por debajo exclamé.

Una súbita revelacion de los proyectos del capitán dispó mis dudas. Acababa de comprender que las maravillosas cualidades del *Nautilus* le iban á servir todavía en tan sobrehumana empresa.

—Ya veo que principiamos á entendernos, señor profesor, me dijo el capitán sonriendo. Ya comprendéis la posibilidad, y yo digo que el éxito de mis designios. Lo que es impracticable para un buque ordinario es fácil para el *Nautilus*. Si en el polo hay algun continente, allí se detendrá; pero si el mar está libre llegará al mismo Polo.

—En efecto, dije, si la superficie del mar está solidificada, las capas inferiores están libres, por la razon providencial que ha colocado en un grado superior al de congelacion el maximum de densidad del agua. Y si no me engaño, la parte sumergida de estos hielos debe ser cuatro veces mayor por la parte visible sobre la superficie.

—Poco mas ó menos, señor profesor. Pero cada pie que los témpanos tienen fuera del mar, hay tres debajo. Ahora bien; puesto que estas montañas de hielo no pasan de cien metros, su profundidad debe ser

de trescientos todo lo mas. ¿Y qué son trescientos metros para el *Nautilus*?

—Nada, señor.

—Y si quiere podrá ir á mayor profundidad en busca de esa temperatura uniforme de las aguas marinas, y allí arrostraríamos impunemente los treinta ó cuarenta grados de frio de la superficie.

—Eso es muy exacto, dije cobrando ánimo.

—La única dificultad será la de estar algunos dias sumergidos sin renovar nuestra provision de aire.

—Si no es mas que eso, dije, el *Nautilus* tiene estensos receptáculos; los llenaremos y nos darán todo el oxígeno necesario.

—Bien pensado, señor Aronnax, respondió el capitán sonriendo. Pero no queriendo que podais tacharme de temerario, voy á someteros todas mis objeciones.

—¿Aun teneis alguna que hacer?

—Una tan solo. Es posible que si el mar existe en el Polo meridional se halle enteramente helado y que no podamos volver á la superficie.

—¡Pero olvidais que el *Nautilus* va armado de un espolon formidable, y que puede arrojarse oblicuamente contra esos campos de hielo que se abirian al choque?

—Por cierto que no careceis de ideas hoy, señor profesor.

—Por otra parte, añadí creciendo mas y mas en entusiasmo, ¿por qué no ha de existir en el Polo meridional el mar libre como en el Polo norte? Los polos del frio no coinciden con los terrestres ni en uno ni en otro paraje, y hasta prueba lo contrario debemos suponer que existen, ó bien un continente, ó bien un Océano despejado de hielos en ambos puntos del globo.

—Así lo creo, señor Aronnax. Pero me permitiréis haceros una observacion, y es que despues de haber emitido tantas objeciones contra mi proyecto, ahora me abrumais de argumentos en su favor.

Decia bien el capitán Nemo. Ya le era superior en audacia. Era yo quien le empujaba al Polo. Me adelantaba á él dejándole muy atras... ¡Mas no, pobre loco! ¡Mejor que yo conocia el capitán el pro y el contra de la cuestion, y se divertia en verme arrebatado por los ensueños de lo imposible!

Entre tanto no habia él perdido un momento. A una señal suya apareció el segundo, y ambos conversaron rápidamente en su incomprensible idioma, y ora hubiese ya estado prevenido el recién llegado, ora le pareciese el proyecto practicable, ninguna sorpresa manifestó.

Mas por impasible que fuese, no fue en esto superior á Consejo, cuando anuncié á este buen muchacho nuestro intento de llegar hasta el Polo.

Fue mi comunicacion acogida con las acostumbradas palabras de *como el señor guste*, y con esta respuesta debí contentarme.

En cuanto á Ned-Land, nunca le habia visto engogerse de hombros con tanta decision.

—Mirad, me dijo, me dais lástima vos y vuestro capitán Nemo.

—Pero iremos al Polo, señor Ned-Land.

—¿Posible es, mas no volveremos!

Y el arponero se metió en su camarote por no producir algun disgusto, como me dijo al salir.

Entre tanto comenzaban los preparativos de tan audaz empresa. Las potentes bombas del *Nautilus* repelian el aire en los receptáculos y lo almacenaban á una alta presion. Hacia las cuatro, el capitán Nemo me anunció que se iban á cerrar las escotillas, y dirigi la última mirada á la banca de hielo que ibamos á trasponer. El tiempo estaba sereno, la atmósfera bastante pura, y el frio, que era intenso, descendia á 12° bajo cero; pero como el viento habia calmado, no era semejante temperatura del todo insupportable.

Unos diez hombres salieron á romper con picos el hielo formado alrededor del *Nautilus*, operacion que fue muy rápida por ser la congelacion reciente. Penetramos todo adentro, los depósitos se llenaron de agua, y el aparato no tardó en sumergirse.

Me habia sentado en el salon con Consejo, y por el cristal de la ventana mirábamos las capas inferiores del Océano austral. El termómetro subia. La aguja del manómetro se desviaba sobre el cuadrante.

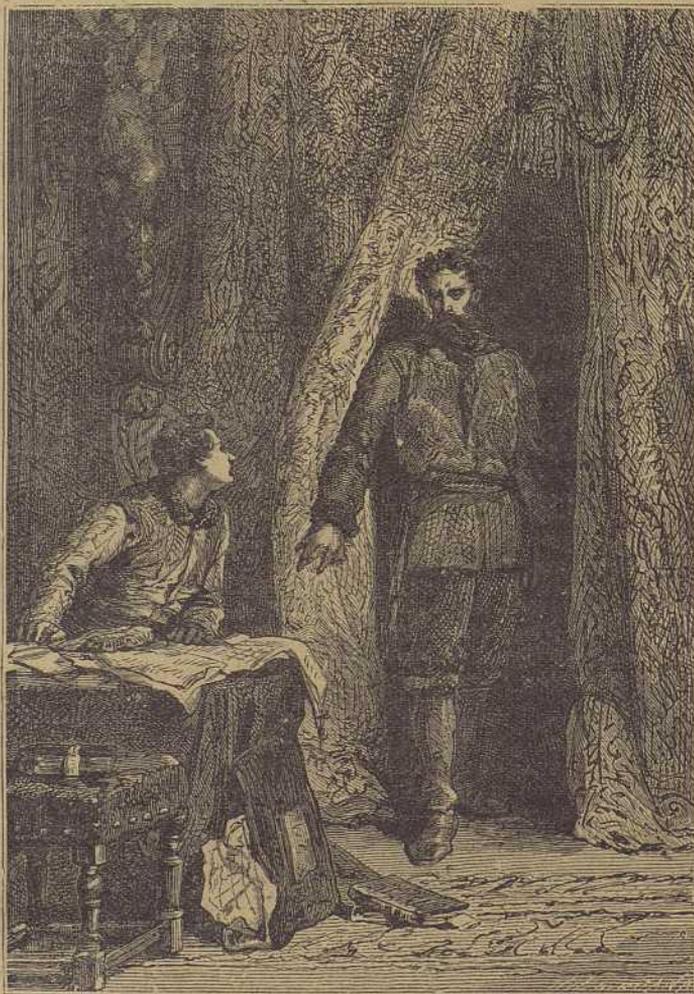
A unos trescientos metros, como lo habia previsto el capitán Nemo, flotábamos bajo la superficie ondu-

lada de la banca. Pero el *Nautilus* se sumergió toda vía mas, alcanzando una profundidad de ochocientos metros. La temperatura del agua iba mejorándose, lo cual no poco era debido tambien á los aparatos calefactorios del *Nautilus*. Todas las maniobras se cumplian con extraordinaria precision.

—Permitame el señor decirle que pasaremos, me dijo Consejo.

—Cuento con ello, respondí con el tono de una profunda conviccion.

Bajo aquel mar, el *Nautilus* habia tomado direc-



—El mar libre

tamente el camino del Polo, sin separarse de los 52° de longitud. En cuanto á la latitud para llegar desde los 67° 30' á los 90, teniamos que recorrer veintidos grados y medio, esto es, mas de quinientas leguas. El *Nautilus* tomó una velocidad media de veintiseis millas por hora, esto es, la de un *express*, con lo cual le bastaban cuarenta horas para completar el viaje.

Durante una parte de la noche, la novedad de la situacion nos mantuvo á Consejo y á mí en el salon. El mar se iluminaba bajo la radiacion eléctrica del fanal, pero estaba desierto. Los peces no habitaban aquellas aguas encerradas, que únicamente les servian de paso para ir del Océano antártico al mar li-

bre del Polo. Nuestra marcha era rápida, y bien se dejaba conocer por los estremecimientos de nuestro largo casco de acero.

Hacia las dos de la mañana fui á tomar algunas horas de reposo. Consejo me imitó. Al atravesar los corredores no encontré al capitán Nemo, y supuse que estaria en la casilla del timonel.

Al dia siguiente, á las cinco de la mañana, volví á mi puesto del salon. El loch eléctrico me indicó que la velocidad del *Nautilus* se habia templado y que iba subiendo, aunque prudentemente vaciando sus depósitos.

Mi corazon latia. ¡Ibamos á salir ya á la atmósfera libre del Polo?

No. Un choque me demostró que el *Nautilus* había tropezado con la superficie inferior de la banca de hielo, muy gruesa todavía, si juzgarse debía por el sonido mate que produjo. En efecto, empleando la expresión marina, aunque en sentido inverso de su significación, hablamos tocado á mil quinientos pies de profundidad. lo cual daba dos mil pies de hielo sobre nosotros, de los cuales quinientos fuera del agua. Entonces la banca tenía un grueso superior al que hablamos medido en sus orillas; circunstancia poco tranquilizadora.

Durante aquella jornada, el *Nautilus* comenzó frecuentemente el mismo experimento, y vino siempre á dar contra aquella muralla, que formaba techumbre sobre nosotros. En ciertos momentos la encontré á nuevecientos metros y esto acusaba mil doscientos metros de grueso, de los cuales trescientos fuera de las aguas. Era el triple de su altura en el momento en que el *Nautilus* penetró debajo.

Anoté cuidadosamente las diferentes profundidades, y obtuve así el perfil submarino de aquella cordillera que se desarrollaba bajo las aguas.

Por la tarde ningún cambio había sobrevenido en la situación. Siempre estaba el hielo entre cuatrocientos y quinientos metros de profundidad. La disminución era evidente, pero ¡cuan gruesa era todavía la barrera que nos separaba de la superficial!

Eran entonces las ocho. Hacia cuatro horas que debiera haberse renovado el aire en el interior del *Nautilus*, según la diaria costumbre de bordo. Sin embargo, yo no sentía mucha molestia, aunque el capitán Nemo no había tomado aun de los receptáculos un suplemento de oxígeno.

Mi sueño fue penoso durante aquella noche, asaltándome alternativamente la esperanza y el terror. Me levanté diferentes veces, y observé que los tanteos del *Nautilus* continuaban, hasta que pude advertir á cosa de las tres de la mañana que ya no estaba la superficie interior del hielo sino á cincuenta metros. La banca iba convirtiéndose en *ice-field*. La montaña se iba reduciendo á llanura.

Ya no se apartaba mi vista del manómetro. Ibamos recorriendo diagonalmente la superficie resplandeciente del cielo que reservaba los fulgores eléctricos. La banca disminuía en grueso, tanto por arriba como por abajo, formando prolongadas pendientes, que á cada milla iban haciéndose mas y mas pronunciadas.

Por último, á las seis de la mañana del memorable día 19 de marzo, la puerta del salón se abrió, y el capitán Nemo apareció diciéndonos:

—¡El mar libre!

CAPITULO XIV.

EL POLO SUR.

Subí apresurado á la plataforma.

¡Sí! ¡El mar libre! Apenas se divisaban algunos tapanos esparcidos y algunos *ice-bergs* movidizos; á lo lejos un mar estenso, un mundo de aves por los aires, y millares de peces bajo aquellas aguas que variaban, según su fondo, desde el azul intenso al verde oliva. El termómetro indicaba tres grados sobre cero. Era una especie de primavera relativa, encerrada detrás de la banca de hielo cuya lejana masa se perfilaba sobre el horizonte del Norte.

—¿Estamos en el Polo? pregunté al capitán con el corazón palpitante.

—Lo ignoro, respondió. A las doce tomaremos el punto.

—¿Pero veremos el sol al través de esas brumas? dije mirando al ceniciento cielo.

—Por poco que se le vea me bastará, respondió el capitán.

A diez millas del *Nautilus*, hacia el Sur, se etc.

vaba un islote solitario á una altura de doscientos metros. Caminábamos hacia él, pero con prudencia, porque aquel mar podía estar sembrado de escollos.

Una hora despues habíamos alcanzado el islote. Dos horas mas tarde habíamos dado la vuelta en su derredor. Media unas cuatro ó cinco millas de circunferencia. Un canal estrecho lo separaba de una tierra de considerable estension, quizá un continente, cuyos límites no podíamos percibir. La existencia de esta tierra parecia justificar las hipótesis de Maury. El ingeniero americano había observado, en efecto, que entre el polo Sur y los 60° de latitud, el mar estaba cubierto de hielos flotantes, cuyas dimensiones eran enormes, y que no se han visto jamás en el Atlántico del Norte. De este hecho se ha sacado la consecuencia de que el círculo antártico encierra considerables tierras, puesto que los *ice-bergs* no se pueden formar en alta mar, sino en las costas. Según estos cálculos, la masa de hielos que rodea al Polo austral, forma una especie de estenso casquete, cuya anchura debe llegar á cuatro kilómetros.

Entre tanto, el *Nautilus*, por temor de encallar, se había detenido á tres cables de un banco de arena, dominado por un soberbio cúmulo de peñas. Se lanzó el bote al mar, y el capitán con dos de sus hombres llevando los instrumentos, Consejo y yo nos embarcamos. Eran las diez de la mañana. Yo no había visto á Ned-Land. El canadiense sin duda no queria confesar su error delante del Polo Sur.

Algunos golpes de remo llevaron el bote sobre la arena, donde encalló. En el momento en que Consejo iba á saltar en tierra lo detuve.

—Señor, dije al capitán Nemo, á vos toca la honra de ser el primero en desembarcar.

—Si señor, respondió el capitán; y si yo no vacilo en pisar esa tierra del Polo, es porque hasta ahora no hay ser humano alguno que haya dejado aquí su planta.

Dicho esto, saltó ligeramente sobre la arena. Una viva emoción haciale latir el pecho. Trepó á una peña que dominaba á plomo á un promontorio, y allí, cruzado de brazo, la mirada ardiente, quieto, mudo, parecia tomar posesion de aquellas regiones australes. Despues de cinco minutos de éxtasis, se volvió hacia nosotros exclamando:

—Cuando querais, señor profesor.

Desembarqué seguido de Consejo, y dejando los dos hombres en la canoa.

El suelo presentaba en estendido trecho una toba de color rojizo, como si estuviese cubierto de ladrillo molido. Estaba cubierto de escorias, de lava y de piedra pomez, con lo cual no podia desconocerse su origen volcánico. En ciertos parajes, algunas ligeras humaredas que desprendian sulfuroso olor, atestiguan que el fuego interior conservaba aun su potencia expansiva. Sin embargo, despues de haber trepado por un escarpe muy alto, no ví ningún volcan en el espacio de muchas millas. Sabido es que en estas regiones antárticas, James Ross ha encontrado los cráteres del Erebo y del Terror en toda actividad, á los 167° de longitud y 77° 32' de latitud.

La vegetacion de este asolado continente me pareció muy restringida. Algunos líquenes de la especie *Usnea melarcoxantha* se estendian sobre las ennegrecidas peñas, y ciertas plantitas microscópicas, tales como las diatómeas rudimentarias especies de celdillas dispuestas entre dos conchas cuarzosas, algunos fucos purpúreos y de color carmesí, sostenidos por unas vejiguillas natatorias arrojadas por la resaca de la costa, componian toda la escasa flora de esta region.

La playa estaba sembrada de moluscos, pequeñas almejas, pechinás, bucardas lisas en forma de corazones, y particularmente unos clios de cuerpo oblongo y membranoso, cuya cabeza está formada de dos

lóbulo redondeado. Vi también millares de ellos boreales, de tres centímetros de longitud, y de los cuales una ballena traga un mundo á cada bocado. Los lindos pterópodos, verdaderas mariposas del mar, animaban las aguas libres sobre el borde de la ribera.

Entre otros zoófitos, aparecían en los altos fondos algunas arborescencias coralíneas, de las que, según James Ross, viven en los mares antárticos hasta mil metros de profundidad; y despues unos pequeños alcionos pertenecientes á la especie *porcellaria pelagica*, así como muchas asterias particulares de aquellos climas, y estrellas de mar que cubrían todo el suelo.

Pero donde abundaba la vida era en los aires. Allí volaban y revoloteaban por millares ciertas aves de variadas especies, cuyos gritos nos ensordecían. Otras había que, agrupadas sobre las peñas, nos miraban pasar sin recelo y apiñándose familiarmente á nuestro paso. Eran unos pingüinos, ó vulgarmente pájaros bobos ó niños, tan ágiles y flexibles en el agua, donde han sido á veces confundidos con rápidos bonitos, como torpes y pesados en tierra. Exhalaban gritos irregulares, y formaban grupos numerosos, sóbrios de movimiento, pero pródigos de clamores.

Entre las aves observé también unos quiónides, pájaros zancudos, del tamaño de una paloma, de color blanco, pico corto y cónico, y ojos rodeados por un círculo rojo. Consejo hizo alguna provision de estas aves que, bien condimentadas, forman un manjar agradable. Por los aires pasaban algunos albatros fuliginosos, que median con las alas desplegadas cuatro metros, llamados con razon los buitres del Océano; unos petrales gigantes, y entre otros el quebranta-huesos, de alas arqueadas, grandes comedores de focas; algunos tableros, especie de patitos, así llamados por tener la parte superior del cuerpo matizada con cierta regularidad de cuadritos blancos y negros; y por último, la serie completa de los petrales, unos blancos con alas ribeteadas de pardo, otros azules y especiales de los mares antárticos, y tan aceitosos, dije á Consejo, que los habitantes de las islas Feroe se contentan con adaptarles una mecha para encenderlos.

—Poco les faltaria, pues, para ser, lámparas perfectas, respondió Consejo. Con esto, ya no puede exigirse á la naturaleza que los haya también provisto de mechas.

Despues de andar media milla el terreno, apareció sembrado de nidos de mancos, pájaros palmípedos, así llamados por no tener mas que una especie de muñones por alas, y que fabrican para anidar una especie de madrigueras, de las cuales salían en grupos numerosos. El capitán Nemo hizo cazar mas tarde algunos centenares de ellos, por ser su carne muy comestible. Asemejábanse sus gritos al rebuzno del asno. Estos animales, tamaños como un ganso, de color de pizarra por encima, blancos por debajo, y con el pescuezo teñido de amarillo, se dejaban matar á pedradas sin tratar de huir.

Entre tanto, la bruma no se levantaba, y á las once el sol no había aparecido todavía. Su ausencia no dejaba de inquietarme; porque sin él no eran posibles las observaciones, para saber si habíamos llegado al Polo.

Cuando alcancé al capitán Nemo, lo encontré silenciosamente apoyado de codos sobre un trozo de peña y mirando el cielo. Parecía estar impaciente y contrariado. Pero ¿qué hacer? Aquel hombre audaz y poderoso no disponía del sol como del mar.

Llegó mediodía sin que el radiante astro apareciese un solo instante, sin que ni aun posible fuera reconocer el sitio que ocupaba detrás de la espesa bruma, la cual no tardó en convertirse en nieve.

—Hasta mañana, dijo simplemente el capitán.

Volvímos, pues, al *Nautilus*, acosados por los torbellinos de la atmósfera.

Durante nuestra ausencia se habían tendido las redes, y observé con interés los peces que se iban recogiendo. Los mares antárticos sirven de refugio á una multitud de peces viajeros, que huyendo de las tempestades de las zonas menos elevadas, van á caer entre los dientes de los marsuinos y de las focas. Noté algunas cotas australes, largas de un decímetro, especie de cartilagosos blanquecinos atravesados de bandas descoloridas y armados de agujones; despues, unas quimeras antárticas, largas de tres pies, de cuerpo muy prolongado, piel blanca, plateada y lisa, cabeza redondeada, dorso provisto de tres aletas, hocico terminado por una trompa encorvada hacia la boca. Probé su carne, que me pareció insípida, á pesar de la opinion de Consejo, á quien gustó mucho.

La tempestad duró hasta el siguiente dia. Era imposible mantenerse en la plataforma. Desde el salon en que observaba yo los incidentes de esta escursión al continente polar, se oían los gritos de los petrales y de los albatros que jugaban en medio de la tormenta. El *Nautilus* no estuvo quieto, pues avanzó costeando una docena de millas hácia el Sur, en medio de aquella semi claridad que dejaba el sol al rasar los bordes del horizonte.

Al siguiente dia, 20 de marzo, había cesado la nieve. El frio era algo mas vivo. El termómetro señalaba dos grados bajo cero. Las nieblas se levantaron, y esperé que aquel dia pudiéramos efectuar nuestra observacion.

No habiendo aparecido todavía el capitán Nemo, nos metimos Consejo y yo en el bote, llegándonos á tierra. La naturaleza del suelo era volcánica, pues se veían por todos lados vestigios de lavas, escorias y basaltos, sin advertir el cráter que los hubiese arrojado. Aquí también había millares de aves que animaban aquella parte del continente polar. Pero dividían este imperio con numerosos rebaños de mamíferos marinos que nos contemplaban con dulce mirada. Eran focas de diversas especies, tendidas las unas por el suelo, recostadas las otras sobre témpanos de nieve, saliendo y entrando algunas en el mar, y sin huir de nosotros, pues nunca habían conocido al hombre.

Con las que allí había, algunos centenares de naves pudieran haberse llenado.

—A fe mía, dijo Consejo, que es una fortuna que no me haya acompañado Ned-Land.

—¿Por qué?

—Porque el feroz cazador hubiera dado muerte á todo.

—Mucho decir es eso; pero creo en efecto que no hubiéramos podido evitar que nuestro amigo arponease algunos de estos magníficos cetáceos, causando con ello disgusto al capitán Nemo, porque no gusta de verter inútilmente la sangre de animales inofensivos.

—Y tiene razon.

—Ciertamente, Consejo. Pero dime, no has clasificado ya esas soberbias muestras de la fauna marina?

—Bien sabe el señor que no estoy muy ducho en la práctica. Cuando el señor me haya dicho el nombre de esos animales...

—Son focas y morsos.

—Dos géneros que pertenecen á la familia de los pinípedos, órden de los carnívoros, grupo de los unguiculados, subclase de los monodelfianos, clase de los mamíferos, ramificación de los vertebrados.

—Bien, Consejo, respondí; pero ambos géneros se dividen en especies y si no me engaño, aquí tendremos ocasion de observarlas. Sigamos adelante,

eran las ocho de la mañana, y quedaban cuatro horas que emplear hasta el momento en que el sol pudiera ser útilmente observado. Dirigí mis pasos hacia una estensa bahía formada entre el acantilado granítico de la ribera.

Puedo decir que así, y hasta donde se extendía la vista alrededor de nosotros, la tierra y los témpanos estaban atestados de mamíferos marinos, y busqué involuntariamente con la vista al viejo Proteo, el mitológico pastor que guardaba aquellos inmensos rebaños de Neptuno. Eran especialmente focas, que formaban grupos distintos, machos y hembras, el padre vigilando á la familia, la madre amamantando á sus pequeñuelos, y los hijos ya fuertes, aunque jóvenes, emancipándose á cierta distancia. Cuando estos animales querían moverse, andaban á saltos cortos, debidos á la contracción de su cuerpo, ó se ayudaban torpemente con su imperfecta nadadera, que en el manatí, congénere suyo, forma un verdadero brazo. Debo decir que en el agua, su elemento por excelencia, aquellos animales de espina dorsal movable, de cuerpo posterior estrecho, de pelo raso y tupido, y de pies palmeados, nadan admirablemente. Cuando descansaban en tierra, tomaban actitudes sumamente graciosas. Por eso los antiguos al observar su dulce fisonomía, su mirada expresiva, que compete con la mas bella ojeadá de la mujer, sus ojos aterciopelados y claros, sus posturas encantadoras, los poetizaron á su manera, haciendo de los machos, tritones, y de las hembras, sirenas.

Hice observar á Consejo el desarrollo considerable de los lóbulos cerebrales en estos inteligentes cetáceos. Ningun mamífero, exceptuando el hombre, tiene la materia cerebral mas rica. Por eso las focas son susceptibles de recibir cierta educacion, domesticándose fácilmente; y pienso con ciertos naturalistas que, convenientemente amaestradas, podrian prestar grandes servicios como perros de pesca.

La mayor parte de estos animales dormian sobre las peñas ó sobre la arena. Entre estas focas, que no tienen orejas esternas—diferenciándose en esto de las otarias, cuyo órgano auricular es sobresaliente—observé algunas variedades de estenorincos, de tres metros de largo, de pelo blanco, con cabeza de dogo, armados con diez dientes en cada mandíbula, cuatro incisivos arriba y abajo, y dos grandes caninos cortados á modo de flor de lis. Habia tambien elefantes marinos, especie de focas de trompa corta y movable, gigantes de la especie, y que tienen una circunferencia de veinte pies por una longitud de diez metros. Ningun movimiento hacian al acercarnos.

—No son animales peligrosos? dijo Consejo.

—No, á no ser que se les ataque. Cuando una foca defiende su cria, su furor es terrible, y no es raro que despedacen la embarcacion de los pescadores.

—Está en su derecho, replicó Consejo.

—No digo que no.

Dos millas mas lejos fuimos detenidos por el promontorio que protegía la bahía contra los vientos del Sur. Estaba á plomo sobre el mar, produciendo la resaca sobre él espumosos torbellinos. Mas allá se escuchaban formidables mugidos, cual si procedieran de un rebaño de rumiantes.

—Eso parece un concierto de toros, dijo Consejo.

—No, es un concierto de morsos.

—¿Riñen?

—O riñen ó juegan.

—Si al señor no le disgusta debemos verlo.

—Vamos á verlo, Consejo.

Y nos pusimos á trepar las ennegrecidas rocas, en medio de imprevistos derrumbamientos, y pisando piedras que el hielo hacia muy resbaladizas. Mas de

una vez rodé por el suelo, en detrimento de mis caderas. Consejo, mas prudente ó mas fuerte, casi me tropezaba, y acudia á levantarme, diciendo:

—Si el señor quisiera tener la bondad de separar las piernas, conservaria mejor el equilibrio.

Llegado á la arista superior del promontorio, apercibi una vasta llanura blanca cubierta de morsos que estaban jugueteando, exhalando alaridos de alegría y no de coraje.

Los morsos ó vacas marinas se parecen á las focas por la forma de su cuerpo y por la disposicion de sus miembros; pero carecen de dientes caninos é incisivos en su mandíbula inferior; y en cuanto á los caninos superiores, son dos colmillos de ochenta centímetros de largo por tres en la circunferencia del alveolo. Son de un marfil compacto, sin estrias, mas duro que el de los elefantes y menos propenso á tomar el matiz amarillo, por cuyo motivo son muy apreciados. Así es que los morsos se ven perseguidos por una caza inconsiderada que los aniquilará muy pronto, puesto que los cazadores, acabando con las hembras preñadas y jóvenes, destruyen cada año mas de cuatro mil.

Al pasar cerca de tan curiosos animales, pude examinarlos á gusto mio, porque no se movian. Su piel es gruesa y rugosa, de color aleonado tirando al rojo rubio su pelo corto y poco tupido. Tienen algunos la longitud de cuatro metros. Mas tranquilos y menos recelosos que sus congéneres del Norte, no confiaban á centinelas escogidos el cuidado de vigilar el acceso de su campamento.

Despues de haber examinado aquella poblacion de morsos, debí pensar en el regreso. Eran las once, y si el capitán Nemo se hallaba en condiciones favorables para observar, queria yo estar presente á la operacion. No era de esperar, sin embargo, que el sol pudiera verse tampoco en este dia, pues lo ocultaban las nubes amontonadas sobre el horizonte, pareciendo que el astro, celoso, no queria revelar á los seres humanos aquel punto inaccesible del Globo.

Emprendimos nuestra marcha hacia el *Nautilus*, siguiendo un estrecho sendero que corria sobre la cumbre del acantilado. A las once y media estábamos en el punto de desembarque. El bote habia ya traído al capitán, á quien vi de pie sobre una peña de basalto y con los instrumentos á su lado. Su mirada se fijaba en el horizonte hacia el Norte, junto al cual describia entonces el sol su prolongada curva.

Me coloqué junto á él y aguardé sin hablar. Llegó medio dia y tampoco pudo apercibirse el sol.

Era fatalidad; tampoco teniamos observacion. Si al dia siguiente no se verificase, teniamos que renunciar definitivamente á marcar nuestra situacion.

En efecto, era precisamente el 20 de marzo. Al dia siguiente 21, que era el del equinoccio, y sin tener en cuenta la refraccion, el sol debia desaparecer para seis meses, empezando la larga noche polar. Desde el equinoccio de setiembre, habia salido del horizonte septentrional, elevándose por medio de espirales prolongadas hasta el 21 de diciembre. Desde esta época, el solsticio de las regiones australes, habia empezado á bajar, y al siguiente dia enviarles sus últimos fulgores.

Comuniqué mis observaciones y mis temores al capitán Nemo.

—Teneis razon, señor Aronnax, me dijo; y si mañana no obtengo la altura del sol, no podré repetir la operacion hasta dentro de seis meses. Pero tambien precisamente porque los azares de mi navegacion me han traído el 21 de marzo á estos mares, mi punto será fácil de marcar cuando á las doce el sol se muestre á nuestra vista.

—¿Por qué, capitán?

—Porque cuando el astro del dia describe espira-

les tan prolongadas, es difícil medir exactamente su altura sobre el horizonte, y los instrumentos pueden cometer graves errores.

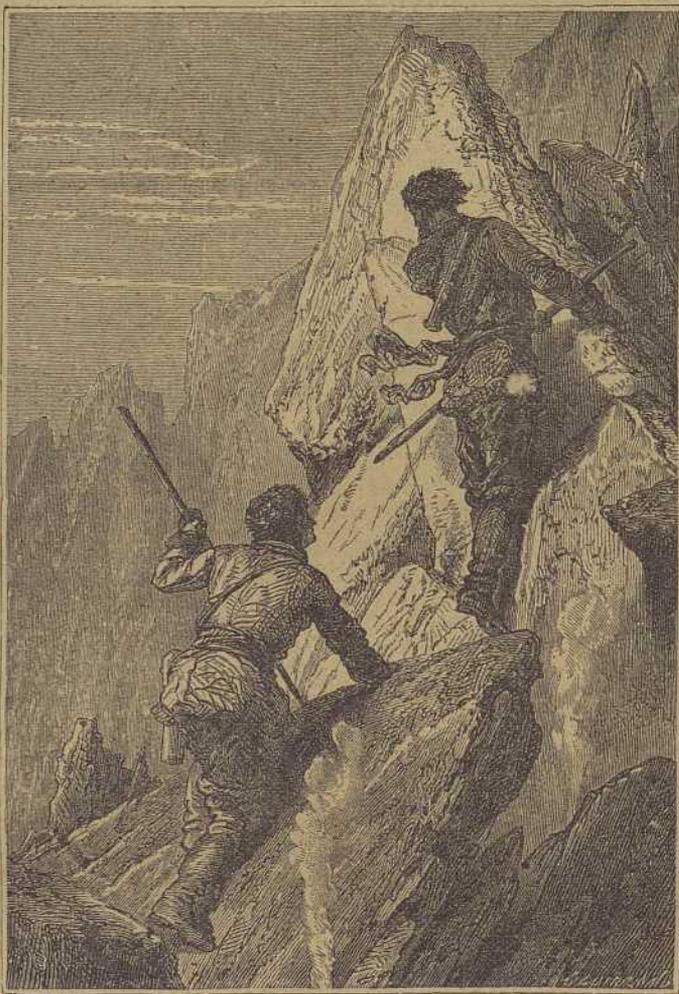
—¿Cómo vais, pues, á proceder?

—No emplearé mas que mi cronómetro, me respondió el capitán Nemo. Si mañana, 21 de marzo á las doce, cuando el disco del sol, teniendo en cuenta su refracción, está exactamente cortado por el horizonte del Norte, será que me encuentre en el polo Sur

—En afecto, dijo, pero esta afirmación no es matemáticamente rigurosa, porque el equinoccio no coincide necesariamente con la hora de medio día.

—Sin duda; pero el error no será de cien metros, y no necesitamos mas. Hasta mañana pues.

El capitán Nemo volvió á bordo. Consejo y yo quedamos en tierra hasta las cinco, recorriendo la playa, observando y estudiando. No recogí objeto ninguno curioso, como no fuese un huevo de pingüino, notable por su tamaño, y que un aficionado hu-



El capitán Nemo se dirigió al pico donde quería establecer su observatorio.

biese pagado en mil francos. Su color bayo, las rayas y caracteres que lo adornaban cual gorgificos, hacian de él un juguete raro. Lo entregué á Consejo, y el prudente mozo, cuidándolo como una preciosa porcelana de china, lo llevó intacto al *Nautilus*.

Allí coloqué el extraño huevo en uno de los escaparates del museo. Cené despues con apetito un trozo de hígado de foca, cuyo sabor me recordaba el de la carne de cerdo. Despues me acosté, no sin haber invocado como los indios, los favores del rutillante astro.

Al día siguiente, 21 de marzo, desde las cinco de la mañana subí á la plataforma y encontré al capitán Nemo.

—El tiempo se despeja algo, me dijo, y tengo buena esperanza. Despues de almorzar iremos á tierra para escoger un punto de observación.

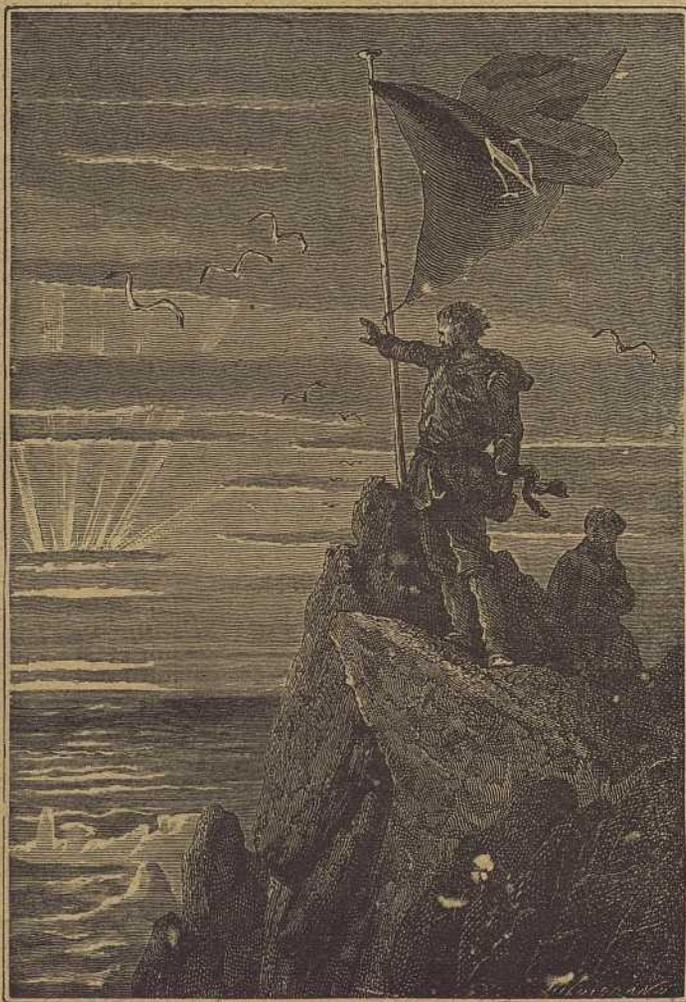
Convenido esto, me fui á ver á Ned-Land para llevarlo con nosotros; pero el obstinado canadiense rehusó, y bien claro comprendí que su taciturnidad, así como su mal humor, se iban diariamente acrecentando. Con todo, no era de sentir su obstinación en tales circunstancias, porque habia demasiadas focas en tierra, no siendo prudente someter al irreflexible pescador á ciertas tentaciones.

Terminando el almuerzo, me dirigí á tierra. El *Nautilus* habia recorrido todavía algunas millas durante la noche, habiéndose quedado mar adentro, á una legua de la costa, dominada por un pico agudo

de cuatrocientos á quinientos metros. En el bote iban conmigo el capitán Nemo, dos hombres de la tripulación y los instrumentos; esto es un cronómetro un anteojo y un barómetro.

Durante nuestra travesía, ví numerosas ballenas que pertenecian á las tres especies particulares de los mares australes, la ballena franca ó *righ-wale* de los ingleses, que carece de nadadora dorsal; el

hump-back, baleinóptero de abdomen rugoso y anchas nadaderas blanquecinas, que á pesar de su nombre no forman alas; y el *ain back*, pardo amarillento, el más vivo de los cetáceos. Este poderoso animal se oye de lejos, cuando proyecta á grande altura sus columnas de aire y vapor, semejantes á torbellinos de humo. Aquellos diversos mamíferos se esparcían por bandadas en las aguas tranquilas.



¡Adios, sol desaparece, rutilante astro.

y bien se dejaba ver que aquel paraje del Polo antártico servía de refugio á los cetáceos perseguidos por los pescadores.

Observe también unos dilatados cordones blanquecinos de salpos, especie de moluscos agregados, y medusas de gran dimension, que se mecían entre los remolinos de las olas.

A las nueve llegábamos á tierra. El cielo se aclaraba. Las nubes huyan hacia el Sur. Las brumas abandonaban la fría superficie de las aguas. El capitán Nemo se dirigió al pico donde quería establecer su observatorio. Fue una ascension penosa sobre lavas agudas y piedras pómez, en medio de una atmósfera con frecuencia saturada de emanaciones sulfurosas de las humaredas. El capitán, á pesar de no tener el hábito de pisar la tierra, trepaba por las pendientes

más rápidas con una soltura y agilidad que yo no podía imitar, y que hubiera sido envidiado por un cazador de gamos.

Dos horas fueron necesarias para alcanzar la cumbre de aquel pico, medio pórfido, medio basalto. Desde allí, nuestras miradas abrazaban un estenso mar, que hacia el Norte trazaba claramente su línea terminal sobre el fondo del cielo. A nuestros pies habia campos resplandecientes de blancura. Sobre nuestra cabeza, un azul pálido, despejado de brumas. Por el Norte, el disco solar aparecia cual esfera de fuego truncada ya por la línea del horizonte. Del seno de las aguas se elevaban por centenares magníficos haces de surtidores líquidos. A lo lejos, el *Nautilus* se divisaba cual cetáceo adormecida. Detrás de nosotros, por el Sur y el Este, se estendía

una tierra inmensa, con amontonamiento desordenado de rocas y de hielos, cuyo límite no se percibía.

El capitán Nemo, cuando llegó á la cumbre del pico, marcó cuidadosamente su altura por medio del barómetro, porque debía tener cuenta de ella en su observación.

A las doce menos cuarto, el sol, visto entonces por refracción únicamente, apareció como un disco de oro, y dispersó sus postreros rayos sobre aquel continente abandonado, y sobre aquellos mares que el hombre no ha surcado todavía.

El capitán, provisto de un antejo de retículas, que por medio de un espejo corregía la refracción, observó el astro que penetraba poco á poco por debajo del horizonte siguiendo una diagonal muy prolongada. Yo tenía el cronómetro. Mi corazón latía fuertemente. Si la desaparición del semidisco solar coincidía con la hora de medio día en el cronómetro, estábamos en el mismo Polo.

—Las doce, exclamé.

—¡El Polo Sur! respondió el capitán Nemo con voz grave y dándome el antejo, con el cual se percibía el astro del día, precisamente cortado en dos porciones iguales por el horizonte.

Yo vi los últimos rayos coronar el pió, y las sombras ir subiendo progresivamente por sus faldas.

En aquel momento, apoyando el capitán Nemo su mano sobre mis hombros me dijo:

—Caballero, en 1600, el holandés Guaritk, arrastrado por las corrientes y las tempestades, alcanzó el grado 64 de latitud meridional y descubrió las *New-Shetland*. En 1773, el ilustre Cook, siguiendo en 17 de enero el meridiano trigésimo octavo, llegó á los 67° 30' de latitud, y en 1774 alcanzó los 71° 45', estando en los 109° de longitud. En 1819, el ruso Bellighausen se encontró en el paralelo sesenta y nueve, y en 1821 llegó al sesenta y seis, hallándose á los 111° de longitud Oeste. En 1820, el inglés Bunsfiel fue detenido á los 65° de latitud; y el mismo año, el americano Morrel, cuyas relaciones son dudosas, remontándose por el meridiano cuarenta y dos, descubría el mar libre á los 70° 14' de latitud. En 1825, el inglés Powel no podía pasar de los sesenta y dos grados. El mismo año, un simple pescador de focas, el inglés Forster, capitán del *Chanticleer*, tomaba posesión del continente antártico á los 63° 26' de latitud, y 66° 26' de longitud. En 1831, el inglés Biscoe descubría el 1.º de febrero la tierra de Enderby á los 68° 50' de latitud; el 5 de febrero, la tierra Adelaida á los 67°, y el 21 de igual mes, la tierra de Graham á los 64° 45'. En 1838, el francés Dumont d'Urville, detenido ante la banca de hielo, marcaba la tierra Luis Felpe á los 62° 57' de latitud; dos años mas tarde daba nombre, en 21 de enero, y á los 66° 30', á la tierra Adelia, y á la costa Clara, ocho dias despues, en los 64° 40'. El mismo año, el inglés Wilkes se adelantaba hasta el paralelo sesenta y nueve, estando á los 100° de longitud. En 1839, el inglés Balleny descubría la tierra Sabin en el límite del círculo polar. Por último, en 1842, el inglés James Ross, que montaba el *Erebo* y el *Terror*, el 12 de enero, á los 70° 56' de latitud y 171° 7' de longitud Este hallaba la tierra Victoria; el 23 del propio mes, marcaba el paralelo setenta y cuatro, punto el mas elevado hasta entonces alcanzado; el 27, llegó á 76° 8'; el 28 á los 77° 32' el 2 de febrero, á los 78° 4', y en 1842, volvió á los 71°, de donde no pudo pasar. Pues bien, yo, capitán Nemo, el 24 de marzo de 1868, he llegado al Polo Sur, estando á los 90° de latitud, y tomo posesión de este paraje del Globo, igual á la sexta parte de los continentes conocidos.

—¿En nombre de quién, capitán?

—En el mio, señor profesor.

Y diciendo esto, desplegó una bandera negra que tenía una N de oro bordada en su centro. Y luego, volviéndose al astro del día, cuyos postreros rayos rozaban el horizonte del mar, exclamó:

—¡Adios, sol! ¡desaparece, rutilante astro! ¡Ocúltate bajo ese mar libre, y deja que una noche de seis meses estienda sus sombras sobre mis nuevos dominios!

CAPITULO XV.

ACCIDENTE Ó INCIDENTE.

El día siguiente, 22, á las seis de la mañana, se dió principio á los preparativos de marcha. Desvaneciábase entre las primeras sombras de la noche los últimos destellos del crepúsculo. El frío era muy vivo. Las constelaciones resplandecían con sorprendente intensidad, y sobre el cenit brillaba esa admirable Cruz del Sur, estrella polar de las regiones antárticas.

Señalaba el termómetro doce grados bajo cero, y cuando el viento se movía, causaba punzantes picaduras. Sobre el agua libre se multiplicaban los témpanos, y el mar tenía tendencia á solidificarse en todas partes, pues se extendían por la superficie numerosas manchas negruzcas, de esas que anuncian la próxima formación del reciente hielo. Era inabordable que el mar austral, helado durante los seis meses del invierno, se tornaba absolutamente inaccesible. ¿Qué se hacían las ballenas durante este período? ¿Iban á buscar probablemente, por debajo de la banca de hielo, mares más practicables. En cuanto á las focas y á las vacas marinas, como mas afortunadas á vivir en los climas muy crudos, se quejaban sobre aquellas congeladas masas, pues estos animales tienen el instinto de practicar sobre el hielo unos orificios, que mantienen constantemente abiertos para subir por ellos á respirar. Cuando las aves desalojadas por el frío emigran hácia el Norte, quedan aquellos mamíferos por únicos dueños del continente polar.

Entre tanto, los receptáculos de agua se habían llenado, y el *Nautilus*, descendía con lentitud, hasta que se detuvo á mil pies de profundidad. Su hélice batió las aguas y emprendió la marcha hácia el Norte con una velocidad de quince millas por hora. Por la tarde, flotaba ya debajo de la inmensa mole de la sólida banca.

Por prudencia se habían cerrado las ventanas del salón, porque podía acontecer que el *Nautilus* tropezara con algun témpano suelto, así es que empleé todo aquel día en ordenar mis apuntes, dedicándose mi trabajo mental por entero á coordinar mis recuerdos del Polo. Habíamos llegado á tan inaccesible punto sin fatigas, sin peligro, como si nuestro wagon flotante se hubiese deslizado sobre los rails de un ferro-carril. Y ahora estábamos ya de regreso. ¿Tendríamos análogas sorpresas? Así lo creía yo, al considerar lo inagotable que es la serie de portentos submarinos. Desde que el azar nos había traído al *Nautilus*, habíamos recorrido catorce mil leguas, y en este trayecto, mas estenso que el Ecuador terrestre, el viaje había sido amenazado con multitud de incidentes, ó curiosos ó terribes; ¡la caza en la Selva de Crespo, el encallamiento en el Estrecho de Torres, el cementerio del coral; las pesquerías de Ceylan; el túnel árabe; los fuegos de Santorino; los millones de la bahía de Vigo; la Atlántida, el Polo Sur! Durante la noche, pasando estos recuerdos de ensueño en ensueño, no dejaron que mi cerebro descansara un solo instante.

A las tres de la mañana me despertó un violento choque. Me incorporé, y estaba escuchando entre la oscuridad, cuando me vi bruscamente arrojado en medio de la cámara. Evidentemente que el *Nautilus*

después de haber tocado sobre algún escollo, estaba considerablemente tumbado. Me agarré á las paredes, y arrastrándome por los corredores, llegué hasta el salón alumbrado por su luminoso techo. Los muebles estaban derribados. Por fortuna, los escarpates, sólidamente asegurados en su base, se habían mantenido firmes. Los cuadros de estribo estaban pegados á la tapicería, mientras que los de babor colgaban con separación de un pié por su borde inferior. Por consiguiente, el *Nautilus* estaba volcado sobre estribo, y además completamente inmóvil.

Se oían en el interior voces confusas y ruido de pasos; pero el capitán Nemo no parecía. En el momento en que me iba á marchar del salón, Ned-Land y Consejo entraron.

—¿Qué hay? les pregunté.

—Yo venía á preguntárselo al señor, respondió Consejo.

—¡Mil diantres! exclamó el canadiense. Yo bien lo sé. El *Nautilus* ha varado, y si hemos de juzgar por la situación, no creo que salga de aquí con la misma posibilidad que en el estrecho de Torres.

—¿Pero ha vuelto siquiera á la superficie del mar?

—Lo ignoramos, respondió Consejo.

—Fácil es averiguarlo, dije yo.

Consulté el manómetro, y con gran sorpresa mía, indicaba una profundidad de trescientos sesenta metros.

—¿Qué quiere decir esto? exclamé.

—Hay que preguntárselo al capitán, dijo Consejo.

—¿Y dónde hallarlo? añadió Ned-Land.

—Seguidme, dije á mis dos compañeros.

Abandonamos el salón. En la biblioteca no había nadie. Supuse que el capitán Nemo estaría en la cabina del timonel; y como era mejor esperarle volvimos los tres al salón.

Nada diré de las recriminaciones del canadiense, que daba rienda suelta á su acaloramiento. Le dejé desahogar su mal humor á todo gusto sin responderle.

Así estuvimos veinte minutos, tratando de sorprender los menores ruidos que se producían en el interior del *Nautilus*, hasta que entró el capitán Nemo, quien afectó no vernos. Su fisonomía, habitualmente impasible, revelaba cierta inquietud. Observé silenciosamente la brújula y el manómetro, y fué á poner su dedo en el punto del planisferio que representaba los mares australes.

No quise interrumpirle. Algunos instantes más tarde cuando se volvió hacia mí, le dije, devolviéndole una expresión de que se había servido en el estrecho de Torres.

—Un incidente, capitán?

—No, señor; esta vez es un accidente.

—¿Grave?

—Tal vez.

—¿Es inmediato el peligro?

—No.

—¿Está varado el *Nautilus*?

—Sí.

—¿Y de qué depende esto?

—De un capricho de la Naturaleza y no de la impericia humana. No hemos cometido una sola falta en las maniobras; pero no es posible impedir que el equilibrio produzca sus efectos. Se pueden arrostrar las leyes humanas, pero no resistir á las de la Naturaleza.

Estraño era el momento que escogía el capitán Nemo para entregarse á esta filosófica meditación. Su respuesta, en suma, no me sacaba de dudas, y le dije:

—¿Puedo saber cuál es la causa de este accidente?

—Un enorme témpano de hielo, una montaña ha ido un vuelco, me respondió. Cuando las moles

congeladas están minadas en su base por aguas más calientes ó por choques reiterados, su centro de gravedad sube más arriba, y entonces se vuelcan. Esto es lo sucedido. Una de estas moles, al dar la vuelta, ha tropezado con el *Nautilus*, y deslizándose por debajo de su casco y levantándolo con irresistible fuerza, lo ha elevado hasta unas aguas menos densas, donde se encuentra caído de costado.

—¿Pero no es posible restituirle el equilibrio, vaciando sus depósitos?

—Eso estamos haciendo, señor profesor. Podéis escuchar como funcionan las bombas. Ved la aguja del manómetro; indica que el *Nautilus* sube; pero con él sube también el pedazo de hielo; y mientras su movimiento ascensional no se vea detenido por un obstáculo, no cambiaremos de posición.

En efecto, el *Nautilus* seguía tumbado en el estribo, y era indudable que se restablecería su equilibrio cuando la masa congelada se detuviera. Pero ¿quién sabe si habíamos tropezado también en la parte inferior de la gran banca, y estábamos espantosamente oprimidos entre las dos superficies heladas?

Yo meditaba sobre las consecuencias de esta situación, mientras que el capitán Nemo no cesaba de observar el manómetro.

El *Nautilus*, desde la caída del *ice-berg*, había subido unos ciento cincuenta pies; pero continuaba formando el mismo ángulo con la perpendicular.

De repente, el casco se movió ligeramente. El *Nautilus*, pues, iba volviendo á su posición normal. Los objetos suspendidos recobraban su natural situación; las paredes se iban acercando á la verticalidad, y el suelo se tornaba horizontal. Ninguno de nosotros hablaba; estábamos observando y escuchando con el ánimo suspenso. Trascurrieron así diez minutos, y exclamé:

—¿Por fin ya estamos en posición recta!

—Sí, respondió el capitán Nemo, dirigiéndose á la puerta.

—¿Pero navegaremos?

—Ciertamente, puesto que los depósitos no están vaciados todavía, y el *Nautilus* ha de subir á la superficie.

El capitán salió, observé que por sus órdenes no tardó en suspenderse la marcha ascensional, porque en efecto, era mejor conservar nuestra embarcación entre dos aguas, antes que tropezar con la pared inferior de la banca.

—¿De buena nos hemos librado! dijo entonces Consejo.

—Sí. Podíamos habernos visto estrujados por esas masas de hielo, ó cuando menos, aprisionados. Y entonces, no pudiendo renovar el aire... ¡Sí! ¡de buena nos hemos librado!

—¿Si es que esto ha concluido! murmuró Ned-Land.

No quise entablar con el canadiense una conversación inútil, y no respondí. Por otra parte, se abrieron las ventanas, y la luz exterior penetró por los cristales.

Estábamos en agua libre, como lo he dicho; pero á una distancia de diez metros, por cada lado del *Nautilus*, se levantaba una resplandeciente muralla de hielo. Por encima y por debajo había otra muralla. Por encima, porque la superficie interior de la banca se desarrollaba como una techumbre inmensa; por debajo, porque el trozo volcado, después de haberse deslizado poco á poco, había encontrado en las paredes laterales los puntos de apoyo que le mantenían en su nueva posición. El *Nautilus* estaba aprisionado en un verdadero túnel de hielo, de una anchura de veinte metros, lleno de agua mansa. Lo era pues, fácil salir marchando hacia adelante ó hacia atrás, y recobrar después, á unos cien metros, más abajo un libre paso por debajo de la banca.

El techo luminoso se había apagado, y sin embargo, el salón resplandecía con intensa luz. Es que la poderosa reverberación de las paredes de hielo reflejaba hacia nosotros los fulgores del fanal. Difícil es describir el efecto de la radiación eléctrica sobre aquellas masas caprichosamente recortadas, donde cada ángulo, cada arista, cada faceta desprendían brillos diferentes, según la naturaleza de las vetas que presentaba el hielo, asemejándose á una resplandeciente mina de gemas, y especialmente de zafiros, que cruzaban sus destellos azules con los verdes de la esmeralda. De trecho en trecho, los matices opacos, de una suavidad infinita, se extendían entre puntos ardientes como otros tantos diamantes de fuego, cuyo brillo no podía ser sostenido por nuestras miradas. La potencia del fanal se veía centuplicada, como la de una lámpara al través de las fajas lenticulares de un faro de primer orden.

—¡Cuán bello es esto, cuán bello! exclamó Consejo.

—¡Sí! dije yo. Es un espectáculo admirable. ¿No es verdad, Ned-Land?

—Mil diantres que sí, contestó. Esto es soberbio, y rabio por convenir en ello. Nunca se ha visto cosa igual; pero puede ese espectáculo costarnos caro. Y para decirlo todo, se me figura que estamos viendo cosas que Dios ha querido alejar de las miradas humanas.

—Ned-Land tenía razón. Era demasiado bello. De repente, un grito de Consejo hizo volverme.

—¿Qué ocurre? pregunté.

—¡Cierre el señor los ojos! ¡No mire el señor!

Al decir esto, Consejo tapaba sus párpados con las manos.

—Pero ¿qué tienes, muchacho?

—¡Estoy deslumbrado, ciego!

Mi vista se dirigió involuntariamente al cristal de la ventana; pero no pude soportar el fulgor que lo iluminaba.

Comprendí lo que pasaba. El *Nautilus* acababa de ponerse en marcha á gran velocidad. Todos los resplandores tranquilos de las murallas de hielo se habían trocado en rayos luminosos, cuyos fulgorosos fuegos se confundían. El *Nautilus*, arrastrado por su hélice, viajaba entre un estuche de relámpagos.

Las ventanas se cerraron. Teníamos las manos aplicadas sobre nuestros ojos, impregnados de esos visos concéntricos que flotan ante la retina, cuando los rayos solares la han herido vivamente. Teníamos que aguardar algún tiempo para moderar la turbación de nuestras miradas, hasta que nuestras manos se bajaron.

—A fe mía, que jamás le hubiera creído, dijo Consejo.

—Y yo todavía no lo creo, contestó el canadiense.

—Cuando volvamos á tierra, añadió Consejo, estaremos tan maravillados de todos estos portentos de la Naturaleza, que nada sabremos qué pensar de esos miserables continentes, ni de esas pequeñas obras salidas de mano de los hombres. ¡No! ¡El mundo habitado ya no es digno de nosotros!

Semejantes palabras en boca de un impasible flamenco, demostraban cuál era el grado de efervescencia á que había llegado nuestro entusiasmo. Pero el canadiense no dejó de aplacar con su gota de agua fría.

—¡El mundo habitado! dijo moviendo la cabeza. No tengais cuidado, amigo Consejo, no volveremos á verlo.

Eran las cinco de la mañana. En aquel momento hubo un choque por la parte anterior del *Nautilus*. Comprendí que su espolon acababa de tropezar con una mole de hielo. Debía de ser una falsa maniobra, porque aquel túnel submarino, obstruido con trozos de hielo, no ofrecía una navegación fácil.

Creí, pues, que el capitán Nemo, modificando su rumbo, sortearía aquellos obstáculos y seguiría las sinuosidades del túnel. En todo caso, la macha había adelantado no podía quedar en absoluto detenida. Sin embargo, y contra mi esperanza, el *Nautilus* tomó un movimiento de retroceso muy pronunciado.

—¡Volvemos hacia atrás! dijo Consejo.

—Sí, respondí. El túnel, sin duda, no tiene salida por este lado.

—¿Y entonces?

—Entonces, dije, la maniobra es bien sencilla. Retrocedemos, y todo queda reducido á salir por el orificio del Sur.

Al hablar así trataba yo de parecer más sereno de lo que estaba realmente. Entre tanto, el movimiento retrógrado del *Nautilus* se aceleraba; arrastrándonos á contra hélice con gran velocidad.

—¡Será una tardanza! dijo Ned.

—¡Qué importan algunas horas más ó menos, con tal que salgamos!

Me pasé durante algunos instantes del salón á la biblioteca, y mis compañeros estaban sentados y silenciosos. Me acosté después sobre un diván, y tomé un libro, que mi vista recorría maquinalmente.

Un cuarto de hora después, Consejo se acercó, diciendo:

—¿Es muy interesante lo que el señor está leyendo?

—Muy interesante, respondí.

—Ya lo creo, como que es del señor el libro que el señor lee.

—¿Mi libro?

En efecto, tenía en la mano la obra de los *Grandes fondos submarinos*, sin haberlo reparado. Cerré el libro, y me volví á pasear, mientras que Ned y Consejo se levantaron para retirarse.

—Quedaos, amigos míos, les dije deteniéndolos.

Estemos juntos hasta que salgamos de este callejón.

—Como el señor guste, respondió Consejo.

Trascurrieron algunas horas. Observé los instrumentos, y el manómetro indicaba que el *Nautilus* se hallaba á una profundidad constante de trescientos metros; la brújula, que marchaba al Sur, y el loch, que andaba con una velocidad de veinte millas por hora, rapidez excesiva para tan estrecho espacio. Nemo sabía que no podía perder tiempo, y que los minutos eran siglos.

A las ocho y veinticinco se sintió otro golpe. Perdí el color. Mis compañeros se habían acercado, y nos mirábamos, diciendo nuestros ojos más de lo que hubieran expresado las palabras.

Entonces entró el capitán en el salón, y me dirigí á él.

—¿Está el camino también cerrado por el Sur? le pregunté.

—Sí, señor. El *ice-berg*, al volcarse ha cerrado toda salida.

—¿Estamos bloqueados?

—Sí.

CAPÍTULO XVI.

CARENCIA DE AIRE.

Teníamos, pues, encima, alrededor y por debajo del *Nautilus*, un impenetrable muro de hielo. ¡Éramos prisioneros de la congelada banca! El canadiense pegó un puñetazo en la mesa; Consejo callaba. Yo miraba al capitán, cuyo semblante había recobrado su imposibilidad habitual, al paso que meditaba cruzado de brazos. El *Nautilus* estaba quieto.

Tomó poco después la palabra, diciendo con serena voz:

—Señores, hay dos modos de morir en las condiciones que nos rodean.

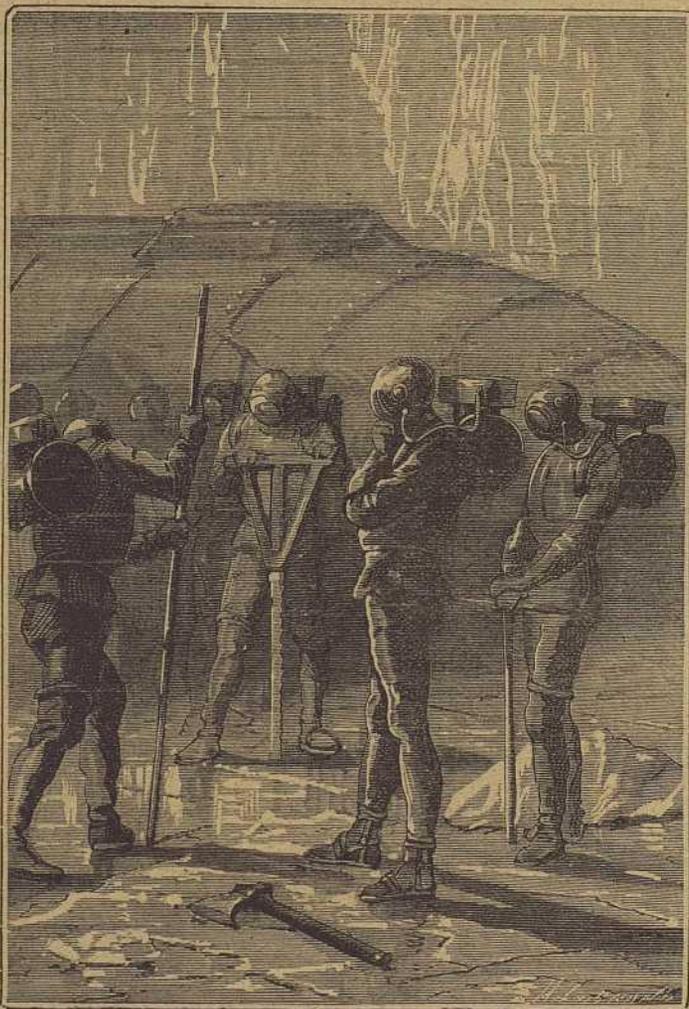
Decía esto aquel extraño personaje, cual si fuera un profesor de matemáticas explicando una lección á sus alumnos.

—El primero, anadió, es morir aplastado. El segundo es morir asfixiado. No hablo de la posibilidad de morir de hambre, porque los abastecimientos del *Nautilus* durarán, ciertamente, mas que nosotros. Ocupémonos, pues, de las probabilidades del aplastamiento ó de la asfixia.

—En cuanto á la arfisia, capitán, le dije, no la debemos temer, porque nuestros depósitos están llenos.

—Exacto, replicó el capitán Nemo; pero no nos darán mas que dos días de aire. Hace treinta y seis horas que estamos presos en estas aguas, y ya la atmósfera viciada del *Nautilus* exige renovacion. Dentro de cuarenta y ocho horas, nuestra reserva se habrá agotado.

—Pues bien, capitán, procuremos librarnos antes de cuarenta y ocho horas.



La tripulacion taladró el hielo en diferentes puntos de la circunferencia.

—Así lo intentaremos perforando el muro que nos rodea.

—¿Por qué lado?

—La sonda nos lo dirá. Voy á varar el *Nautilus* sobre el banco inferior, y mis hombres, revestidos con las escafandras, atacarán el hielo por su pared menos gruesa.

—¿Se pueden abrir las ventanas del salón?

—Sin inconveniente, puesto que ya no nos movemos.

El capitán Nemo salió, y bien pronto advertí, por los silbidos, que el agua se introducía en los depósitos.

El *Nautilus* descendió con lentitud, y descansó sobre el fondo de hielo á la profundidad de trescientos cincuenta metros.

—Amigos míos, dije, la situación es grave; pero cuento con vuestro valor y energía.

—Señor, me respondió el canadiense, no será ahora cuando os mortifique con mis recriminaciones. Estoy dispuesto á todo para la comun salvacion.

—Bien, le dije, dándole un apretón de manos.

—Añadiré, prosiguió, que tan enseñado á manejar la piqueta como el arpon, puede el capitán disponer de mí si lo cree útil.

—No desecharé vuestro auxilio. Venid, Ned-Land.

Le conduje á la cámara, donde la tripulacion del *Nautilus* se ponía las escafandras, y di parte al capitán de la proposicion de Ned; que fué aceptada.

El canadiense se endosó el traje de mar, y estuvo dispuesto con la misma presteza que sus compañeros de trabajo.

Todos llevaban á la espalda el aparato Rouquayrol, provisto de un buen contingente de aire puro, tomado necesariamente de la reserva del *Nautilus*. En cuan-

to á las lámparas Rumborff, eran inútiles en medio de las aguas luminosas saturadas de radiación eléctrica.

Después de vestirse Ned-Land entró en el salón, cuyas ventanas estaban abiertas, y colocado cerca de Consejo, examiné las capas ambientes que rodeaban al *Nautilus*.

Algunos instantes después veíamos una docena de hombres de la tripulación apearse sobre el banco de hielo, y entre ellos á Ned-Land, fácil de reconocer por su elevada estatura. El capitán Nemo estaba con ellos.

Antes de proceder á la perforación del hielo, mandé practicar calas, que debían asegurar la buena dirección de los trabajos, haciendo penetrar largas tientes en las paredes laterales; pero á los quince metros todavía las detenía la gruesa muralla. Se juzgó inútil pensar en la superficie de arriba; porque era la banca misma con más de cuatrocientos metros de altura. Se sondeó la superficie inferior, y se reconoció que estábamos diez metros separados del agua líquida. Había que cortar un pedazo igual á la superficie de la línea de agua del *Nautilus*. Era necesario arrancar seis mil quinientos metros cúbicos de hielo para obtener una abertura por donde cupiésemos.

El trabajo comenzó inmediatamente y fué dirigido con infatigable obstinación. En vez de cavar alrededor del *Nautilus*, lo cual hubiera ofrecido grandes dificultades, el capitán Nemo hizo dibujar la inmensa fosa á diez metros de la banca de babor. Después la tripulación taladró el hielo en diferentes puntos de la circunferencia, y luego comenzaron á obrar los picos, desprendiéndose gruesos pedazos. Por un efecto curioso del peso específico, aquellos trozos menos pesados que el agua, se subían á la bóveda cuyo grueso crecía tanto, cuanto disminuía el de abajo, adelgazándose la pared inferior que era lo que importaba.

Después de dos horas de enérgico trabajo, Ned-Land se retiró fatigado. Sus compañeros y él fueron sustituidos por nuevos trabajadores, á los cuales nos unimos Consejo y yo. El segundo del *Nautilus* nos dirigía.

El agua me pareció singularmente fría, pero entré en calor manejando el pico. Mis movimientos eran muy libres, aunque se efectuaban bajo una presión de treinta atmósferas.

Cuando me retiré, á las dos horas, para tomar algún alimento y descanso, hallé una notable diferencia entre el fluido puro que me suministraba el aparato Rouquayrol y la atmósfera del *Nautilus*, cargada ya de ácido carbónico. Hacía cuarenta y ocho horas que el aire no se renovaba, quedando muy debilitadas sus cualidades vivificantes. Entre tanto, y por espacio de doce horas, no se habían conseguido arrancar más que un metro en profundidad de hielo, sean unos seiscientos metros cúbicos. Suponiendo que cada doce horas se hiciera el mismo trabajo, necesitábamos todavía cinco noches y cuatro días para llevar á cabo nuestra empresa.

—¡Cinco noches y cuatro días! dije á mis compañeros, y no nos queda en los depósitos más aire que para dos días.

—¡Sin contar, repuso Ned, que una vez fuera de esta maldita prisión, estaremos todavía empeñados por debajo de la banca de hielo, y sin comunicación posible con la atmósfera!

—¡Cuán juiciosa era esta observación! ¿Quién era capaz de prever el mínimum de tiempo necesario para nuestra libertad? ¿No nos habría ahogado la asfixia antes que el *Nautilus* pudiera volver á la superficie? ¿Estaba destinado á perecer en aquella tumba de hielo con todos los que encerraba? La situación parecía terrible; pero cada cual la comprendía, y todos estaban decididos á cumplir con su deber hasta el fin.

Según mis previsiones, durante la noche se había profundizado un metro más el alveolo inmenso por donde había de buscar su salida el *Nautilus*. Pero por la mañana, cuando vestido con mi escafandra recorri la masa ligada á la temperatura de seis á siete grados bajo cero, observé que las paredes laterales se iban aproximando. Las capas de agua, lejanas del hoyo, y que no se calentaban con el trabajo de los hombres y la acción de las herramientas, indicaban una tendencia á congelarse. Ante este nuevo é inminente peligro, desaparecían nuestras probabilidades de salvación, sin que yo creyera posible impedir la solidificación de aquel ambiente líquido, que podía hacer estallar como vidrio el casco de nuestra embarcación.

Nada dije de este nuevo riesgo á mis dos compañeros. ¿Para qué infundir desmayo, abatiendo la energía que empleaban en el penoso trabajo de nuestra salvación? Pero cuando volví á bordo, di cuenta al capitán Nemo de tan grave complicación.

—Ya lo sé, me dijo, con aquel acento sereno, que ni las más terribles coyunturas hacían modificar. Es un peligro más, y no me ocurre medio ninguno para conjurarlo. La única probabilidad de salvación consiste en ir más aprisa, procurando llegar los primeros. A esto se reduce todo.

—¡Ser los primeros en llegar! Pero no debían estrañarme ya estas impertérritas ocurrencias del capitán Nemo.

Aquel día manejé el pico con afán durante muchas horas, y este trabajo me daba aliento. Por otra parte, trabajar era lo mismo que dejar el *Nautilus*, esto es, respirar directamente el aire puro suministrado por los aparatos, abandonando una atmósfera empobrecida y viciada.

Por la noche tenía el hoyo un metro más de profundidad. Cuando volví á bordo estuve á pique de asfixiarme con el ácido carbónico de que estaba saturado el aire. ¡Ah! ¿Por qué no teníamos los medios químicos de desalojar aquel ambiente deletéreo? El oxígeno no nos faltaba. Toda aquella agua lo contenía en gran cantidad, y descomponiéndola por medio de nuestras potentes pilas, nos hubiera restituido el fluido vivificador. Bien me había esto ocurrido; pero nada hubiéramos adelantado, estando invadidas todas las piezas del buque por el ácido carbónico, producto de nuestra respiración. Para absorberlo hubiéramos necesitado recipientes de potasa cáustica en agitación incesante. Pero faltaba esta sustancia á bordo, y nada había que pudiera reemplazarla.

Aquella noche el capitán Nemo mandó abrir las llaves de sus depósitos y derramar por el interior del *Nautilus* algunas columnas de aire, y sin esta precaución no nos habríamos despertado.

Al día siguiente, 26 de marzo, proseguí en mi trabajo de minero, empezando á arrancar el quinto metro. Las paredes laterales y la inferior de la banca iban visiblemente acercándose. Era evidente que se juntarían antes que el *Nautilus* hubiese conseguido desembarazarse. Tuve un momento de desesperación, y por poco soltaron mis manos el pico. ¿Para qué seguir cavando si había de perecer ahogado, estrujado por aquella agua que se petrificaba, suplicio que no había inventado ni la ferocidad de los salvajes? Parecíame que me encontraba entre las formidables mandíbulas de un monstruo, que se iban irremisiblemente cerrando.

En aquel momento el capitán Nemo, que ayudaba á trabajar y lo dirigía todo, pasó á mi lado. Le toqué con la mano y le enseñé las paredes de nuestra cárcel. La de estribor se había acercado ya á menos de cuatro metros del casco del *Nautilus*.

El capitán me comprendió y me indicó con señas que le siguiera. Volvimos á bordo, y después de quitarnos las escafandras, le acompañé al salón, donde me dijo:

—Señor Aronnax, es necesario apelar á algun medio heroico, ó de lo contrario vamos á quedar empotrados en esta agua congelada como si fuera un cemento.

—Si por cierto, exclamé, ¿pero qué haremos?

—¡Ah! Si mi *Nautilus* fuera bastante fuerte para sostener esa presión sin quedar aplastado!

—¿Y qué? pregunté sin entender la idea del capitán.

—¿No comprendéis, repuso, que esa congelación nos serviría de auxilio? ¿No reparáis que la solidificación haría estallar esos trozos de hielo que nos aprisionan, así como al helarse hace estallar las piedras más duras? ¿No veis que sería entonces un agente de salvación en vez de serlo de destrucción?

—Sí, capitán, tal vez; mas por grande que sea la resistencia del *Nautilus*, no podría aguantar tan espantosa presión, y se aplastaría como una chapa de palastao.

—Ya lo sé, y por eso no podemos contar con el auxilio de la Naturaleza, sino con nosotros mismos. Tenemos que oponernos á esa solidificación, deteniéndola. No solamente se estrecha el espacio comprendido entre las paredes laterales, sino que ya no quedan más que diez pies de agua por delante y por detrás del *Nautilus*. La congelación nos alcanza por todos lados.

—¿Cuánto tiempo nos permitirá respirar á bordo el aire de los receptáculos?

El capitán me miró de hito en hito, y dijo:

—Pasado mañana los depósitos estarán vacíos.

Un sudor frío me acometió, y sin embargo yo no debía asombrarme de esa respuesta. El 22 de marzo, el *Nautilus* había penetrado bajo las aguas libres del Polo. Estábamos á 26, y llevábamos por consiguiente cuatro días viviendo con las reservas. Y lo que restaba de aire respirable, era necesario conservarlo para los trabajadores. En el momento en que escribo estos sucesos, mi impresión es tan viva todavía, que un terror involuntario se apodera de todos mis sentidos, y me parece que el aire falta á mis pulmones.

Entre tanto el capitán Nemo reflexionaba silencioso, quieto; y era indudable que le cruzaba una idea por la imaginación; pero al parecer la rechazaba respondiendo negativamente á sí mismo, hasta que por último soltaron sus labios las siguientes palabras:

—¿El agua hirviendo!

—¿El agua hirviendo? exclamé.

—Sí señor. Estamos encerrados en un espacio relativamente pequeño. ¿Acaso no es posible elevar la temperatura ambiente, y retardar la congelación del agua con chorros de agua hirviendo inyectados por las bombas del *Nautilus*?

—Hay que hacer la prueba, dije resueltamente.

—Hagámosla, señor profesor.

El termómetro señalaba entonces menos de siete grados al exterior. El capitán Nemo me llevó á las cocinas, donde funcionaban vastos aparatos destilatorios que nos suministraban el agua potable por evaporación. Se cargaron de agua, y todo el calor eléctrico de las pilas fue derramado por los serpentines bañados del líquido. En pocos minutos había alcanzado el agua cien grados, y fue dirigida á las bombas mientras que era reemplazada por otra, y así sucesivamente, á medida que se calentaba, el calor desarrollado por las pilas era tal, que el agua fría tomada del mar llegaba hirviendo á los cuerpos de la bomba con solo atravesar los aparatos.

La inyección comenzó, y tres horas después el termómetro señalaba al exterior seis grados bajo cero. Era la ventaja de un grado. Dos horas más tarde llegábamos á cuatro grados.

—Saldremos bien, dije al capitán, después de haber seguido y comprobado por numerosas observaciones los adelantos de la operación.

—Así lo creo, me contestó. No seremos estrujados. Ya no vos queda otro recelo que el de la asfixia.

Durante la noche, la temperatura del agua llegó á un grado bajo cero, sin que pudiera pasar de aquí; pero como la congelación del agua del mar no se produce sino á dos bajo cero, me tranquilicé contra los peligros de la solidificación.

Al día siguiente, 27 de marzo, hablamos arrancando seis metros de hielo, y nos quedaban cuatro por ahondar. Faltaban, pues, cuarenta y ocho horas de trabajo. El aire no podía renovarse ya en el interior del *Nautilus*, y por eso aquella jornada fue de mal en peor.

Una pesadez intolerable me abrumó. Hacia las tres de la tarde, este sentimiento de angustia llegó á muy alto grado. Los bostezos dislocaban mis mandíbulas. Mis pulmones jadeaban en busca del fluido comburenté indispensable para la respiración, y que se iba enrareciendo cada vez más. Se apoderó de mí sentidos una torpeza moral. Estaba tendido, sin fuerzas y casi sin conocimiento. Mi buen Consejo, atacado por los mismos síntomas, sufriendo idénticos padecimientos no me abandonaba. Me agarraba la mano, me daba ánimo, y yo le oía decir:

—¡Ah! Si pudiera yo no respirar para dejar más aire al señor.

Mis ojos se inundaban de lágrimas al escucharle hablar así.

Nuestra situación era tan intolerable en el interior, que cuando nos llegaba el turno de trabajar nos apresurábamos llenos de gozo á ponernos las escafandras. Los picos resonaban sobre la helada superficie. Los brazos se fatigaban, las manos se desollaban, pero nada eran estos afanes, nada estas heridas, porque el aire vital llegaba desde los aparatos á nuestros pulmones. ¡Allí, por fin, se respiraba, se respiraba!

Y sin embargo, nadie prolongaba más de lo debido su trabajo. Todos entregaban al fin de la tarea, á sus compañeros angustiados, el aparato que debía transmitirles vida. El capitán Nemo daba el ejemplo y era el primero en someterse á tan severa disciplina. Llegaba la hora, cedía su aparato á otro, y se retiraba á la atmósfera viciada de bordo, siempre sin desmayar, siempre sin quejarse.

Aquel día, el trabajo habitual se cumplió con más vigor todavía. Solamente dos metros nos separaban del mar líquido; pero los receptáculos estaban casi vacíos de aire, y lo poco que restaba debía estar conservado para los trabajadores. Ni un átomo para el *Nautilus*.

Quando volví á bordo quedé casi sofocado. ¿Qué noche! ¡Imposible describirla, sin espresar tanto sufrimiento! Al día siguiente, mi respiración estaba oprimida. Mezclábanse con los dolores de cabeza, pesados y confusos, vértigos semejantes á la embriaguez. Mis compañeros experimentaban idénticos síntomas, y algunos hombres de la tripulación roncaban de un modo muy parecido al estertor.

Aquel día sexto de nuestro cautiverio, el capitán Nemo abandonó el sistema de trabajo demasiado lento del pico, resolviendo quedar la capa de hielo que restaba por arrancar. Aquel hombre había conservado su sangre fría y su energía domaba con su fuerza moral los dolores físicos. Pensaba, combinaba, obraba.

Por su orden, se aligeró la embarcación y se puso á flote, trayéndola después encima del hoyo inmenso, abierto según la configuración de la línea de agua. Volviéronse á llenar de líquido los receptáculos; el *Nautilus* bajó y se encajó á la abertura.

Todos entraron á bordo; se cerró la doble puerta de comunicación, y se dejó descansar la nave submarina sobre el fondo del hoyo, formado entonces

por una capa de hielo que no llegaba á un metro de grueso, y estaba perforada por la sonda en mil puntos diferentes.

Se abrieron las llaves de los receptáculos, y cien metros cúbicos de agua entraron en el *Nautilus*, aumentando su peso en cien mil kilogramos.

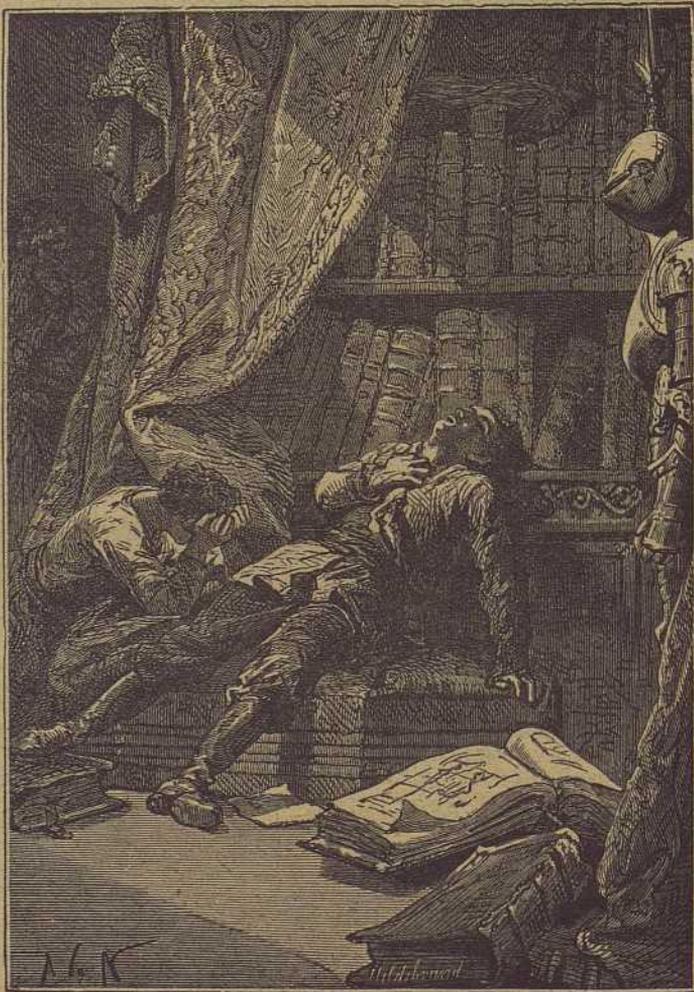
Estábamos esperando, olvidando nuestros padecimientos, y jugando nuestra salvacion á la última suerte.

A pesar de los ruidos que surdian mi cabeza, sentí los chasquidos de hielo bajo el casco del *Nautilus*. Se produjo un de nivel. El hielo estalló con singular estrépito, semejante al del papel que se rasga, y nuestro bajel descendió.

—¡Pasamos! me dijo Consejo al oído.

No pude responder, y me así de su mano, oprimiéndola con involuntaria convulsión.

De repente, arrastrado el *Nautilus* por su esnan-



Medio estendido sobre un divan de la biblioteca, me sofocaba

tosa sobrecarga penetró como una bala bajo las aguas, es decir, que cayó como en el vacío.

Entonces se aplicó toda la fuerza eléctrica á las bombas, que empezaron á desalojar el agua de los receptáculos. Al cabo de algunos minutos cesó el descenso, y el manómetro comenzó á indicar un movimiento ascensional. La hélice, marchando á gran velocidad, hizo estremecer el casco del buque hasta sus redobles, y nos impelió hácia el Norte.

Pero ¿cuánto debía durar esta navegacion por debajo de la banca de hielo hasta el mar libre? ¿Un día quizá? La muerte estaba mas cercana.

Medio estendido sobre un divan de la biblioteca, me sofocaba. Mi rostro estaba amoratado, mis labios azules, mis facultades suspensas. Ni veía ni escu-

chaba nada. La nocion del tiempo habia desaparecido de mi entendimiento. Mis músculos no podian contraerse.

No puedo calcular las horas que así trascurrieron; pero tuve la conciencia de mi agonía, que empezaba. Compren lí que iba á morir...

De repente recobré el sentido. Algunas bocanadas de aire penetraban en mis pulmones. ¿Habíamos subido ya á la superficie del mar? ¿Habíamos dejado la banca de hielo atrás?

¡No! Eran Ned y Consejo, mis dos buenos amigos que se sacrificaban por salvarme. Quedaban todavia algunos átomos de aire en el fondo de un aparato. En vez de respirarlo, lo habian conservado para mí; y mientras que ellos se ahogaban, me daban á mí la

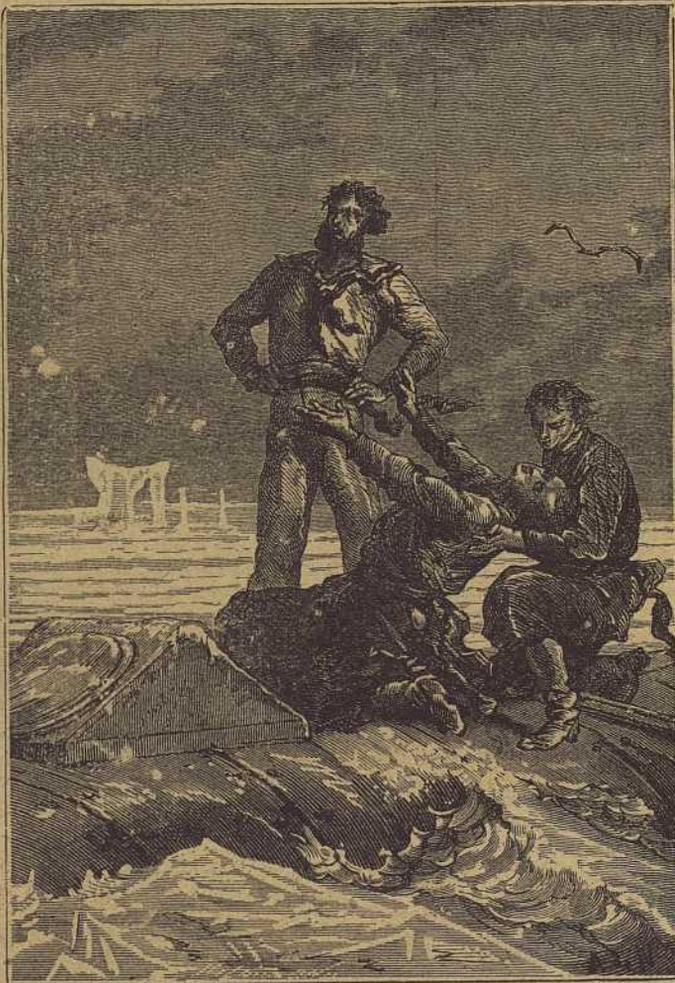
vida gota á gota. Quise rechazar el aparato, me sujetaron las manos, y durante algunos instantes respiré con deleite.

Mi vista se dirigió al reloj. Eran las once de la mañana. Debíamos estar á 28 de marzo. El *Nautilus* andaba con una velocidad espantosa de cuarenta millas por ahora. Se retorcia en las aguas.

¿Dónde estaba el capitán Nemo? ¿Había sucumbido? ¿Habían perecido sus compañeros con él?

En aquel momento, el manómetro indicaba que solo estábamos á veinte pies de la superficie, separándonos de la atmósfera una simple corteza de hielo. ¿No sería fácil quebrarla?

Tal vez. En todo caso, el *Nautilus* iba á intentarlo. Sentí en efecto, que tomaba una posición oblicua elevando su espolon, bastando una introducción de agua para producir el desequilibrio. Impelido después por su potente hélice, atacó, la masa congelada



¡Ah! decía Consejo, ¡qué cosa tan buena es el oxígeno!

por debajo cual formidable ariete. Lo iba así rajando, se retiraba, y acometía de nuevo á toda velocidad, hasta que, arrastrado por un supremo impulso, se lanzó sobre la congelada superficie, despedazándola con su peso.

La escotilla fue inmediatamente abierta, arrancada mas bien, y el aire puro se introdujo á torrentes en todo el interior del *Nautilus*.

CAPITULO XVII.

DEL CASO DE MORNOS AL RIO DE LAS AMAZONAS.

Cómo y por qué estaba ya en la plataforma, no puedo explicarlo. Quizá me habia llevado allí el canadiense. Pero lo que me importaba era que respiraba y que saboreaba el vivificante aire del mar. Mis dos

compañeros se hallaban también á mi lado, embriagándose con las frescas moléculas de aquella anhelada atmósfera. Los que por desgracia han estado durante mucho tiempo, privados de alimento, no pueden, sin imprudencia, comer todos los primeros alimentos que les presentan. Nosotros, por el contrario, no teníamos necesidad de contenernos, y podíamos aspirar á todo pulmón los átomos de aquella brisa, que derramaba sobre nosotros una voluptuosa embriaguez.

—¡Ah! decía Consejo, ¡qué cosa tan buena es el oxígeno! No tenga el señor miedo de respirar. Para todos hay.

En cuanto á Ned-Land, no hablaba, pero abría unas mandíbulas capaces de espantar á un tiburón. ¡Y qué aspiraciones tan poderosas! Podía decirse que

el canadiense absorbía tanto aire como una estufa en plena combustión.

—Presto recobramos las fuerzas, y cuando miré alrededor de nosotros vi que estábamos solos. Ningun hombre de la tripulación. Ni aun el capitán Nemo. Los extraños marineros del *Nautilus* se satisficieron con el aire que circulaba en el interior. Ninguno había venido á deleitarse en plena atmósfera.

Las primeras palabras que pronuncié fueron palabras de agradecimiento y gratitud hacia mis compañeros. Ned y Consejo habían prolongado mi existencia durante las últimas horas de tan larga agonía. No era posible, no, pagar tanta adhesión con todo mi reconocimiento.

—Vamos, señor profesor, me decía Ned-Land; no vale eso la pena de hablar de ello. ¿Qué mérito tenemos. Ninguno. No era mas que una cuestión de aritmética. Vuestra existencia valía mas que la nuestra; luego era preciso conservarla.

—No, le dije, no valía mas. Nadie es superior á un hombre generoso y bueno, y vos lo sois.

—¡Está bien! ¡está bien! respondió Ned-Land cortado.

—Y tú, mi buen Consejo, mucho has sufrido.

—No mucho, si he de ser veraz. Bien me faltaban algunas bocanadas de aire, pero me parece que me hubiera ido acostumbrando. Por otra parte, yo estaba viendo al señor perder el sentido, y no me daba esto gana ninguna de respirar; al contrario, se me cortaba el aliento...

No sabiendo cómo continuar, y confuso por las vulgaridades que empezaba á decir, Consejo no terminó su frase.

—Amigos míos, les dije vivamente conmovido; estamos ligados para siempre los tres, y teneis derechos que ejercer sobre mí.

—De los cuales abusaré, respondió el canadiense.

—¿Qué quiere decir eso? dijo Consejo.

—Sí, repuso Ned-Land; el derecho de llevaros conmigo cuando me vaya de esta infernal embarcación.

—Al grano, añadió Consejo; ¿vamos por él buen camino?

—Sí, respondí, puesto que vamos hacia el sol, y aquí el sol es el Norte.

—Sin duda, dijo Ned-Land; pero falta saber si caminamos hacia el Pacífico ó hacia el Atlántico, es decir, los mares frecuentados ó los desiertos.

No podía yo responder, y hasta tenía mis recelos de que el capitán nos llevase mas bien al vasto mar que baña las costas del Asia y de América. Así completaría la vuelta entera, volviendo á los parajes donde el *Nautilus* estaba mas independiente. Y entonces, ¿cómo realizaria Ned-Land sus proyectos, estando lejos de las tierras habitadas?

No debíamos tardar en dejar resuelto este importante punto. El *Nautilus* marchaba con viveza. El círculo polar quedó atrás, y el rumbo era hacia el promontorio de Hornos. Estábamos á vista de la punta americana el día 31 de marzo á las siete de la tarde.

Olvidados estaban ya todos nuestros padecimientos. El recuerdo de nuestro encierro en los hielos se iba desvaneciendo, y sólo pensábamos en el porvenir. El capitán Nemo no parecia ni en el Salon ni en la plataforma. El punto que el segundo tomaba diariamente sobre el plenisferio, me permitía conocer la dirección exacta del *Nautilus*. Aquella tarde quedó evidentemente demostrado, y con mucha satisfacción mia, que íbamos por el Atlántico.

Dí parte de mis observaciones al canadiense y á Consejo.

—Buena noticia, respondió Ned-Land; ¿pero á dónde vamos?

—No lo sé.

—Querrá el capitán llevarnos ahora al Polo Norte para trasladarse al Pacífico por el famoso paso del Noroeste?

—Cuidado con incitarle á ello, dijo Consejo.

—Es que antes dejaríamos su compañía, añadió el canadiense.

—De todos modos, prosiguió Consejo, el capitán Nemo es un hombre de pro, y no nos pesará haberle conocido.

—Sobre todo despues de haberle abandonado, respondió Ned-Land.

Al día siguiente 1.º de abril, cuando el *Nautilus* volvió á la superficie, algunos minutos antes de medio día divisamos una costa al Oeste. Era la Tierra de Fuego, á la cual dieron este nombre los navegantes por las numerosas humaredas que despedían las chozas indígenas. La Tierra de Fuego constituye una estensa aglomeración de islas, que tiene treinta leguas de largo por ochenta de anchura, entre los 53 y 56º de latitud austral, y los 67º 50' y 77º 15' de longitud Oeste. La costa me pareció baja; pero á lo lejos se veían elevadas montañas. Creí percibir el monte Sarmiento, que tiene dos mil setenta metros sobre el nivel del mar; masa piramidal de esquisto, de aguda cumbre, y que, según esté velada ó despejada de vapores, anuncia el buen ó mal tiempo, según me dijo Ned-Land.

—Famoso barómetro, amigo mio.

—Sí señor, barómetro natural, que nunca me ha engañado cuando navegaba por los pasajes del Estrecho de Magallanes.

En aquel momento, el pico nos pareció claramente perfilado sobre el fondo del cielo. Era señal de buen tiempo, y así sucedió.

Volviendo el *Nautilus* á sumergirse, se acercó á la costa y la siguió durante algunas millas. Por las ventanas del salon vi unos largos bejuco y unos fucos gigantes, los varecs portaperas, de los cuales habia algunas muestras en el mar libre del Polo, con sus filamentos viscosos y lisos, que medían hasta trescientos metros de longitud; verdaderos cables, mas gruesos que el pulgar, muy resistentes, que algunas veces sirven de amarras para los buques. Otra yerba llamada velp, con hojas de cuatro pies de longitud, empastada sobre las concreciones coralígenas, tapizaba los fondos, sirviendo de nido y alimento para una multitud de crustáceos y de moluscos, cangrejos y calamares. Allí, las focas y las nutrias se entregaban á espléndidos banquetes, mezclando la carne de pescado con las verduras del mar, á usanza inglesa.

Sobre aquellos fondos feraces y frondosos, el *Nautilus* pasaba con extraordinaria rapidez. Pero la noche se acercó al archipiélago de las Malvinas, cuyas ásperas cumbres pude al siguiente día reconocer. La profundidad del mar no era muy grande, y creí no sin razón, que aquellas dos islas rodeadas de muchos islotes formaban antiguamente parte de las tierras de Magallanes. Las Malvinas fueron probablemente descubiertas por el célebre John Davis, que les dió el nombre de Davis Souther Island. Mas tarde, Ricardo Hawkins las llamó Maiden-Island, ó islas de la Virgen. Despues fueron denominadas Malvinas al principio del siglo XVIII por unos pescadores de Saint-Malo y en fin, Falkland por los ingleses, á quienes hoy pertenecen.

En aquellos parajes, nuestras redes recogían hermosas muestras de algas, y particularmente cierto fuco, cuyas raíces estaban cargadas de las mejores almejas del mundo. Los gansos y los patos cayeron por docenas sobre la plataforma, y tuvieron bien pronto su acomodo en la despensa. En materia de peces observé especialmente unos pertenecientes al género gubio, largo de dos decímetros, y moteados con manchas blancas y amarillas.

Admiré igualmente numerosas medusas, y sobre todo las crisaoras, que son las mas bellas del género, familiares de las malvinas. Se asemejaban unas veces á una sombrilla semiesférica muy lisa, rayada de líneas de color rojizo pardo, y terminada por doce festones regulares; otras veces imitaban un canastillo, del cual se desprendían graciosamente anchas hojas y prolongadas ramitas encarnadas. Nadaban agitando sus cuatro brazos foliáceos, dejaban flotar á la rastra su opulenta cabellera de tentáculos. Hubiera querido yo conservar algunas muestras de estos delicados zoófitos; pero no son mas que nubes, sombras, apariencias que se desvanecen y evaporan fuera de su elemento natal.

Cuando hubieron desaparecido bajo el horizonte las últimas alturas de las islas Malvinas, el *Nautilus* se sumergió entre veinte y veinticinco metros, y siguió la costa americana sin que apareciera el capitán Nemo.

Hasta el 3 de abril no abandonamos los parajes de la Patagonia, unas veces bajo el Océano, otras en la superficie. El *Nautilus* pasó delante de la ancha embocadura de la Plata, y costeaba el 4 de abril el Uruguay, pero cincuenta millas mar adentro. Su dirección se mantuvo al Norte, y continuó siguiendo las largas sinuosidades de la América meridional. Habíamos andado ya diez y seis mil leguas desde nuestro embarque en los mares del Japon.

Hacia las once de la mañana fue cortado el trópico de Capricornio, estando á los 37° de longitud, y pasamos junto al Cabo Frio. El capitán Nemo, con disgusto de Ned-Land, no era aficionado á las costas habitadas del Brasil, porque andaba con una velocidad vertiginosa. No podía seguirnos, por veloz que fuera, ni un pez, ni una ave, quedando sin observación las curiosidades naturales de aquellos mares.

Esta velocidad se sostuvo durante algunos dias, y el 9 de abril por la tarde estábamos á la altura de la punta mas oriental de la América del Sur, que forma el Cabo de San Roque. Pero entonces el *Nautilus* se apartó de nuevo, y fué á buscar mayores profundidades á un valle submarino formado entre dicho Cabo y Sierra Leona en la costa africana. Este valle se bifurca á la altura de las Antillas, y termina al Norte por una enorme depresion de nueve mil metros. En estos sitios, el corte geológico del Océano forina hasta las pequeñas Antillas un acantilado de seis kilómetros cortado á pico; y á la altura de las islas de Cabo Verde, otra muralla no menos considerable, que encierran entre sí todo el continente sumergido de la Atlántida. El fondo de este inmenso valle es accidentado, y ofrece algunas montañas que dan á esos fondos submarinos algunos aspectos pintorescos. Hablo especialmente de ellos con referencia á los mapas manuscritos existentes en la biblioteca del *Nautilus*, mapas evidentemente debidos al capitán Nemo, y trazados por sus observaciones personales.

Durante dos dias, aquellas aguas desiertas y profundas fueron visitadas por medio de planos inclinados. El *Nautilus* hacia largas bordadas diagonales que le llevaban á todas las alturas. Pero el 11 de abril se elevó súbitamente, apareciendo de nuevo la tierra en la embocadura del rio de las Amazonas, vasto estuario, cuyo desagüe es tan considerable que desala el agua del mar en un espacio de muchas leguas.

Habíamos cortado el Ecuador. A veinte millas al Oeste quedaban las Guayanas, tierra francesa, sobre la cual hubiésemos podido hallar fácil refugio. Pero la brisa era fuerte, y las olas furiosas no hubieran permitido que un bote las arrastrase. Ned-Land lo comprendió sin duda, porque no me habló de nada. Por mi parte no hice alusion alguna á sus proyectos de fuga, porque no queria inducirle á ninguna tentativa, que hubiese infaliblemente abortado.

Compensé fácilmente esta tardanza por medio de interesantes estudios. Durante las dos jornadas del 10 y 12 de abril, el *Nautilus* no se movió de la superficie del mar, y sus redes le proporcionaron una pesca maravillosa en zoófitos, peces y reptiles.

Algunos zoófitos habian sido pescados por la cadena de la barrera. Eran en la mayor parte unas bellas ficelinas, pertenecientes á la familia de los actinidians, y entre otras especies el *phyctalis protista*, originario de aquella parte del Océano, pequeño tronco cilíndrico, adornado con líneas verticales, moteado con puntos encarnados, y coronado por una maravillosa borla de tentáculos. En cuanto á los moluscos, consistian en productos que ya habia yo observado, como turrítelas; olivas-pórfidos, de líneas regularmente entrecortadas, cuyas manchas rojizas destacaban vivamente sobre un fondo de encarnacion; pteróceros fantásticos, semejantes á escorpiones petrificados; hialas traslucidas; argonautas; jibias de excelente comer, y ciertas especies de calamares, que los naturalistas de la antigüedad clasificaban entre los peces volantes, y que se emplean generalmente para cebo en la pesca del bacalao.

Respecto á los peces de aquellos parajes, y que no habia tenido ocasion de estudiar todavía, observé diversas especies. Entre los cartilaginosos, unos peromizones-prica, especie de anguilas de quince pulgadas de longitud, con cabeza vedosa, nadaderas moradas, dorso gris azulado, abdomen pardo plateado moteado de manchas vivas, el iris de los ojos con cerco dorado, animales curiosos que la corriente de las Amazonas habia debido arrastrar hasta el mar, porque suelen habitar las aguas dulces; unas rayas tuberculosas, de hocico agudo, cola larga y suelta, armadas con prolongado aguijon dentado; unos pequeños escaualos de un metro, de piel gris y blancuecina, dientes dispuestos en varios órdenes y encorvados hácia atrás, vulgarmente conocidos con el nombre de chanclos; unas lofias vesp-ritliones, especie de triángulos isósceles rojizos, de medio metro cuyas pectorales, adheridas á una prolongacion carnosa, les dan el aspecto de murciélagos, y á quienes un apéndice córneo, situado junto á las narices, les ha hecho llamar unicornios marinos; y por último, unas especies de balistes, el curasaviano, cuyos costados moteados brillan con resplandeciente color de oro; y el caprisco morado claro, de matices tornasolados como el cuello de una paloma.

Terminaré esta nomenclatura algo árida, pero exacta, con la série de peces óseos que observé; unos pasanes, del género apteronoto, cuyo hocico es muy obtuso y blanco de nieve, el cuerpo pintado de hermoso negro, y están provistos de una tira carnosa muy larga y muy suelta; unos odontagnatos aguijonados, largas sardinas de tres decímetros, resplandecientes con vivo brillo plateado; unos escorbom guaros, provistos de dos nadaderas anales; unos centronotes-negros de matices oscuros, que se pescan con hachas de viento largos peces de dos metros, de carne gorda, blanca, firme, y que frescos saben á anguila, al paso que secos tienen el sabor de salmón ahumado; unos labros semi-rojos, revestidos de escamas tan solo en la base de las nadaderas dorsales y anales; unos crisópteros, en los cuales el oro y la plata mezclan su brillo con el de los rubies y del topacio; unos escaualos de cola de oro, cuya carne es muy delicada, y cuyas propiedades fosforescentes los descubren en medio de las aguas; unos esparopobos, de lengua fina y matices anaranjados, unos scieroscoro, de nadaderas caudales doradas; unos acanturos-negrucos; unos anableptos de Surinam, etc.

Este etcétera no me impedirá citar tambien un pez, del cual se acordará Consejo durante mucho tiempo, y con motivo.

Trajo la red una especie de raya muy aplanada, que sin la cola hubiera formado un disco perfecto, y que pesaba unos veinte kilogramos. Era blanca por debajo, rojiza por encima, con grandes manchas redondas de color azul oscuro, cercadas de negro, de piel muy lisa, y terminando por una nadadora bilobulada. Estendida sobre la plataforma, se agitaba procurando volverse por medio de movimientos convulsivos, y hacia tantos esfuerzos, que con un brinco mas iba á precipitarse al mar. Pero Consejo, que tenia empeño en retener aquel pez, se arrojó sobre él, y antes de poderse lo estorbar, lo habia agarrado con ambas manos.

En el mismo instante quedó derribado con las piernas al aire y la mitad del cuerpo paralizado gritando:

—¡Ay amo mio, amo mio! ¡Venid en mi auxilio!

Era la vez primera que el pobre mozo no me hablaba en tercera persona.

Habíamole levantado y le dimos friegas, hasta que recobrando sus sentidos, murmuró aquel eterno clasificador con voz entrecortada:

—Clase de los cartilaginosos, órden de los condopterigios, de branquias fijas, sub-órden de los selacianos, familia de las rayas, género de los torpedos.

—Si, amigo mio, le respondí; es un torpedo el que te ha puesto en tan deplorable estado.

—¡Ay! bien puede creer el señor que me vengaré de ese animal.

—¿Y de qué manera?

—Comiéndolo.

Y lo hizo así aquella misma noche, pero por puras represalias, porque era carne muy coriácea.

El desgraciado Consejo habia acometido á un torpedo de la mas peligrosa especie, la cumana, animal extraño, que en medio del agua mata á los peces con fulminante descarga, tal y tan grande es la potencia de su órgano eléctrico, cuyas dos superficies principales no miden menos de veintisiete pies cuadrados.

Al siguiente dia, 12 de abril durante el dia el *Nautilus* se aproximó á la costa holandesa, hácia la embocadura del Maronj. Allí vivian en familia varios grupos de lamantinos, del género manatí, que como el dugongo y el estelero, pertenecen al órden de los sierrenianos. Estos hermosos animales, pacíficos é inofensivos, de seis á siete metros de longitud, debian pesar al menos cuatro mil kilogramos. Hice saber á Ned-Land y á Consejo que la previsorá Naturaleza habia encargado á estos mamíferos el desempeño de importantes funciones. Ellos son los que como las focas, pacen las praderas submarinas, destruyen las aglomeraciones de yerbas que obstruyen la embocadura de los rios tropicales.

—¿V sabeis, añadí, lo que ha sucedido desde que los hombres han aniquilado por completo estas razas útiles? Las yerbas en putrefaccion han emponzoñado el aire, y la fiebre amarilla devasta esas admirables regiones. Las vegetaciones venenosas se han multiplicado en esos mares tórridos, y el mal se ha desarrollado desde la embocadura del rio de la Plata hasta las Floridas. Y si hemos de creer á Tousenel, ese azote no es nada al lado del que herirá á nuestros descendientes cuando estén los mares despoblados de focas y ballenas. Hacinado entonces todo, pulpos, medusas, calamares, se formarán vastos focos de infeccion, porque ya no surcarán las aguas esos grandes estómagos, á los cuales habia dado Dios el encargo de espumar la superficie de los mares.

Entre tanto, sin desdeñar estas teorías, la tripulacion del *Nautilus* se apoderó de la media docena de manatís. Se trataba, en efecto, de abastecer la despensa con excelente carne, mejor que la de vaca y ternera. La caza no fue interesante, porque los manatís se dejan herir sin defensa. Muchos millares de

kilogramos de carne destinada á ser cocinada, quedaron almacenados á bordo.

Aquel dia, una pesca singularmente practicada vino á aumentar las reservas del *Nautilus*, y á demostrar la abundancia de aquellos mares. La barrera habia traído en sus mallas cierto número de peces cuya cabeza terminaba por una placa ovalada de bordes carnosos. Eran unos equeneides de la tercer familia de los malacopterigios subtraquianos. Su disco aplanado se compone de láminas cartilaginosas trasversales movibles, entre las cuales el animal puede practicar el vacío, lo cual le permite adherirse á los objetos á modo de ventosa.

La rémora que habíamos observado en el Mediterráneo pertenece á esta especie; pero el pez de que se trata aquí era el equeneide osteóquero, particular de los mares donde estábamos. Nuestros marineros, á medida que los cogian, los ponian en unas tinajas llenas de agua.

Terminada la pesca, el *Nautilus* se acercó á la costa, donde cierto número de tortugas marinas dormian en la superficie de las aguas. Hubiera sido difícil apoderarse de aquellos preciosos reptiles, porque el menor ruido los despierta, al mismo tiempo que su caparazon sólido está á prueba de arpon. Pero el equeneide debia verificar esa captura con una seguridad y una precision extraordinarias. Ese animal es en efecto un anzuelo vivo, que haria la suerte y la felicidad del sencillo pescador de caña.

Los hombres del *Nautilus* ataron á la cola de esos peces un anillo bastante ancho para no molestar sus movimientos, y en esta especie de argolla fijaron una cuerda larga, amarrada á bordo por la otra punta.

Los equeneides, arrojados al mar, empezaron á trabajar, y fueron á pegarse sobre la concha de las tortugas. Su tenacidad era tal, que antes de soltar la presa se hubieran dejado despedazar. La tripulacion despues los izaba á bordo, y con ellos las tortugas adheridas.

De esta manera se cogieron varios cacuanos, de un metro de anchura y un peso de doscientos kilogramos. Eran muy preciosos por su caparazon cubierto de placas córneas grandes, delgadas, trasparentes, pardas, con motas blancas y amarillas. Y además eran excelentes bajo el punto de vista comestible, como todas las tortugas francas, que son de esquisito gusto.

Con esta pesca terminó nuestra residencia en los parajes del rio Amazonas, y llegada la noche, el *Nautilus* volvió á alta mar.

CAPITULO XVIII.

LOS PULPOS.

Durante algunos dias, el *Nautilus* se fue constantemente apartando de la costa americana. No queria por lo visto frecuentar los mares del golfo de Méjico ó de las Antillas. Y sin embargo, no le hubiera faltado el agua, puesto que allí la profundidad media es de mil ochocientos metros; pero probablemente aquellos parajes, sembrados de islas y surcados de vapores, no convenian al capitán Nemo.

El 16 de abril pudimos reconocer la Martinica y la Guadalupe á la distancia de unas treinta millas. Percibir por un momento sus elevados picos.

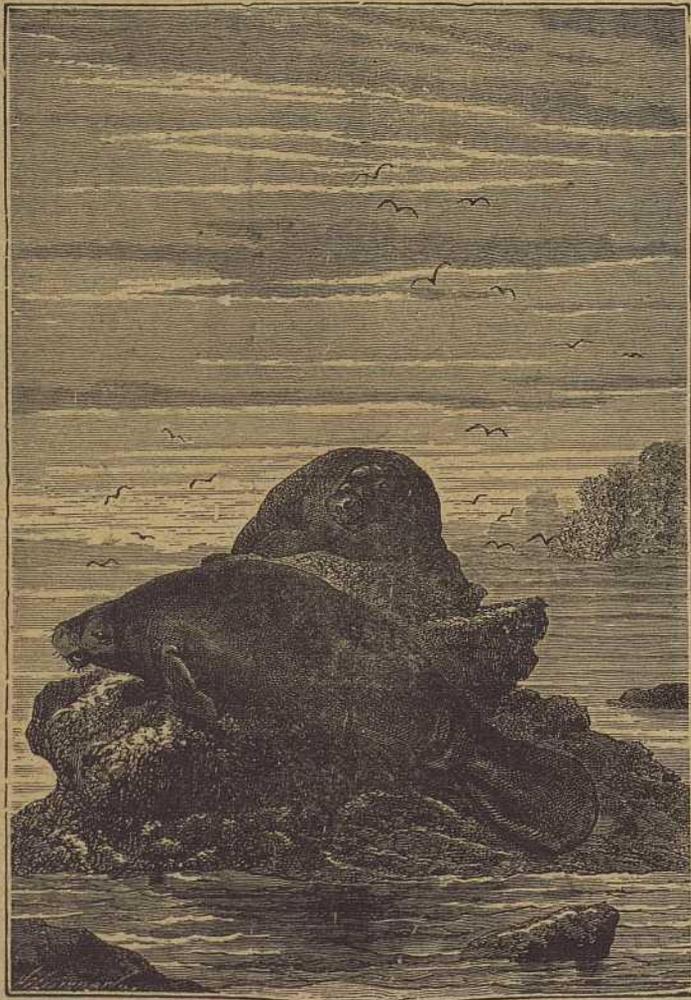
El canadiense, que habia esperado poner en planta sus proyectos en el golfo, sea ganando la tierra, sea dirigiéndose á uno de los muchos barcos que hacen el cabotaje de una isla á otra, estaba desconcertado. La fuga hubiera sido muy practicable, consiguiendo Ned-Land apoderarse del bote sin saberlo el capitán; pero en medio del Océano no podia pensar en ello.

El canadiense, Consejo y yo tuvimos bastante lar-

la conversacion con este motivo. Seis meses hacia que éramos prisioneros en el *Nautilus*. Habíamos recorrido diez y siete mil leguas, y como lo decia Ned-Land, no habia razon para que esta situacion terminara. Me hizo entonces una proposicion que yo no esperaba, á saber: que yo plantease al capitán Nemo esta cuestion: ¿Pensaba tenernos indefinidamente á bordo?

Semejante gestion me repugnaba, y abrigaba yo

la creencia de que no podia tener éxito. Nada podia esperarse del jefe, y teníamos que fiarlo todo á nosotros mismos. Por otra parte, notaba yo que desde algun tiempo atrás aquel hombre se tornaba mas sombrío, mas retirado y menos comunicativo. Parecia huir de mí, y cuando en otras ocasiones se complacia en explicarme las maravillas submarinas, me dejaba ahora entregado sólo á mis estudios sin acudir al salon.



Allí vivían en familia varios grupos de lamantinos, del género manatí.

¿Qué cambio se habia efectuado en su ánimo? ¿Por qué motivo? Yo nada hallaba que echarme en cara. ¿Le pesaba ya por ventura nuestra presencia á bordo? Y sin embargo, yo no debia esperar que fuera hombre capaz de volvernos la libertad.

Supliqué, por consiguiente, á Ned-Land que me dejase pensarlo antes de obrar. Si mi gestion no obtenia resultado, podia servir para escitar de nuevo sus recelos, empeorar nuestra posicion, y perjudicar los proyectos del canadiense. Añadiré que no podia de ningun modo acudir al pretexto de nuestra salud, porque esceptuando la ruda prueba á que estuvimos sometidos en la banca de hielo, jamás habíamos estado tan buenos ni Ned, ni Consejo, ni yo. Aquel alimento sano, aquella atmósfera saludable,

aquella regularidad de existencia, aquella uniformidad de temperatura, no dejaban lugar á las enfermedades, y yo comprendia la existencia de un hombre á quien ninguna pesadumbre daban los recuerdos de la tierra, que estaba en su casa, yendo adonde queria, y caminando á su fin por vías misteriosas para todos, aunque no para él.

Pero nosotros no hablamos roto nuestros lazos con la humanidad, y por lo que á mí tocaba, no queria yo sepultar conmigo mis estudios tan curiosos y de tanta novedad. Tenia ahora el derecho de escribir el verdadero libro del mar, y yo queria que este libro pudiera ver la luz tarde ó temprano.

Allí tambien, en aquellas aguas de las Antillas, á diez metros de profundidad, y teniendo abiertas las

ventanas, muchos fueron los interesantes productos que pude apuntar en mis notas diarias. Entre otros sobresalieron las galeras, conocidas también con el nombre de fisalias pelágicas, especie de grandes vejigas prolongadas, de reflejos anacarados, que soltaban su membrana al viento, dejando flotar sus tentáculos azules como filamentos de seda; y unas medusas de aspecto delicioso, verdaderas ortigas al tacto, y que destilan un líquido corrosivo. Entre los artículos vi unas anélidas de metro y medio de longitud, armadas con una rosada trompa, y provistas de mil setecientos órganos locomotores que serpenteaban entre las aguas, y despedían al pasar todas las luces del espectro solar. Entre los peces recayó la observación sobre unas rayas molubares, enormes cartilaginosos de diez pies de largo, y que pesaban seiscientas libras, de nadadera pectoral triangular, con el centro del dorso algo arqueado, ojos fijos en las extremidades de la faz anterior de la cabeza, y que flotando como un casco de nave, se aplicaban á veces sobre nuestros cristales como un ventanillo opaco; unos balistes americanos para los cuales la Naturaleza no ha tenido mas que color blanco y negro; unos gubios plumeros, prolongados y carnosos, de nadaderas amarillas y mandíbula prominente; unos escombros de diez y seis centímetros, con dientes cortos y agudos, cubiertos de pequeñas escamas y pertenecientes á la familia de los albicoros. Y luego aparecían á bandadas unos salmonetes, fajados con rayas de oro de la cabeza á la cola, agitando sus resplandecientes aletas, verdaderas joyas de la Naturaleza, consagrados antiguamente á Diana, y particularmente apreciados por los romanos ricos, que les aplicaban el siguiente adagio: *no los come quien los pesca*. Por último, vimos unos pomacantos dorados, embellecidos con tiras de color esmeralda, vestidos de terciopelo y seda, y que pasaban delante de nosotros cual señores del Varonés; unos esparos espolonados, que se ocultaban bajo su veloz nadadera torácica; unos clupanodontes, de quince pulgadas, que se envolvían entre sus propios brillos fosforescentes; unos mugiles, que batían el mar con su gruesa cola carnosa; unos corégonos encarnados que parecían segar las aguas con su cortante pectoral; y unos selenos argenteos, dignos de su nombre, que se elevaban sobre la línea horizontal de las aguas como otras tantas lunas de reflejos blanquecinos.

Otros muchos ejemplares maravillosos hubiera observado á no descender el *Nautilus* poco á poco á mayores profundidades. Sus planos inclinados lo llevaron hasta los fondos de dos mil y aun de tres mil quinientos metros. Allí la vida animal ya no estaba representada mas que por encrimas, estrellas de mar, lindas pentacrinas con cabeza de Medusa, cuyo tallo recto sostenía un pequeño cáliz; unas trocas, algunas quenotas sangrientas, y ciertas fisurelas moluscos litorales de grande especie.

El 20 de abril hablamos subido á una altura media de mil quinientos metros. La tierra mas inmediata era entonces el archipiélago de las Lucayas, diseminadas cual monton de piedras en la superficie de las aguas. Allí se elevaban altos capiteles submarinos, murallas rectas hechas con moles de piedra desgastadas, dispuestas en largas hiladas, entre las cuales habia unos hoyos negros que no podían ser alumbrados hasta el fondo por nuestros rayos eléctricos.

Aquellas rocas estaban entapizadas con altas yerbas, colosales luminarias, gigantescos fucos, verdadero espaldar de hidrófitas dignas de un mundo de litanes.

Al considerar aquellas plantas colosales, Consejo, Ned y yo trajimos la conversacion á los animales gigantescos del mar. No hay duda que aquellas deben estar destinadas para alimento de estos. Sin embargo, al través de los cristales del *Nautilus*, casi in-

móvil, yo no veía aun sobre aquellos largos flamentos más que los principales articulados de la division de los braquiuros, esto es, unas lambras de patas largas, unos cangrejos morados, y unos cefalópodos particulares del mar de las Antillas.

Era como cosa de las once cuando Ned-Land llamó mi atención sobre un formidable hormigueo que se producía al través de las mayores algas.

—Lo que debe haber ahí, dije, son verdaderas cavernas de pulpos, y no me sorprendería que hubiese algunos de esos monstruos.

—¿Cómo! exclamó Consejo, ¿calamares simples, calamares de la clase de los cefalópodos?

—No, sino pulpos de gran tamaño. Pero el amigo Ned se ha engañado sin duda, porque no veo nada.

—Lo siento, replicó Consejo. Yo quisiera contemplar cara á cara uno de esos pulpos de que tanto he oído hablar, y que pueden arrastrar naves al fondo del abismo. Esos animales que se llaman krak...

—Basta, respondió irónicamente el canadiense (1).

Krakens, prosiguió Consejo terminando su vocablo sin cuidarse de la broma de su compañero.

—Nunca me harán creer, dijo Ned-Land, que existan semejantes animales.

—¿Por que no? respondió Consejo. Bien hemos creído nosotros en el narval que nos describió el señor.

—Mal hecho, Consejo.

—¿Sin duda! pero hay otros que también creen en él.

—Es probable, Consejo; mas por mi cuenta estoy decidido á no admitir la existencia de esos monstruos sino cuando los haya disecado con mi propia mano.

—¿Es decir que el señor no cree en los pulpos gigantescos?

—¿Y quién diantres ha creído nunca en ellos? exclamó el canadiense.

—Muchas personas, amigo Ned.

—No serán pescadores sino sabios quizá.

—Dispensad, Ned. Son pescadores y sabios.

—Y yo, que os hablo con toda seriedad, dijo Consejo, me acuerdo perfectamente haber visto una gran embarcacion arrastrada sobre las aguas por el brazo de un cefalópodo.

—¿Habeis visto eso? preguntó el canadiense.

—Sí, Ned-Land.

—¿Con vuestros mismos ojos?

—Con mis propios ojos.

—¿Y dónde si gustais?

—En Saint-Malo, respondió sin turbarse Consejo.

—¿En el puerto? dijo Ned-Land irónicamente.

—No, en una iglesia.

—¿En una iglesia? exclamó el canadiense.

—Sí, amigo Ned. Era un cuadro que representaba al pulpo en cuestion.

—Bien respondió Ned-Land prorumpiendo en una carcajada. Ahora le ocurre á Consejo bromearse conmigo.

—En el fondo tiene razon, dije yo. He oído hablar de ese cuadro; pero el asunto que representa está sacado de una leyenda, y ya sabeis lo que debe pensarse de las leyendas en materia de historia natural. Por otra parte, cuando se trata de monstruos, la imaginacion quiere estraviarse. No solamente se ha pretendido que esos pulpos podían arrastrar naves, sino que cierto Olao Magno hablaba de un cefalópodo de una milla de largo que se parecia mas bien á una isla que á un animal. También se cuenta que el obispo de Nidros levantó un dia un altar en una peña inmensa. Terminada la misa, la peña echó á andar y se volvió al mar. Era un pulpo.

—¿Habeis concluido? preguntó el canadiense.

—No por cierto, le respondi: Otro obispo, Ponto-

(1) Aquí juega el autor con la palabra francesa *crague* que significa bola en el sentido de embuste.

pidam de Berghen, habla tambien de un pulpo, sobre el cual podia maniobrar un regimiento de caballeria.

—No se quedaban cortos los obispos de aquel tiempo, dijo Ned-Land.

Por último, los naturalistas de la antigüedad citan unos monstruos cuya boca se parecia á un golfo, y que eran muy grandes para pasar el estrecho de Gibraltar.

—Buena es esa, exclamó el canadiense.

—¿Pero qué hay de verdad en todas esas relaciones? preguntó Consejo.

—Nada, amigos míos, nada, al menos de lo que pase de la raya de lo verosímil para llegar á la fábula ó á la leyenda. Sin embargo, para la imaginacion de los que relatan cuentos, se necesita una causa, ó por lo menos un pretexto. No puede negarse que existen pulpos y calamares de muy grande especie, aunque inferiores á los cetáceos. Aristóteles ha reconocido las dimensiones de un calamar de cinco codos ó sean tres metros diez centímetros. Nuestros pescadores ven con frecuencia algunos cuya longitud pasa de un metro ochenta centímetros. Los museos de Trieste y Montpellier conservan unos esqueletos de pulpos que miden dos metros. Por otro lado, segun el cálculo de los naturalistas, uno de esos animales que tuviera seis pies de largo, mediria veintisiete pies de longitud en sus tentáculos, lo cual basta para que sea un monstruo formidable.

—¿Y ahora en estos tiempos los hay tambien? preguntó el canadiense.

—Si los marinos ya no los pescan, al menos los ven. Uno de mis amigos, el capitán Pablo Bos, del Havre, me ha afirmado que habia encontrado uno de esos monstruos de tamaño colosal en los mares de la India. Pero el hecho más asombroso, que no permite dudar de la existencia de tan gigantescos animales, ha ocurrido hace algunos años, en 1861.

—¿Y qué hecho es ese? preguntó Ned-Land.

—Voy á referirlo. En el 1861, al Nordeste de Tenerife, casi en la misma latitud donde estamos ahora, la tripulacion del aviso *Alécton* descubrió un monstruoso calamar que navegaba en sus aguas. El comandante Bouguer se acercó al animal, lo atacó á tiros y arponazos, sin gran resultado, porque balas y arpones atravesaban aquella carne blanda, gelatina sin consistencia.

Despues de varias tentativas infructuosas, consiguió la tripulacion pasar un nudo corrido alrededor del cuerpo del molusco: el nudo corrió hasta las nadaderas caudales, donde se detuvo. Entonces quisieron izar el monstruo á bordo; pero su peso era tan considerable, que bajo la traccion de la cuerda se separó de la cola y desapareció bajo las aguas, despojándose de ella.

—Al cabo ya tenemos un hecho, dijo Ned-Land.

—Hecho indiscutible, mi valiente Ned: y por eso han propuesto llamar á ese pulpo calamar de Bouguer.

—¿Y cuál era su longitud? preguntó el canadiense.

—¿No media unos seis metros? dijo Consejo, quien arrimado á la ventana, estaba examinando de nuevo las cavernas del acantilado.

—Precisamente, respondí.

—¿No estaba su cabeza coronada de ocho tentáculos, que se agitaban en el agua como una nidada de serpientes?

—Precisamente.

—¿No tenian sus ojos, situados á flor de la cabeza un desarrollo considerable?

—Sí, Consejo.

—Y su boca, ¿no era un verdadero pico de papagayo, pero pico formidable?

—En efecto, Consejo.

—Pues bien, con permiso del señor, respondí sossegadamente Consejo, si no es el calamar de Bouguer el que estoy viendo, es al menos uno de sus hermanos.

Yo miré á Consejo. Ned-Land acudió presuroso á la ventana.

—¡Oh! ¡Qué animal tan espantoso! exclamó.

Miré á mi vez, y no pude reprimir un movimiento de repulsión. Ante mi vista se agitaba un monstruo horrible, digno de figurar en las leyendas teratológicas.

Era un calamar de dimensiones colosales, y de ocho metros de longitud, que andaba hácia atrás con suma rapidez en la direccion del *Nautilus*. Estaba mirando con sus enormes ojos fijos de matices verdosos. Sus ocho brazos, ó por mejor decir sus ocho piés, implantados en la cabeza, lo cual ha hecho dar á estos animales el nombre de cefalópodos, tenian un desarrollo doble de su cuerpo y se retorcian como la cabellera de las furias. Se veian con toda claridad las doscientas cincuenta ventosas dispuestas en la cara interna de los tentáculos en forma de cápsulas semi-esféricas. Algunas veces las ventosas se aplicaban sobre los cristales del salon, adhiriéndose á él por medio del vacío que practicaban. La boca de este monstruo, pico córneo semejante al del papagayo, se abria y cerraba verticalmente. Su lengua, sustancia córnea tambien, y armada con varias hileras de agudos dientes, salia estremecida de aquella verdadera cizalla. ¡Qué capricho de la Naturaleza! ¡Un pico de ave para un molusco! Su cuerpo fusiforme y abultado en su parte media, formaba una masa carnosa, que debia pesar de veinte á veinticinco mil kilogramos. Su color inconstante, cambiando con extraordinaria rapidez, segun la irritacion del animal, pasaba del gris lívido al pardo rojizo.

¿Por qué se irritaba aquel molusco? Sin duda por la presencia del *Nautilus*, más formidable que él, y sobre el cual no podian hacer presa sus brazos chupadores ó sus mandíbulas. Y sin embargo, ¡qué monstruos son esos pulpos! ¡Qué vitalidad les ha dado el Criador! ¡Y qué vigor en sus movimientos, puesto que poseen tres corazones!

La casualidad nos habia puesto en presencia de aquel calamar, y no quise perder la ocasion de estudiar despacio aquella muestra de los cefalópodos. Dominé el horror que su aspecto me inspiraba, y tomando un lápiz comencé á dibujarlo.

—Será quizá el mismo que el del *Alécton*, dijo Consejo.

—No, respondió el canadiense, porque éste es entero y aquél habia perdido la cola.

—No seria eso una razón, exclamé yo. Los brazos y la cola de estos animales se reforman por reintegracion, y hace siete años que la cola del calamar de Bouguer ha tenido el tiempo de retoñar y crecer.

—Por otra parte, replicó Ned-Land, si no es éste, bien podia ser alguno de esos otros.

En efecto, aparecian sobre el cristal del estribor otros pulpos. Conté hasta siete, que formaban comitiva al *Nautilus*, y sentíamos el rechinamiento de su pico sobre el casco de hierro. Estamos servidos á todo nuestro gusto.

—Proseguí mi trabajo. Aquellos monstruos se mantenian en nuestras aguas con tal precision que parecian inmóviles, y hubiera podido calcarlos sobre el cristal. Por otro lado, caminábamos con moderado andar.

De repente el *Nautilus* se paró. Un choque le habia estremecido en toda su armazon.

—¿Hemos tocado en algun escollo? pregunté.

—Sea lo que fuere, respondió el canadiense ya estariamos desembarazados, porque estamos flotando.

Indudablemente que el *Nautilus* flotaba, pero no andaba. Las aletas de su hélice ya no batian las aguas

Trascurrió un minuto. El capitán Nemo, seguido de su segundo, entró en el salón.

No le había visto desde algún tiempo atrás. Parecióme sombrío. Sin hablarnos y tal vez sin vernos, se fué á la ventana, miró los pulpos y dijo algunas palabras á su segundo.

Este salió. Las ventanas se cerraron, y la techumbre se iluminó.

Me dirigí al capitán, y le dije con el desembarazo de un aficionado, ante el cristal de un acuario:

—¡Buena y curiosa colección de pulpos!

—En efecto, señor naturalista, me respondió; y vamos á batirnos con ellos cuerpo á cuerpo.

Miré al capitán, porque creí no haber oído bien.

—¿Cuerpo á cuerpo? le dije.

—Sí, señor. La hélice está parada, y creo que las mandíbulas córneas de uno de esos calamares se han agarrado á una de las aletas, lo cual nos impide andar.

—¿Y qué vais á hacer?

—Subir á la superficie y matar á toda esa podredumbre.

—Empresa difícil.

—En efecto. Las balas eléctricas son imponentes contra esas carnes blandas, donde hallan bastante resistencia para estallar. Pero los atacaremos con el hacha.

—Y con el arpon, si no desechais mi ayuda, dijo el canadiense.

—La acepto, señor Land.

—Os acompañaremos, exclamé:

Siguiendo entonces al capitán Nemo, nos dirigimos á la escalera central.

Allá, unos diez hombres armados con hachas de abordaje, estaban dispuestos para el ataque. Consejo y yo tomamos dos hachas. Ned-Land blandió el arpon.

El *Nautilus* había subido á la superficie de las aguas. Uno de los marinos, colocado en los últimos peldaños, destornillaba los pernios de la escotilla; pero apenas quedaban estos desprendidos, cuando la trampilla se abrió con violencia extraordinaria, atraída indudablemente por la ventosa de un pulpo.

Al punto se deslizó, cual una serpiente, por la abertura uno de aquellos dilatados brazos, y otros veinte se agitaron por encima. El capitán Nemo cortó de un hachazo aquel formidable tentáculo, que se deslizó por los escalones, retorciéndose.

En el momento en que nos apiñábamos unos sobre otros para alcanzar la plataforma, otros dos brazos, cerniéndose en el aire, cayeron sobre el marino que estaba delante del capitán Nemo y lo levantaron con irresistible violencia.

El capitán Nemo dió un grito y se precipitó hácia fuera, siguiéndole nosotros apresuradamente.

¡Qué escena! El desgraciado, asido por el tentáculo y pegado á sus ventosas, era mecido en el aire á merced de aquella enorme trompa. Estaba jadeando; ahogándose y gritando: «¡Socorro! ¡Socorro!» Estas palabras, pronunciadas en francés, me causaron estupor profundo. ¡Había un compatriota á bordo, quizás muchos!

¡Aquel llamamiento desgarrador será un recuerdo perenne de mi vida!

El infortunado estaba perdido. ¿Quién podría librarlo de tan poderosa presión? El capitán Nemo se había arrojado sobre el pulpo, y de un hachazo le cortó otro brazo. Su segundo luchaba furioso con otros monstruos que se encaramaban por los costados del *Nautilus*. La tripulación se batía á hachazos. El canadiense, Consejo y yo hundíamos nuestras armas en aquellas masas carnosas. Un violento olor de almizcle penetraba la atmósfera. Era cosa horrible.

Creí por un momento que el desgraciado, enlazado por el pulpo podría librarse de aquel horrendo aprieto. Siete, de los ocho brazos, habían sido cortados, y

quedaba solamente uno blandiendo en el aire su víctima cual una pluma. Pero en el momento en que el capitán Nemo y su segundo caían sobre el animal, despidió éste una columna de un líquido negruzco, secretado por una bolsa que tenía en el abdómen. Quedamos ofuscados, y despues de disipada la nube, el calamar había desaparecido llevándose al infortunado compatriota.

¡Qué furor tuvimos entonces contra aquellos monstruos! Ya no podíamos dominarnos. Diez ó doce pulpos habían invadido la plataforma y la entrada del *Nautilus*. Rodábamos en confusión entre aquellos trozos de serpiente, que saltaban en la plataforma sobre arroyos de sangre y de tinta negra. Parecía que aquellos viscosos tentáculos renacían como las cabezas de la hidra. El arpon de Ned-Land, á cada golpe se hundía en los ojos vidriosos de los calamares y los reventaba. Pero mi atrevido compañero fué repentinamente derribado por los tentáculos de un monstruo, que no había podido evitar.

¡Ah! ¡Cómo no se destrozó mi corazón de emoción y de horror! El formidable pico del calamar se había abierto sobre Ned-Land. Este degraciado iba á ser partido por la mitad, y me lancé en auxilio suyo: Pero el capitán Nemo se había adelantado. Su hacha desapareció entre las dos enormes mandíbulas, y despues de levantarse, milagrosamente salvado, el canadiense clavó su arpon entero hasta el triple corazón del pulpo.

—Yo debía esta revancha, dijo el capitán Nemo a canadiense.

Ned se inclinó sin responderle.

El combate había durado un cuarto de hora. Los monstruos vencidos, mutilados, heridos de muerte, nos dejaron por fin el campo libre y desaparecieron bajo las aguas.

El capitán Nemo, ensangrentado, y quieto junto al fanal, miraba al mar, que había tragado uno de los compañeros, y de sus ojos corrieron abundantes lágrimas.

CAPITULO XIX.

LA CORRIENTE DEL GOLFO.

Ninguno de nosotros podrá olvidar jamás aquella terrible escena del 20 de abril. La he escrito bajo la impresion de una conmoción profunda. Despues he visto la relacion, y se la he leído á Consejo y al canadiense, á quienes ha parecido exacta en cuanto á los hechos, pero insuficiente en cuanto al efecto. Para describir se necesita la pluma del mas ilustre de nuestros poetas, el autor de *Los Trabajadores del Mar*.

He dicho que el capitán Nemo lloraba contemplando las olas. Su dolor fué inmenso. Era el segundo compañero que perdía desde nuestra llegada á bordo. ¡Y qué muerte! ¡Aquel amigo, estrujado, ahogado, oprimido por el formidable brazo del pulpo, despedazado bajo las mandíbulas de hierro, no debía descansar con sus compañeros en las apacibles aguas del cementerio de coral!

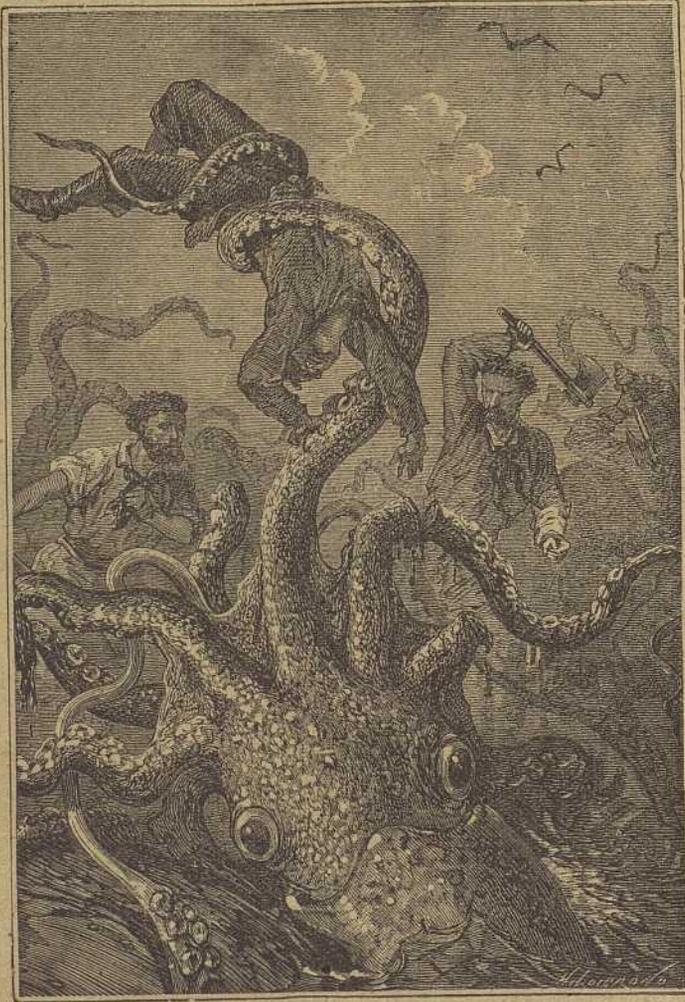
¡En cuanto á mí, en medio de aquella lucha, lo que me había partido el corazón era el grito de desesperación exhalado por el desgraciado francés que, olvidando su idioma convencional, había recurrido á la lengua de su patria y de su madre, para pedir la salvación suprema! Tenía yo, pues, un compatriota entre aquella tripulación del *Nautilus*, asociado en cuerpo y alma al capitán Nemo, que huía como él del contacto de los hombres. ¿Sería el único que se presentase á la Francia en aquella misteriosa asociación, compuesta evidentemente de nacionalidades diversas? Este era uno de los problemas insolubles que se presentaba ante mi imaginación.

El capitán Nemo entró en su cámara, y ya no volvió á ver durante algún tiempo. ¡Pero cuán triste,

desperado ó irresoluto debía estar, si era lícito deducirlo de aquel bajel, cuya alma era, y que recibía todas sus impresiones! El *Nautilus* no seguía ya dirección determinada. Iba, venía, flotaba cual un cadáver á merced de las olas. Su hélice ya estaba libre, y sin embargo, apenas estaba en juego. ¡Navegaba al acaso, sin salir del teatro de su última lucha, de aquel mar que había devorado á uno de los suyos!

De esta suerte trascurrieron diez días, hasta que el *Nautilus* emprendió francamente su rumbo al Norte, después de haber pasado ante las Lucayas, en la abertura del canal de Bahama. Seguíamos entonces la corriente del mayor río marino, que tiene sus orillas, sus peces y su temperatura especiales, y que los ingleses llaman *Gulf Stream*.

Es, en efecto un río que corre libremente en medio del Atlántico, y cuyas aguas no se mezclan con



El capitán Nemo se había arrojado sobre el pulpo, y de un hachazo le cortó otro brazo.

las del Océano. Es un río salado, mas salado que el mar ambiente. La profundidad media es de tres mil pies, su anchura media de sesenta millas. En ciertos parajes su corriente marcha con la velocidad de cuatro kilómetros por hora. El invariable volúmen de sus aguas es mas considerable que el de todos los ríos del Globo juntos.

El verdadero origen del *Gulf Stream*, ó corriente del Golfo, reconocido por el comandante Mauri, esto es, su punto de partida, está en el golfo de Gascuña. Allí, sus aguas, aunque bajas todavía en temperatura y color, comienzan á formarse. Desciende al Sur, costea el Africa cenatorial, caldea sus aguas bajo los rayos de la zona tórrida, atraviesa el Atlántico, alcanza el cabo de San Roque en la costa brasi-

leña, y se bifurca en dos brazos, uno de los cuales va á saturar con sus calientes moléculas el mar de las Antillas.

Entonces el *Gulf Stream*, encargado de restablecer el equilibrio entre las temperaturas y de mezclar las aguas de los trópicos con los boreales, comienza á desempeñar su oficio de compensador. Caldeado escesivamente en las costas de Méjico, se eleva hácia el Norte hasta Terranova, se desvia ante la presión de la corriente fria del estrecho de Davis; recobra el camino del Océano, siguiendo sobre uno de los círculos máximos del Globo la línea loxodrómica, se divide en dos brazos hácia los 43°, y uno de ellos ayudado por el aliseo del Nordeste, vuelve al golfo de Gascuña y á las Azores; al paso que el otro, des-

pues de entibiar las costas de Irlanda y Noruega, llega hasta más allá de Spitzher, donde su temperatura descendiendo á 4° y forma el mar despejado del Polo.

El *Nautilus*, navegaba entonces en ese río del Océano. Á la salida del canal de Bahama, la corriente, que tiene allí catorce leguas de ancho por trescientos cincuenta metros de profundidad, marcha á razón de ocho kilómetros por hora. Esta rapidez decrece regularmente á medida que avanza hácia el Norte, y es de desear que esta regularidad persista, porque si, como algunos creen observar, su velocidad y su dirección se modificasen, los climas europeos estarían sometidos á perturbaciones, cuyas consecuencias no se pueden calcular.

A cosa de medio día estábamos en la plataforma Consejo y yo. Le daba á conocer las particularidades de la gran corriente, y le invité despues á introducir sus manos en el agua.

Consejo obedeció pero quedó atónito al ver que no experimentaba sensación de frío ni calor.

—Esto consiste, le dije en que la temperatura de la corriente al salir del golfo de Méjico, difiere poco de la de la sangre. Este *Gulf-Stream* es un vasto calorífero, que permite á las costas de Europa adornarse con eterno verdor. Y si hemos de creer á Maury, el calor de la corriente podría dar bastante calorífico para mantener derretido un río de hierro tan grande como el Amazona ó el Missouri.

En aquel momento la velocidad de la corriente era de dos metros y cuarto por segundo, y se distinguía perfectamente, porque sus aguas comprimidas sobresalían de las del Océano estableciéndose cierto desnivel. Sombrías además y muy ricas en materias salinas, se destacan por su color azul puro sobre las olas verdes que las rodean. Tan bien marcada está la línea de separación, que el *Nautilus*, á la altura de las Carolinas, cortó con su espón las aguas de la corriente, mientras que su hélice batía aun las del Océano.

La gran corriente arrastraba un mundo entero de seres vivientes. Los argonautas, tan comunes en el Mediterráneo, viajaban allí en numerosos troyes. Entre los cartilaginosos, los mas notables eran unas rayas, cuya cola muy suelta formaba casi el tercio del cuerpo, que se asemejaban á unos estensos rombos de veinticinco pies; también observamos unos pequeños escualos de un metro, de cabeza grande, de hocico corto y redondeado, de dientes puntiagudos dispuestos en varias filas, y cuyo cuerpo parecia cubierto de escamas.

Entre los peces óseos, advertí unos labros grises especiales de aquellos mares; unos esparos anagros, cuyo iris brillaba como fuego, unas cienas de un metro de longitud, cuya ancha boca erizada de dientes pequeños que dejan escapar un ligero grito; unos centronotros negros, de que ya he hablado; unos coríferos azules, bordados de oro y plata; unos papagayos, verdaderos arco-iris del Océano, que pueden rivalizar en color con las aves mas bellas del Trópico; unos blemios de cabeza triangular; unos rombos azulados desprovistos de escamas; unos batracoides cubiertos de una faja amarilla y trasvesal semejante á una griega; un enjambre de pequeños gubios, moteados con manchas pardas, unos diterodontos, de cabeza plateada, diversos ejemplares de salmones y mugilomoros de cuerpo esbelto, que Lacedpede ha consagrado á la amable compañera de su vida; y por último, un bonito pez, llamado el caballero americano que, condecorado con todas las órdenes y emperregilado con todas las cintas, frecuenta las playas de aquella gran nacion, donde las cintas y las órdenes son tenidas en tan poca estima.

Añadiré que durante la noche, las aguas fosforescentes de la gran corriente del Golfo rivalizaban con

el brillo eléctrico de nuestro fanal, especialmente en los tiempos borrascosos que frecuentemente nos amenazaban.

El 8 de mayo estábamos todavía frente al cabo de Hatteras, á la altura de la Carolina del Norte, la anchura de *Gulf-Stream* es allí de setenta y cinco millas, y su profundidad de doscientos diez metros. El *Nautilus* seguía caminando á la ventura. Toda vigilancia habia cesado, al parecer, á bordo. Convengo que en estas condiciones podia intentar con buen éxito una evasión. En efecto, las playas habitadas ofrecian por todas partes fáciles refugios. El mar estaba sin cesar surcado por los numerosos vapores que hacen el servicio entre Nueva-York ó Boston y el golfo de Méjico, y le recorrian de dia y de noche esas pequeñas goletas dedicadas al cabotaje entre los diversos puertos de la costa americana. Como habia esperanza de poder ser recogidos, la ocasion para escapar era favorable, á pesar de las treinta millas á que se encontraban las costas de la Union.

Pero una circunstancia fatal contrariaba absolutamente los proyectos del canadiense. El tiempo era muy malo. Nos acercábamos á los parajes en que las tempestades son frecuentes, á la patria de las mangas de agua, engendradas precisamente por la gran corriente. Arrostrar que el mar sobre una débil barquilla era correr á una perdición cierta, y Ned-Land lo comprendia así. Por eso tascaba el freno, y se entregaba á una nostalgia, que solo la fuga hubiera podido curar.

—Señor profesor, me dijo aquel dia, acabemos de una vez, no mas vacilaciones. Vuestro amigo Nemo se aparta de las tierras y sube hácia el Norte. Pero, os lo declaro, me basta con el Polo Sur, y no le seguiré al Polo Norte.

—¿Y qué haremos, puesto que una evasión es impracticable?

—Vuelvo á mi idea. Hay que hablar al capitán. Nada habeis dicho cuando estábamos en los mares de vuestro pais. Quiero hablar ahora que estamos en los míos. Cuando discurro que, dentro de algunos dias el *Nautilus* se hallará á la altura de la Nueva Escocia, y que allí cerca de Terranova, se abre una estensa bahía, que en esta bahía desagua el San Lorenzo, y que el San Lorenzo es mi río, el río de Quebec, mi ciudad natal; cuando pienso en esto, el furor me exalta y los pelos se me erizan. ¡Mirad, señor Aronnax, antes me arrojaré al mar! ¡Yo no me quedo aquí donde me ahogo!

El canadiense habia apurado evidentemente su paciencia. Su naturaleza vigorosa no podia acomodarse con aquel encarcelamiento prolongado. Su rostro se alteraba de dia en dia. Su carácter se tornaba mas sombrío. Yo conocia que debia sufrir, porque yo también comenzaba á ser presa de la nostalgia. Habian transcurrido cerca de siete meses sin que tuviésemos noticias de tierra. Además, el aislamiento del capitán Nemo, su humor modificado, sobre todo desde el combate de los pulpos, su taciturnidad, todo me hacia ver las cosas bajo un aspecto diferente.

Yo no experimentaba el entusiasmo de los primeros dias. Era necesario ser flamenco como Consejo para aceptar esta situación en aquel elemento reservado á los cetáceos y á los demás habitantes del mar. Ciertamente que si aquel buen muchacho, en vez de pulmones hubiera tenido branquias, creo que hubiera sido un pez distinguido.

—¿Y bien, señor Aronnax repuso Ned-Land, viendo que yo no respondia.

—¿Con que lo que deseais es que yo pregunte al capitán Nemo cuáles son sus intenciones respecto de nosotros?

—Sí señor:

—¿A pesar de haberlas ya dado á conocer?

—Sí. Prefiero por última vez saber á qué ata-

nerme. Hablad por mí solo, en mi nombre, si así lo deseáis.

—Pero le veo raras veces; pues parece que hujo de mí.

—Esa es una razón de más para ir á verte.

—Ya le interrogaré, Ned.

—¿Cuándo? preguntó el canadiense insistiendo.

—Cuando lo encuentre.

—Señor Aronnax, ¿quereis que le vaya á ver yo mismo?

—No, dejadme. Mañana...

—Hoy, dijo Ned-Land.

—Corriente. Hoy le veré, respondí al canadiense; porque dejándole solo, todo lo hubiera comprometido.

Me quedé solo. Decidida la petición, resolví terminar inmediatamente. Me gusta mas en estas situaciones lo hecho que lo por hacer.

Entré en mi cámara, desde donde sentí andar en la del capitán Nemo. No podíamos dejar escapar esta ocasión de encontrarlo. Llamé á la puerta, y no conseguí respuesta. Llamé segunda vez, y di vuelta al picaporte. La puerta se abrió.

Entré. El capitán estaba allí, inclinado sobre su mesa de trabajo, y sin haberme oído. Resuelto á no salir sin haberle hablado, me acerqué á él. Levantó la cabeza bruscamente, frunció las cejas, y me dijo en tono bastante rudo:

—¿Vos aquí? ¿Qué me quereis?

—Hablaros, capitán.

—Pero estoy ocupado, señor Aronnax; estoy trabajando. ¿No puedo yo tener esa misma libertad de aislamiento que os concedo?

No era muy halagüeño el recibimiento; pero yo me decidí á todo, y le dije con frialdad:

—Tengo que hablaros, señor capitán, de un asunto que no puedo diferir.

—¿De qué se trata? respondió irónicamente. ¿Habeis hecho algun descubrimiento que para mí sea desapercibido? ¿Os ha revelado el mar nuevos secretos?

Distábamos mucho del asunto; pero antes de darme tiempo para responder, me dijo con tono grave, señalándome un manuscrito que tenia sobre la mesa:

—Aquí teneis, señor Aronnax, un manuscrito en varias lenguas. Contiene el resumen de mis estudios sobre el mar, y no perecerá conmigo. Dios mediante. Este manuscrito, firmado por mí, y que constituye el complemento de la historia de mi vida, se encerrará en un aparato insumergible. El último que sobreviva á bordo del *Nautilus* lo arrojará al mar, donde flotará á merced de las olas.

¡El nombre de aquel personaje! ¡Su historia escrita por sí mismo! ¿Luego algun día quedaria descorrido el velo de su misteriosa vida? Pero en aquel momento solo ví en dicha comunicacion una entrada en materia.

—Capitán, respondí: no puedo aprobar el pensamiento que os hace obrar. No debe perderse seguramente el fruto de vuestros estudios, pero el medio que para ello empleais me parece muy primitivo. ¿Quién sabe á donde llevarán los vientos el aparato y en qué manos caerá? ¿No os ocurre otra cosa mejor? ¿Vos ó cualquiera de los vuestros, no podria?...

—Jamás, señor profesor, dijo con viveza el capitán interrumpiéndome.

—Pero yo, mis compañeros, estamos dispuestos á guardar reservadamente ese manuscrito, y si nos diérais la libertad...

—¡Libertad! dijo el capitán levantándose.

—Sí, señor, y por eso mismo queria hablaros. Hace siete meses que estamos á bordo, y hoy os pregunto en mi nombre y en el de mis compañeros si pensais tenernos aquí siempre.

—Señor Aronnax, responderé hoy lo que os dije hace siete meses: el que entra en el *Nautilus*, no debe nunca salir de aquí.

—¿Luego nos imponeis el cautiverio?

—Llamadlo como querais.

—¡Pero en todas partes el esclavo tiene derecho á recobrar la libertad! Cualquiera medio es bueno en este caso.

—Ese derecho, respondió el capitán Nemo, yo no os lo rehúso. ¿He pensado acaso en sujetaros por un juramento?

El capitán me miraba cruzado de brazos.

—Señor, le dije, volver otra vez á ese mismo asunto, no puede ser gusto vuestro ni mio; mas puesto que lo hemos iniciado, apurémoslo. Os repito que no se trata solamente de mi persona. Para mí, el estudio es un apoyo, una diversion poderosa, un aliciente, una pasión que todo me lo hace olvidar. Soy, como vos, un hombre que puedo admiraros, se ignorado, con la débil esperanza de legar un dia al porvenir el resultado de mis trabajos, por medio de un aparato hipotético, confiado al azar de las olas y de los vientos. En una palabra, puedo admiraros, se seguirs sin disgusto en esa vida que, bajo cierto aspecto, comprendo; pero debe haber en ella algo que me la hace suponer rodeada tambien de complicaciones y de misterios, de los cuales ni mis compañeros ni yo participamos. Y además, cuando nuestro corazón ha podido latir por vos, conmovido por algunos de vuestros dolores ó por vuestros actos de génio y de valor, hemos debido tener recóndito hasta el mas leve testimonio de esa simpatía engendrada por la vista de lo bello y de lo bueno, ora proceda del amigo, ora del enemigo. Pues bien; ese sentimiento de comprendernos extraños á todo lo que os corcierne, es el que hace de nuestra posición una cosa inaceptable; imposible hasta para mí; pero imposible sobre todo para Ned-Land. Todo hombre, por lo mismo que es hombre, quiere que se piense en él. ¿Habeis pensado lo que el amor de la libertad, el odio de la esclavitud pueden engendrar en una naturaleza como la del canadiense? ¿Qué proyectos de venganza es capaz de concebir, intentar y poner en juego?....

Yo me habia callado. El capitán Nemo se levantó.

—Que Ned-Land piense, intente, ensaye cuanto quiera. ¿Qué me importa? No he sido yo quien ha ido á buscarle. No le guardo tampoco á bordo por gusto mio. En cuanto á vos, señor Aronnax, sois de los que todo lo pueden comprender, aun el silencio. Yo tengo nada mas que deciros. Sea esta la última vez que vengais á tratar ese asunto, porque si en otra ocasión os ocurre lo mismo, no podria ni siquiera escucharos.

Me retiré, y desde este dia nuestra situación se tornó muy tirante. Referí la conferencia á mis dos compañeros.

—Ahora sabemos, dijo Ned, que nada podemos aguardar de ese hombre. El *Nautilus* se acerca á Long-Island. Nos escaparemos, cualquiera que sea el temporal que haga.

Pero el cielo se tornaba cada vez mas amenazador, manifestándose los síntomas del huracán. La atmósfera se presentaba blanquecina y lechosa. A los cirrus de haces delicados, sucedian en el horizonte capas de nimbocumulus. Otras nubes bajas corrían con rapidez. El mar se encrespaba y ampolaba levantando gruesas olas. Las aves desaparecían, exceptuando los satánicos, amigos de las tempestades. El barómetro bajaba notablemente ó indicaba en el aire una extraordinaria tensión de vapores. La mezcla de *stormglass* se descomponia bajo la influencia de la electricidad atmosférica. Próxima estaba la lucha de los elementos.

El temporal estalló en la jornada del 18 de mayo, precisamente cuando el *Nautilus* flotaba á la altura de Long-Island, á algunas millas de los pasos de Nueva-York. Puedo describir aquella tempestad, porque en vez de evitarla bajando á las profundidades del mar, el capitán Nemo tuvo el inexplicable capricho de arrostrarla en la superficie.

Soplaba el viento de Sureste, primero frescachón, con velocidad de quince metros por segundo, la cual creció hasta veinticinco metros á las tres de la tarde. Esta es la cifra correspondiente á las tempestades.

El capitán Nemo, sereno ante la borrasca, se había colocado sobre la plataforma, amarrándose á medio cuerpo para resistir las monstruosas olas que se estrellaban sobre nuestra embarcación. Yo también me había hecho atar, para dividir mi admiración entre aquella tempestad y aquel hombre incomparable que la arrostraba.

El proceloso mar era barrido por largas hileras de nubes que se empapaban en sus aguas. Yo no advertía ya ninguna de esas pequeñas olas intermedias que se forman en el fondo de las grandes depresiones. Nada más que largas ondulaciones fuliginosas, tan compactas que no abatían su cresta. La altura de este oleaje iba creciendo, excitándose las agunasunas contra otras. Ora caído el *Nautilus* de costado, ora cubierto cual un mástil, rodaba y se balanceaba espantosamente.

A cosa de la cinco cayeron torrentes de lluvia, sin que el viento ni el mar cedieran. El huracán se desencadenó con velocidad de cuarenta y cinco metros por segundo, esto es, cerca de cuarenta leguas por hora. En estas condiciones es cuando derriba casas, lanza tejas que se hincan en las puertas, rompe verjas de hierro y mueve cañones de veinticuatro. Y sin embargo, el *Nautilus*, en medio de la tormenta, justificaba esta palabra de un entendido ingeniero: *No hay caso de buque bien construido que no pueda desafiar al mar*. No era una pena resistente la que tenían que atacar las olas, sino un huso de acero, obediente y movedido, sin aparejos, sin mástiles, y que podía afrontar impunemente la furia del temporal.

Entre tanto, yo contemplaba aquellas desencadenadas olas. Medían hasta quince metros de altura por una longitud de ciento cincuenta á ciento setenta, y su velocidad de propagación, mitad de la del viento, era de quince metros por segundo. Su volumen y su potencia se acrecentaban con la profundidad de las aguas. Comprendí entonces el oficio de aquellas olas que encierran el aire y lo repelen al fondo de los mares, adonde llevan la vida con el oxígeno. Su extraordinaria fuerza de presión, calculada ya, puede elevarse hasta tres mil kilogramos por pie cuadrado de la superficie contra la cual chocan. Hay olas que en las Hébridas han movido de sitio una pena de ochenta y cuatro mil libras. Ellas son las que en la tempestad de 23 de diciembre de 1864, después de haber arruinado la ciudad de Yedo, en el Japon, andando setecientos kilómetros por hora, fueron á estrellarse el mismo día en las playas americanas.

La intensidad del temporal creció con la noche. El barómetro, como en 1860, en la isla de la Reunión, durante una fuerte borrasca, descendió á 710 milímetros. A la caída del día ví una nave que luchaba penosamente en el horizonte. Capeaba á pequeño vapor para mantenerse firme ante las olas. Debía ser uno de los vapores de las líneas de Nueva-York á Liverpool ó al Havre. Pronto desapareció entre las sombras.

A las diez de la noche, el cielo era todo fuego. La atmósfera era surcada por violentos relámpagos, cuyo brillo no podía yo aguantar, mientras que el capitán Nemo los miraba cara á cara pareciendo aspi-

rar el alma de la tempestad. Llenaba el espacio con estruendo terrible, complejo, formado con el estrépito de las quebradas olas, los mugidos de viento, los estallidos del trueno. El viento saltaba á todos los puntos del horizonte, y la borrasca, partiendo del Este, daba la vuelta entera pasando por el Norte, Oeste y Sur, en sentido inverso de las tempestades giratorias del hemisferio austral.

—¡Ah! ¡Bien justificaba el *Gulf Stream* su nombre de rey de las tempestades! Aquella corriente es la que engendra las borrascas formidables debidas á la diferencia de temperatura de las capas de aire sobrepuestas á las corrientes.

A la lluvia había sucedido un chaparrón de fuego. Las gotas de agua se cambiaban en penachos fulminantes. Parecía que el capitán Nemo, deseando una muerte digna de él, quería hacerse matar por el rayo. En un espantoso movimiento de balanceo, el *Nautilus* levantó al aire su espolon de acero como la punta de un pararrayos, y de él brotaron numerosas chipas.

Rendido ya y sin fuerzas, me arrastré hasta la escotilla, la abrí y me bajé al salón. El huracán llegaba entonces á su máximo de intensidad, y era imposible tenerse de pie en el interior del *Nautilus*.

El capitán Nemo entró á media noche. Sentí que los depósitos se llenaban poco á poco, y el *Nautilus* descendió lentamente bajo la superficie de las olas.

Por las ventanas abiertas del salón vi unos grandes peces pasar azorados cual fantasmas entre las encendidas aguas. Algunos fueron heridos por el rayo á mi vista.

El *Nautilus* seguía siempre bajando. Pensé que encontraría la calma á quince metros de profundidad. No. Las capas superiores estaban agitadas con demasiada violencia. Fue necesario ir á buscar el reposo hasta cincuenta metros en las entrañas del mar.

Pero allí, ¡qué tranquilidad! ¡Qué silencio! ¡Qué ambiente tan apacible! ¡Quién hubiera dicho que un huracán terrible se desencadenaba entonces sobre la superficie del Océano!

CAPITULO XX.

A LOS 47° 24' DE LATITUD Y 17° 28' DE LONGITUD.

A consecuencia de aquella tempestad, hablamos derivado hacia el Este, desvaneciéndose toda esperanza de evasión por las recaladas de Nueva-York ó de San Lorenzo. El pobre Ned, desesperado, se aisló lo mismo que el capitán Nemo. Consejo y yo no nos separábamos un momento.

He dicho que el *Nautilus* había marchado hacia el Este, debiendo haber dicho con más exactitud hacia el Nordeste. Durante algunos días anduvo errante, ora por la superficie de las olas, ora por debajo, en medio de aquellas brumas tan temidas de los navegantes, y especialmente debidas á la extraordinaria humedad que el derretimiento de los hielos entretiene en la atmósfera. ¡Cuántas veces han perecido en aquellos parajes, cuando iban á reconocer los inciertos fuegos de la costa! ¡Cuántos siniestros debidos á tan opacas nieblas! ¡Cuánto choque sobre aquellos escollos, cuya resaca queda enmudecida por el estrépito del viento! ¡Cuánta colisión entre los buques, á pesar de las luces de posición, y á pesar de los avisos dados por sus silvidos y por sus campanas de alarma!

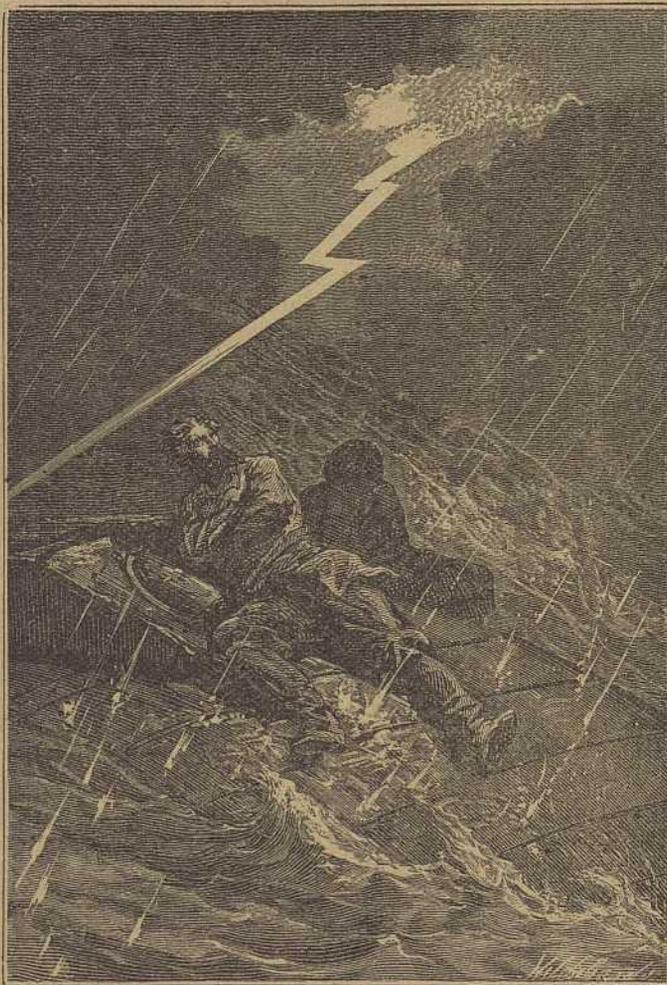
Así es que el fondo de aquellos mares ofrece el aspecto de un campo de batalla, donde yacen todos los vencidos del Océano: viejos los unos y empastados ya; jóvenes los otros y reflejando el resplandor de nuestro fanal sobre sus herrajes y sus carenas de cobre.

Entre ellos, ¡cuántas naves perdidas por entero!

En sus tripulaciones, su mundo de emigrantes, en aquellos peligrosos parajes consignados en la estadística, el Cabo Race, la isla de San Pablo, el Estrecho de Belle-Isle, el Estuario de San Lorenzo! Y solo de algunos años á esta parte, ¡cuántas víctimas entregadas á esos fúnebres anales por las líneas del Royal Mail, de Immann, de Montrael, el *Solway*, el *Istis*, el *Paramatta*, el *Hungarian*, el *Canadian*, el *Anglo-Sajon*, el *Humboldt*, el *Uniteds-States*, todos

encayados, el *Artic*, el *Leóns*, pasados por ojo; el *Presidente*, el *Pacifico*, el *City-of-Glasgow*, desaparecidos por causas ignoradas, restos sombríos, en medio de los cuales navegaba el *Nautilus* como si pasara una revista de muertos!

El día 15 de mayo estábamos en la extremidad meridional del banco de Terranova. Este banco es un producto de aluviones marinos, un monton considerable de los detritus orgánicos traídos del Ecuador



A las diez de la noche el cielo era todo fuego.

por la corriente del *Gulf-Stream*, ó del Polo boreal por la contracorriente del agua fría que marcha á lo largo de la costa americana. Allí tambien se acumulan las moles erráticas acarreadas por el deshielo de las nieves. Allí se ha formado un vasto osario de peces, moluscos ó zoófitos, donde perecen por millares.

La profundidad del mar no es considerable en Terranova, pues no pasa de algunos centenares de brazas, pero hácia el Sur se forma súbitamente una honda de presión ó sima de tres mil metros, que es donde se ensanchan las aguas del *Gulf-Stream*, perdiendo de su velocidad y de su temperatura, y convirtiéndose en mar.

Entre los peces que el *Nautilus* ahuyentó á su

paso, citaré los siguientes: el ciclóptero, de un metro de longitud, de dorso negruzco, abdómen anaranjado, el cual da á sus congéneres un ejemplo poco seguido de fidelidad conyugal; el unernack, de gran tamaño, especie de murena esmeralda, de excelente sabor; unos karraks de ojos grandes, cuya cabeza se asemeja algo á la del perro; unas babosas ovovíparas como las serpientes; unos gubios negros de dos decímetros de longitud; unos macruros de cola larga, que resplandecían con plateado brillo, peces de rápido andar, aventurados lejos de las regiones hiperbóreas.

Las redes recogieron tambien un pez atrevido, audaz, vigoroso, de buena musculatura, armado de puas en la cabeza y de agujones en las nadaderas

verdadero escorpión de dos ó tres metros, enemigo encarnizado de las babosas, de los gados y de los salmónes; era la cota de los mares septentrionales, de cuerpo tuberculoso, de color moreno y de nadaderas encarnadas. Los pescadores del *Nautilus* tuvieron algo que trabajar para apoderarse de aquel animal, que gracias á la conformacion de sus opérculos, preserva sus órganos respiratorios del desecante contacto de la atmósfera, y puede vivir algun tiempo fuera del agua.

Ciéntese ahora, para memoria, unos bosquianos, pececillos que acompañan largo tiempo á las naves en los mares septentrionales; unos ablos oxirincos, especiales de la América septentrional; unos racazos, y luego por último á los gados, principalmente á la especie bacalao, que sorprendí en sus aguas de predileccion, sobre aquel inagotable banco de Terranova.

Puede decirse que el bacalao, es un pescado de las montañas, porque Terranova no es mas que una montaña submarina. Cuando el *Nautilus* se abrió paso por entre sus falanges apiñadas, Consejo no pudo contener una exclamacion.

—¿Cómo! ¿Es esto el abadejo? ¡Yo lo creía chato como las platijs y los lenguados!

—¿Qué candidez! contesté. El bacalao solo es aplastado en casa del tendero, donde se vende abierto y estendido. Pero en el agua, es un pez fusiforme como el sargo, y perfectamente conformado para la marcha.

—Quiero creer al señor, respondió Consejo. ¡Qué nublé! ¡Qué hormiguero!

—Y muchos más habria, amigo mio, si no existieran sus enemigos; los racazos y los hombres! ¿Sabes cuántos huevos se han llegado á contar en una sola hembra?

—Procuremos acertar, dijo Consejo. Quinientos mil.

—Once millones, amigo mio.

—¿Once millones! No lo admitiré nunca sin contarlos yo mismo.

—Cuéntalos, Consejo. Pero creyéndome, acabarás mas pronto. Por otra parte, los franceses, ingleses, americanos, daneses y noruegos pescan el bacalao por millares. Se consumen en cantidades prodigiosas, y sin la asombrosa fecundidad de esos peces, bien pronto quedarian los mares despoblados de ellos. Solo en Inglaterra y América, hay cinco mil buques servidos por setenta y cinco mil marimeros que se dedican á la pesca del bacalao. Cada buque carga cuarenta mil por término medio, lo cual hace veinticinco millones. En las costas de Noruega el resultado es el mismo.

—Bien, respondió Consejo, me atengo á lo que el señor nos dice. No los contaré.

—¿Qué será lo que no cuentas?

—Once millones de huevos. Pero voy á hacer una observacion.

—¿Cuál?

—Es que si todos los huevos nacieran, bastarian cuatro abadejos para alimentar la Inglaterra, la América y la Noruega.

Mientras que recorriamos á flor los fondos del banco de Terranova, vi perfectamente aquellas largas líneas de cuerdas arimadas con doscientos anzuelos, que cada buque tiene por docenas. Cada línea, arrastrada por su extremo y por medio de una pequeña grapa, estaba retenida á la superficie por un sedal fijado sobre un pedazo de corcho. El *Nautilus* debió maniobrar con destreza en medio de aquella red submarina.

Por otro lado, no estuvo mucho tiempo en aquellos parajes frecuentados; se elevó hasta el grado cuarenta y dos de latitud, esto es, á la altura de Terranova y de Heart's Content, donde termina la extremidad del cable trasatlántico.

El *Nautilus*, en vez de proseguir su rumbo al Norte, tiró hacia el Este, como si quisiera seguir la planicie telegráfica, sobre la cual descansa el cable y cuyo relieve se ha sacado con sumo utilidad por medio de sondajes repetidos.

El 17 de mayo, á unas quinientas millas de Heart's Content y á dos mil ochocientos metros de profundidad, divisé el cable que estaba tendido sobre el fondo. Consejo, á quien yo habia prevenido, lo tomó primero por una gigantesca serpiente de mar, y se disponia á clasificarla segun su método ordinario. Pero desengañé al digno muchacho, y para consolarle de su chasco le referí diversas particularidades sobre la colocacion del cable.

El primero se estableció durante los años 1857 y 1858; pero despues de haber transmitido unos cuatrocientos telégramas, cesó de funcionar. En 1863, los ingenieros construyeron otro cable que media tres mil cuatrocientos kilómetros y pesaba cuatro mil quinientas toneladas, y fue embarcado en el *Great-Eastern*. Tambien esta tentativa fracasó.

Y precisamente el *Nautilus* se hallaba el 25 de mayo á tres mil ochocientos treinta y seis metros de profundidad en el sitio mismo donde habia ocurrido la fractura que arruinó á la empresa. Estábamos á seiscientos treinta y ocho millas de la costa de Irlanda. A las dos de la tarde se advirtió que las comunicaciones con Europa acababan de interrumpirse. Los telegrafistas de á bordo resolvieron cortar el cable antes de recogerlo, y á las once de la noche tenian ya en su poder la porcion averiada. Se juntaron los cabos y se consolidaron, sumergiendo despues el cable de nuevo; pero algunos dias mas tarde se rompió, y ya no fue posible sacarlo de las profundidades del Océano.

Los americanos no se desalentaron, y el audaz Ciro Freld, promovedor de la empresa, arriesgando en ella toda su fortuna, provocó una nueva suscripcion, que quedó inmediatamente cubierta. Se estableció otro cable con mejores condiciones. El haz de alambres conductores aislados en una cubierta de gutapercha, era protegido por una especie de acolchado de materias textiles contenido en una armadura metálica. El *Great-Eastern* se hizo de nuevo al mar en 13 de julio de 1866.

La operacion marchó bien, pero ocurrió un incidente. Diferentes veces, al desarrollarse el cable observaron los telegrafistas que se habian incado clavos en él con intencion de deteriorarlo. El capitán Anderson, sus oficiales y sus ingenieros, se reunieron, deliberaron y fijaron un cartel en que se previno que una vez descubierto el culpable seria arrojado al mar sin mas forma de juicio. Desde entonces no se reprodujo la criminal tentativa.

El 23 de julio, el *Great-Eastern* no distaba ya mas que ochocientos kilómetros de Terranova, cuando se le telegrafió de Irlanda la noticia del armisticio concluido entre la Prusia y el Austria despues de la batalla de Sadowa. El 27 llegaba entre brumas al puerto de Heart's Content. La empresa quedaba felizmente terminada, y en su primer despacho, la jóven América dirigia á la vieja Europa estas acertadas palabras muy poco comprendidas: «Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.

No esperaba yo haber hallado el cable eléctrico en su estado primitivo, tal como era salir de los talleres de fabricacion. La larga serpiente, cubierta con despojos de conchas, erizada de foraminíferos, se hallaba engastada en un empaste lapídeo que la protegía contra los moluscos perforadores. Reposaba allí tranquilamente al abrigo de los movimientos del mar, y bajo una presión favorable á la trasmision de la chispa eléctrica, que pasaba de América á Europa en treinta y dos centésimas de segundo. La du-

racón de este cabo será infinita sin duda, pues se ha observado que la cubierta de gutta-percha se mejora con su permanencia en el agua de mar.

Por otra parte, sobre aquella planicie tan perfectamente escogida, el cable nunca se halla sumergido á profundidades tales que pueda romperse. El *Nautilus* lo siguió hasta su fondo mas bajo, situado á cuatro mil cuatrocientos treinta y un metros, y allí todavía descansaba sobre el fondo sin ningun esfuerzo de traccion. Despues nos aproximamos al paraje donde habia ocurrido el accidente de 1863.

El fondo oceánico formaba entonces un valle de ciento veinte kilometros de anchura, sobre el cual hubiera podido ponerse el Monte Blanco sin que su cumbre sobresaliera de la superficie de las olas. Este valle está cerrado al Este por una muralla vertical de dos mil metros. Llegamos allí el 28 de mayo, y el *Nautilus* no estaba ya mas que á cieno cincuenta kilometros de Irlanda.

¿Pensaba el capitán Nemo remontarse para recalar en las islas Británicas? No. Con gran sorpresa mia, bajó al Sur volviendo hácia los mares europeos. Dando la vuelta á la isla Esmeralda, percibi un momento el cabo Clear y el faro de Fastenest, que alumbrá á los millares de naves procedentes de Glasgow ó de Liverpool.

Ocurría entonces á mi imaginación una cuestion importante. ¿Se atrevería el *Nautilus* á aventurarse en la Mancha? Ned-Land, que habia aparecido de nuevo al notar que nos acercábamos á tierra, no cesaba de hacerme preguntas. ¿Como responderle? El capitán Nemo seguía permaneciendo invisible, y despues de haber dejado entrever al canadiense las playas de América, ¿iba á enseñarme tambien las de Francia?

Entre tanto el *Nautilus* seguía bajando hácia el Sur, y el 30 de mayo pasaba á la vista de Land's End entre la punta estrema de Inglaterra y las Serlingas, que dejó á estribor.

Si queria penetrar en la Mancha, tenia que emprender su rumbo francamente al Este, pero no lo hizo.

Durante toda la jornada del 31 de mayo el *Nautilus* describió en el mar una série de círculos que me dieron mucho que pensar. Buscaba, al parecer, un paraje que le costaba trabajo encontrar. A medio día el capitán Nemo vino en persona á marcar el punto, y no me dirigió la palabra. Me pareció mas sombrío que nunca. ¿Qué es lo que podia así entristecerle? Era su proximidad á las playas europeas? ¿Abrigaba algun recuerdo de su abandonado país? ¿Qué experimentaba? ¿Remordimientos ó pesares? Este pensamiento ocupó mi imaginación, y tuve una especie de presentimiento de que la casualidad no tardaría en descubrir los secretos del capitán.

El día siguiente 31 de junio, el *Nautilus* continuó sus giros, siendo ya evidente que trataba de reconocer algun punto preciso del Océano.

El capitán Nemo vino á tomar la altura del sol del mismo modo que lo habia hecho la vispera.

El mar estaba bello y el cielo puro.

A ocho millas hácia el Este se percibia sobre la línea del horizonte un gran buque de vapor, sin pabellon ninguno por el cual me fuera posible reconocer la nacionalidad.

Algunos minutos antes de que el sol pasara por el meridiano, el Capitán Nemo tomó su sextante, y estuvo haciendo observaciones con suma precision, siendo esta operacion facilitada por la absoluta calma de las olas. El *Nautilus* estaba inmóvil, sin experimentar movimiento alguno de oscilación ó balanceo.

Yo me encontraba sobre la plataforma reparando las operaciones del capitán, y cuando las terminó le oí pronunciar estas palabras:

—¡Aquí es!

Y volvió á bajar por la escotilla.

¿Había observado el buque que modificaba su marcha y parecia acercarse á nosotros? No puedo afirmarlo.

Regresé al salón. La escotilla se cerró y escuché los silbidos del agua en los receptáculos. El *Nautilus* se fué sumergiendo en línea vertical, teniendo su hélice enfrenada para que no trasmitiese movimiento alguno.

Algunos minutos mas tarde se detuvo á una profundidad de ciento treinta y tres metros, y descansó sobre el fondo.

El techo luminoso del salón se apagó, las ventanas se abrieron, y al través de los cristales vi el mar intensamente alumbrado por los rayos del fanal en radio de media milla.

Miré por la parte de babor, y no vi mas que la inmensidad de las tranquilas aguas.

Por estribor, hácia el fondo, apareció un bulto muy pronunciado que llamó mi atención.

Parecian ruinas sepultadas entre un cemento conchas blanquecinas cual una capa de nieve.

Al examinar con mas detenimiento aquella masa, creia reconocer las formas engruesadas de una nave, cuyos mástiles arrasados se habian caído para adelante, debiendo este siniestro llevar ya ciertamente una fecha bastante remota. ¡Aquel derruido casco de buque, empotrado en sustancias calizas, debia haber pasado algunos años en aquel fondo del Océano!

¿Qué nave era aquella! ¿Por qué iba el *Nautilus* á visitar su tumba? ¿No era quizá un naufragio el que habia sumergido al buque dentro de las aguas?

No sabia yo qué pensar cuando oí que el capitán Nemo decía con sosegado acento:

En otro tiempo, ese navío se llamaba el *Marseilles*. Llevaba setenta y cuatro cañones, y fue botado al agua en 1762. En 1778, el 13 de Agosto, mandado por la Poype-Vertrix, se batía audazmente contra el *Preston*. En 1779, el 4 de julio, asistía con la escuadra del almirante d'Estaing á la toma de Granada (1). El 5 de setiembre de 1781, tomaba parte en el combate del conde de Grase en la bahía de Chesapeake. En 1794 la república francesa le mudó el nombre. En 16 de abril del mismo año se unia en Brest con la escuadra de Villaret Joyeuse encargado de escoltar un convoy de trigo procedente de América, bajo el mando del almirante Stabel. El 11 y el 12 prarial del año II, se encontraba esta escuadra con los navíos ingleses. Señor profesor, hoy es el 13 prarial, esto es, 1.º de junio de 1868. Hace setenta y cuatro años, día por día, que en este mismo sitio, á los 47º 24' de latitud y 17º 28' de longitud, ese navío despues de una lucha heroica, con sus tres mástiles desarbolados, llenas las bodegas de agua, fuera de combate el tercio de su gente, prefirió irse á pique con sus trecientos cincuenta y seis marineros, antes que rendirse, y clavando su pabellon á popa, desapareció bajo las aguas al grito de: *Viva la república!*

—¡El *Vengador!* exclamé.

—Sí señor. ¡El *Vengador!* Precioso nombre! dijo el capitán Nemo cruzándose de brazos.

CAPITULO XXI.

UNA HEKATOMBE.

Esta manera de hablar, lo imprevisto de semejante escena, la historia del navío patriota, friamente nar-

(1) Debiera decirse *la Granada*, que es una de las pequeñas Antillas descubierta por Colon en 1498. Fue colonizada por una compañía francesa. Los ingleses la tomaron en 1762; pero fué recobrada por los franceses en la época que cita Verne, si bien fue entregada á Inglaterra despues por el tratado de 1763.

rada al principio; despues la emocion con que tan-
extraño personaje habia pronunciado sus últimas pa-
labras; aquel nombre de *Vengador*, cuya significa-
cion no podia serme desapercibida, todo se juntaba
para impresionar profundamente mi ánimo. Mi vista
no se apartaba ya del capitan, que, con las manos
estendidas hácia el mar, consideraba con ardiente
mirada aquel glorioso despojo. Quizá no debia yo sa-
ber jamas quién era, de dónde venia y á dónde iba;

pero cada vez era mas perceptible para mí la distin-
cion entre el hombre y entre el sabio. No era una mi-
santropia comun la que habia encerrado en las en-
trañas del *Nautilus* al capitan Nemo y sus compañeros,
sino un odio monstruoso ó sublime que el tiempo no
podia debilitar.

¿Buscaba este odio mas venganzas todavia? El
porvenir debia decírmelo muy pronto.

Mientras tanto el *Nautilus* subia lentamente á la



El buque se encontraba á dos millas de nosotros.

superficie del mar y vi desaparecer poco á poco las
formas confusas del *Vengador*. Muy luego, un débil
balanceo me indicó que flotábamos al aire libre.

En aquel momento se escuchó una sorda detona-
cion. Miré el capitan. El capitan no se movió.

—¡Capitan! dije.

No respondió.

Le dejé y subí á la plataforma. Consejo y el cana-
diense me habian precedido.

—¿De dónde procede esa detonacion? pregunté.

Miré hácia el navío que habia apercibido. Estaba
mas cerca del *Nautilus*, y se veia que forzaba vapor.
Seis millas le separaban de nosotros.

—Un cañonazo, respondió Ned-Land.

—¿Qué buque es ese, Ned?

A juzgar por su aparejo y por la altura de sus
mástiles rebajados, respondió el canadiense, aposta-
ria que es un navío de guerra. ¡Ojalá viniera sobre
nosotros, y si necesario fuera, echara á pique este
Nautilus condenado!

—Amigo Ned, respondió Consejo; ¿qué mal podria
hacer al *Nautilus*? ¿Podria atacarle debajo de las olas?
¿Podria cañonearle en el fondo de los mares?

—Decidme, Ned, pregunté: ¿podeis reconocer la
nacionalidad de ese navío?

El canadiense, frunciendo el entrecejo, bajando
sus párpados, encongiendo los ángulos de sus ojos,
fijó durante algunos instantes sobre el buque toda la
potencia de su mirada.

—No, señor, respondió; no sabia reconocer á que

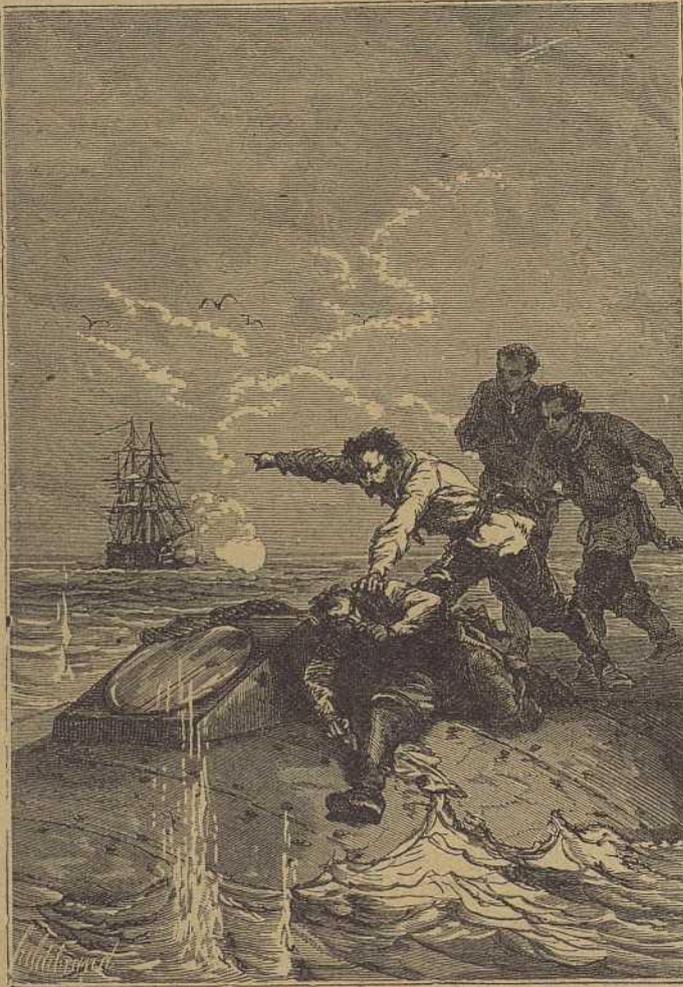
nacion pertenece. Su pabellon no está izado. Pero puedo afirmar que es un navío de guerra, porque en la estremidad del palo mayor ondea un largo gallardete.

Durante un cuarto de hora continuamos observando el buque que se dirigia hácia nosotros. No podia admitir, sin embargo, que á tal distancia hubiera reconocido al *Nautilus*, y menos aun que supiera lo que era este aparato submarino.

Pronto el canadiense anunció que este buque era

un navío de línea con espolon, de dos puentes y acorazado. Se desprendia de sus dos chimeneas una negra y espesa humareda. Sus velas plegadas se confundian con la línea de las vergas, y en la popa no se ostentaba ningun pabellon. La distancia impedia que pudieran distinguirse los colores de su gallardete, que flotaba como una delgada cinta.

Se adelantaba rápidamente. Si el capitán Nemo le dejaba acercarse, una probabilidad de salvacion se nos ofrecia.



El capitán Nemo, terrible por su voz, estaba mas terrible por su aspecto.

—Señor, me dijo Ned-Land, que pase ese buque á una milla de nosotros y me arrojó al mar, y os recomiendo que hagais lo propio.

No respondí á la proposicion del canadiense, y continué mirando el navío, cuyas proporciones crecian á la vista. Que fuese inglés, francés, americano ó ruso, lo cierto es que nos recogeria si pudiésemos llegar á su bordo.

—El señor puede muy bien recordar, dijo entonces Consejo, que tenemos alguna esperiencia de nadadores. Que deje por mi cuenta el cuidado de remolcarlo hasta ese navío, si le conviene seguir al amigo Ned.

Iba á responder, cuando un vapor blanquecino se

desprendió por la proa del navío de guerra. Luego, algunos segundos mas tarde, las aguas, sacudidas por la caída de un cuerpo pesado, salpicaron la parte posterior del *Nautilus*. Poco despues, una detonacion resonaba en mi oido.

—¿Como! disparan sobre nosotros, exclamé.

—¡Buenas gentes! murmuró el canadiense.

—¡Entonces no nos toman por náufragos salvados en una tabla!

—Que el señor no lo lleve á mal... —Bueno, dijo Consejo sacudiendo el agua que, movida por una nueva bala, le habia salpicado. —Que el señor no lo lleve á mal, el narwal ha sido reconocido y le cañonean.

—Pero bien deben ver, exclamé, que están disparando sobre hombres.

—Por eso mismo quizá, respondió Ned-Land mirándome.

Una revelación completa apareció en mi imaginación. Sin duda ya sabían á qué atenerse sobre la existencia del monstruo. Sin duda en su abordaje con el *Abraham-Lincoln*, cuando el canadiense lo arponeó, el comandante Farragut reconoció que el narwal era un buque submarino mas peligroso que un cetáceo sobrenatural.

Si, eso es lo que debía ocurrir, y por eso en todos los mares, sin duda alguna, se perseguía al terrible ingenio de destrucción.

¡Terrible era, en efecto, si, como podía suponerse, el capitán Nemo empleaba el *Nautilus* para una obra de venganza! Durante aquella noche que nos encerró en la cámara en medio del mar de las Indias, ¿era probable que hubiese atacado á algun navio? Aquel hombre enterrado en el cementerio de coral, ¿no habría sido victima de un choque promovido por el *Nautilus*? Sí, lo repito, así debía ser. Una parte de la misteriosa existencia del capitán Nemo se revelaba. ¿Y si su identidad no estaba reconocida, por lo menos las naciones coaligadas contra él, cazaban ahora, no ya un sér quimérico, sino un hombre que les había consagrado un odio implacable!

Todo este pasado formidable apareció á mi vista. En lugar de encontrar amigos sobre el navio que se acercaba, no podíamos encontrar mas que enemigos sin piedad.

Mientras tanto, las balas se multiplicaban á nuestro alrededor. Algunas, al tropezar con la superficie líquida, iban á perderse dando botes á distancias considerables. Pero ninguna acertó al *Nautilus*.

El navio acorazado no se hallaba ya mas que á tres millas. A pesar de su violento cañoneo, el capitán Nemo no aparecía sobre la plataforma. Y sin embargo, si una de aquellas balas cónicas hubiera tocado normalmente el casco del *Nautilus*, le hubiera sido fatal.

El canadiense me dijo entonces:

—Señor, debemos apurar todos los medios para salir de este mal paso. ¡Hagamos señales! ¡Qué diablo! Quizá comprendan que somos gente honrada.

Ned-Land sacó su pañuelo para agitarlo. Pero apenas lo había desplegado, cuando derribado por una mano de hierro, á pesar de su fuerza prodigiosa, caía sobre el puente.

—¡Miserable, exclamó el capitán, quieres que te clave en el espolón del *Nautilus* antes que se precipite sobre ese navio!

El capitán Nemo, terrible por su voz, estaba mas terrible todavía por su aspecto. Su faz había palidecido bajo las impresiones de su corazón, que debía haber dejado de latir un instante. Sus pupilas se habían contraído terriblemente. Su voz no hablaba, sino que rugía; y manteniendo el cuerpo inclinado hácia adelante, retorcia con sus manos los hombros del canadiense.

Luego, abandonándole y volviéndose hácia el buque de guerra, cuyas balas llovían alrededor de él, exclamó con potente voz:

—¡Ah! ¿sabes quién soy, navio de una nación maldita! ¿Yo no necesito ver tus colores para conocerte! ¡Mira! ¡Voy á enseñarte los míos!

Y el capitán Nemo desplegó en la delantera de la plataforma un pabellón negro, semejante al que ya había enarbolado en el Polo austral.

En el mismo momento, una bala, dando oblicuamente sobre el casco del *Nautilus* sin causarle daño y pasando por rebote cerca del capitán, fué á perderse al mar.

El capitán Nemo se encogió de hombros. Luego, dirigiéndose á mí:

—Bajad, me dijo brevemente; bajad vos y vuestros compañeros.

—Señor capitán, exclamé, ¿vais á atacar ese navio?

—Voy á echarlo á pique.

—¡No hareis eso!

—Lo haré, respondió friamente el capitán Nemo. No os ocurra juzgarme. La fatalidad os muestra lo que jamás debierais haber visto. El ataque ha llegado. La respuesta será terrible. Volved adentro.

—¿Qué navio es ese?

—¿No lo sabeis? Pues bien, tanto mejor. Al menos su nacionalidad será un secreto para vos. Bajad.

El canadiense, Consejo y yo no podíamos hacer otra cosa que obedecer. Unos quince marineros del *Nautilus* rodeaban al capitán y miraban con un implacable sentimiento de rencor aquel navio que se adelantaba hácia ellos. Se comprendía que el mismo hálito de venganza animaba todas aquellas almas.

Bajé en el momento en que un nuevo proyectil rozaba el casco del *Nautilus*, y oí exclamar al capitán:

—¡Hiere, navio insensato! ¡Prodiga tus inútiles balas! ¡No te librarás del espolón del *Nautilus*! ¡Pero no es este lugar donde debes perecer! ¡No quiero que tus despojos vayan á confundirse con las ruinas gloriosas del *Vengador*.

Me fui á mi cuarto. El capitán y su segundo habían quedado en la plataforma. La hélice se puso en movimiento. El *Nautilus*, alejándose con velocidad, se colocó fuera del alcance de las balas del navio. Pero la persecución continuó, y el capitán Nemo se contentó con mantener la distancia.

Hácia las cuatro de la tarde, no pudiendo contener la impaciencia y la inquietud que me devoraban, volví á la escalera central. La escotilla estaba abierta. Me atreví á llegar á la plataforma. El capitán se paseaba todavía con paso agitado. Miraba al navio, que permaneció á sotavento á cinco ó seis millas. Daba vueltas como una fiera, y atrayéndole hácia el Este se dejaba perseguir. Sin embargo, no atacaba, porque sin duda vacilaba todavía.

Quise intervenir por última vez. Pero apenas había interpelado al capitán Nemo, cuando imponiéndome silencio:

—¡Soy el derecho, soy la justicia! dijo. ¡Soy el oprimido, y ese el opresor! Por él es por quien lo que he amado, querido, venerado: patria, esposa, hijos, padre, madre, todo ha perecido. Cuánto yo odio está allí! ¡Callad!

—Dirigi por última vez mi vista al navio de guerra, que forzaba el vapor. Luego me junté á Ned y Consejo.

—¡Huiremos! exclamé.

—¡Bien! dijo Ned. ¿Qué navio es ese?

—Lo ignoro; pero quien quiera que sea, habrá perecido antes de la noche. En todo caso mas vale perecer con él que hacerse cómplice de represalias, cuya equidad no puede medirse.

—Esa es mi opinion, respondió friamente Ned-Land. Esperemos la noche.

La noche llegó. Un profundo silencio reinaba á bordo. La brújula indicaba que el *Nautilus* no había modificado su direccion.

Escuchaba yo el ruido de su hélice, que azotaba las aguas con rápida regularidad. Permanecía sobre la superficie de las aguas, y un ligero vaiven le inclinaba tan pronto sobre un bordo como sobre el otro.

Mis compañeros y yo habíamos resuelto huir en el momento en que el buque se hallase bastante cerca, ya para oírnos, ya para vernos, porque la luna, que debía entrar en su lleno tres días mas tarde, estaba resplandeciente. Una vez á bordo de aquel navio, si no podíamos prevenir el golpe que le amenazaba, al menos haríamos todo cuanto las circunstancias nos permitieran intentar. Diferentes veces creí que el *Nautilus* se disponía al ataque. Pero se contentaba

con de ar se acercarp or su adversario, y al poco tiempo tomaba de nuevo su actitud de fuga.

Una parte de la noche pasó sin incidente. Esperábamos el momento de obrar. Hablábamos poco; tan conmovidos nos hallábamos. Ned-Land hubiera querido precipitarse al mar. Le obligué á que esperase. Según mi opinion, el *Nautilus* debía atacar al navío en la superficie del mar, y entonces sería, no solamente posible, sino fácil escaparnos.

A las tres de la mañana, inquieto, subí á la plataforma. El capitán Nemo no la habia abandonado. Estaba en pie, delante, cerca de su pabellon, que una blanda brisa desplegaba encima de su cabeza. No apartaba los ojos del navío. Su mirada, de una intensidad extraordinaria, parecia atraerlo, fascinarlo, arrastrarlo con mas seguridad que si le hubiera remolcado.

La luna pasaba entonces por el meridiano. Júpiter salia por el Este. En medio de aquella apacible naturaleza, el cielo y el Océano rivalizaban en tranquilidad, y el mar ofrecia al astro de la noche el mejor espejo que jamás haya reflejado su imágen.

Y cuando yo pensaba en aquella profunda calma de los elementos, comparada con los rencores que germinaban en las entrañas del imperceptible *Nautilus*, todo mi sér se estremecia.

El buque se encontraba á dos millas de nosotros. Se habia aproximado, andando siempre hácia el brillo fosforescente que señalaba la presencia del *Nautilus*. Vi sus luces de posicion, verdes y rojas, y su linterna blanca colgada del estay de mesana. Una vaga reverberacion alumbraba su aparejo é indicaba que los fuegos estaban forzados. De las chimeneas brotaban haces de chispas y ascuas inflamadas, que parecia sembrar la atmósfera de estrellas.

Permanecí así hasta las seis de la mañana sin que el capitán Nemo me hubiese, al parecer, aperibido. El buque estaba á milla y media de nosotros, y con los primeros albores del día empezó nuevamente su cañoneo. No podia estar lejano el momento en que, cuando el *Nautilus* atacase á su adversario, mis compañeros y yo abandonaríamos para siempre aquel hombre que yo no me atreveria á juzgar.

Ya me disponia á bajar para avisarlos, cuando el segundo subió á la plataforma. Algunos marineros le acompañaban. El capitán Nemo no los vió ó no quiso verlos. Tomáronse algunas disposiciones, que hubieran podido llamarse el apresto del *Nautilus* para el combate. Eran muy sencillas. La barandilla, formada alrededor de la plataforma se bajó. Del mismo modo las cajas del farol y del timonel se recogieron en el casco del modo que estuviesen rasantés nada mas. La superficie del gran cigarro de hierro no ofrecia ya nada que sobresaliera ni que pudiera molestar su maniobra.

Volví al salon. El *Nautilus* seguia á flor de agua. Algunos albores matinales se infiltraban en la capa líquida. Bajo ciertas ondulaciones de las olas, los cristales se animaban con los colores del sol naciente. Amanecia el terrible dia del 2 de junio.

A las cinco supe por el loch que la velocidad del *Nautilus* se moderaba. Comprendí que se dejaba aproximar. Por lo demás las detonaciones se iban percibiendo con mas violencia. Las balas surcaban el agua circundante, atornillándose en ella con silbido singular.

—Amigos míos, dije, ha llegado el momento. Un apretón de manos y que Dios nos guarde.

Ned-Land estaba resuelto; Consejo tranquilo; yo nervioso, sin poder contenerme apenas.

Pasamos á la biblioteca. En el momento en que empujaba la puerta que daba paso á la escalera central, oí que la escotilla superior se cerraba brusca-mente.

El canadiense se arrojó sobre los peldaños, mas

yo le detuve. Un silbido bien conocido me indicó que el agua penetraba en los receptáculos de bordo. En efecto, pocos instantes despues, el *Nautilus* se sumergió algunos metros bajo las olas.

Comprendí la maniobra. Era demasiado tarde para obrar. El *Nautilus* no pensaba atacar al navío en su impenetrable coraza, sino debajo de su línea de ca- lado, donde la plancha metálica no protege el casco.

Estábamos de nuevo aprisionados y teníamos que ser testigos forzosos del drama que se preparaba. Por otra parte, apenas tuvimos tiempo para reflexionar. Refugiados en mi cámara, nos mirábamos sin decir una palabra. Un profundo estupor se habia apoderado de mi alma, incapaz de toda idea y de todo pensamiento. Encontrábame en aquel penoso estado que precede á la espera de una detonacion espantosa. Aguardaba, escuchaba y no vivia mas que con el sentido del oido.

Mientras tanto la velocidad del *Nautilus* creció sensiblemente para tomar, sin duda, el vuelo necesario. Todo su casco se estremecia.

De pronto dí un grito. Tuvo lugar un choque, pero relativamente débil. Sentí la fuerza penetrante del espolon de acero. Oí rechinamientos y rasgaduras. El *Nautilus*, arrastrado por su potencia de propulsion, pasaba al través de la masa del navío como la aguja del velero á través de la tela.

No pude aguantar mas. Loco, perdido, me lancé fuera de mi cuarto, precipitándome en el salon.

El capitán Nemo estaba allí. Mudo, sombrío, implacable, miraba por la ventana de babor.

Una enorme masa zozobraba debajo de las aguas, y para no perder nada de su agonía, el *Nautilus* bajaba al abismo con ella. A diez metros de mi vi aquel casco entreabierto, donde penetraba el agua con el ruido del trueno; luego la doble línea de cañones y de empalmetados. El puente estaba cubierto de sombras negras que se agitaban.

El agua subia. Los desdichados se lanzaban á los obenques, se agarraban á los mástiles, se retorcian bajo las aguas. Era un hormiguero humano sorprendido por la invasion de un mar.

Paralizado, rígido por la angustia, erizados los cabellos, con los ojos desmesuradamente abiertos, con la respiracion incompleta, sin aliento, sin voz, miraba yo tambien aquel desastre. Una atraccion irresistible me pegaba al cristal.

El enorme buque se hundia lentamente. El *Nautilus*, siguiéndole, espiaba todos sus movimientos. De pronto una explosion se produjo. El aire comprimido hizo saltar los puentes del navío, como si el fuego hubiera prendido en las bodegas. El empuje de las aguas fue tal, que el *Nautilus* desvió.

Entonces el desgraciado navío se hundió con mayor rapidez. Aparecieron las gavias cargadas de victimas; luego las barras doblándose bajo el peso de racimos de hombres; por último la punta del palo mayor. Luego la sombría masa desapareció, y con ella aquella tripulacion de cadáveres arrastrados por un formidable torbellino.

Me volví hácia el capitán Memo. Aquel terrible justiciero, verdadero arcángel del odio, seguia siempre mirando. Cuando todo se acabó, el capitán Nemo, dirigiéndose hácia la puerta de su cuarto, la abrió y entró. Le seguí con la vista.

Sobre el tabique del fondo, debajo de los retratos de sus héroes, vi el de una mujer jóven aun y de dos niños. El capitán Nemo los miró durante algunos instantes, estendió hácia ellos los brazos, y arrodillándose prorumpió en sollozos.

CAPITULO XXII.

LAS ÚLTIMAS PALABRAS DEL CAPITAN NEMO.

Las ventanas se habian cerrado de nuevo ante aquella espantosa vision; pero la sala se quedó sin luz, en el interior del *Nautilus* todo era tinieblas y silencio. Alejábase de aquel lugar de desolacion, á cien pies debajo del nivel del agua, con una rapidez prodigiosa. ¿A dónde iba! ¿Al Norte ó al Sur? ¿Hacia dónde huía aquel hombre despues de tan horribles represalias?

Habia yo entrado en mi cuarto, donde tambien se encontraban Ned y Consejo guardando silencio profundo. Esperimentaba un horror invencible hacia el capitan Nemo. Por mucho que le hubieran hecho sufrir los hombres, no tenia el derecho de castigar asi, y me habia hecho, si no cómplice, al menos testigo de sus venganzas. Esto ya era demasiado.

A las once la claridad eléctrica apareció de nuevo.

Fuí al salon, que estaba desierto. Consulté los diferentes instrumentos, y vi que el *Nautilus* huía hacia el Norte con una rapidez de veinticinco millas por hora, unas veces á flor de agua, otras treinta pies mas abajo.

Habiendo estudiado la carta geográfica, vi que pasábamos por el ensanche del Canal de la Mancha, y que nuestra direccion nos llevaba hacia los mares boreales con una velocidad incomparable.

Apenas podia yo abrazar con la vista, á su rápido paso, los escualos de prolongadas narices, los escualos martillos, los que frecuentan aquellos mares, las grandes águilas marinas, las nubes de hipocampos, semejantes á los caballos de un juego de ajedrez, las anguilas, que se agitaban como las culebrillas de un fuego artificial; los ejércitos de cangrejos que huían oblicuamente cruzando sus garras sobre su caparazon; y por último, el tropel de marsumos que competian en rapidez con el *Nautilus*. Pero entonces ya no se trataba de observar ni de estudiar, ni de clasificar.

Por la tarde habíamos recorrido doscientas leguas del Atlántico. Vino la oscuridad, invadiendo las tinieblas del mar hasta la salida de la luna.

Volví a mi cámara. No puede dormir, porque me asaltaban angustiosas pesadillas, repitiéndose en mi espíritu la horrible escena de destruccion que habíamos presenciado.

Desde aquel día, ¿quién podrá decir hasta dónde nos arrastró el *Nautilus* en aquella cuenca del Atlántico boreal? ¿Siempre con una velocidad inapreciable! ¿Siempre en medio de las brumas hiperbóreas! Tocó en las puntas de Spitzberg, ó en los cantiles de la Nueva-Zembla? ¿Recorrió aquellos mares ignorados, el mar blanco, el mar de Kara, el golfo de Obi, el archipiélago de Liarrow, y aquellas desconocidas playas de la costa asiática? Yo no podría decirlo, ni tampoco evaluar el tiempo trascurrido, porque todos los relojes de bordo habian sido parados. Parecía que el día y la noche, como en las regiones polares, no seguian su curso ordinario. Me sentia impelido hacia aquel dominio de lo extraordinario, donde con tanta facilidad se agitaba la imaginacion de Edgardo Poë. A cada momento esperaba ver, como el fabuloso Gordon Pim, «aquella figura humana, cubierta de un velo, de proporcion mucho mayor que la de ningun habitante de la tierra, y tendida de través sobre aquella catarata que impide el acceso al Polo.»

Creo,—pero tal vez me equivoque,—creo que aquella aventurera marcha del *Nautilus* se prolongó durante quince ó veinte días, y no sé cuánto hubiera durado sin la catástrofe que dió término al viaje. Ya no se veia ni al capitan Nemo, ni á su segundo, ni á ningun hombre de la tripulacion por un solo

momento. El *Nautilus* flotaba casi siempre dentro del agua, y cuando subia á la superficie para renovar el aire, las escotillas se abrian y cerraban automáticamente. Tampoco se marcaba ya el punto sobre el planisferio; de suerte que me era imposible saber dónde estábamos.

Tambien diré que andaba ocultándose el canadiense, cuyas fuerzas y cuya paciencia se habian agotado. Consejo no podia sacarle una palabra del cuerpo; y temiendo que en un acceso de delirio y bajo el imperio de una nostalgia espantosa se matase, le vigilaba constantemente con solícita adhesion.

Fácil es comprender que en aquellas circunstancias la situacion era insostenible.

Una mañana, cuya fecha me sería imposible determinar, me habia yo adormecido á las primeras horas del día con mórvido y pesado sopor. Cuando me desperté vi á Ned—Land inclinarse hacia mí, y le oí decirme en voz baja:

—Vamos á huir.

Me incorporé preguntando:

—¿Cuándo escapamos?

—Esta noche. Parece que la vigilancia ha quedado suspendida en el *Nautilus* y cualquiera creeria que á su bordo reina el estupor. ¿Estareis dispuesto?

—Sí. ¿Dónde estamos?

—A la vista de tierras que he descubierto esta mañana, entre las brumas, á veinte millas al Este.

—¿Y qué tierras son esas?

—Lo ignoro; pero sean las que quieran, en ellas nos refugiaremos.

—Sí, Ned, sí; huiremos esta noche aunque el mar deba sepultarnos.

—El mar está malo, el viento fuerte; pero no me asustan las veinte millas que tenemos que andar en la ligera embarcacion del *Nautilus*. He podido llevar á ella ocultamente algunos viveres y algunas botellas de agua.

—Os seguiré.

—Por lo demás, añadió el canadiense, me defenderé y me haré matar.

—Moriremos juntos, amigo Ned.

Estaba decidido á todo. El canadiense me dejó, y yo subí á la plataforma, sobre la cual apenas podia sostenerme contra el choque de las olas. El cielo estaba amenazador; mas, puesto que la tierra se hallaba entre aquellas espesas brumas, era necesario huir, no debiendo perder ni un día, ni una hora.

Volví al salon, temiendo y deseando á la vez encontrar al capitan Nemo; queriendo, y no queriendo por otro lado, verle mas. ¿Qué le hubiera dicho? ¿Podia ocultarle el involuntario horror que me inspiraba? ¡No! ¿Valia mas no encontrarme cara á cara con él! ¿Valia mas olvidarle! ¡Y sin embargo!

¿Cuán largo fue aquel día, el último que yo debia pasar á bordo del *Nautilus*! Estaba solo. Ned—Land y Consejo evitaban el hablarme por temor de infundir sospechas.

A las seis comí, pero sin ganas. Lo hice por fuerza á pesar de mi repugnancia, porque no queria debilitarme.

A las seis y media Ned—Land entró en mi cámara, y me dijo:

—No nos volveremos á ver antes de nuestra partida. A las diez la luna no habrá salido todavía, y aprovecharemos la oscuridad. Venid á la lancha, que allí os esperamos Consejo y yo.

Luego salió el canadiense sin haberme dado tiempo para que le contestase.

Quise saber la direccion del *Nautilus*, y bajé al salon. Corriamos hacia el Nornordeste con una velocidad terrible, á cincuenta metros de profundidad.

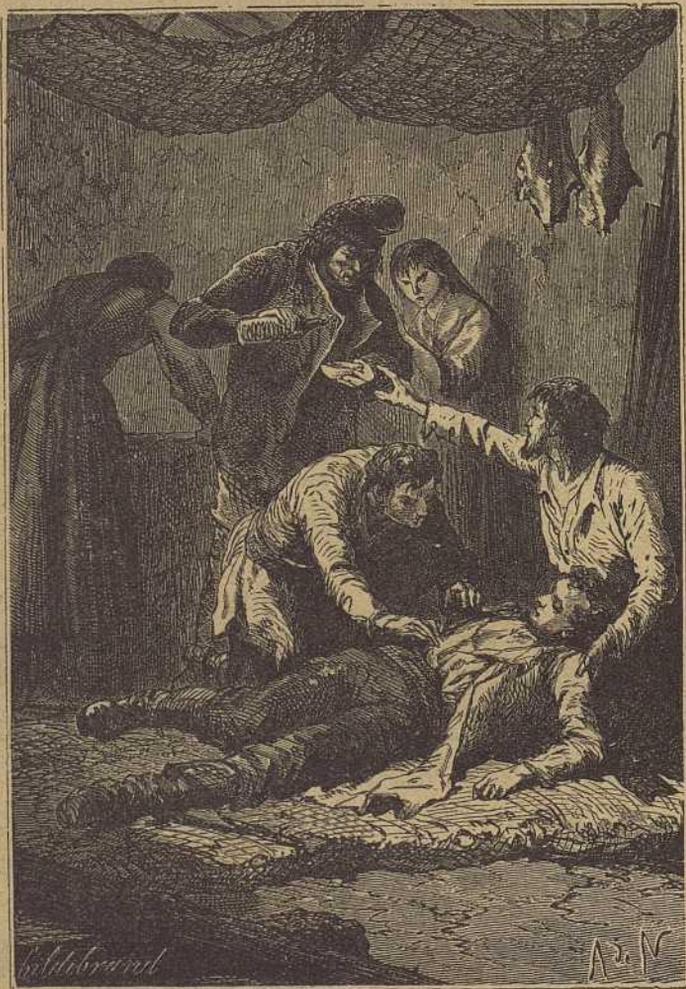
Dirigi una postrera mirada sobre aquellas maravillas de la Naturaleza, sobre aquellas riquezas artísticas amontonadas en aquel museo, sobre aquella

coleccion sin rival, destinada á perecer un dia en el fondo de los mares con aquel que la habia formado. Quise fijar en mi ánimo una impresion suprema. Permaneci así durante una hora, bañado por los efluvios del techo luminoso, y pasando revista á aquellos objetos que resplandecian dentro de sus escaparates. Despues volvi á mi cámara.

Allí, me vestí con un traje fuerte de mar. Recogí mis anotaciones y las guardé preciosamente. Mi corazón latia con fuerza sin poder comprimir sus pul-

saciones. Ciertamente que mi turbacion y la agitacion en que me encontraba me hubiera acusado ante el capitan Nemo.

¿Qué hacia éste en aquel momento? Escuché á la puerta de su cámara y sentí cierto ruido de pisadas. El capitan Nemo estaba dentro sin haberse acostado. ¡A cada movimiento, me parecia que iba á aparecer ante mi preguntándome por qué queria fugarme! A cada momento experimentaba yo alarmas que abultaban mi imaginacion. Aquella situacion llegó á ser tan



Quando resobré el sentido, estaba acostado en la cabaña de un pescador de las islas Lofoden.

insufrible, que me ocurrió si seria mejor entrar en el cuarto del capitan y verle frente á frente, con audaz ademán y atrevida mirada.

¡Era una inspiracion de loco! Por fortuna me con-
tuve, y me estendí sobre el lecho para apaciguar las agitaciones de mi cuerpo. Mis nervios se calmaron un tanto; pero el cerebro sobrescitado me hizo ver en un rápido recuerdo toda mi existencia á bordo del *Nautilus*, todos los incidentes felices ó desdichados que habian pasado en él desde mi desaparicion del *Abraham-Lincoln*, las cazas submarinas, el Estrecho de Torres, los salvajes de la Paupasia, el encallamiento, el cementerio de coral, el paso de Suez, la isla de Santorino, el buzo cretense, la bahía de Vi-

go, la Atlántida, la gran banca austral, el Polo boreal, el encierro dentro de los hielos, el combate de los pulpos, la tempestad del Gulf-Stream, el *Vengador*, y la horrible escena del navio echado á pique con su tripulacion... Todos estos sucesos pasaron ante mi vista como los telones que se recorren sobre el fondo de un teatro. Entonces el capitan Nemo se engrandecia inmensamente ante mi imaginacion en medio de aquel cuadro. Su tipo se acentuaba y tomaba proporciones sobrehumanas. No era ya mi semejante; era el hombre de las aguas, el genio de los mares.

Eran entonces las nueve y media. Sostenia mi cabeza entre mis manos para impedir que estallase.

Cerraba los ojos, no quería pensar. ¡Todavía faltaba media hora de espera! ¡media hora de pesadilla, que podía volverme loco!

En aquel instante el de los vagos acordes del órgano, una armonía triste, bajo un cántico indefinible, verdaderos quejidos de un alma que quiere romper sus ligaduras terrestres. Escuché con todos mis sentidos á la vez, respirando poco, sumergido, como el capitán Nemo, en uno de aquellos éxtasis musicales que le llevaban fuera de los límites de este mundo.

Luego un pensamiento repentino me aterrorizó. El capitán Nemo había salido de su cámara. Estaba en aquella sala que yo debía atravesar para salir. Allí le encontraría por última vez. Me vería, me hablaría quizás. ¡Un solo ademán suyo podía encadenarme; una sola de sus palabras podía encadenarme á su bordo!

Entre tanto iban á dar las diez. Había llegado el momento de dejar mi cámara y de reunirme con mis compañeros.

No había que vacilar, aun cuando el capitán Nemo debiera anteponerse ante mí. Abrí la puerta con precaución, y sin embargo me pareció que al girar sobre sus goznes hacia un ruido infernal que quizá no existía mas que en mi imaginación.

Me adelanté rastreando los oscuros pasillos del *Nautilus*, y deteniéndome á cada instante para comprimir los latidos de mi corazón.

Llegué á la puerta angular del salón y la abrí cuidadosamente. Estaba sumido el aposento en una profunda oscuridad. Los acordes del órgano sonaban débilmente. El capitán Nemo se encontraba allí; no me veía y aun creo que tampoco me hubiera visto en medio de la mayor claridad; tanto su éxtasis le absorbía.

Me arrastré sobre la alfombra evitando el menor choque, cuyo ruido hubiera señalado mi presencia, y necesité cinco minutos para llegar á la puerta del fondo que daba paso á la biblioteca.

Iba á abrirla, cuando un supuro del capitán Nemo me dejó clavado en el sitio. Comprendí que se levantaba, y aun le vislumbré, porque algunos rayos de la biblioteca alumbrada se filtraban hasta el salón. Vino hácia mí con los brazos cruzados, silencioso, deslizándose mas bien que andando, como un espectro. Su pecho oprimido rebosaba en sollozos, y le oí murmurar estas palabras, —las últimas que impresionaron mi oído:

—¡No mas, no mas, Dios poderoso!

¡Era la confesión del remordimiento que se escapaba así de la conciencia de aquel hombre!.... Me precipité fuera de mí en la biblioteca, subí la escalera central, y siguiendo el pasadizo superior llegué á la lancha. Penetré por la abertura que había servido de paso á mis dos compañeros.

—¡Partamos! ¡partamos! exclamé.

—Al instante, respondió el canadiense.

El orificio hecho en la plancha del *Nautilus*, fue cerrado y atornillado con ayuda de una llave inglesa de que Ned-Land se había pertrechado. La abertura de la lancha se cerró igualmente, y el canadiense comenzó á destornillar las tuercas que nos retenían sujetos al buque submarino.

De repente se escucharon rumores interiores. Varias voces se respondían vivamente unas á otras. ¡Qué sucedía? ¡Habrían notado nuestra huida? Sentí que Ned-Land deslizaba un puñal en mi mano.

—Sí, murmuré; sabremos morir.

El canadiense se había detenido en su trabajo; Pero una palabra veinte veces repetida, una palabra terrible, me reveló la causa de la agitación que se propagaba á bordo del *Nautilus*. No era de nosotros de quien se ocupaba la tripulación.

—¡Maelstrom! ¡Maelstrom! gritaban todos.

¡El Maelstrom! ¡Podía nombre mas espantoso ha-

ber resonado en nuestros oídos en situación tan terrible! ¡Nos encontrábamos, pues, sobre aquellos peligrosos parajes de la costa noruega? ¡Era el *Nautilus* arrebatado por aquel remolino en el momento mismo en que nuestra lancha iba á desligarse de sus costados!

Nadie ignora que durante el flujo, las aguas oprimidas entre las islas Feroë y Loffoden se precipitan con una violencia irresistible formando un torbellino, del cual no ha podido escapar nave alguna. De todos los puntos del horizonte llegan oleadas monstruosas que dan origen á ese remolino llamado, con razón, el «Ombigo del Océano», cuya potencia de atracción se estiende hasta una distancia de quince kilómetros. Allí son aspirados, no solamente los buques sino también las ballenas y hasta los osos blancos de las regiones boreales.

Allí es donde el *Nautilus*, —involuntaria ó quizá voluntariamente, —había sido conducido por su capitán, describiendo una espiral, cuyo radio se iba estrechando cada vez mas. De la misma manera, la lancha, todavía sujeta á su costado, era arrastrada con una rapidez vertiginosa. Esperimentaba mi vista esos molestos giros que siguen á un movimiento circular demasiado prolongado. ¡Estábamos sumidos en el mayor espanto con el horror llevado á su último término, la circulación suspendida, la influencia nerviosa aniquilada, bañado el cuerpo por sudores frios como los de la agonía! ¡Y qué estruendo alrededor de nuestro débil barquichuelo! ¡Qué bramidos repetidos por el eco á varias millas de distancia! ¡Qué estrépito el de aquellas aguas, que se estrellaban contra las agudas rocas del fondo, allí donde los cuerpos mas duros se hacen pedazos, donde los troncos de árboles se gastan transformándose en pelleja, según la espresion noruega!

¡Qué situación! Nos velamos espantosamente sacudidos. El *Nautilus* se defendía como un ser humano. Sus músculos de acero crugían. A veces se levantaba verticalmente, y nosotros con él.

—Es preciso agarrarnos bien, dijo Ned, y atornillar las tuercas. ¡Permaneciendo sujetos al *Nautilus*, todavía podríamos salvarnos!

No había acabado de hablar, cuando se produjo un estallido. Cedieron las tuercas, y la barca, arrancada de su alvéolo, fue despedida á través del torbellino como la piedra de una honda.

Mi cabeza dió contra una armadura de hierro, y bajo aquel violento choque perdí el sentido.

CAPITULO XXIII.

CONCLUSION.

Hé aquí la conclusion del viaje submarino. Lo que pasó durante aquella noche, de qué modo la barca se libró del formidable Maelstrom, cómo Ned-Land, Consejo y yo salimos del remolino, no sé decirlo. Pero cuando recobré el sentido, estaba acostado en la cabaña de un pescador de las islas Loffoden. Mis dos compañeros, sanos y salvos, se hallaban cerca de mí estrechándose las manos. Nos abrazamos con efusion.

En aquel momento no podíamos pensar en volver á Francia. Los medios de comunicacion entre la Noruega septentrional y el Sur son muy raros. Me veo, pues obligado á esperar el paso del vapor que hace el servicio del Polo Norte cada dos meses.

Aquí, pues, en medio de las buenas gentes que nos han recogido reviso la relacion de mis aventuras. Es exacta. No ha quedado omitido ningun hecho, ni se ha exagerado ningun detalle. Es la narracion fiel de tan inverosímil expedicion en un elemento inaccesible al hombre, pero cuyas vías le dará algun dia expeditas el progreso.

¡Seré creído? No lo sé; pero en suma, poco im-

porta. Lo que puedo afirmar ahora es el derecho que me asiste para hablar de esos mares, dentro de los cuales en menos de diez meses, he andado veinte mil leguas; ¡de esa vuelta al mundo submarino, que me ha revelado tantas maravillas, á través del Pacífico, del Océano Índio, del Mar Rojo, del Mediterráneo, del Atlántico y de los piélagos australes y boreales!

¿Pero que ha sido del *Nautilus*? ¿Ha resistido á los impulsos del Maelstrom? ¿Vive aun el capitán Nemo? ¿Continúa por dentro del Océano sus espantosas represalias, ó se ha detenido ante aquella postrera hecatombe? ¿Traeran algun día las olas aquel manuscrito que encierra la historia de toda su vida? ¿Llegaré, por último, á saber cómo se llama aquel hombre? El buque desaparecido, ¿nos dirá por su nacionalidad cuál es la del capitán Nemo?

Lo espero; ¡y espero también que su potente aparato ha vencido al Océano en su abismo mas terrible, y que el *Nautilus* ha sobrevivido donde tantos buques han perecido! Si es así, si el capitán Nemo, sigue habitando ese Océano, su patria adoptiva, ¿pueda el odio extinguirse en aquel corazón feroz! ¿Que la contemplación de tantas maravillas apague en él el espíritu de venganza! ¿Que el justiciero desaparezca, y el sabio continúe apaciblemente la exploración de los mares! Si su destino es extraño, también es sublime. ¿No lo he comprendido por mí mismo? ¿No he vivido diez meses en aquella existencia extraordinaria? Por eso, aquella pregunta propuesta seis mil años hace por el Eclesiastes: «¿Quién ha podido sondear las profundidades del abismo?» hay dos hombres entre todos los hombres que tienen el derecho ahora de contestarla: el capitán Nemo y yo.

FIN DE LA NOVELA

INDICE.

	Paga.
CAPÍTULO I. — El mar en las Indias.	5
II. — Una nueva proposición del capitán Nemo.	10
III. — Una perla de diez millones.	14
IV. — El Mar Rojo.	18
V. — El túnel arábigo.	23
VI. — El archipiélago griego.	27
VII. — El Mediterráneo en cuarenta y ocho horas.	33
VIII. — La bahía de Vigo.	36
IX. — Un continente desaparecido.	42
X. — Los criaderos carboníferos submarinos.	47
XI. — El mar de Sargazo.	51
XII. — Cachalotes y ballenas.	55
XIII. — Las bancas de hielo.	59
XIV. — El polo Sur.	65
XV. — Accidente ó incidente.	70
XVI. — Carencia de aire.	72
XVII. — Del cabo de Hornos al río de las Amazonas.	77
XVIII. — Los pulpos.	80
XIX. — La corriente del golfo.	84
XX. — A los 47° 24' de latitud y 17° 28' de longitud.	88
XXI. — Una hecatombe.	91
XXII. — Las últimas palabras del Capitán Nemo.	95
XXIII. — Conclusion.	98

Obras completas de Julio Verne

ILUSTRADAS CON GRABADOS

	Pts. Cts.		Pts. Cts.
Los Ingleses en el Polo Norte.....	75	La Estrella del Sur (2. ^a parte).....	1
El Desierto de Hielo.....	1	Matias Sandorf (1. ^a parte).....	1
Cinco Semanas en Globo (1. ^a parte).....	1	Matias Sandorf (2. ^a parte).....	1
Cinco Semanas en Globo (2. ^a parte).....	1	Matias Sandorf (3. ^a parte).....	1
Viaje al Centro de la Tierra.....	1	Matias Sandorf (4. ^a parte).....	1
Los Hijos del Capitán Grant en la América del Sur.....	75	Matias Sandorf (5. ^a parte).....	1
Los Hijos del Capitán Grant en la Australia.....	1	Robur el Conquistador (1. ^a parte).....	1
Los Hijos del Capitán Grant en el Océano Pacífico.....	1	Robur el Conquistador (2. ^a parte).....	1
De la Tierra á la Luna.....	75	Un Billete de Lotería (1. ^a parte).....	1
Alrededor de la Luna (2. ^a parte de la Tierra á la Luna).....	1	Un Billete de Lotería (2. ^a parte).....	1
Un Descubrimiento Prodigioso.....	50	Norte contra Sur (cuaderno 1. ^o).....	1
Veinte mil leguas de Viaje Submarino (1. ^a parte: Del Atlántico al Pacífico).....	1	Norte contra Sur (cuaderno 2. ^o).....	1
Veinte mil leguas de Viaje Submarino (2. ^a parte: Del Pacífico al Atlántico).....	1	Norte contra Sur (cuaderno 3. ^o).....	1
Una Ciudad Flotante.....	75	Norte contra Sur (cuaderno 4. ^o).....	1
De Glasgow á Charleston.....	50	El Naufrago del Cynthia (cuaderno 1. ^o).....	1
Aventuras de tres Rusos y de tres Ingleses en el África Austral.....	1	El Naufrago del Cynthia (cuaderno 2. ^o).....	1
Un Capricho del Doctor Ox.....	75	El camino de Francia (cuaderno 1. ^o).....	1
La Vuelta al Mundo en ochenta días (1. ^a parte).....	1	El camino de Francia (cuaderno 2. ^o).....	1
La Vuelta al Mundo en ochenta días (2. ^a parte).....	1	Dos años de vacaciones (cuaderno 1. ^o).....	1
Una Invernada entre los Hielos (El Capitán Corbette).....	50	Dos años de vacaciones (cuaderno 2. ^o).....	1
Maese Zucarias.—Un Drama en los Aires.—Estas dos novelitas, encuadernadas bajo una cubierta.....	50	Dos años de vacaciones (cuaderno 3. ^o).....	1
La Isla Misteriosa (1. ^a parte: Los Naufragos del Aire).....	1	Dos años de vacaciones (cuaderno 4. ^o).....	1
La Isla Misteriosa (2. ^a parte: El Abandonado).....	1	Familia sin nombre (cuaderno 1. ^o).....	1
La Isla Misteriosa (3. ^a parte: El Secreto de la Isla).....	1	Familia sin nombre (cuaderno 2. ^o).....	1
El Chancallor.....	1	Familia sin nombre (cuaderno 3. ^o).....	1
Martin Paz.....	50	Familia sin nombre (cuaderno 4. ^o).....	1
El País de las Pielas (1. ^a parte).....	1	El Secreto de Maston (cuaderno 1. ^o).....	1
El País de las Pielas (2. ^a parte).....	1	El Secreto de Maston (cuaderno 2. ^o).....	1
Los Grandes Viajes y los Grandes Viajeros.....	1	César Cascabel (cuaderno 1. ^o).....	1
Miguel Strogoff (1. ^a parte).....	1	César Cascabel (cuaderno 2. ^o).....	1
Miguel Strogoff (2. ^a parte).....	1	César Cascabel (cuaderno 3. ^o).....	1
Las Indias Negras.....	1	César Cascabel (cuaderno 4. ^o).....	1
Héctor Servadae (1. ^a parte).....	1	Mistress Branican (cuaderno 1. ^o).....	1
Héctor Servadae (2. ^a parte).....	1	Mistress Branican (cuaderno 2. ^o).....	1
Un Capitán de Quince años (1. ^a parte).....	1	Mistress Branican (cuaderno 3. ^o).....	1
Un Capitán de Quince años (2. ^a parte).....	1	Mistress Branican (cuaderno 4. ^o).....	1
Los Descubrimientos del Globo (1. ^a parte).....	1	El Castillo de los Cárpatos (cuaderno 1. ^o).....	1
Los Descubrimientos del Globo (2. ^a parte).....	1	El Castillo de los Cárpatos (cuaderno 2. ^o).....	1
Los Descubrimientos del Globo (3. ^a parte).....	1	Claudio Bombarnac (cuaderno 1. ^o).....	1
Los Descubrimientos del Globo (4. ^a parte).....	1	Claudio Bombarnac (cuaderno 2. ^o).....	1
Los Quinientos Millones de la Princesa.....	1	Aventuras de un niño irlandés (cuaderno 1. ^o).....	1
Los Amotinados de la Bounty.—Un Drama en México.—Estas dos novelitas, encuadernadas bajo cubierta.....	50	Aventuras de un niño irlandés (cuaderno 2. ^o).....	1
Las Tribulaciones de un Chino en China.....	1	Aventuras de un niño irlandés (cuaderno 3. ^o).....	1
Los Grandes Navegantes del siglo XVIII (1. ^a parte).....	1	Maravillosas aventuras de Antifer (cuaderno 1. ^o).....	1
Los Grandes Navegantes del siglo XVIII (2. ^a parte).....	1	Maravillosas aventuras de Antifer (cuaderno 2. ^o).....	1
Los Grandes Navegantes del siglo XVIII (3. ^a parte).....	1	Maravillosas aventuras de Antifer (cuaderno 3. ^o).....	1
Los Grandes Navegantes del siglo XVIII (4. ^a parte).....	1	La Isla de Hélice (cuaderno 1. ^o).....	1
La Casa de Vapor (1. ^a parte).....	1	La Isla de Hélice (cuaderno 2. ^o).....	1
La Casa de Vapor (2. ^a parte).....	1	La Isla de Hélice (cuaderno 3. ^o).....	1
La Casa de Vapor (3. ^a parte).....	1	Ante la Bandera (un cuaderno).....	1
La Casa de Vapor (4. ^a parte).....	1	Clovis Dardentor (un cuaderno).....	1
Los Grandes Exploradores del siglo XIX (1. ^a parte).....	1	El Esfinge de los Hielos (cuaderno 1. ^o).....	1
Los Grandes Exploradores del siglo XIX (2. ^a parte).....	1	El Esfinge de los Hielos (cuaderno 2. ^o).....	1
Los Grandes Exploradores del siglo XIX (3. ^a parte).....	1	El Esfinge de los Hielos (cuaderno 3. ^o).....	1
Los Grandes Exploradores del siglo XIX (4. ^a parte).....	1	El Soberbio Orinoco (cuaderno 1. ^o).....	1
La Jangada (1. ^a parte).....	1	El Soberbio Orinoco (cuaderno 2. ^o).....	1
La Jangada (2. ^a parte).....	1	El Soberbio Orinoco (cuaderno 3. ^o).....	1
La Jangada (3. ^a parte).....	1	El Testamento de un excéntrico (cuaderno 1. ^o).....	1
La Jangada (4. ^a parte).....	75	El Testamento de un excéntrico (cuaderno 2. ^o).....	1
Diez Horas de Casa.....	75	El Testamento de un excéntrico (cuaderno 3. ^o).....	1
El Rayo Verde (1. ^a parte).....	1	Segunda Patria (cuaderno 1. ^o).....	1
El Rayo Verde (2. ^a parte).....	1	Segunda Patria (cuaderno 2. ^o).....	1
Escuela de los Robinsones (1. ^a parte).....	1	Segunda Patria (cuaderno 3. ^o).....	1
Escuela de los Robinsones (2. ^a parte).....	1	El Pueblo Aéreo (un cuaderno).....	1
Kerabán el Testarudo (1. ^a parte).....	1	Las Historias de Juan Maria Cabidoulou.....	1
Kerabán el Testarudo (2. ^a parte).....	1	Los Hermanos Kip (1. ^a parte).....	1
Kerabán el Testarudo (3. ^a parte).....	1	Los Hermanos Kip (2. ^a parte).....	1
Kerabán el Testarudo (4. ^a parte).....	1	Los Hermanos Kip (3. ^a parte).....	1
El Archipiélago de Fuego (1. ^a parte).....	1	Los Piratas del «Halifax» (1. ^a parte).....	1
El Archipiélago de Fuego (2. ^a parte).....	1	Los Piratas del «Halifax» (2. ^a parte).....	1
La Estrella del Sur (1. ^a parte).....	1	Los Piratas del «Halifax» (3. ^a parte).....	1
		Un drama en Livonia (1. ^a parte).....	1
		Un drama en Livonia (2. ^a parte).....	1
		Dueño del mundo (1. ^a parte).....	1
		Dueño del mundo (2. ^a parte).....	1
		La invasión del mar (1. ^a parte).....	1
		La invasión del mar (2. ^a parte).....	1
		El faro del fin del mundo (1. ^a parte).....	1
		El faro del fin del mundo (2. ^a parte).....	1
		El Volcán de Oro (1. ^a parte).....	1
		El Volcán de Oro (2. ^a parte).....	1
		El Volcán de Oro (3. ^a parte).....	1
		La Agencia Thompson y Compañía (1. ^a parte).....	1
		La Agencia Thompson y Compañía (2. ^a parte).....	1
		La Agencia Thompson y Compañía (3. ^a parte).....	1
		La Caza del Meteorito (1. ^a parte).....	1
		La Caza del Meteorito (2. ^a parte).....	1
		El Piloto del Danubio (1. ^a parte).....	1
		El Piloto del Danubio (2. ^a parte).....	1

Los Editores han adquirido el derecho exclusivo de dar á luz en idioma español todas las nuevas producciones de Julio Verne.—Estas obras se hallan de venta en las principales librerías de Madrid, Provincias, Ultramar y Extranjero.

Para la encuadernación de las obras de Verne hemos hecho unas preciosas tapas, que se venden sueltas al precio de DOS PESETAS cada una.

OBRAS DE GORON

EX JEFE DE LA POLICÍA DE PARÍS

TRADUCIDAS POR RICARDO GARCÍA DE VINUESA

La inmensa popularidad de las obras del insigne Goron, publicadas en el primer periódico de París, reproducidas en centenares de ediciones, traducidas á todos los idiomas, constituyen uno de los más grandes éxitos de librería. En España los primeros volúmenes alcanzan ya la quinta edición.

La imaginación más fantaseadora no puede concebir nada tan sensacional, tan sugestivo, tan hondamente interesante como lo que Goron refiere en sus **Memorias** con todo el color de la realidad, el arte de un espíritu culto, la autoridad de un gran prestigio de notabilísimo jefe de Policía y la encantadora nota de sinceridad que tan considerablemente las avalora.

Las **Memorias de Mr. Goron** constituyen, siendo la verdad y la historia, la novela más interesante, cuya lectura excita tan vivamente la curiosidad como profundamente emociona el ánimo. Son una serie de dramas de la vida relatados por quien ha penetrado y descubierto sus misterios, y ha sido, con riesgo de su existencia, actor importante de los acontecimientos, persiguiendo al criminal, dándole caza, arrancándole la confesión de su delito, siendo el honrado y despierto vigilante de la sociedad que se defiende.

Las aventuras de los primeros años de Goron — verdadera novela pintoresca; — el escandaloso *Tráfico de condecoraciones*, que tuvo por consecuencia la caída del poder del presidente Grévy; los crímenes de *Prusini, Prado y Anastay*, matadores de mujeres galantes; el período de las *Explosiones anarquistas; Ravachol* y sus secuaces; la pintoresca descripción de la *Alta y baja hampa* parisiense y sus diversos modos de estafar; los *Escándalos del Panamá*; la original figura del gran corruptor *Arton*; la revelación de cómo trabaja la policía en el descubrimiento del crimen y lo que será la *Policía del porvenir*, son los asuntos capitales de las sensacionalísimas **Memorias de Mr. Goron**.

Constan de seis tomos, profusamente ilustrados por Rojas, que se titulan:

El aprendizaje de policía.

Á través del crimen.

Hampa de París.

Ravachol.

Los vengadores.

Los nihilistas.

3 pesetas tomo.

El amor en París.

(NUEVAS MEMORIAS)

En esta segunda serie de sus encantadores libros el ilustre Goron nos ofrece todos los crímenes pasionales, toda la alta y baja galantería parisiense, desde la *Gabriela Bompard* (que acaba de ser indultada), hasta la vulgar mujerzuela.

El amor en París constituye un sorprendente cinematógrafo, en el que Goron presenta, con su arte de narrador, las estratagemas de los explotadores de la pasión, las trapisondas del amor fingido, los privilegios del vicio dorado, todo ese

extraño mundo de *cocottes*, *vividores*, *usureros*, *actrices*, *agentes matrimoniales*, *modistos*, *peluqueros*, *sonámbulas*, *agentes de la autoridad*.... toda la gran comparsa de los sainetes, comedias y dramas de amor que se representan á diario en la vida parisiense, bajo la protección y complacencia de los industriales que explotan la inextinguible vena de la pasión.

El amor en París consta de cuatro volúmenes, titulados:

El amor criminal.

Las industrias del amor.

Los parias del amor.

El mercado de mujeres.

3 pesetas tomo.

MISTERIOS DE LOS JUZGADOS

En forma de estudios judiciales y de policía, el célebre Goron pone de manifiesto las luchas de los agentes entre sí; las frecuentes incompatibilidades entre éstos y los jueces, y la posibilidad de errores judiciales, en los que colaboran, con la fatalidad, los prejuicios, el amor propio y el afán de medro y notoriedad de los que tienen la misión de administrar justicia.

Los *Misterios de los Juzgados* son dos tomos, que llevan por títulos:

El ahorcado de Passy.

El calvario de una institutriz.

3 pesetas tomo.

MUSEO CRIMINAL titúlase el volumen en el que el insigne Goron expone lo que son los falsificadores y los peritos calígrafos; casos de *cloroformistas*, de *domésticos* y *funcionarios asesinos*; el arte de robar; el rey de los ladrones de París; la *Morgue* (depósito judicial de cadáveres de la capital francesa); la pena de muerte en los diferentes países, y el verdugo á través de los siglos.—Este tomo, de 310 páginas con tres fotografías, 3 pesetas.

En **MIS «ÚLTIMOS CRÍMENES»** refiere el ex jefe de la Seguridad parisiense su intervención oficial en algunos dramas sensacionales que conmovieron la opinión, dando nueva muestra de su sagacidad y singulares dotes.—*Mis «últimos crímenes»* cuesta, como los anteriores, 3 pesetas.

LAS POLICÍAS EXTRANJERAS

Organización de la Policía en todos los países; uniformes; retratos de los principales jefes; crímenes célebres; anécdotas; perros-policías, etc. *Método antropométrico* para la identificación de criminales.

Un tomo de 400 páginas, con profusión de grabados y retratos, 4 pesetas.